

por Samuel Hahnemann

LECCIÓN PRIMERA

El enfermo

La homeopatía afirma que hay principios que rigen y gobiernan la práctica de la medicina. Puede decirse que hasta el tiempo de Hahnemann no eran conocidos los principios de la Medicina, y que aun en nuestros días, la Escuela Antigua, en sus escritos y en sus actos, confiesa cumplidamente que no existen tales principios. La Antigua Escuela declara que la práctica depende enteramente de la experiencia, o de aquello que pueda descubrirse dando remedios al enfermo. Sus continuas mudanzas en métodos y teorías, y sus rápidos descubrimientos y abandono de los mismos, atestiguan suficientemente la sinceridad de sus confesiones y declaraciones.

La Homeopatía se separa de la Alopátia en este punto, y de este modo se efectúa la división que existe entre las dos escuelas.

La Homeopatía afirma que hay principios. La Antigua Escuela niega que los haya, aparentemente con razón, si la pregunta ha de resolverse bajo el punto de vista de su práctica y de sus métodos. Ella no se ocupa sino de los resultados últimos de la enfermedad: de ella no ve sino los cambios finales, materiales. No concibe la verdadera naturaleza del hombre, lo que realmente es este en realidad, de dónde procede, cuál es su cualidad, ya sea en estado de salud o en la enfermedad. Al hablar del hombre, solo se entretiene en sus tejidos. Los cambios orgánicos son para ella el principio y el fin de toda enfermedad, estos cambios son para ella TODA la enfermedad. En efecto, proclama que la enfermedad es algo que existe sin una causa. No admite sino lo que revelan sus sentidos: lo que palpa con sus dedos, y ve con sus ojos, solos o ayudados de instrumentos. El microscopio alarga sus dedos o refina su tacto y los resultados patológicos que el cristal de aumento pone en evidencia son considerados por ella como el comienzo y el fin de la enfermedad, como resultado sin antecedentes, como hechos materiales sin causa inmateriales. Tal es el sumario de las enfermedades.

Pero la Homeopatía percibe, se da cuenta, de que algo hay que antecede a este resultado. Toda ciencia enseña, y toda investigación de carácter científico prueba, que cada cosa que existe debe su existencia a algo anterior a ella. Solamente en este camino podemos ligar el efecto a la causa, formando una serie que va del principio al fin y vuelve de éste al principio. Por este medio podemos llegar no a presumir sino a comprender este estado de cosas con completo conocimiento de causa.

El primer párrafo del *Organon* será interpretado por un observador inexperto de un modo y por un verdadero y experto homeópata de otro. Dice así:

ORGANON, 1. “La alta y *única* misión del médico es la de restablecer la salud del enfermo, que es lo que se llama curar.”

No iniciaremos ninguna controversia por una lectura superficial de este párrafo, ya que el significado oculto de la palabra “enfermo” es completamente el mismo para todos los médicos en todas las escuelas. La idea que una persona tenga de la palabra “enfermo” será diferente de la que tenga otra, ya que todo lo que queda sujeto a distintas opiniones variará con frecuencia; no obstante, la Homeopatía acepta la expresión popular. La Alopátia se basa

sobre la opinión individual y el alópata sostiene que la ciencia médica reposa sobre la suma total de las opiniones humanas; pero este es un fundamento indigno e inestable para la ciencia de curar al enfermo. Nunca será posible establecer un sistema racional de terapéutica hasta que lo fundamentemos en hechos y no en apreciaciones. Hechos como los que aparecen expresados en las opiniones de los hombres, pero tal como ellos son, son hechos y verdades por las que se desenvuelven y formulan las Doctrinas, las cuales interpretan o abren los reinos de la naturaleza en el reino de la enfermedad o de la salud. Por esto, conviene precaverse de la opinión humana en la ciencia. HAHNEMANN nos ha dado principios que podemos meditar y sobre los que podemos avanzar. El mundo está regido por leyes y no por opiniones e hipótesis. Debemos comenzar por el respeto a la ley, pues no tenemos punto de partida si nuestras proposiciones no están asentadas sobre la ley. Por muy largo tiempo que reconozcamos las opiniones de los hombres, permaneceremos en un estado variable, pues hombres e hipótesis son inconstantes. Reconozcamos la autoridad.

El homeópata verdadero, cuando habla *del enfermo*, sabe lo que es un enfermo, mientras que el alópata no sabe nada de ello. Este piensa que la habitación en la cual el hombre vive,

habitación quebrantada o en estado de ruina, encierra o expresa todo lo que hay en él de enfermo. En otros términos, cree que los cambios que experimentan los tejidos (cambios que son los *resultados* de la enfermedad) forman o constituyen el propio enfermo. El homeópata observa cambios maravillosos después de administrar medicamentos dinamizados y, obligado a reflexionar, ve que la dosis masiva no sabría curar al enfermo y que los cambios que ella efectúa no son sino aparentes. La fisiología no tiene vitalismo y por consiguiente no tiene base para erigir su estructura. La doctrina de la fuerza vital no es admitida por los fisiólogos; por ello, concluye el homeópata, que la verdadera fisiología no se enseña todavía, pues sin fuerza vital, sin sustancia simple, sin el interior unido al exterior, no puede haber allí ni la causa ni la relación de causa a efecto. Ahora bien:

¿Qué entendemos nosotros por “enfermo”?- Es al hombre enfermo al que hay que restituir la salud, y no a su cuerpo, ni a sus tejidos. Muchos de ellos vendrán a decirnos: “Yo estoy enfermo”. Llenaréis de ellos hojas de síntomas, páginas de sufrimientos. Tienen el aspecto enfermo. Hasta os dirán: “He consultado a los doctores más eminentes”. Me examinaron el pecho. He visto a un neurólogo. Mi corazón ha sido auscultado por un especialista renombrado. El oculista ha

examinado mis ojos. El ginecólogo mi útero, dirá la mujer. “La ciencia médica me ha examinado de la cabeza a los pies, y me ha dicho que no estoy enfermo, que yo no tengo ninguna enfermedad”. ¡Cuántas veces habré oído una historia parecida después de haber llenado tres o cuatro hojas de síntomas!. ¿Qué significa esto?. Sé bien que si este estado del enfermo continúa, llegaremos a tener pruebas evidentes de enfermedad, es decir, que el patólogo las hallará allá. Actualmente las eminencias médicas proclaman que el sujeto no está enfermo. Pero -interrogo al individuo-: ¿Qué quieren decir todos estos síntomas? “No duermo por las noches”. “Tengo dolores”. “Mis deposiciones no son normales”.

Pues bien, “es usted un estreñido”. He aquí el punto de partida del diagnóstico . Pero ¿es que todos los síntomas de los que se queja el individuo existen sin tener una causa?. Parecerá, por esta opinión, que el resfriado es una enfermedad per se; pero según otra parecerá ser la causa de la enfermedad: el “diagnóstico” se establecerá por una de las muchas opiniones. ¡Tal es el carácter de vaguedad de la Antigua Escuela!. Estos síntomas no son sino la voz de la naturaleza, que revela con claridad meridiana la naturaleza íntima del hombre o de la mujer enferma.

Si este estado continúa y el pulmón se quebranta, el médico dirá al enfermo: “¡Ah!, ahora está usted afectado por tuberculosis”. Si el cambio celular está en el hígado, dirá: “¡Oh!, ahora tiene usted una degeneración grasosa del hígado”; si la albúmina aparece en la orina, dirá al enfermo: “Ahora puedo anunciarle que está usted afectado por una de las varias formas de la enfermedad de Bright”. ¿No es una falta de sentido afirmar que antes de la localización de la enfermedad, no estuviese el sujeto ya enfermo? ¿No es una actitud absurda la de esta ciencia, que nunca ve que el sujeto está enfermo mientras tal o cual de sus órganos no estén materialmente afectados? ¿No está claro a vuestros ojos que este individuo ha estado enfermo, quizá muy enfermo, desde su infancia?.

Tomad por ejemplo un niño nervioso. Tiene ensueños espantosos, espasmos, un sueño agitado, excitación nerviosa, manifestaciones histéricas, y no obstante, si examinamos sus órganos, no hallaremos uno que esté afectado. Dejad que los síntomas de este niño nervioso sigan su curso durante veinte o treinta años: cuando hayan transcurrido veréis que sus órganos están atacados, lesionados. ¿No es cierto que este niño estaba ya enfermo desde que le visteis la primera vez?. Estaba enfermo en el principio vital que lo anima. En otras

palabras, la fuerza dinámica que le da vida está perturbada tanto en los trastornos funcionales como en los desórdenes estructurales de su organismo. Antes que una patología, tenemos una fisiología desarreglada, cuyo origen remonta al principio vital desordenado o perturbado. ¿Hemos de considerar, pues, en primer lugar la enfermedad en sus efectos o en sus causas?. Si tenemos ideas materialistas respecto a la enfermedades, tendremos naturalmente concepciones materialistas respecto a los medios de curación. Si creemos que un órgano enfermo, por sí solo constituye la enfermedad, necesariamente crearemos que quitando el órgano curamos al hombre. Un individuo presenta una necrosis en la mano; si creemos que sólo ella está enferma, concluiremos que amputando la mano curaremos al paciente. Suponed que la mano sea cancerosa. Según esta idea, si la mano es cancerosa en sí misma y por sí misma, y viendo que la muerte del individuo resultaría de la condición de la parte, en toda conciencia procederíamos a la amputación de la mano para salvar al enfermo. Para una erupción cutánea, emplearíamos medios locales a fin de estimular las funciones de la piel y traer la curación, y, creyendo que la erupción no tiene causa más profunda, crearemos haber curado al enfermo. Tal es el reductio ad absurdum, pues

nada existe sin causa. Los órganos no son el hombre.

¿Qué es, pues, este hombre enfermo?. Los tejidos no se hubieran vuelto enfermos, a menos que algo anterior a ellos (algo que los rige) no se hubiese perturbado, volviéndolos enfermos. ¿Qué hay en este hombre que pueda llamarse el hombre interior? ¿Qué hay en él que se pueda poner aparte de todo lo que sea físico?. Disecando el cuerpo, hallamos en él todos los órganos. Lo que cae bajo el dominio de los sentidos, ¿constituye el hombre físico?. Lo que de su ser palpamos con nuestros dedos y vemos con nuestros ojos ¿es realmente lo que queda de él después de la muerte?. El verdadero hombre enfermo es anterior al cuerpo enfermo, y debemos concluir que el hombre enfermo se encuentra en alguna parte de lo que no queda anulado después de él a su muerte. Lo que desaparece con la muerte del hombre es primario; lo que queda es ulterior. Nosotros decimos: el hombre siente, ve, gusta, oye, piensa, vive; pero estas manifestaciones de vida no son exteriores. El hombre quiere y comprende; el cadáver no puede ni querer ni comprender; por lo tanto, lo que se va, al morir, es esto que nosotros llamamos voluntad y entendimiento. Esto es, aquello que puede ser cambiado, esto es lo que es anterior al cuerpo.

La combinación de estos dos principios o facultades, voluntad y entendimiento, constituyen el hombre: conjuntos estos dos principios, hacen o producen vida y acción; construyen el cuerpo y causan todas las cosas. La voluntad y el entendimiento, operando con orden, producen un hombre saludable. No es nuestra intención ir más allá que la voluntad y el entendimiento, volver a su causa primera o su prioridad principal. Baste decir que fueron creados. Así pues, el hombre propio es su voluntad y entendimiento propios, y la habitación que ocupa es su cuerpo.

Debemos, a fin de ser homeópatas científicos, reconocer que los músculos, los nervios, los ligamentos y otras partes del armazón del hombre, son un retrato y manifiestan al médico inteligente el hombre interior. El cuerpo muerto y el cuerpo viviente deben ser considerados, no bajo la relación cuerpo/vida, sino bajo el punto de vista de la acción de la vida sobre el cuerpo. Si tuvierais que fijar la diferencia que existe entre dos caras humanas y determinar de ellas su carácter expresivo y todo lo que vierais de sobresaliente en su acción, solo podríais revelar la voluntad de cada uno de los individuos. La voluntad se refleja en la cara; su acción, en la fisonomía. ¿Habéis estudiado los rasgos de un individuo que ha crecido entre asesinos y facinerosos?

¿No hay diferencia entre su cara y la del que hace el bien y vive honradamente?. Visitad los extrarradios de nuestra gran ciudad y examinad los rostros de quienes los frecuentan. Esta gente nocturna se acuesta tarde para entregarse al mal. Si queremos saber sus intenciones veremos que son diabólicas. ¿No llevan acaso en su cara la marca? La perversidad de sus inclinaciones esta marcada en su fisonomía. La cara es, pues, el espejo del alma. La patología alopática reconoce que es la del cuerpo. No obstante, podéis confundir sencillamente al alópata preguntándole: ¿qué es el pensamiento? ¿qué es el hombre? El homeópata debe poseer estos datos antes de poder formarse una idea de la naturaleza de la causa de las enfermedades, y antes de comprender lo que es la curación.

El único deber del médico es curar al enfermo. Su deber no es solo curar los resultados de la enfermedad, sino la propia enfermedad, y, cuando el hombre haya sido devuelto a la salud, la armonía se habrá restablecido en los tejidos y en las funciones. Así pues, el único deber del médico es poner en orden el interior de la economía, es decir, la voluntad y el entendimiento conjuntamente. Los cambios de los tejidos se refieren al cuerpo y son los efectos de la enfermedad propiamente dicha. Hahnemann lo dijo: “no hay enfermedades, sino

enfermos". De ello se deduce que Hahnemann entendía que las enfermedades conocidas bajo el nombre de la enfermedad de Bright, de enfermedad del hígado, etc., no son sino formas materiales de los resultados de la enfermedad. En primer lugar hay un gobierno desordenado cuya acción desarreglada procede de dentro hacia fuera, del centro a la periferia, y acaba por materializarse en diversos cambios patológicos en los tejidos. La idea de gobierno no entra en la práctica médica de hoy, pues no tiene en cuenta sino las lesiones experimentadas por los tejidos.

El que considera los resultados de la enfermedad como si fuera la propia enfermedad, y cree que desembarazándose de aquellos acabará con esta, está loco. Es una locura en medicina, una locura que procede de las formas benignas de alienación en las ciencias: la de las locas fantasías. Las bacterias son los resultados de la enfermedad. Más adelante podremos demostrar perfectamente que los organismos microscópicos no son la causa de las enfermedades, sino que les acompañan, vienen después, son los barrenderos del organismo enfermo, y que son completamente inofensivos. Forman parte del proceso material de la enfermedad, y el microscopio ha descubierto que cada resultado patológico tiene su microbio correspondiente.

La Antigua Escuela considera estas bacterias como la causa de toda enfermedad, pero nosotros podemos probar que la causa de las enfermedades es diez millones de veces más sutil que no importa lo que se pueda ver con la ayuda del microscopio. Demostraremos paso a paso, por la vía del razonamiento, la locura de querer descubrir la causa de las enfermedades por los sentidos.

En una nota (que no es sino insistir de nuevo sobre un párrafo de *Organon*), Hahnemann dice: “La misión del médico no es, sin embargo, la de erigir los llamados sistemas entrelazando especulaciones vanas e hipótesis concernientes a la naturaleza esencial e interior de los procedimientos vitales y la manera de la cual surgen las enfermedades del interior del organismo...”, etc. Está reconocido en nuestros días, que la gente está perfectamente satisfecha si puede hallar el nombre de la enfermedad que presumen tener, y una idea envuelta en algún nombre técnico les basta. Un viejo irlandés vino un día a mi clínica y después de haberme relatado sus síntomas me dijo: “Doctor ¿qué es lo que tengo?” El médico repuso: “Usted tiene *Nux vomica*”, ya que este era el nombre de su remedio. A lo que el viejo añadió: “Ya creía yo que tenía una enfermedad extraña. No me había equivocado.” Esto no es sino una exageración de la locura, pasada de

moda, de nombrar las enfermedades. Exceptuando algunos casos de enfermedades agudas, no hay diagnóstico alguno posible, y ninguno es necesario, como no sea el de que la persona está enferma. Cuando más penséis en el nombre de una “soi-disant” enfermedad, más os embrollaréis en la busca del remedio, pues entonces vuestra idea se fijará más en los resultados de la enfermedad que en la causa primera de ella expresada por sus síntomas.

Un enfermo de veinticinco años de edad, con taras hereditarias graves, con veinte hojas de síntomas, y con los *solos síntomas* que nos dan la imagen de la enfermedad, puede ser curado fácilmente, si se cuida a tiempo. Después del tratamiento no quedarán resultados patológicos; llegará a una edad avanzada sin destrucción de tejidos. Pero si este enfermo no se trata pronto, desarrollará una patología de acuerdo con las circunstancias de su vida y sus herencias morbosas. Si es un deshollinador, estará propenso a las enfermedades de los deshollinadores; si es una muchacha de servicio, caerá víctima de las afecciones comunes a las sirvientas, etc. ¿Es que este enfermo no tiene en este momento la misma enfermedad que tenía al nacer? ¿Es que este cuadro de síntomas no representa el mismo estado que antes de que se formen las condiciones patológicas? Tanto es así, que si se

presenta una enfermedad del hígado, o del cerebro, o cualquier otro cambio en los tejidos, a los que se denomina enfermedad, debéis andar hacia atrás y remontar el curso de su vida para coger los verdaderos síntomas, por los cuales podréis hacer una prescripción. El prescribir por los resultados de enfermedad producirá cambios en estos resultados, pero no en el enfermo, si no es que acelera el progreso de la enfermedad.

Hay muchas singularidades en numerosas familias. En el comienzo de la enfermedad hallaremos este estado primario, que se traduce solamente por signos y síntomas, y la familia entera tendría la necesidad del mismo remedio o de un remedio análogo estrechamente aliado. Y, mientras que en un miembro de la familia el estado actual apuntará hacia el cáncer, el otro de dirigirá hacia la tisis, etc., pero cada estado individual dependerá de una base común. Es muy importante comprender esta condición fundamental que sirve de base a las enfermedades de la raza humana. Sin este conocimiento os sería imposible comprender las enfermedades agudas miasmáticas, de las cuales hablaremos más tarde.

Es un hecho muy conocido que unas personas son muy susceptibles a tales cosas y otras a tales otras. Si una epidemia se implanta

en una región, solamente unos pocos experimentarán sus efectos. ¿Quiénes serán los protegidos y quiénes los afectados? Estas cuestiones deben resolverse por la Homeopatía a la luz de sus doctrinas. Las idiosincrasias deben tenerse en cuenta. ¡Cuántos médicos pasan su tiempo escudriñando cosas que en realidad solo sirven para enfermar más a sus clientes! El hombre enfermizo se convertirá en enfermo con cualquier motivo, mientras que el hombre sano puede vivir impunemente en un lazareto. La finalidad del médico no es precisamente la de buscar en el curso de las aguas, o en las cavas, o en el alimento que tomamos, la causa de no importa qué enfermedad. Su deber es el de recoger los síntomas de la enfermedad, hasta que por ellos halle el remedio que cubra el desorden. Este remedio -que habrá producido los síntomas similares en el hombre sano- es el amo de la situación, es el antídoto necesario, estará por encima de la enfermedad, hará entrar en orden la voluntad y el entendimiento del hombre, y por eso curará al paciente.

Al pasar de la verdadera naturaleza del organismo humano a las enfermedades, se descubre un campo de investigaciones de los más soberbios bajo el punto de vista científico. Las enfermedades del hombre pueden revelarse por el estudio de las experimentaciones de los

remedios hechas sobre el organismo sano. Hahnemann se sirvió de los conocimientos que él había adquirido por este procedimiento, cuando declaró que la mentalidad es la clave del hombre. Los síntomas mentales han sido siempre considerados por sus discípulos como los más importantes del remedio así como de la enfermedad. La suma total del hombre se encuentra en su entendimiento y su corazón, en lo que piensa y en lo que ama, y no hay nada más en el hombre. Si estas dos grandes partes del hombre, su voluntad y su entendimiento, se encuentran desunidas, eso significa alineación mental, desorden, muerte. Todo medicamento obra primeramente sobre la voluntad o sobre el entendimiento (a veces ampliamente sobre los dos), afectando al hombre en su facultad de pensar o de querer, y últimamente en sus tejidos, en sus funciones y en sus sensaciones.

En el estudio de *Aurum* encontraremos que lo que perturba más esta droga son los *afectos*. El mayor amor del hombre es por su vida: pues bien, *Aurum* destruye este amor de tal suerte que el hombre no desea ya vivir y se suicidaría. Por otra parte, *Argentum* quebranta tan fuertemente el *entendimiento* humano, que ya no es racional; su memoria está totalmente arruinada. Y así con todo medicamento de la Materia Médica. Vemos que cada sustancia experimentada afecta primero al espíritu: la

mentalidad del hombre, luego desciende de la mente a la parte física, hasta la piel, los cabellos y las uñas. Si no estudiáis vuestros medicamentos de esta manera, no tendréis jamás un conocimiento inteligente de ellos. Sobre esta sola base reposa la Materia Médica.

Precisa, pues, que la enfermedad sea estudiada por un examen a fondo de los elementos que llevan consigo cambios morbosos parecidos a la imagen patogénica del medicamento. A medida que la experimentación de las drogas en el hombre sano nos proporciona síntomas funcionales, síntomas sensoriales y síntomas mentales, y la del animal nos proporciona los síntomas últimos, podremos estudiar las enfermedades con la esperanza de adaptar el remedio a la enfermedad en el hombre, siguiendo la LEY DE LOS SEMEJANTES. La idea de enfermedad en el hombre debe formarse de la idea que nos dé de enfermedad las patogénesis de nuestra Materia Médica. Y así como percibimos y nos damos cuenta de la naturaleza de una enfermedad en una imagen de medicamentos, así también hemos de percibir la enfermedad del ser humano que estamos llamados a curar.

Por consiguiente, nuestra idea de la Patología debe ser ajustada a la Materia Médica que poseemos, y conviene saber cuándo y dónde las patogénesis son similares para curar

las enfermedades. La totalidad de los síntomas cuidadosamente anotados es todo lo que sabemos de la naturaleza interior de la enfermedad. Luego la adecuada administración del remedio similar constituirá el arte de curar.

LECCIÓN II

2.- El más alto ideal de una curación

El tema de hoy se refiere a la curación, a lo que entendemos por naturaleza de la curación.

Ella viene referida en el segundo párrafo del *Organon*, que dice así:

ORGANON, 2. “El más alto ideal de una curación es el restablecimiento pronto, suave y permanente de la salud; es la eliminación y aniquilación de la enfermedad, en todas su extensión por el camino más corto, más seguro y el menos dañino posible, apoyándose sobre principios claros y fácilmente comprensibles.”

Si preguntáis a un médico ajeno a la Homeopatía en qué consiste una curación, su mente giraría tan solo a la idea de la desaparición del estado patológico. Por ejemplo: en una erupción cutánea determinada, la desaparición de esa erupción bajo su tratamiento sería para él una curación. En el caso de hemorroides, su extirpación sería también una curación. En el caso de estreñimiento, una eliminación intestinal equivaldría a una curación. Si se trata de una afección de la rodilla, una amputación por encima de la misma sería considerada también una curación, o en el caso de una enfermedad aguda bastaría que el enfermo sobreviviera a ella para conceptuarle curado de aquella enfermedad. Esta idea de curación viene compartida también por los enfermos en general, ya que ellos aceptan la idea del médico.

Muchas veces quedará el enfermo asombrado de la gran pericia del médico que ha sabido curarle una erupción de la piel. Pero cuando vuelva de nuevo, y esta vez presentando manifestaciones tan graves y cambios tan profundos en sus tejidos, con riesgo de muerte -como consecuencia de la erupción suprimida- dirá al médico: “usted, que tan maravillosamente ha curado la enfermedad de mi piel, ¿por qué no puede curarme esta enfermedad del hígado que padezco? Porque este médico, científicamente ignorante, ha fallado. Lo que estaba en la superficie del cuerpo y era, por tanto, inofensivo, ha sido empujado hacia lo más recóndito del interior del enfermo, y el paciente va a la muerte como resultado de la ignorancia científica.

En este párrafo están incluidos tres puntos diferentes que conviene hacer resaltar:

Restablecer la salud, y NO ELIMINAR LOS SÍNTOMAS, es el primer punto. Restablecer la salud tiene como punto de vista poner en orden al ser humano enfermo; quitar los síntomas no significa consideración alguna para el ser humano. En efecto, quitar la constipación, las hemorroides, la hinchazón blanca de la rodilla, la enfermedad de la piel o cualquier otra manifestación local o aun la eliminación de todo un grupo de síntomas, no equivale a restablecer por completo la salud al hombre enfermo. Si

después de la desaparición de los síntomas el individuo no se siente completamente restablecido en su salud, entonces no estamos ante “una curación”. En la lección primera hemos aprendido que “el *único* deber del médico era el de curar al enfermo”, y, por lo tanto, no cumple con su deber si elimina tan solo los síntomas, o modifica el aspecto de éstos, o altera la apariencia de la enfermedad, imaginándose con esto que ha restablecido el orden. ¡Ah! ¡Cuán corto de espíritu debe ser quien tal crea! ¡Cuán le debe gustar revolcarse en el fango y encenagarse en él, quien no pueda detenerse, siquiera un instante, en meditar sobre estos hechos! ¡Cuán diferente sería su actuación si considerara que todo cambio violento que él produzca en el aspecto de la enfermedad, agravará la naturaleza interior de la misma, y que esta agravación traerá consigo el aumento de los sufrimientos del paciente! El paciente que sea capaz de expresar sus sensaciones, dirá continuamente que *él se siente restablecido* en su salud a medida que desaparece un síntoma. Debe experimentar una mejoría interna cada vez que desaparece un síntoma externo, lo que verdaderamente ocurre cuando la enfermedad ha sido curada y en el lugar de esta se restablece el orden.

Curación pronta, suave y permanente.-

La perfección de una curación consiste, pues, en primer lugar, en el restablecimiento de la salud, y luego, en que ello debe realizarse prontamente, tranquilamente y permanentemente, lo cual constituye el segundo punto. La curación debe ser rápida, debe operarse sin violencia alguna y debe ser continua o permanente. Cuando un síntoma externo ha sido quitado violentamente, tal como la constipación por los catárticos, el resultado no puede conceptuarse como agradable o permanente aún cuando haya sido rápido. Cada vez que se tiene que recurrir al empleo violento de los medicamentos, no resulta agradable ni su acción ni la reacción que sigue a su administración. En el tiempo en que fue escrito este segundo párrafo del Organon, los medicamentos no tenían el carácter suave y aún agradable que tienen hoy; la sangría, los sudoríficos, etc., estaban en boga en el tiempo en que HAHNEMANN escribía estas líneas. La Medicina ha cambiado, pero sólo en apariencia; ahora los médicos emplean las píldoras azucaradas para hacer ver que sus medicinas no tienen sabor o que tienen gusto agradable; emplean también alcaloides concentrados. Pero todo esto no se hace porque se haya descubierto algún principio nuevo; la sangría y los sudoríficos no se han abandonado de

acuerdo con principio alguno, pues los viejos médicos se lamentan todavía de que haya caído en desuso la lanceta, y a menudo dicen que feliz será el tiempo en que vuelvan a emplearla. Hay que decir que las drogas de hoy son diez veces más poderosas que las de otro tiempo, porque están más concentradas. La cocaína, el sulfonal y gran número de otros productos modernos de manufactura química, son extremadamente peligrosos, y su verdadera acción y reacción, enteramente desconocida. Los descubrimientos químicos sobre el petróleo han abierto un campo inmenso de destrucción a la inteligencia humana, al entendimiento y a la voluntad, porque estos productos son lenta e insidiosamente violentos. Cuando los medicamentos que se empleaban eran rápidamente peligrosos y violentos, su acción era manifiesta, se mostraba en la superficie, y aún el pueblo bajo la reconocía, pero hoy día se administran drogas mucho más peligrosas, porque destruyen la mentalidad del paciente. Los aparentes beneficios que reportan estos medicamentos no son nunca permanentes. En ciertos casos aparentarán mayor permanencia cuando la economía ha experimentado por vía de injerto una nueva y muy insidiosa enfermedad, mucho más sutil y tenaz que las antiguas manifestaciones, que se reflejaban en las partes externas, y es causa de esta

tenacidad el que los síntomas originales permanezcan ocultos. La enfermedad, en su naturaleza, en su esencia, no ha cambiado, y a la enfermedad natural se ha añadido una enfermedad medicamentosa, más seria que aquella.

Sólo puede ser suave la manera de curar que siga la corriente natural, restableciendo orden, y eliminando así la enfermedad. La corriente seguida por la Medicina de moda antigua va contra la naturaleza y nos hace pensar en la marcha de un gato al que se le tira por la cola para hacerle subir una cuesta. Así pues, el tratamiento que es dulce, agradable y permanente, sigue su curso produciendo raramente la menor ondulación; se adapta al desorden interno, y por este hecho, lo más exterior del hombre entra en orden. Todo vuelve al orden desde el interior. La medicina curativa no obra violentamente sobre la economía humana, sino que ejerce su acción de una manera suave: no obstante, por muy apacible y pacífica que sea su acción, ocurre a menudo que la reacción que le sigue sea violenta¹, especialmente cuando la obra de la Medicina tradicional es deshecha y reaparecen los antiguos estados.

.

l La reacción en las enfermedades agudas se manifiesta por los conocidos síntomas de sudoración, deposiciones abundantes (diarreicas o no), epíxtasis, emisión abundante de orina, etc. verdadera crisis de eliminación. En las enfermedades crónicas, si la mente estaba afectada, la reacción se presenta generalmente en el pulmón, en el estómago o en los intestinos (raras veces en la piel o en las mucosas). Si la perturbación residía en la voluntad, la reacción afecta más bien al corazón o al hígado. Precisamente el desconocimiento de estas reacciones hace creer a los alópatas en la presencia de una nueva enfermedad o, por lo menos, en una agravación, que al tratar de combatirla acarrea serios trastornos y muchas veces fatal desenlace al paciente. (NOTA DEL TRADUCTOR)

C) El tercer punto es: **“Sobre los principios que han de ser claros y fácilmente comprensibles”**. Esto significa ley , significa principios fijos, significa una ley tan cierta cual la de la gravedad. Nada de conjeturas, ni de empirismo, ni métodos revueltos o convencionales, ni sistemas tallados a medida del fabricante de remedios, en los

cuales el prospecto enseña a los prácticos a servirse de ellos. NUESTROS PRINCIPIOS NO HAN CAMBIADO JAMÁS, ni pueden cambiar; han sido siempre los mismos y los mismos seguirán siempre. Poseer íntimamente estos principios y doctrinas, estos conocimientos fijos, esta actitud de método; conocer estos medicamentos, que no cambian nunca de propiedades, y familiarizarse con su modo de actuar; tal es la aspiración principal del estudio homeopático. Cuando se han aprendido estos principios, y se persiste en la práctica de ellos, se hacen más claros y seguros a medida que se les conoce más. El empleo adecuado de estos principios lleva a la desaparición de la enfermedad, al restablecimiento de la salud de un modo suave, pronto y permanente.

Si se preguntara a un estudiante alópata, graduado en la Escuela oficial, ¿cómo podría demostrar que él había curado a un enfermo?, su respuesta sólo podría ser tal como ya hemos dicho antes, es decir: “que el paciente no murió”, “que desaparecieron los síntomas para los cuales había prescrito”. Haciendo esta misma pregunta a un práctico versado en los principios homeopáticos, encontraremos que hay medios claramente demostrativos de que él conoce que su enfermo está mejor. Comprenderíais naturalmente que, siendo las partes internas del hombre las que

primariamente entran en desorden en la enfermedad, y no sus tejidos, sean también primero aquellas las que entren en orden antes que las manifestaciones externas. Lo primero en el hombre es su voluntad, y lo segundo su entendimiento; lo último en el hombre es su exterior, desde el centro de su circunferencia hacia sus órganos, su piel, sus uñas, etc. Siendo esto así, la curación debe proceder del centro hacia la periferia, y al decir del centro a la periferia entendemos: de arriba hacia abajo, de dentro hacia fuera, de órganos más importantes a los menos importantes, de la cabeza hacia las manos o los pies. Todo práctico homeópata que comprende el arte de curar, sabe que si los síntomas desaparecen en estas direcciones, no reaparecerán jamás. Sabe además que, si desaparecen en el orden inverso al de su aparición, son eliminados de una manera definitiva. Por esto él sabe que el paciente se cura, no a pesar del tratamiento, sino que fue curado por la acción del remedio. Cuando un médico homeópata va a visitar a un enfermo, y después de observar el comienzo de los síntomas y el curso de la enfermedad, ve que estos síntomas no siguen en su desaparición este orden de marcha después que él ha administrado su medicamento, sabe que no ha logrado nada, que no ha hecho ningún bien al enfermo.

Pero sí, por el contrario, observa después de la administración de su remedio, los síntomas toman un camino inverso, sabe que su medicina ha logrado este resultado, ya que la enfermedad hubiera seguido por sí misma su curso muy diferente. La progresión de las enfermedades crónicas se extiende de fuera adentro, de la superficie hasta el centro. Todas las enfermedades crónicas tienen sus primeras manifestaciones en la superficie, y de allí se dirigen hacia los centros vitales del hombre. De ello se deduce que el enfermo recobrará la salud en la proporción en que logre hacer retroceder hacia la superficie las manifestaciones primarias de la enfermedad. Tal es la revuelta, la agravación, de que hablamos antes, como consecuencia de la acción del remedio verdaderamente homeopático y los ignorantes no desean ver reaparecer los antiguos síntomas y no obstante de su vuelta depende la única posibilidad de curación. Para poder curar los síntomas del corazón, y del pecho y de la cabeza, precisa que se presenten manifestaciones externas en la superficie, bien sea en la extremidades, o sobre la piel, uñas y cabello. Por esto hallaréis que a medida que estas partes externas se afectan, el paciente se encuentra mejor; el cabello cae o aparece una erupción sobre la piel. En casos de reumatismo cardíaco, veréis como si el enfermo

mejora aparecen dolores reumáticos en sus rodillas y el enfermo exclamará: “Doctor, cuando usted vino a verme por primera vez, yo andaba como quería por mi casa; pero ahora no puedo andar, mis articulaciones se han hinchado desmesuradamente”. Esto significa que el enfermo va a curar. Si el médico no sabe que esto significa que el paciente va a curar, hará una nueva prescripción con el fin de quitar el dolor de las rodillas y con ello logrará que el reumatismo retroceda hacia el corazón, y el enfermo morirá... y sobre decir que el médico tradicional ignora todo esto, pues tal es su método, su único plan, su recurso habitual, y de esta manera inocente mata al enfermo. Esto es una simple demostración de cómo es posible que cese una afección interior y aparezca una exterior. Puede que el paciente no cure jamás completamente, puede ser que el estado en que se halle el enfermo no mejore nada, pero **NO HAY OTRO CAMINO DE CURACIÓN QUE ESTA TRANSLACIÓN A LA SUPERFICIE DE LAS MANIFESTACIONES, LARGO TIEMPO RETENIDAS EN EL INTERIOR.**

Si el paciente es incurable, por muy suaves que sean los medios empleados experimentará siempre grandes sufrimientos en la evolución de su enfermedad, en el curso de su curación parcial, mejor dicho, de su parcial restablecimiento. Para él nada puede serle

suave, por más suaves que sean los medios empleados. En las enfermedades agudas, después de haber hecho una prescripción, no hallaremos tantas molestias como vemos en los casos incurables antiguos, o en las oscuras afecciones crónicas que datan de largo tiempo. El retorno de las manifestaciones exteriores en las extremidades, nos da cuenta exacta de que tales trastornos no fueron curados, sino simplemente suprimidos. Un ejemplo para ilustrarlo: hay muchos pacientes que han tenido reumatismo en las manos y pies, en las muñecas y rodillas y en los codos, que se han friccionado hasta la rubefacción con lociones y linimentos fuertes, con cloroformo, con balsámicos, con aplicaciones calientes, hasta lograr la desaparición, por los menos en gran parte del reumatismo de las extremidades; pero no hay médico que no sepa que esta desaparición del reumatismo aumenta la propensión a padecer síntomas cardíacos. Al prescribir para este enfermo reumático, deberá reaparecer el reumatismo de las articulaciones o no curaréis sus síntomas del corazón. Esto ocurre en todo estado que de la periferia haya refluído hacia los centros por un tratamiento local.

Podéis estar seguros como de vuestra propia vida que bajo la acción de los remedios homeopáticos veréis volver los síntomas que se

han hecho desaparecer o retroceder hacia el interior. El enfermo volverá diciendo. “Doctor tengo los mismos síntomas que ya tenía cuando fui tratado por el doctor Fulano de Tal por mi reumatismo”. Esto se presenta en la práctica médica casi cada día.

Ello requiere una pequeña explicación al paciente, y si es inteligente para comprenderla, esperará que el remedio actúe (1). Pero el médico que conceptúe como la cosa más importante el estado de su cartera dirá: “Si no doy un linimento para que se de friegas este enfermo, él me dejará”. Permitidme decir aquí que esto es el principio del mal. Haríais mejor esperando el juicio de la Humanidad y confiando que el enfermo se quedara y curara. Si habéis aprendido a prescribir para el enfermo a pesar de sus sufrimientos, si habéis aprendido a obrar bien y no lo hacéis, violáis vuestra propia conciencia.

Este párrafo hace llamamiento a la integridad individual o personal del médico: le dice en la última línea “sobre principios que sean claros y fácilmente comprensibles”. Si se deja aparte la integridad y se cree que un hombre puede hacer justamente lo que le plazca, se deja aparte también todo lo que pertenece al principio y hasta el mismo fundamento del éxito. Más cuando estos principios se llevan a cabo, cuando un hombre

se ha familiarizado totalmente con la Materia Médica, conversando de continuo con ella y es bastante inteligente en su aplicación, es decir, cuando practica la medicina con conocimiento de causa, cuando es circunspecto en su verdadera vida interior para no salirse de estos principios, entonces podrá conducirse a sí mismo hacia una finalidad, la más deliciosa; pues por estos medios podrá curar las enfermedades y conquistar una amistad, respeto y aprecio duraderos de una clase de gente digna de sus trabajos. Y tendrá lo que vale aun más que esto: tendrá una conciencia completamente pura, con todo lo que ello significa y comprende; estará libre de remordimiento, viviendo una vida de inocencia. Cuando se vive una tal vida, no se puede aprobar con un guiñar el ojo las ideas que frecuentemente se emiten en las familias, como, por ejemplo, las de evitar la procreación, las de limitar el sostenimiento de los chicos, las de separar hombre y mujer aprendiendo prácticas obscenas para evitar el embarazo. La aplicación de estos vicios y la invocación de ellos impedirán al padre y a la madre la curación de las enfermedades crónicas. Es nuestro deber como médicos inculcar tales principios a cuantos se nos acerquen, recomendándoles una vida regular. El médico

que no tenga una concepción clara del deber no merece la confianza que se le dispensa.

Tal es el deber del médico: que él es quien primero ha de darse cuenta ante todo del desorden del hombre para reestablecerlo a la salud, y para restablecer esta salud logrando una perfecta curación, debe cumplir empleando medios que sean suaves, que sean ordenados, que fluyan noblemente de la propia fuerza vital, que devuelvan el orden al hombre y que vayan guiados siempre por principios fijos y por la administración del remedio homeopático.

LECCIÓN III

3.- Percepción de lo que hay que curar en las enfermedades, de lo que hay de durativo en las medicinas y aplicación de estas a aquellas.

ORGANON -3. “Si el médico percibe claramente lo que hay que curar en las enfermedades, es decir: en cada caso individual

de enfermedad; si percibe claramente lo que hay de curativo en las medicinas, es decir: en cada medicamento en particular; y si sabe adaptar -de acuerdo con principios claramente definidos- lo que es curativo en las medicinas a lo que ha encontrado que es indudablemente morboso en el paciente, de tal modo que deba seguirle la curación; si sabe adaptarlo, tanto respecto a la conveniencia del medicamento más adecuado, según su modo de actuar para el caso que tiene ante sí, como también al modo exacto de su preparación y cantidad requerida y el debido tiempo para repetir la dosis; si, finalmente, conoce los obstáculos que se presentan en cada caso para su curación, y sabe cómo evitarlos para que la curación sea permanente, entonces él comprende como tratar el caso juiciosamente y racionalmente, y es un verdadero práctico en el arte de curar”.¹

En este párrafo admirable, como todos los de HAHNEMANN, define con mano maestra lo que ha de ser el “Arte de Curar”. Percibir la indicación curativa individual, esto es: lo que hay que curar en cada caso particular; conocer las propiedades curativas de las medicinas, por haberlas comprobado en el hombre sano, y elegir el medicamento indicado, guiándose por un principio o ley que sea inmutable. (NOTA DEL TRADUCTOR)

El traductor HAHNEMANN ha empleado aquí correctamente la palabra “percibe”, la cual significa ver hacia adentro, no meramente ver

con los ojos como sentidos externos, sino comprender claramente, entender o asimilar con la mente y con la razón.. Si HAHNEMANN hubiera dicho “ver” en vez de “percibir”, habríamos podido creer que el sentido del párrafo era el de distinguir visualmente el tumor que ha de extirparse, o, ya abierto el abdomen ver el riñón enfermo, o, por el examen de la orina ver si hay albúmina o azúcar, para que al quitar éstos por misteriosa vía, el paciente quedara curado. Por lo que antecede, es evidente que HAHNEMANN no consideraba los cambios patológicos o anatomía morbosa como constituyendo la indicación curativa en la enfermedad. El médico debe percibir lo que hay que curar en la enfermedad y la indicación curativa en cada caso particular, por la totalidad de los síntomas, ya que la enfermedad está representada o expresada por la totalidad de los síntomas, y esa totalidad (que es la voz de la naturaleza), no es en sí la esencia de la enfermedad, ya que representa tan sólo el desorden en la economía interior. Esta totalidad, que es realmente externa, como una manifestación en los tejidos, se ordenará en una forma tal como si fuese a presentar al médico el desorden interno.

Indicación curativa.- Lo primero que hay que considerar en un caso es, ¿cuáles son las indicaciones curativas en este caso? ¿Qué

signos y síntomas llaman la atención del médico como signos y síntomas curativos? Esto significa que no toda manifestación es una indicación curativa. Los resultados de enfermedad que se observan en los tejidos, en enfermedades crónicas, tales como alteraciones carcinomatosas, tumores, etc., son de tal carácter que no pueden constituir signos curativos; pero aquellos casos curables, aquellos que son capaces de sufrir un cambio, aquellos que pueden ser afectados materialmente por la administración de remedios, son las que el médico debe conocer: son las indicaciones curativas.

El médico debería tener una idea bien fundada de gobierno y ley, en las cuales no hay excepciones; debiera ver que la causa de la acción de enfermar, viene desde el centro a la periferia, desde lo más interior del hombre a lo más externo. Cuando están presentes ley y gobierno, la ley entonces dirige toda acción que tenga lugar en el sistema humano. Todo gobierno actúa desde el centro hasta la periferia. Miradlo políticamente. Cuando el sistema de gobierno central político no se respeta, prevalecen la anarquía y la pérdida de confianza. Hay también centros comerciales. Debemos reconocer Londres, París y Nueva York como centros comerciales en sus

diferentes esferas. Hasta al araña se atrinchera en su tela y dirige su universo desde el centro. No puede haber dos gobiernos; esto conduciría a la confusión. Hay solamente una unidad en cada sector. En el hombre, el centro de gobierno está en el cerebro, y desde allí gobierna a cada nervio y a cada célula. Desde allí tienen lugar todas las acciones para bien o para mal, para el orden o para el desorden; desde allí empieza el proceso de curación. El hombre se pone enfermo, no por las cosas externas, no por microbios o bacterias, ni por lo que le rodea, sino por causas que existen dentro de sí mismo. Si el homeópata no ve esto, no puede tener una percepción verdadera de la enfermedad. El desorden en la economía vital es el estado primario de la enfermedad, y este desorden se manifiesta por signos y síntomas.

Al percibir lo que hay que curar en la enfermedad, debe procederse de lo general a lo particular, debe estudiarse la enfermedad en su aspecto más general, no tal como se presenta en un individuo particular, sino en toda la raza humana. Procuremos fijar esta idea en la mente, tomando como ejemplo, uno de los miasmas agudos, no con el propósito de diagnosticar, pues esto es fácil, sino para presentarlo para un examen terapéutico. Tomemos una epidemia, ya se denomine de escarlatina, de gripe, de sarampión o de cólera.

Si la epidemia es enteramente diferente de toda otra que haya aparecido hasta ahora en la vecindad, producirá al pronto confusión. En los primeros pocos casos el médico tiene una idea verdaderamente muy vaga de esta enfermedad, pues solo ve un fragmento de ella, y solo obtiene una parte de los síntomas. Pero se extiende la epidemia y visita muchos pacientes, y quizá veinte individuos ya haya sido cuidadosamente observados. Si ahora el médico apunta o toma nota de todos los síntomas que se han presentado en cada caso, en una forma esquemática, ordenando los síntomas de la mente de los diferentes pacientes bajo el rubro de "Mente", y los síntomas de la cabeza bajo el de "Cabeza", y así sucesivamente, siguiendo el método de HAHNEMANN -todo ello considerado colectivamente-, presentará una imagen como si un solo individuo hubiese expresado todos los síntomas, y de esta manera se tendrá aquella enfermedad particular en una forma esquemática. Si coloca al lado de cada síntoma un número, correspondiente al número de pacientes que han presentado aquel síntoma, averiguará los rasgos esenciales de la epidemia. Por ejemplo, veinte pacientes han tenido dolor en los huesos, y en seguida se verá que ese síntoma es una parte de la epidemia. Todos los pacientes han tenido afecciones

catarrales de los ojos, y una erupción o rash como el del sarampión, y éstos también deben anotarse como síntomas patognomónicos. Y de esta manera tomando el esquema entero, y estudiándolo como una entidad, podréis daros cuenta de cómo esta nueva enfermedad, esta enfermedad contagiosa afecta a la raza humana y a cada paciente en particular. Cada paciente nuevo tiene unos cuantos síntomas nuevos; ha puesto su propia señal en aquella enfermedad. Los síntomas que atacan a todos, son síntomas patognomónicos; aquellos que son raros son las peculiaridades de las diferentes personas. Esta totalidad representa para la mente humana, en cuanto es posible, la naturaleza de esta enfermedad, y ésta naturaleza es la que debe tener presente en su mente el terapeuta.

Ahora hay que dar un paso más, cual es el de encontrar los remedios que corresponden a esta epidemia. Ayudado por un Repertorio, apuntará al lado de cada uno de estos síntomas, todos los remedios que hayan producido aquel síntoma. Después de recorrer así todo el esquema, puede empezar a quitar o eliminar remedios, para llegar a su finalidad práctica, y observará entonces que seis o siete remedios corren o se prodigan por todo el cuadro, y por lo tanto están relacionados con la epidemia, corresponden a toda su naturaleza. A estos se les podría llamar "el grupo de los

remedios epidémicos de aquella epidemia particular”, y con ellos se lograría curar a casi todos los casos.

Más ahora surge una nueva cuestión: ¿Cuál de estos remedios es el indicado para cada caso individual? Cuando el médico haya estudiado la media docena de remedios, puede entonces repasar la Materia Médica y fijar en su memoria los cuadros individuales, de modo que los pueda emplear con éxito. De este modo, procede de lo general a lo particular, y no hay otra manera de proceder en homeopatía. Se le llama para que asista a una familia con media docena de pacientes en cama enfermos de la epidemia, y encuentra una pequeña diferencia en cada caso, de modo que un remedio está indicado en un caso, y otro remedio en otro. En Homeopatía, no es cosa de administrar uno de aquellos remedios a todos los casos de una familia solo porque tengan un nombre diagnóstico. Ahora bien, mientras un remedio del grupo epidémico estará indicado en muchos casos, sin embargo, si ninguno de aquellos es adecuado para el paciente, el médico debe volver a su anamnesis original, para ver cual de los otros remedios es el más conveniente. Muy raramente se hallará un paciente que necesite un remedio que no esté en la anamnesis. Todo remedio tiene en sí un cierto estado de peculiaridades que lo identifica como un

remedio individual, y el paciente tiene un cierto número de peculiaridades que lo identifica como un paciente individual, y así el remedio es adaptado al paciente. No se debe dar ningún remedio por la única razón de que esté en la lista, pues la lista solamente ha sido hecha como un medio para facilitar el estudio de la epidemia. Solamente pueden hacerse fáciles las cosas por una inmensa cantidad de trabajo, y si se hace este pesado trabajo al comienzo de una epidemia, la prescripción en vuestros casos será rápida, y encontraréis que vuestros remedios abortarán casos de enfermedad, convertirán en sencillos los casos malignos, simplificarán la escarlatina de tal manera que sería imposible clasificarla como tal, detiene el curso de la tifoidea en una semana, y curan las fiebres remitentes en un día.

Si el médico no apunta este esquema en el papel, lo tendrá que hacer en la mente; pero si llega a estar muy ocupado y ve muchísimos casos, serán demasiados síntomas para que pueda retenerlos en la memoria. Os asombraréis al hallar que si anotáis una epidemia en papel, siempre seréis capaces de llevar su recuerdo en la mente. Yo mismo lo he hecho y me he sorprendido al encontrar que después de referirme al papel una docena de veces, no lo he necesitado ya más.

Ahora diréis ¿cómo relacionar esto con la fiebre tifoidea? Esta no es una enfermedad nueva, sino que es una forma vieja. Los antiguos prácticos han hecho inconscientemente de sus casos de fiebre tifoidea una anamnesis, e inconscientemente la han anotado en su mente, y por esto la llevan siempre en su memoria. No es difícil formar el grupo de remedios de la fiebre tifoidea y trabajar con este grupo de medicamentos. Lo mismo podemos decir respecto al sarampión: ciertos remedios corresponden a la naturaleza del sarampión, es decir, cuando se estudia éste por sus síntomas y no por su nombre.

Desde luego que, de vez en cuando, surgirá un caso raro y singular que os obligará a salir fuera del grupo usual. No os permitáis nunca limitaros tanto que no podáis salir del grupo de medicamentos que hayáis escogido, por ejemplo, como remedios del sarampión. Todos los casos corrientes, desde luego, necesitarán Pulsatilla, por ser tan similar a la naturaleza del sarampión, pero no está bien ser demasiado limitado o rutinario, sino estar seguro de que al administrar un remedio sus indicaciones estén claras. Todo práctico atareado piensa en Ailanthus, Apis, Belladonna y Sulphur para los casos malignos de escarlatina, y sin embargo, tiene que salirse frecuentemente de este grupo.

Así el médico percibe de la enfermedad lo que constituye la indicación curativa.

Ésta, se presenta a su mente solamente cuando es muy experto, cuando puede conversar con la naturaleza de la enfermedad, como por ejemplo, con la naturaleza de la escarlatina, del sarampión, de la fiebre tifoidea, de modo que cuando llegan la zimosis o intoxicación, cambios o alteraciones en la sangre no le sorprenden; cuando en el estado tifódico progresa, él espera que se presenten al abdomen timpánico, la diarrea, la fiebre continua, el rash, el delirio y la pérdida de conciencia. Estas cosas se destacan como la naturaleza de la fiebre tifoidea. Por lo tanto, cuando va a la Materia Médica en seguida se le presenta a la mente esta naturaleza tifódica, y así es capaz de escoger los remedios que tienen tal naturaleza. Él ve en Phosphorus, Rhus, Bryonia, Baptisia, Arscnicum, etc., formas deprimentes de fiebre que corresponden a la condición tifódica. Pero cuando el paciente salta fuera del grupo corriente ordinario de remedios, entonces es él quien ha de salirse también del camino acostumbrado y hallar otro remedio que corresponda también a la naturaleza de la fiebre tifoidea.

Con estas observaciones estoy intentando demostraros lo que el médico considera como indicaciones curativas de la enfermedad.

Primero ve la enfermedad, en general en cuanto a su naturaleza, y luego, cuando tiene aquella enfermedad una individualización, ésta individualización presentará en sus propias peculiaridades los rasgos peculiares de aquella enfermedad. El homeópata está acostumbrado a estudiar los matices más ligeros que diferencian a los pacientes, las pequeñeces que indican un remedio. Si consideramos la enfermedad solamente como la ve el médico de la Antigua Escuela, no tendríamos medios de distinción, pues es precisamente por estas pequeñas peculiaridades individuales que presenta cada paciente, por su vida interior, por todo lo que piensa, que es capaz el homeópata de individualizar.

“Si el médico percibe lo que hay de curativo en las medicinas, es decir: en cada medicina individual”. Aquí también avanza de lo general a lo particular. No puede llegar a conocer claramente la acción de los medicamentos individualmente, hasta que haya llegado a conocer la acción de los medicamentos colectivamente, procediendo de un estudio colectivo a uno particular. Así se han hecho los estudios de las patogenesias¹.

¹

¹ El texto original dice: “provings”, palabra que se encuentra constantemente en los textos ingleses de Homeopatía; significa “comprobaciones”, y se refiere al hecho de experimentar un medicamento con el fin de establecer su patogenesia. (NOTA DEL TRADUCTOR).

Supongamos que vamos a empezar a hacer una patogenesia de alguna droga desconocida. No pretenderíamos que a todos os salieran o se os presentaran los mismos síntomas, todos tendríais los rasgos generales de la droga; pero cada individuo tendría sus propios característicos. Al núm. 1, se le presentarían los síntomas de la mente más claramente que al núm. 2; el núm. 2, presentaría quizá, los síntomas de los intestinos más claramente que el núm. 1; el núm. 3, podría tener los síntomas de la cabeza muy fuertes, etc. Si, ahora se recogieran estos síntomas como si un solo individuo hubiera experimentado la medicina, tendríamos entonces una imagen de aquella medicina. Si tuviéramos cien comprobantes, podríamos abrazar y comprender toda la naturaleza de este remedio, y percibir cómo afecta a la raza humana, cómo obra como unidad.

Lo que había dicho antes referente a estudiar la naturaleza de una enfermedad, debe aplicarse al estudio de la naturaleza del remedio. Un remedio está en condición para ser estudiado como una entidad, cuando se escriben en un papel los síntomas de la mente bajo un encabezamiento, los síntomas del cráneo bajo otro, y así sucesivamente todos los del cuerpo entero, de acuerdo con el esquema de HAHNEMANN. Iremos adicionando, desarrollando y anotando en este esquema cuáles de estos síntomas son los más prominentes. Un remedio no está completamente comprobado hasta que haya penetrado y enfermado a todas las regiones del cuerpo. Cuando haya hecho esto, está pronto para el estudio y para emplearlo. Muchas de nuestras patogenesias sólo son fragmentos, y los libros las dan por lo que valen. HAHNEMANN siguió por completo cuantos remedios puso en nuestras manos (es decir; experimentó completamente todos los medicamentos que nos transmitió), los síntomas de estos medicamentos fueron impelidos a presentarse en el hombre entero. Cada medicamento individual debe estudiarse de esta manera, en cuanto a los cambios que efectúa en la raza humana.

Para comprender la naturaleza de los miasmas crónicos, psora, sífilis y psicosis, el

homeópata debe proceder de idéntica manera que para los agudos. HAHNEMANN anotó en el papel la imagen de la psora. Durante once años recogió los síntomas de los pacientes, que eran sin duda, psóricos, y los ordenó en forma esquemática, hasta que la naturaleza de este gran miasma se hizo aparente. Seguidamente a esto publicó los remedios antipsóricos, los cuales en su naturaleza tienen una similitud a la psora. Para llegar a ser realmente un prestigioso médico-homeópata, debe procederse de la misma manera para la sífilis y la psicosis.

Ahora, cuando el médico ve, como si fuera en un cuadro, la naturaleza de la enfermedad, cuando está impuesto en toda enfermedad a la que estamos expuestos y cuando ve la naturaleza de los remedios de uso corriente tan claramente como percibe la enfermedad, entonces, al escuchar los síntomas del enfermo, sabe inmediatamente los remedios que han producido en el hombre sano síntomas semejantes. Esto es lo que nos enseña el párrafo 3; procura hacer al médico homeópata tan inteligente que, cuando vaya al lecho de un paciente, pueda claramente percibir la naturaleza de la enfermedad y la naturaleza del remedio. Es cuestión de percepción, de ver con el entendimiento. Cuando el médico comprenda la naturaleza de la enfermedad y de los

remedios, entonces será verdaderamente un médico hábil.

LECCION IV

4. "Principios fijos". Ley y gobierno desde el centro.

Emprenderemos hoy el estudio de la última Parte del tercer párrafo, que se refiere a los "Principios fijos", por los cuales el médico debe guiarse. En tiempos pasados, fuera de las exposiciones doctrinales de la Homeopatía, la Medicina ha sido siempre materia de experimentación, y la Medicina de hoy, aparte también de la Homeopatía, es una "medicina de experiencias". Ahora, para preparar la inteligencia a recibir las doctrinas, es preciso

formarse una verdadera idea de la exacta y adecuada situación en que se halla la experimentación.

Si prevaleciera en el entendimiento humano una verdadera concepción de ley y doctrina, orden y gobierno, no se estarían buscando eternamente teorías, pues no serían necesarias, y además el hombre sabría lo bastante para reconocer lo que es verdad y lo que es locura.

La experimentación tiene su puesto en la ciencia, pero es sólo un lugar confirmativo, ya que solamente puede confirmar lo que haya sido descubierto por medio de principios y leyes que señalan la dirección adecuada. Las experiencias no conducen a descubrimientos; más, cuando un hombre está completamente instruido en principios, aquello que él observa por la experiencia puede confirmar lo que está en relación con la ley. El que no admite doctrinas, ni verdades, ni ley, el que no se basa en la ley para todo, se imagina que hace descubrimientos por medio de las experiencias. Con sus experimentos tratará de hacer inventos, pero sus invenciones tomarán cuantas direcciones puedan concebirse; de ahí viene que en el siglo actual, si reunimos en un congreso un millar de médicos que se basen enteramente en la experimentación, se levantarán uno y otro explicando sus experiencias, y seguirán discutiendo, pero no

habrá dos que estén de acuerdo en sus controversias. En cuanto han terminado, comparan sus experiencias, y lo que resulte de esto lo llaman ciencia, por muy lejos que esté de la verdad. El año próximo volverán a reunirse con diferentes ideas, habiendo tenido diferentes experiencias. Entonces desacreditarán lo que habían votado y acordarán lo que han desacreditado el año anterior. Tal es la Medicina de la experiencia; no confirman nada, pero hacen una serie de invenciones y teorías basadas en la experiencia. Esta es una dirección equívoca, pues la ciencia de la Medicina debe fundarse en una base verdadera. Para estar en lo cierto, preciso es observar; pero hay mucha diferencia entre una observación bajo ley y principio, y la experiencia de un hombre que no se basa ni en leyes ni en principios. La Medicina de moda antigua niega que existan principio y ley, y llaman a su sistema "la Medicina de la experiencia" ; y de aquí vienen sus doctrinas caleidoscópicas, cambiando cada año y no estando nunca de acuerdo dos veces consecutivamente.

Permitidme, una vez más, insistir en la necesidad de conocer algo referente al gobierno interno del hombre, a fin de saber cómo se desarrolla y extiende la enfermedad. Si miramos cualquier gobierno, el gobierno del

universo, el gobierno civil, el gobierno de comercio, el gobierno físico, observaremos que existe un centro que dirige y controla y es supremo. El hombre posee, como un don divino, un centro supremo de gobierno, que está en la sustancia gris de su cerebro, en la porción más elevada de esta sustancia gris. Todo lo que en el hombre existe, así como todo lo que tiene lugar en él, está presidido primitivamente por este centro, y desde allí a la periferia. Si el hombre está lesionado desde el exterior, por ejemplo, si tiene un dedo herido, pronto se arreglará, pues el orden que existe en la economía, desde el centro hasta la periferia, reparará todo mal que haya sido infligido en la superficie por una violencia exterior. La orden de reparar es la misma tanto si la violencia procede desde el interior como desde el exterior. Las heridas son violencias externas, pero las enfermedades son desórdenes internos que causan violencias. Todas las enfermedades verdaderas de la economía proceden del centro a la periferia. Todos los miasmas son enfermedades verdaderas.

En el gobierno del hombre existe un trío, un primero, un segundo y un tercero, que dirigen, a saber: el cerebro, el cerebelo y la médula espinal, o sea, tomándolo en un sentido más colectivo o generalizado: el cerebro, la médula y los nervios. Considerado desde un punto de

vista más interno, tenemos la voluntad y el entendimiento, que forman una unidad en el interior del hombre; la fuerza vital, o sea, vice-regente del alma (es decir, el limbo del alma, la sustancia formativa), que es inmaterial; y luego el cuerpo, que es material. De esta manera tenemos que la voluntad, o principio volitivo, es el que dirige, desde lo más íntimo, a través del limbo o sustancia simple, a lo más exterior, la sustancia actual o material del hombre. la cual está en toda célula, dirigiéndola. Cada célula en el hombre tiene su representación en el centro, en el medio y en lo más exterior; no hay ninguna célula en el hombre que no tenga su propia voluntad y su entendimiento, su sustancia del alma, o sea su limbo o sustancia simple, y su sustancia material.

La enfermedad debe dirigirse de acuerdo con este orden, para que no corra hacia dentro. El hombre está protegido contra lo que emana desde fuera hacia el centro. Toda enfermedad sale desde lo más interior hacia la más externo; y a menos que las drogas no estén preparadas de una forma adecuada para lograr este orden, no pueden, ni producir ni curar la enfermedad. Hay miasmas agudos y crónicos en el universo. Los crónicos, los que no tienen tendencia a curarse, son tres: La psora, la sífilis y la psicosis, y los estudiaremos más tarde, Aparte de los miasmas agudos y crónicos, solamente

podemos considerar los resultados de las enfermedades. Los miasmas son contagiosos; salen desde el interior al exterior; y aunque existen en los órganos, son sin embargo, imperceptibles; pues no pueden existir en el hombre, a menos que sea en una forma bastante sutil para que puedan obrar sobre el interior de la naturaleza física del hombre. Lo que corresponde a este interior no puede descubrirlo el hombre con sus ojos, ni con sus dedos, ni con ninguno de sus sentidos; ni tampoco puede encontrarse la causa de ninguna enfermedad con el microscopio. La enfermedad solamente puede percibirse por sus resultados; y sale hacia fuera desde el interior, desde el centro hasta la periferia, desde el sitio de gobierno hasta lo más exterior. Por esto la curación debe proceder hacia afuera.

En nuestro Gobierno civil vemos algo semejante a esto. Si ocurre alguna gran perturbación en nuestro gobierno en Washington, vemos en seguida cómo se resiente de ella la circunferencia de la nación; vemos cómo todo el país está agitado y perturbado como por una enfermedad, si el gobierno es malo. Y cuando un gobierno es bueno, lo notamos en las formas de su progreso, y todo el mundo sale beneficiado con ellas. Si en los grandes centros de comercio de Londres, París o Nueva York, tiene lugar alguna

gran crisis, toda la circunferencia que depende de estos centros es sacudida como si fuera por enfermedad. Cada pequeña oficina política depende de Washington, y este orden debe conservarse intacto; el alguacil y la policía el juez y los tribunales, son pequeños gobiernos que dependen de las leyes formuladas por el Estado. Las leyes de nuestro Estado no serían válidas si el centro de nuestro gobierno en Washington fuera derribado por otra nación. Todas las leyes en Pensylvania dependen de la estabilidad y buen orden del Gobierno en Washington, y hay una serie completa desde Washington a Harrisburg y desde allí a Filadelfia, y no puede romperse ni un eslabón.

Ahora veremos lo que debe entenderse por orden y dirección y que hay direcciones; nada hay que pueda influir desde el exterior y afectar el interior. Si algún tribunal en Filadelfia está en desorden, no perturbará en gran manera ni al país ni al Gobierno constitucional. Si alguien se quema un dedo, no perturbará mucho al gobierno central del hombre, pero el gobierno lo reparará. Esto no constituye una enfermedad que sacuda a todo el armazón; sólo puede afectar a toda la economía y perturbar el gobierno aquello que es enfermedad. Por esto puede ocurrir que un hombre se corte la mano, sin perturbar el sistema; pero si sólo una pequeña enfermedad, por ejemplo el

sarampión, emana desde el centro, sacudirá la economía entera. La Medicina de moda antigua habla de la experiencia, pero de la que depende enteramente de los ojos y los dedos; y las apariencias son muy engañosas. Si se examina algún miasma agudo, podremos saber a qué se parece, pero la esencia de él no podrá descubrirse con ninguno de los sentidos.

Hemos visto ya que todo está dirigido desde el centro; y lo que proviene de la ley, lo que viene del principio y emana desde el centro, actúa de acuerdo con el orden, y puede ser confirmado por la experiencia. Para demostrarlo más prácticamente: lo que aprendemos por el uso de la ley de los homeópatas, lo que observamos después de aprender aquella ley y las doctrinas relacionadas con ella es decir: nuestra experiencia subsiguiente, confirmará los principios. Por ejemplo, cada experiencia que obtenemos con Bryonia, hace más clara Bryonia a nuestra inteligencia; con la experiencia se siente uno más fuerte; no cambia uno, o se altera con cualquier cambio, pero sí se siente uno en terreno firme. Si todo tiende a perturbar a la mente, llega ésta a un estado de tontería o de locura, o participa un poco de ambas. Un hombre que depende de la experiencia no está nunca seguro de nada y siempre cambia de opinión; no vale nada, y la valía es algo absolutamente esencial para la

ciencia. Es preciso que los homeópatas consideren como valiosa a la ley y no al hombre, pues no hay hombre valioso. En Homeopatía es el verdadero principio lo que vale por sí, y lo que no esté de acuerdo con el principio, no puede admitirse.

Vemos con todo esto la necesidad de potenciación. Todas las causas son de un carácter tan refinado, tan sutil en su naturaleza, que pueden obrar desde el centro a la periferia, actuando desde el interior mismo del hombre, y desde allí al exterior. Lo más grosero, no puede penetrar la piel. La piel es una envoltura que protege al hombre contra el contagio de las materias más bastas; pero contra las sustancias inmateriales sólo está protegido cuando esté en buena salud. En un momento de descuido sufre, y esta es la naturaleza y la cualidad de la causa de la enfermedad. Puede emanar desde el centro y, dirigirse hacia lo más exterior, de manera que perturbe su gobierno. Esta perturbación altera el orden, y esto es todo lo que hay de enfermedad; no hay más que seguir ésta para encontrar que la misma casa en que el hombre vive, y sus células, se desarreglan. Los cambios son el resultado del desorden y acaban en la pérdida de salud, en degeneración, etc.; las células de pus, y las varias formas de degeneración son tan sólo el resultado del desorden; mientras el orden y la

armonía van perfectamente de acuerdo, mientras los tejidos estén en un estado de perfecta salud, la metamorfosis es sana, los cambios de tejidos son normales y se mantiene el estado fisiológico.

Solamente podemos comprender la naturaleza de la enfermedad y los cambios de tejidos que son el resultado de esta enfermedad, remontándonos a su principio. El estudio de la etiología en la Escuela Antigua no es más que una gran farsa, porque empieza con nada: es una suposición el que los cambios de los tejidos sean la enfermedad. Por las Doctrinas de la Homeopatía, se verá que la anatomía patológica, donde quiera que se presente, debe considerarse como el resultado de la enfermedad.

Todas las enfermedades curables se ponen de manifiesto al médico por medio de signos y síntomas. Si la enfermedad no se manifiesta con signos y síntomas, y su progreso está en el interior, nos daremos cuenta de que el paciente se halla en un estado muy precario. Los estados incurables, son frecuentemente los que no tienen signos, ni síntomas externos.

En el párrafo cuarto HAHNEMANN, dice: "El médico es al mismo tiempo conservador de la salud cuando conoce las cosas que la alteran, las que causan y sostienen la enfermedad, y sabe la manera de apartarlas de las personas

sanas". Si el cree que las causas son externas, si cree que los cambios materiales en el cuerpo son los que perturban la salud y que, por lo tanto, son la causa fundamental de la enfermedad, procurará quitarlas, y así, por ejemplo, cortará las hemorroides, o extirpará un tumor. Pero no son estos los objetivos a que se refiere HAHNEMANN. Los objetivos que él quiere indicar son invisibles y sólo pueden conocerse por signos y síntomas. Desde luego, está muy bien que el médico aleje estas cosas que son externas al enfermo y le molestan; estas no constituyen la enfermedad, pero hasta cierto punto le molestan y le ponen enfermo, agravando su miasma crónico de modo que progresará y destruirá. Estos son obstáculos externos y no son la enfermedad; pero de esta manera, el hombre llega a ser más susceptible para los miasmas agudos. Las cosas que "sostienen la enfermedad" se refieren más particularmente a las cosas externas. Hay condiciones en la vida de un hombre que mantienen o incitan el desorden. El desorden es del interior, pero muchas de las perturbaciones que agravan el desorden son exteriores. La causa del desorden es interna, y es de tal cualidad, que afecta al gobierno desde el interior, mientras las cosas más bastas, son de tal cualidad, que perturban más especialmente al cuerpo, como por ejemplo: alimento mal

elegido, vivir en casas húmedas, etc. No vale apenas la pena de detenerse en estas cosas, pues cualquier médico es suficientemente experto en higiene para poder alejar estos obstáculos externos a sus pacientes.

En el párrafo quinto, dice HAHNEMANN: "Útiles para el médico en ayudarlo curar son los detalles de la más probable causa excitante de las enfermedades agudas, etc.". La probable causa excitante es el influjo de la causa como una sustancia invisible e inmaterial, la cual habiéndose alojado en el interior fluye desde el mismo centro hasta el exterior de la economía, creando un desorden adicional. Estos miasmas requieren todos un cierto tiempo para obrar, antes que pueden afectar al hombre externo, y este tiempo se llama período prodrómico.

Esto es tan cierto en la psora, sífilis y psicosis, como lo es en toda enfermedad aguda contagiosa conocida por el hombre. Mientras que el influjo cae en lo más interior del hombre físico, no es visible, pero en cuanto empieza a obrar sobre sus nervios y tejidos, afectándole en el exterior, entonces se hace aparente. Cada miasma produce sobre la economía humana sus propios característicos, igual como cada droga produce sobre la economía humana sus característicos. HAHNEMANN dice que éstos deben ser reconocidos, que el médico homeópata debe de estar familiarizado con la

causa de la enfermedad, con las manifestaciones de la enfermedad y con las manifestaciones de los remedios para poder alejarlos de acuerdo con principios fijos y ciertos. No debería de haber ninguna hipótesis ni opinión, ni tampoco debería admitirse la simple experiencia.

Si el médico trata con casos agudos, debe tomar en consideración la naturaleza del caso como una enfermedad, y así también con los casos crónicos. Se supone que él es experto en una enfermedad por haber observado los síntomas de muchísimos casos, y por lo tanto, puede tener presente en su memoria la imagen de la enfermedad. Cuando esté perfectamente familiarizado con la imagen de aquellas enfermedades que existen en la raza humana, estará en condición de estudiar la Materia Médica, y todas las imitaciones de los miasmas encontrados en los remedios. No hay ningún miasma en la raza humana que no tenga una imitación suya en algún remedio. El reino animal contiene en sí las imágenes de las enfermedades; y el reino vegetal y mineral, de igual manera, y si el hombre estuviera bien familiarizado con las sustancias de estos tres reinos, podría tratar la raza humana entera.

Por el estudio, el médico debe llenar su memoria con imágenes que correspondan a las enfermedades de la raza humana. Es

precisamente lo experto que sea en sintomatología lo que hace al médico. Los libros actuales son defectuosos, ya que ignoran la sintomatología y no nos proporcionan una imagen de la enfermedad. Hay extensos tratados de Patología, los hay sobre herencia, pero muy pocos tratan del paciente mismo. En tiempos anteriores, cuando el médico no conocía tanto el microscopio, cuando él no examinaba las causas de la enfermedad tan minuciosamente. encontrábamos en obras como Watson's Practice (La Práctica de Watson), descripciones de enfermedades mucho mejores que las de hoy. Watson está junto al lecho del enfermo, y explica cómo ve al paciente, y por esto es un libro muy bueno para el médico homeópata. Chambers, en sus lecturas en el "St. Mary's Hospital", de Londres, también relata, con exactitud, la apariencia del enfermo. Actualmente, el médico de la Escuela Antigua dice: "No quiero saber nada de sus síntomas; tome esto y vaya a la primera farmacia para que se lo compongan". Tal es el estado de las cosas hoy día: una mirada a la lengua, tomar el pulso y "tome esto", dándole una receta para la farmacia más cercana. ¿Esto es observar los enfermos? ¿Puede tal hombre ser el guardián del enfermo, dado el tiempo que requiere descubrir cada pequeño detalle de la enfermedad, y que con sus prisas ahuyenta a la

muchacha nerviosa sin permitirle relatar sus síntomas? Tales pacientes, después de una hora de conversación y de tomar los síntomas, me han dicho: "El otro médico me dijo que tenía histerismo, y que no tenía nada, que era solamente nerviosa". Esto es lo que la patología moderna hace pensar y decir a los hombres. Se niega todo lo que no se puede descubrir por los sentidos; de aquí que esta ciencia falsa se nos ha impuesto hasta que ha llegado a ser una locura típica. En cuanto al final de la enfermedad, lo que hará, la enfermedad no importa mucho, porque por los síntomas hemos percibido la naturaleza de la enfermedad y podemos seguramente confiar en el remedio. Si no se administra ningún remedio para detener su curso, podría localizarse en el corazón, en los pulmones o los riñones; pero la naturaleza de la enfermedad existe en aquel estado del gobierno desordenado, expresado por signos y síntomas.

LECCIÓN V

5. Criterio a sostener en las causas externas y en los casos quirúrgicos.

Volvamos un momento al párrafo cuarto, en que HAH NEMANN dice:

OAGANON, 4. "El médico es también conservador de la salud, cuando conoce las cosas que la alteran, las que producen y sostienen las enfermedades y sabe apartarlas del hombre sano."

El médico homeópata falla, si no sabe discernir. En efecto, entre las primeras cosas que debe aprender es: "Dar al César lo que es del César", poner cada cosa en su lugar, y mantener en todo el orden: Este pequeño párrafo parece referirse tan sólo a la Higiene. Una de las cosas más superficiales en él, es indicar a las personas que enferman por malos hábitos que dejen sus malas costumbres, ahuyenten de las casas húmedas, hagan

desagües en las cloacas o manden poner sifones en ellas, si nos envenenan con gases mefíticos. Es un deber de todos hacer esto, pero lo es más especialmente del médico, y no hemos de insistir más en ello. Evitar el café y el vinagre, etc., etc., pueden, parecer cosas superfluas, pero es así como se conserva la salud.

El criterio es, pues, algo muy importante. Para demostrarlo de una manera general, podríamos decir que quien sufre de la conciencia no necesita un cirujano: necesita un sacerdote. Quien esté enfermo en su fuerza vital necesita un médico, y el que tiene una herida lacerada o algún hueso roto o una deformación cualquiera, tiene necesidad de un cirujano. Si se ha de extraer una muela, precisa un cirujano dentista. ¿Qué se pensaría de una persona que en vez de ir a buscar a un cirujano para curar un hueso roto, fuera a buscar a un carpintero para remendar el tejado de su casa? Si fuera sólo la casa la que necesitara reparación, precisaría un carpintero y no un cirujano. El médico debe discernir entre el hombre y su casa, y entre la reparación del hombre y la reparación de su casa. Sería locura dar una medicina para una herida desgarrada, esperando se cerrara la profunda herida con una dosis de algún remedio. Los daños causados por cuchillos, ganchos, etcétera,

afectan la casa en que el hombre vive y deben ser atendidos por el cirujano. Cuando las burdas condiciones exteriores afectadas desde el exterior se complican con el hombre interior, entonces se requiere la medicina. Si el médico actúa también como cirujano, debe saber cuándo ha de obrar como tal, y cuándo debe abstenerse. Deberá coser una herida, pero no quemar una úlcera con nitrato de plata. Si no es capaz de discernir y a toda úlcera pone sus aplicaciones externas, no es un conservador de la salud. Cuando están presentes signos y síntomas, el médico es necesario, porque unos y otros vienen del interior al exterior. Pero si su condición es debida solamente a causas exteriores, el médico debe suspender su actuación y dejar que cumpla su deber el cirujano. Sin embargo, vemos por todas partes médicos que bombardean la casa en que vive el hombre, y no tienen idea alguna de la manera de tratarle. No son más que carpinteros, que intentan reparar el tejado y ponen planchas y vendas y, sin embargo, cometen una falta grave vendando al paciente de cabeza a pies.

El médico debe conocer las cosas que alteran la salud y evitarlas. Si la raíz de un viejo diente causa cefalalgia día y noche, la causa debe ser quitada. Prescribir cuando una astilla está apretando un nervio, y dejar esta astilla en la herida dentro, sería locura y un descuido

criminal. La finalidad del médico debe ser el discernir y alejar las causas externas y devolver al orden las causas internas. Un hombre viene para dejarse tratar, y vive de langostas y cangrejos y otras porquerías, demasiado fuertes para el estómago de una persona; si continuamos dándole Nux vomica a este hombre, seríamos tontos. Si un hombre que ha llevado una vida viciosa, se aparta de ella, puede ayudársele; pero mientras que aquella causa externa no esté alejada, el médico que pretenda tratarlo no obrará con discernimiento. Costumbres viciosas, mala vida, vivir en casas húmedas, son cosas externas y deben evitarse. Cuando un hombre evita estas cosas externas, es limpio, escoge su comida cuidadosamente, tiene un hogar confortable, y, sin embargo, se siente mal, entonces se le debe tratar interiormente.

Sabéis bien cuánto se nos calumnia y cuántas falsedades se dicen de nosotros; habéis oído decir alguna vez de algún homeópata estricto: "El intentaba curar una pierna rota con la potencia C. M. de Mercurio. ¡Qué tonto!" Pero, sin embargo, aparte de estos casos, este criterio es algo muy importante. Debéis acordaros de estos casos, especialmente cuando estéis muy ocupados, pues entonces será muy difícil decidir. Esta clase de diagnóstico es muy importante, porque decide

entre las cosas externas y las internas. Es mucho más importante que diagnosticar los nombres de las enfermedades. No todos los médicos discernen de esta manera, pues si así fuera, no se emplearían tantas cataplasmas y aplicaciones externas homicidas. Entre los que no discernen están aquellos que administran medicinas exteriormente y las dan también al interior. Volvamos ahora al párrafo quinto, que dice así:

ORGANON, 5. "Son útiles para el médico, para ayudarle a curar, los detalles de la más probable causa excitante de la enfermedad aguda, como también los puntos más salientes en la historia entera de la enfermedad crónica, que le permitan descubrir la causa fundamental de la enfermedad, la cual es generalmente debida a un miasma crónico. En estas investigaciones debe tomarse en consideración la averiguable constitución física del paciente (especialmente cuando la enfermedad es crónica), su carácter moral e intelectual, sus ocupaciones, su manera de vivir y sus costumbres, sus relaciones sociales y domésticas, su edad, sus funciones sexuales, etc."

Poco se sabe de las verdaderas causas excitantes. Las afecciones agudas se dividen en dos clases: (I), aquellas que son miasmáticas,

que son verdaderas enfermedades; y (2), aquellas que podrían llamarse enfermedades mímicas. Las últimas no tienen causa definida, son producidas por causas externas, como el vivir en casas húmedas, disgustos, mal vestir, etc., y en cuanto se eliminan éstas causas, el paciente recobra la salud. Pero las primeras, debidas a miasmas agudos, tienen que recorrer un curso diferente. Tienen un período prodrómico, un período de ascenso, y un período de declinación, si por su gravedad, no llega a causar la muerte. El sarampión, la escarlatina, la tos ferina, la viruela, etc., son ejemplos de miasmas agudos. El médico debe también conocer los miasmas crónicos, psora, sífilis y psicosis, los cuales los estudiaremos más adelante. Estos tienen, igual que los agudos, un período prodrómico un período de ascenso, pero no tienen, como los agudos, un período de declinación. Si el tiempo y las circunstancias son favorables, el miasma crónico está quieto; pero los tiempos adversos lo excitan en su actividad, y cada vez que se excita, su condición es peor que en la última exacerbación. En este párrafo nos enseña HAHNEMANN, que los miasmas crónicos son la causa fundamental de los miasmas agudos; lo que equivale a decir, que si no hubieran miasmas crónicos, no habrían miasmas agudos. En la propia naturaleza de los miasmas crónicos

está la predisposición del hombre para las enfermedades agudas, y las enfermedades agudas son como un combustible añadido a una conflagración inextinguible. Las enfermedades agudas existen pues, por causas específicas, que cooperan con la susceptibilidad del individuo. No reconocemos el sarampión, ni la escarlatina, a no ser en los enfermos. Su influencia podría existir en la atmósfera, pero no la podemos ver. De modo que, aparte de los individuos que la contraen y en los que se desarrolla, no podríamos saber que existiera tal enfermedad como sarampión. Si no hubieran niños en la tierra susceptibles al sarampión, no tendríamos sarampión, y si no hubieran miasmas crónicos, no habría susceptibilidad. Más tarde estudiaremos el asunto de la susceptibilidad.

La Psora es la causa de todo contagio.-

Si el hombre no hubiera tenido psora, no podría tener los otros dos miasmas crónicos; pero la psora, la más antigua, ha llegado a ser la base de las otras. Los médicos de hoy día no comprenden la definición de HAHNEMANN de la psora; creen que significa una vesícula de sarna o alguna otra clase de herpes. Consideran la sarna como el resultado de la acción de un insecto que se arrastra en la piel, produciendo vesículas, todo lo cual es externo. Esto está completamente de acuerdo con la forma

moderna de investigación, porque solamente se puede comprender aquello que se descubre por los sentidos. La idea de HAHNEMANN acerca de la psora, como veremos cuando la estudiemos, es enteramente diferente de estas opiniones equivocadas. Psora corresponde a aquel estallo en que el hombre ha desordenado su economía a tal grado, que ha llegado a ser susceptible a toda influencia nociva que le rodee. El otro día empleaba el ejemplo del Gobierno civil, y dije que si nuestro Gobierno civil es malo en su centro, será desordenado en su exterior. De la misma manera, si el hombre es malo en su interior, por ejemplo, en su voluntad y su entendimiento, el resultado de este mal influye en su vida y él está en un estado de desorden. Si el hombre existe miles de años y sigue pensando teorías equivocadas y las lleva al efecto en su vida, su vida llegará a ser una vida de desorden.

Más tarde podremos demostrar cómo esta condición desordenada de la economía es el estado fundamental de la naturaleza de la psora, la cual actúa en último término sobre el cuerpo, por los cambios de los tejidos. Supongamos que un hombre se propone firmemente, por creerlo adecuado y correcto, vivir de una cierta clase de alimento que le es muy desagradable; vive con este régimen hasta que llega a pensar (con firme creencia) que a él

verdaderamente le gusta; y con el tiempo, su propio exterior llega a ser tan morboso como él mismo. Cuando el hombre está loco en su interior, sólo es cuestión de tiempo el que su cuerpo adquiera los resultados de la locura, porque el interior del hombre forma el exterior. Si el interior está loco, el exterior será deforme, y sólo estará adecuado para la manera de locura o vida desordenada que habita dentro. Falso en el interior, falso en el exterior, de suerte que el cuerpo se convertirá también en falso. Esto es hablar por analogía, pero se podrá ver que ello es absolutamente verdad.

Todo lo que aparece delante de los ojos no es más que el representante de su causa, y no hay ninguna causa excepto en el interior. La causa no emana desde el exterior del hombre hasta el interior, porque el hombre está protegido contra tal estado de cosas. Las causas existen en una forma tan sutil, que no pueden verse con los ojos. No existe ninguna enfermedad cuya causa sea conocida por el hombre, valiéndose de sus ojos o por el microscopio. Las causas de enfermedad son infinitamente demasiado finas para poder observarlas con ningún instrumento de precisión. Son tan inmateriales, que corresponden y obran sobre la naturaleza íntima del hombre y se resuelven en el cuerpo en forma de cambios de tejidos, que pueden

reconocerse por el ojo. Estos cambios en los tejidos deben únicamente interpretarse como los resultados de las enfermedades, pues el médico nunca podrá percibir lo que es causa de enfermedad, cuál es la enfermedad, lo que es potenciación, ni lo que es la misma naturaleza de la vida. Esto es lo que HAHNEMANN quiere decir cuando habla de las causas fundamentales como existentes en los miasmas crónicos.

Tan pronto como un hombre lleva una vida desordenada (I), es susceptible a influencias exteriores, y cuanto más desordenado vive, es tanto más susceptible a la atmósfera en que vive. Si el hombre piensa de una manera desordenada, también llevará una vida desordenada y se hará enfermo por las costumbres desordenadas de pensar y vivir. Este estado mental alterado es lo que HAHNEMANN reconoce como más cierto, pues nos dice constantemente en todas sus enseñanzas, que debemos prestar siempre la mayor atención al estado mental. Debemos empezar con los signos que representa la mente al principio de la enfermedad, y este principio se encontrará representado en el desorden mental por signos y síntomas, y en el curso de la misma, tendremos las manifestaciones ordinarias de la enfermedad. Cuanto más tiende aquella enfermedad a

resolverse en la forma exterior ordinaria, tanto menos señala al médico el remedio. Cuanto más mental es, tanto mayores son los signos para que el médico halle directamente el remedio.

"En estas investigaciones hay que tomar en consideración la averiguable constitución física del paciente, etc." Este es el segundo estado que sigue a un primero desordenado. Este trata con el exterior; se refiere a lo externo. Hay que considerar a ambos, al hombre interno y al externo; es decir: deben considerarse las causas que obran en este interior desordenarlo, y luego los resultados que constituyen la apariencia exterior, especialmente cuando la afección es crónica. Estas dos cosas deben ser consideradas: la naturaleza o la esencia de la enfermedad, y su apariencia. Hoy día, las enfermedades se nombran en los libros por su apariencia y no por idea de lo que, sea la naturaleza o esencia de la enfermedad, y por esto los nombres en los libros son engañosos, ya que no se refieren al hombre enfermo, sino a los resultados de la enfermedad. Si la enfermedad se ha fijado en el hígado, se dan varios nombres al hígado; si en los riñones o el corazón, a estos órganos se les da nombres, y a estos términos se llaman enfermedades. La tisis es un estado tuberculoso de los pulmones, que no es más que el resultado de un desorden

interior, el cual obraba interiormente mucho antes de enfermar el tejido.

Los médicos de hoy día os dirán que ellos vuelven a la causa, pero no presentan ninguna causa; sólo enseñan las condiciones superficiales que empeoran al hombre tísico. También os dirán que la causa de la tuberculosis es un bacilo; pero si el hombre no hubiera sido susceptible al bacilo, no hubiese podido ser afectado por él. Efectivamente, los tubérculos vienen primero, y los bacilos son secundarios. No se ha encontrado nunca al bacilo antes del tubérculo, sino que sigue a éste y luego viene como un barrendero. La causa del depósito tuberculoso está en la psora, en el miasma crónico. Los bacilos no son la causa de la enfermedad. sino que vienen después.

Los alópatas, verdaderamente toman la continuación como la consecuencia, lo que les conduce a una falsa teoría, la teoría bacteriana. Destruiréis la bacteria y sin embargo, no destruiréis la enfermedad. La susceptibilidad queda la misma, y sólo los que son susceptibles contraerán la enfermedad. La bacteria tiene una utilidad, pues no hay nada en el mundo que no tenga su utilidad, y no hay nada puesto en la tierra para destruir al hombre. La teoría bacteriana traería consigo la idea de que el Todopoderoso haya mandado estos microorganismos para hacer enfermar al

hombre. Vemos por este párrafo que HAHNEMANN no ha adoptado semejante teoría, cual la bacteriológica.

Tomaremos este tema y lo demostraremos completamente más tarde, pero puedo daros ahora algunas indicaciones para haceros pensar hasta que lleguemos a ello. Sabemos que una herida de disección es muy grave, si el cuerpo que se disecciona es recientemente muerto, y esto lo suponemos debido a alguna bacteria de poder misterioso capaz de establecer tan terrible envenenamiento erisipelatoso, que entraría en la sangre del hombre y le haría enfermar de una especie de septicemia. Efectivamente, poco después de la muerte tenemos un veneno ptomaína, veneno del cuerpo muerto, que es de un carácter alcaloidal, pero todavía no descubrimos la presencia de bacterias. El veneno está allí, y si alguien se pincha mientras está diseccionando aquel cuerpo, y no cuida la herida, puede contraer una enfermedad grave y morir. Pero si después que el cadáver ha permanecido allí algún tiempo y se ha infectado con bacterias, el disector se pincha, la herida no será peligrosa.

Cuanto más bacterias haya, menos veneno. Una evacuación tifódica, cuando pasa primeramente por los intestinos, contiene muy pocas bacterias, y, sin embargo, es muy venenosa. Pero en cuanto permanezca allí

hasta que se ponga negra de bacterias, es comparativamente benigna. ¿Por qué no aumenta el veneno con la bacteria? Se puede potenciar, como yo he hecho, una parte de una masa tuberculosa, llena de bacilos tuberculosos; y después de potenciarla, después de estar triturada con azúcar de leche y aplastada en una pulpa, continuará manifestando sus síntomas en la forma más potente. Se puede precipitar el flujo tuberculoso purulento en alcohol, precipitar la vida animal entera y potenciar el líquido que sobrenada, hasta que haya alcanzado la potencia trigésima; y después de haberla potenciado y atenuado hasta que no pueda encontrarse ningún microbio, sin embargo, si se administra a un hombre sano, manifestará la naturaleza de la enfermedad en la economía, tal como se presenta antes de la tisis. De esta manera tenemos la causa de tisis, no en la bacteria, sino en el virus, ya que la bacteria se ha enviado para destruir este virus. El hombre vive mucho más tiempo con la bacteria de lo que podría vivir sin ella. Si pudiéramos lograr hoy hacer penetrar un fluido en la economía, que destruyera las bacterias, aquel tísico moriría muy pronto.

El estudio de la enfermedad en cuanto a su causa fundamental, y por cuanto a su causa aparente, es un tema importante. No podemos

estudiar la causa a menos que hayamos comprendido bien el gobierno que la rige en relación con la ley. Por lo tanto, tened presente que la ley dirige, y la experiencia confirma. La ley no es más que un estado ordenado de gobierno desde el centro hasta la circunferencia, un gobierno donde hay una cabeza. Enséñeme alguna compañía que no tenga capitán y me enseñaréis una compañía desordenada. El orden existe desde lo más alto hasta lo más bajo, desde el centro hasta la circunferencia.

Ahora os he llevado a un punto donde podéis preguntar ¿No es un desorden para el hombre que decida lo que es verdad por los sentidos? Pongamos al orden, como homeópatas, nuestras vidas, nuestra capacidad de pensar y nuestra vida científica, para que podamos empezar a poner al orden la raza humana. Adoptemos el plan de pensar en las cosas desde su principio y seguir las en una serie hasta su conclusión. No hay ningún hombre que sea autoridad, pero principio y ley son la autoridad. Si esto no se puede ver así, es inútil emplear procedimiento alguno para progresar en el estudio de la Homeopatía. Si el hombre no puede ver esto, no puede ver la necesidad de la armonía desde el centro hasta la circunferencia, de gobernar con una cabeza, y por esto sería inútil para él estudiar el cuerpo

humano, con el propósito de administrarle medicina. Debe aceptarse en esta forma o, si no, no le satisfará al hombre, no justificará su esperanza; no hará lo que él espera. Sólo cumplirá lo que la Alopátia ha cumplido, a saber: el establecimiento de la confusión sobre la economía.

LECCION VI

6.El observador imparcial sólo anota el cambio de estado según viene demostrado por los síntomas.

ORGANON, 6. "El observador imparcial, libre de prejuicios, bien conocedor de la futilidad de especulaciones trascendentales que no pueden recibir confirmación de la experiencia por grande que sea su capacidad de Penetración, no toma nota en cada caso individual, más que de los cambios en la salud del cuerpo y de la mente, que pueden percibirse externamente por medio de los sentidos; es decir, nota solamente las desviaciones del anterior estado de salud del individuo, ahora enfermo, que el paciente mismo siente y que son notadas por los que le rodean y observadas por el médico. Todos estos signos perceptibles representan la enfermedad en toda su extensión; es decir, su

conjunto forma el Único y verdadero cuadro de la enfermedad." Lo que enseña este párrafo es que los síntomas representan para el médico inteligente todo lo que es conocido de la naturaleza de una enfermedad; que estos síntomas representan el estado de desorden; que la enfermedad es sólo un cambio de estado, y todo lo que el médico tiene que hacer, es corregir el estado desordenado. Parece que HAHNEMANN V quiere decir que sería una gran locura para el hombre mirar en el interior de sus propios órganos para establecer una teoría a fin de averiguar si es el estómago el que hace enfermar al hombre, o si es el hígado el que le hace enfermar, o si es el hígado el que hace enfermar al estómago, y así sucesivamente. Sólo podemos acabar en teorías mientras pensamos de esta manera. Mientras pensemos nada más que en los órganos del hombre y cómo ocurren estas cosas, estaremos en una confusión; pero esto no ocurrirá si pensamos en los síntomas del enfermo, que representan completamente la naturaleza de la enfermedad, después de haber anotado cuidadosamente estos síntomas.

HAHNEMANN, en este párrafo empieza por hablar del observador imparcial, del "observador libre de prejuicios". Actualmente es casi imposible encontrar a alguien que pudiera llamarse así. Todos los hombres tienen

prejuicios: unos en política, otros en su religión, otros en sus ideas de Medicina, y a causa de sus prejuicios es incapaz de razonar. Basta hablar un momento con él y en seguida empezará a contar lo que él piensa: dará su opinión como si ésta tuviera algo que ver con aquello. Los hombres de hoy no pueden reconocer la ley, y por esto son parciales. Pero si el hombre tiene alguna autoridad en que pueda descansar, puede deshacerse de sus prejuicios. Supongamos que tenemos un gran diccionario que es autoridad sobre la ortografía de las palabras. Si un club de unos ciento cincuenta hombres compra este libro y lo pone en un estante y dice: "Acordemos escribir las palabras de conformidad con este Diccionario", esto sería un reconocimiento de que el libro es autoridad. Desde entonces no habría ninguna cuestión referente a ortografía. Pero si no existiera autoridad, uno escribiría de una manera y el otro de otra; no habría ninguna norma ortográfica. Tal es el estado actual de la Medicina; no hay ninguna norma de autoridad. Un libro es autoridad en una escuela y en otra escuela tienen otro libro, y de esta manera hay una confusión.

El hombre no puede deshacerse de sus prejuicios hasta que establezca alguna autoridad y la reconozca. En Homeopatía, la ley y sus principios deben ser aceptados como

autoridad. Cuando los conocemos es fácil aceptarlos como autoridad; pero mientras no son conocidos, no hay autoridad y todo el mundo es parcial. Muy a menudo le preguntan al médico: "Señor doctor, ¿cuáles son sus teorías acerca de la Homeopatía? ¿Cuáles son sus teorías de Medicina?" Yo no tengo teorías. Es un asunto que debe decidirse por doctrina y principio, y no sé nada de teorías. Una mujer entró esta mañana en mi despacho y dijo: "Doctor, yo siempre he sido tratada por la Escuela Antigua, pero los médicos eran incapaces de decidir si era el hígado el que hizo enfermar a mi estómago, o si era el estómago que hizo enfermar al hígado". Esto solamente es confusión. Ningún órgano puede hacer enfermar al cuerpo; el hombre es anterior a sus órganos; pueden quitarse algunas partes del cuerpo y, sin embargo, el hombre vivirá. No hay tal cosa; un órgano no puede hacer enfermar a otro. En cuanto nos hacemos cargo de que las cosas proceden desde el centro hasta la periferia, debemos admitir de que el estómago fue puesto en desorden desde el centro y que el hígado fue puesto en desorden desde el centro también, pero que no enfermaron el uno al otro. Quien ha sido enseñado en estas ideas, no puede deshacerse de ellas por mucho tiempo. Requieren algunos años antes que podamos desprendernos de estas fantasías y nociones

que hemos adquirido desde nuestra herencia. No podemos deshacernos de la confusión hasta que sepamos en qué consiste la confusión.

En este párrafo, HAHNEMANN no habla de cambios de tejidos ni de cambios en los órganos, sino de cambio de estado. El hombre puede ver y sentir cambios de tejidos, pero éstos no representan al médico inteligente la naturaleza de la enfermedad o la causa de la enfermedad; sólo indican que a causa del desorden de dentro han sobrevenido ciertos resultados. El observador imparcial libre de prejuicios, puede ver que la patología no representa la naturaleza de la enfermedad; porque numerosas enfermedades así llamadas, pueden presentar la misma patología y los mismos fenómenos. Lo triste es que haya tan pocos observadores imparciales. Una de las primeras cosas que debemos hacer en el estudio de la Homeopatía es deshacernos de nuestros prejuicios. Por lo tanto, os ruego mientras estéis sentados en esta sala, dejéis a un lado todo lo que hasta ahora habéis imaginado o supuesto, las fantasías y nociones, "lo que yo pienso de ello", las cosas que haléis aprendido de hombres y libros, para seguir solamente ley y principio, cosas que no pueden engañar, ni pueden variar.

Hasta la misma ley engañará si la mente del hombre está llena de prejuicios; pues si él

interpreta mal la ley y la doctrina, si las cosas que se llaman negras, a él le parecen blancas, cada imagen parecerá invertida a su mente parcial, porque él comprende solamente con los sentidos, y ve con los ojos, y siente con los dedos las apariencias de las cosas; así como decimos que el sol se levanta, porque juzgamos por los ojos aunque sabemos en la inteligencia que el sol no se levanta. Si sólo creemos en nuestros sentidos, aceptaremos todas las nociones de los hombres. Si los sentidos fueran invariables, los hombres estarían de acuerdo, pero no hay dos hombres que estén de acuerdo en todo; pues al igual como difieren las observaciones de los hombres se establecerán diferentes nociones y teorías. Debemos procurar quitarnos los prejuicios con los cuales hemos nacido y con los que hemos sido educados para que podamos examinar los principios y las doctrinas de la Homeopatía y procurar su comprobación. Si no podemos deshacernos de los prejuicios, los principios nos parecerán locura. El observador imparcial es el único verdadero hombre de ciencia.

"Él percibe en cada afección individual nada más que un cambio de estado". Los cambios de estado son tales que el propio paciente los observa, y así él explica: que es olvidadizo, que su mente no funciona como antes, que a menudo está en un estado de confusión, que

cuando intenta expresarse en una frase, parte de ella se le olvida, la idea pasa o que está ahora irritado, mientras que antes tenía buen humor; que está triste, y antes siempre estaba alegre, que hay cambios en sus aficiones, en sus deseos y sus aversiones. Estas cosas tienen relación con los estados; no con los tejidos enfermos, sino con el estado de desorden o falta de armonía. El Dr. Fincke lo expresa como una "desafinación".

Después que el paciente haya explicado todo lo que pueda referente a su cambio de estado, puede el médico obtener también información de los que rodean y tratan al enfermo con afecto, parientes que le quieren bien. Si es el marido el que está enfermo, es aconsejable obtener el testimonio de la esposa. Después que el médico haya anotado toda la información de acuerdo con el § 85, para encargarse del caso, empezará a observar cuanto pueda referente al desorden, pero especialmente lo que el paciente quiere ocultar, o no puede explicar, o no sabe. Muchos pacientes no saben que son torpes; que hacen cosas raras y extrañas en el consultorio del médico -cosas que no harían si estuviesen en buena salud-, y éstas son demostraciones de cambio de estado.

El médico también nota lo que ve, percibe olores, el sonido de los órganos, ruidos en el

pecho, la intensidad de la fiebre, por la mano o por el termómetro, etc., y cuando haya pasado por todo este cuadro, incluso todo lo que puede representar la enfermedad, entonces habrá logrado tener todo lo que pueda ser de verdadera utilidad para él. ¿Y si se presentan cambios en los tejidos? No hay nada en la naturaleza de un tejido enfermo que pueda indicar un remedio; sólo es un resultado de la enfermedad. Supongamos que existe un tumor abdominal o un tumor en la glándula mamaria, no hay nada en el tumor o en el aspecto del tumor que pueda indicar la naturaleza del cambio de estado. Las cosas que se pueden ver, por ejemplo, los cambios en los tejidos, son los de menos importancia; pero lo que se ve en el paciente mismo, como se mueve y obra, sus funciones y sus sensaciones, son manifestaciones de lo que pasa en su economía interna. La naturaleza de todo desorden se representa, al hombre por medio de signos y síntomas, y estas son las cosas sobre las que debe basarse la prescripción.

Tomemos un caso que todavía no tenga ningún cambio patológico, ninguna anatomía morbosa, un caso que solamente tenga cambios funcionales: el conjunto de signos y síntomas representan para el médico inteligente la naturaleza del estado morboso, y es tan claro como el del remedio a emplear. Pero si el

paciente no recibe el remedio, ¿qué sucederá? Continuará el caso por algún tiempo, quizá dos o tres años, y cuando vuelva a examinarle, se encontrará que tiene cavidades en los pulmones o un absceso en el hígado, o albúmina en la orina, etc. Si fuera esto último, según las antiguas nociones y teorías tendríamos que recetar ahora para la enfermedad de Bright, y no se pensaría que el remedio que se había decidido prescribir hace dos años estaba perfectamente indicado entonces, y es el que debiera prescribirse ahora. El paciente necesitaba aquél remedio desde su infancia y se habría podido deducir pura y simplemente de los signos y síntomas de su cambio de estado, sin cambio alguno en los tejidos. ¿Supondréis que porque ahora la enfermedad haya progresado alterando los tejidos, que los órganos estén fallando y el hombre vaya a morir, que por esto ha cambiado su estado primitivo? El paciente necesita el mismo tratamiento que necesitaba desde su infancia. La misma idea de su enfermedad debe prevalecer, aunque haya cambios en los tejidos. La enfermedad de Bright no es ninguna enfermedad: es simplemente un resultado o una condición orgánica que ha seguido el progreso del cambio original de estado. Bajo otras circunstancias hubiera podido afectar su hígado, o los pulmones.

Los cambios en los tejidos no indican el remedio; y por esto, como médicos, debemos aprender a examinar los síntomas que son anteriores a la anatomía morbosa; debemos remontarnos hasta el comienzo de la enfermedad. El paciente, que os he descrito, debe considerarse igual que cuando tenía un simple cambio de estado antes de que se complicara con alteraciones en los tejidos. Aparte de esto, no hay ninguna clase de tratamiento para la enfermedad de Bright, ni para ningún cambio orgánico. Nuestros remedios sirven al hombre antes que su estado haya cambiado en los resultados de enfermedades, y estos remedios no cambian porque la anatomía morbosa se haya presentado, son aplicables tanto antes de los cambios de tejidos como después. Si no sabemos lo que era el principio de la enfermedad, no podremos tratar inteligentemente los resultados de la misma.

En una nota al pie de página, HAHNEMANN dice: "No comprendo, por lo tanto, cómo era posible para un médico al lado de un enfermo, permitirse la suposición, que sin atender muy cuidadosamente a los síntomas y guiarse por ellos en el tratamiento, debiera averiguar y descubrir sólo en el oculto y desconocido interior lo que hay que curar en la enfermedad", etc. Los hombres sabios en la Escuela Antigua

dirían: "¡Oh!, no me importan nada sus síntomas. No me importa si usted es olvidadizo o irascible. Si no puede dormir, ya le daré algo para hacerle dormir, pero debo percutir su hígado, pues esto es la causa de su dolencia, le recetaré por esto". ¡Qué idea tan falsa! Su entendimiento se basa sobre pura teoría. Es muy común, cuando no saben lo que ha matado a un hombre, hacer una autopsia para descubrir la causa y hallar así ciertas condiciones patológicas; pero la finalidad del médico es descubrir en su próximo paciente, cuando estén presentes iguales condiciones.

Por otra parte, es cierto que la autopsia proporciona al médico los medios de un estudio general de los resultados de las enfermedades, que por mi parte de ningún modo trataría de impedir. Efectivamente, a veces recomendaría altamente el estudio de la anatomía patológica. El médico no conocerá nunca demasiado la terminación de una enfermedad; debería llegar a conocer los tejidos en todas las condiciones; pero estudiar éstos con la idea de que de este modo podrá curar los enfermos, o que las cosas que aprenda con esto le van a ayudar a recetar, es una gran locura. Es asombroso que los médicos esperen averiguar por estas autopsias y exámenes de los órganos lo que debieran hacer para tratar a la gente enferma.

El diagnóstico físico es muy importante en su lugar. Por medio del diagnóstico físico puede el médico averiguar los cambios en los órganos, lo que ha progresado la enfermedad, y determinar si el paciente es incurable. También es necesario para proporcionar un informe a las juntas de Sanidad. También sirve para determinar si se ha de administrar un tratamiento curativo o paliativo. Pero el estudio de patología es una cosa aparte y diferente del estudio de la Materia Médica.

En muchos casos se hace un examen tonto. En los colegios, las mujeres son examinadas con el especulum, y si la membrana mucosa está roja, le administran al paciente Hamamelis, y así sucesivamente, de una manera rutinaria; cinco o seis remedios cubren todas las enfermedades de la mujer. Media docena de remedios constituyen el armamento de muchos de nuestros más eminentes ginecólogos. Tal práctica no cura, ni siquiera aprovecha momentáneamente; es sencillamente un ultraje. Pero por malo que sea, tal vez no es un ultraje tan grande como el que se comete cuando el médico se imagina que la enfermedad es local y que cuando él la haya cauterizado, la mujer estará sana y no se hace cargo ni un momento, que estas cosas vienen de una causa y que la finalidad del médico

tendría que ser el curar esta causa. Sin embargo, tal es la enseñanza de la Escuela Antigua.

Ahora, mientras los signos y síntomas son lo único que puede indicar al médico, que es lo que el paciente necesita, y mientras que estos signos y síntomas se refieren al cambio de estado y no al cambio de tejidos, todavía hay signos que se relacionan con el cambio en los tejidos, y quien conozca éstos puede considerarlos como indicadores de un cambio de estado. Por ejemplo, hay signos que indican que se está formando pus, hay apariencias que indicarán al médico experimentado que vendrán los resultados de la enfermedad; éstos no son de mucho valor para indicar un remedio, pero sencillamente indican ciertas condiciones. El médico debe aprender a distinguir éstos de los síntomas que retratan el estado del paciente.

Ahora estamos preparados para ver que si un paciente es curado yendo de la causa hasta el efecto, debe quedar curado; es decir, si el verdadero desorden interior se ha vuelto al orden quedará curado porque este orden, que es de lo más interior y causa final de las funciones del cuerpo, ha vuelto a ser ordenado. El orden vital causará el orden del tejido, porque el orden vital se extiende, hasta lo más exterior de los tejidos y el gobierno y orden de

los tejidos es un orden vital; de modo que si la curación se obtiene desde la causa hasta el efecto, o sea desde el interior hacia afuera, el paciente quedará curado. En los casos incurables. los efectos podrán ser momentáneamente suprimidos o aliviados, pero como el paciente no ha sido curado en cuanto a la causa, y como el paciente no puede ser curado, reaparecerán los antiguos cambios, aumentarán y se pondrán más violentos, porque es la naturaleza de los casos crónicos el aumentar y progresar.

Ciertos resultados de la enfermedad que quedan después que el paciente ha sido curado pueden ser suprimidos si es necesario, pero no deben de quitarse antes que el paciente haya sido curado. Si el paciente tiene una enfermedad de los huesos del pie después de haber sufrido una gran lesión, y el pie no se puede curar, primero se curará al paciente y luego, si el pie queda tan torpe o inútil que el paciente preferiría uno de madera, entonces podrán quitar el pie. Si se trata de una articulación de rodilla inútil y perforada, que se cure al paciente primero y luego, si la rodilla no puede ser ya nunca más útil y la extremidad está fría, y los músculos flácidos, hay que considerar la conveniencia de reemplazar el miembro inútil con uno artificial. Si la economía, después de haberle devuelto la salud no puede

curar la rodilla, no hay nada que se le pueda aplicar, capaz de curarlo. Si la enfermedad se localiza en las extremidades, curad primero al paciente, pero no digáis que el paciente está enfermo porque tiene un tumor blanco, sino que tiene este tumor blanco precisamente porque el paciente está enfermo.

LECCION VII

§ 7. Nota al pie.- Las indisposiciones y la eliminación de su causa.

En una nota al pie del párrafo séptimo, HAHNEMANN escribe:

“No es necesario decir que todo médico inteligente tratará de eliminar primeramente la causa que excita o sostiene la enfermedad (causa occasionalis), cuando ella exista; la indisposición, generalmente, cesa con esto espontáneamente.”

Según me parece, ustedes han sido inducidos a creer que hay enfermedades aparentes que no son enfermedades, sino estados perturbados, que podrían llamarse indisposiciones. Un individuo psórico tiene sus períodos de indisposición por causas externas. Pero estas causas externas no le infligen la psora. Tal paciente podría desarreglar su estómago por abusar de él, y de esta manera

crear una indisposición. Las indisposiciones por causas externas imitan a los miasmas; por ejemplo, su grupo de síntomas es una imitación de una manifestación miasmática, pero la eliminación de las causas externas, muy probablemente restablecerán la salud al paciente. Fracasos en negocios, penas desalentadoras, amores mal aplicados, que producen sufrimiento en los jóvenes, son causas aparentes de enfermedad, pero en realidad no son más que causas excitantes de indisposiciones. La causa activa es interna, y las causas aparentes de enfermedad son exteriores. Si el hombre no tuviera psora, no profundizaría la influencia miasmática en su economía, sería capaz de deshacerse de sus preocupaciones de negocio, no se volvería loco por sus contrariedades mercantiles, y el joven no padecería por sus asuntos de amor. Habría un estado ordenado. Es preciso, pues, que el médico discierna entre las causas que son aparentes o externas, las causas ordinarias, y las causas verdaderas de enfermedad que van desde el centro hasta la periferia. En cada caso donde HAHNEMANN habla de verdadera enfermedad, habla de ella como una enfermedad miasmática; pero aquí emplea otra palabra: "Luego la indisposición usualmente cede por sí misma", o si la condición psórica ha perturbado algo el orden, puede restablecerse

pronto con unas pocas dosis de remedio homeopático. Por ejemplo. si alguien tiene el estómago desordenado, se pondrá bien cuando deje de abusar de él, pero si la molestia parece algo prolongada, una dosis de un medicamento como Nux vomica o cualquier otro remedio indicado, le ayudará a curarse, y mientras viva de una manera ordenada, dejará de sentir esta indisposición.

"El médico quitará de la habitación las flores de olores fuertes, pues tienen una tendencia a causar síncope y sufrimientos histéricos." Hay algunas muchachas nerviosas que son tan sensibles para las flores, que el solo olor les hace desmayar. Hay otros individuos tan psóricos en su naturaleza, que no pueden vivir en la atmósfera ordinaria; unos deben mandarse a las montañas, algunos a países cálidos, otros a países fríos. Esto es quitar la causa ocasional, la causa aparente, que agrava el sufrimiento. Un tísico en un período avanzado, que siempre empeora en Filadelfia, debe mandársele a un clima donde pueda estar bien. La causa externa o aparente, la causa perturbadora en su estado enfermo deberá quitarse, pero la causa de su enfermedad es anterior a esto. El médico no manda fuera a su paciente para curarle, sino para hacer su vida más comfortable. "Extraerá de la córnea el cuerpo extraño que excita la inflamación del

ojo; aflojará la venda demasiado apretada en un miembro herido, para que no cause mortificación; descubrirá y ligará la arteria en la herida que produce desvanecimiento; procurará lograr la expulsión, por medio del vómito, de las bayas de belladona que hayan sido tragadas." Ahora, sin explicar las circunstancias ni el ambiente en que HAHNEMANN había manifestado estas cosas, ha sido afirmado en impresos públicos que HAHNEMANN aconsejaba eméticos. Una clase de tales médicos habían tomado esta nota de HAHNEMANN como un pretexto para cubrir su truhanería, su empleo de aplicaciones externas. Dicen que HAHNEMANN había dicho esto, pero como vemos, esto es una mentira.

He aquí otra nota: "En todos los tiempos, los médicos de la Escuela Antigua, no sabiendo otra manera de dar alivio, han tratado de combatir y a ser posible suprimir con medicinas, aquí y allí, un solo síntoma de entre los numerosos de una enfermedad". Este modo de buscar un síntoma o un grupo de síntomas en una enfermedad y tratar este grupo solo, como si él fuera toda la enfermedad. es incorrecto; porque no tiene debida relación a la totalidad del hombre. Puede presentarse un grupo de síntomas por el útero y vagina, y quien tenga esta opinión, trata tan solo de quitar este grupo de síntomas que pertenecen a su especialidad,

con lo cual cree haber eliminado la molestia. HAHNEMANN condena esta doctrina, y en seguida vemos la gran locura de ella. En muchos casos, hay al mismo tiempo, manifestaciones de "enfermedad de corazón", "enfermedad de hígado", etc. (esto es, hablando en sus términos; pues estas no son enfermedades, como ya sabemos); de modo que todo especialista podría ser consultado y cada uno dirigiría el ataque en su región particular, y así el paciente podrá ir rodando a todos los especialistas y el pobre hombre muere. Un viejo alópata hizo notar una vez respecto a un caso de neumonía que estaba tratando, que había roto el curso de la neumonía. "Sí, dijo otro médico, la neumonía está curada, pero el paciente va a morir". Esto pasa cuando uno de estos grupos de síntomas se suprime: el estreñimiento puede quitarse con medicinas, síntomas del hígado pueden ser eliminados temporalmente con una dosis grande de calomel. Las úlceras pueden ser estimuladas para cerrarse; pero el paciente no está curado. HAHNEMANN dice que es raro que el médico no pueda ver que si estas eliminaciones de los síntomas no van seguidas de una curación completa. el paciente está consecutivamente peor.

Algunos pacientes no están bastante enfermos para ver inmediatamente las malas

consecuencias de cerrar una fístula abierta, pero si el paciente está amenazado de tisis, o es débil, al cerrar esta fístula del ano, arrojará al interior una llamarada de excitación y causará la muerte en un año o dos. Los más fuertes vivirán un número de años más antes de destruirse, y ellos son considerados como casos evidentemente curados. Tal tratamiento no se basa en principios, y una cuidadosa observación convencerá a todo hombre que piense de su inutilidad y peligro. La apertura fistulosa vino porque era útil, y probablemente si se le hubiera permitido existir hubiese servido como un medio de eliminación hasta que el paciente estuviera curado. Cuando el paciente está curado, deja de ser útil, la apertura fistulosa, cesa la necesidad de quedar abierto el trayecto y se cierra por sí mismo.

El Organon condena el principio de quitar las manifestaciones externas de una enfermedad por medios externos de cualquiera clase que sean. Un caso psórico es uno que no tiene causa externa o traumática. El paciente, tal vez, tiene la costumbre de vivir tan ordenadamente como es posible hoy día, haciendo su acostumbrada ronda de servicio, no tomando ni café ni té, o solamente en poca cantidad, cuidadoso en su régimen, alejando todas las cosas externas que podrían causarle indisposición; y, sin embargo, este paciente

queda enfermo. Los signos y síntomas que se manifiestan son la verdadera impresión de la naturaleza, ellos constituyen la imagen externamente reflejada de la naturaleza interior de la enfermedad. "Ahora bien; como en una enfermedad en la cual no se ha de eliminar ninguna causa excitante, no se pueden percibir nada más que síntomas morbosos, deben ser los síntomas solos por los cuales la enfermedad demanda e indica el remedio adecuado para aliviarla".

La enseñanza de HAHNEMANN es que hay una utilidad en esta imagen sintomática y que toda enfermedad curable se presenta a sí misma al médico inteligente por los signos y síntomas que él puede percibir. Mirando una larga lista de síntomas se presenta a la mente una imagen del desorden interno, y en todo esto es en lo que puede confiar el médico inteligente para intentar una curación.

La Homeopatía se divide, pues, en dos partes: la Ciencia de la Homeopatía y el Arte de la Homeopatía. La ciencia trata de los conocimientos referentes a las doctrinas de la curación, el conocimiento de principio u orden, que se podría decir que es la fisiología; el conocimiento del desorden en la economía humana, que es la patología (es decir, la ciencia de la enfermedad, no anatomía morbosa) y el conocimiento de la curación. La ciencia de la

Homeopatía ha de aprenderse primero para prepararse para la aplicación de la misma ciencia, que es el arte de la Homeopatía. Si miramos a aquellos que han sido enseñados o se han enseñado a sí mismos, o de otra manera, veremos que es posible aprender la ciencia, llegar a ser célebres, pasar excelentes exámenes y ser incapaz de aplicar la ciencia, o en otras palabras, practicar el arte de curar; pues toda curación consiste en aplicar la ciencia.

Estudiamos la enfermedad como un desorden de la economía humana en los síntomas de la enfermedad misma. También estudiamos enfermedad de los síntomas de las medicinas que hayan causado desorden en la economía. Efectivamente, podemos estudiar la naturaleza y cualidad de la enfermedad tanto por estudiar la Materia Médica como por estudiar los síntomas de la enfermedad; y si no podemos llenar el tiempo estudiando los síntomas de la gente enferma, estará bien emplear el tiempo estudiando la sintomatología de la Materia Médica. El verdadero conocimiento consiste en llegar a conocer y comprender la naturaleza y cualidad de un remedio, su apariencia, su imagen y su relación al hombre en su enfermedad; entonces, estudiando la naturaleza de la enfermedad en la familia humana, comparar aquella

enfermedad con los síntomas en la Materia Médica. Por estos medios llegamos a conocer la ley de la curación y todo lo que a ella conduce, y formular doctrinas por las cuales la ley puede aplicarse y hacerla útil, arreglando la verdad de una forma para que pueda ser percibida por la mente humana.

Esto es nada más que la ciencia, y podríamos fallar, sin embargo, al curar al enfermo. Se observará que algunos que conocen la ciencia, van y hacen una aplicación inadecuada de los remedios, y no son capaces de percibir en un remedio aquello que es similar a una enfermedad. Yo creo que si ellos tuvieran un verdadero amor para su trabajo, podrían vencer esto; pero es que piensan más en su cartera. El médico que tiene más éxito es el que primeramente cure, por amor al arte de curar, quien practique primero para comprobar sus conocimientos y emplear su utilidad por amor a ello. Nunca he conocido a uno de éstos que fracase. Este amor le estimula para continuar y no desanimarse con los primeros fracasos, que le conducen al éxito, primeramente en cosas sencillas y luego en cosas más grandes. Si no tuviera una afición extraordinaria para ello, no tendría éxito. Una vez le preguntaron a un artista cómo era que él sabía mezclar su pintura tan maravillosamente, y él replicó: "Con cerebro, señor".

Aunque uno tuviera todo el conocimiento de la Homeopatía que es posible en un ser humano, podría sin embargo, tener un fracaso al aplicar aquel arte en toda su extensión y hermosura. Si no tenemos afición al arte de curar, lo veremos nada más como cuestión de memoria e inteligencia superficial. A medida que aprendamos a amarlo y nos compenentremos con él, viviendo su propia vida, comprendemos que es un arte y podremos aplicarlo en el grado más alto de perfección. La continua práctica de este arte, llevará al médico de inteligencia corriente a una conciencia tal de su trabajo, que será capaz de percibir por los síntomas, el estado entero de la economía, y al leer las experimentaciones se dará cuenta de la verdadera naturaleza de la enfermedad, expresada en las experimentaciones. Este grado de percepción le capacitará para ver "la imagen exteriormente reflejada". No hay que ser un gran observador, ni estar entre médicos mucho tiempo, para notar que muchos de ellos tienen una memoria muy externa de la Materia Médica, pero no tienen ni idea de la naturaleza de las medicinas que emplean, ni percepción alguna de la cualidad o de la imagen de un remedio. No se le presenta ante su mente como un cuadro de un artista, sino como algo frío y muy lejano. Un artista trabaja en un cuadro de modo que él lo tiene presente día y noche, él se

lo imagina como una verdadera afección suya, imagina cada línea que va a poner al día siguiente; permanece absorto ante el cuadro, se deleita con él y lo ama. Así ocurre con la imagen de un remedio. Esta imagen se presenta ante la mente de tal modo que parece una imagen exterior, reflejada de la naturaleza interior, como si un hombre la hubiera comprobado. Si los síntomas no toman forma, el médico no conoce a su paciente y no conoce su remedio. No es esta imagen algo que se presenta a la inteligencia instantáneamente. Vosotros estáis, como si salierais de un mundo donde la educación consistía en aprender de memoria síntomas y retener los síntomas que dan la clave (Keynotes), o aprendiendo prescripciones, sin retener realmente nada en la mente, y sobrecargando la memoria con una masa informe de datos que no tienen aplicación y no son más que una confusión que lleva al hombre a una peor confusión. No hay ningún orden en ello. HAHNEMANN dice: "En una palabra, la totalidad de los síntomas debe ser lo principal, verdaderamente la única cosa de que el médico ha de tomar nota en cada caso de enfermedad y ha de eliminar por medio de su arte, a fin de que se cure y se transforme en salud". Esto es la vuelta al orden del desorden interno, manifestado de una manera que hemos explicado antes, a saber: desde arriba hacia

abajo, desde dentro hacia afuera, y en el orden inverso al de la aparición de los síntomas.

LECCION VIII

9. Sustancia simple.

SOBRE LA SUSTANCIA SIMPLE ORGANON,

"En el estado de salud del hombre, la fuerza vital que anima dinámicamente la parte material del cuerpo, ejerce un poder ilimitado, y mantiene todas las partes del organismo en una admirable armonía vital, tanto en lo que respeta a la actividad o funcionamiento, como a la sensibilidad, de modo que el espíritu dotado de razón que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos libres y sanos para conseguir el elevado objeto de nuestra existencia."

Este párrafo es como una introducción al principio vital. Parece imposible que HAHNEMANN, en el tiempo en que vivía, pudiera decir tanto en tan pocas líneas. En la séptima sección de la primera edición del

Organon, HAHNEMANN escribió: "Debe de existir en la Medicina un principio de curación: el entendimiento tiene un presentimiento de él". Pero después de varias ediciones del Organon, HAHNEMANN había cambiado algo, y en la edición de 1833 de su obra. claramente proclama una unidad de acción en todo el organismo, la fuerza vital. Por algunas de sus expresiones podríais tener la idea de que aun la misma armonía sea una fuerza; pero yo no creo que HAHNEMANN tuviera la intención de enseñar esto. No podemos considerar al principio vital como armonía, ni a la armonía como principio; el principio es algo que es anterior a la armonía. La armonía es el resultado del principio o ley. HAHNEMANN pudo percibir este principio vital inmaterial. Era algo a que él mismo había llegado, por su propio procedimiento de pensar. Había una escasez de ideas individuales en aquel tiempo, es decir ideas a parte de las ciencias aceptadas; pero HAHNEMANN pensaba mucho, y por su pensamiento llegó a esta idea contenida en este párrafo, la cual aparece sólo en la última edición: "En el estado de salud del hombre, el principio vital inmaterial anima al cuerpo material". Si él hubiera empleado las palabras "Sustancia vital inmaterial", hubiese sido aún más fuerte, pues se vería que verdaderamente es una sustancia.

Hoy día los pensadores adelantados hablan del cuarto estado de materia, que es sustancia inmaterial. Ahora decimos los sólidos, los líquidos, los gases y la forma radiante de materia. La sustancia en la forma simple es una sustancia tan positiva como lo es la material en forma concreta. Entonces surge la siguiente pregunta para su estudio y consideración: ¿Qué es la fuerza vital? ¿Cuál es su carácter, cualidad o esencia? ¿Es verdad que sólo el hombre tiene esta fuerza vital? ¿No es poseída por ningún animal, por ningún mineral? Durante varios años ha habido una continua discusión sobre la fuerza como fuerza, no concibiendo nada anterior a ella, aceptando la fuerza como una energía o un poder para construir. La idea de que la fuerza no tenga nada anterior a ella, conduce al hombre a la locura. Si el hombre puede pensar en la energía como algo substancial, mejor puede pensar de algo substancial como poseyendo energía. Cuando él piensa de alguna cosa que tiene esencia, que tiene un verdadero ser, debe pensar de aquel ser de aquella esencia como algo que tiene existencia, y que tiene algo anterior a ella como causa, y como un algo que tiene su fin. Debe pensar en una serie por la cual la causa entra en el efecto y además en una serie de efectos. Si no hace esto, destruye la misma naturaleza e idea de influjo y continuación. Si el hombre no

sabe lo que es continuación, si no puede hacerse cargo de que hay principios, intermedios y terminaciones, no puede pensar, pues los verdaderos fundamentos del pensamiento están destruidos.

¿Qué entendemos por influjo? Como ejemplo que ilustre amplia y substancialmente, pensaremos en una cadena. ¿Qué es lo que aguanta aquel último eslabón en su sitio o al primer eslabón? En seguida lo diremos: el eslabón intermediario. ¿Qué es lo que conecta con aquel eslabón? Su eslabón anterior, y así sucesivamente hasta el primer eslabón y primer ligazón. ¿No vemos de esta manera que hay una continua dependencia desde el primero hasta el último eslabón? Donde quiera que sea que se interrumpa la cadena, separando los eslabones tanto como sea posible, ya no habrá más influjo desde un eslabón hasta el otro. De la misma manera, tan pronto como empecemos a pensar de las cosas de una manera descoordinada, sin hilación, perderemos la comunicación entre ellas. Todas las cosas deben ser coordinadas, o si no, cesa el influjo.

Por otra parte, vemos que el hombre existe en cuanto a su cuerpo, pero no conocemos aún las más delicadas finalidades de su existencia.

Crear que un hombre existe sin una causa, creer que la fuerza vital que lo anima por algún

tiempo exista sin nada anterior a ella, pensar que no actúe constante y continuamente aquel influjo desde la causa al hecho, por el cual él continúe viviendo, demuestra que el hombre que así piense es un ser irracional. Por medio de sus sentidos, el hombre nunca ha sido capaz de probar que existe algo, a no ser su propia existencia, algo que le permite seguir viviendo. Si así no fuera, ¿por qué supondría él que, cuando vaya al mundo inmaterial, aquella energía sea lo primero? Encontraremos por un examen continuo de la cuestión de sustancia simple, que tenemos alguna razón para decir que la energía no es energía per se, de por sí, sino que es una sustancia poderosa, y dotada de una inteligencia, que es en sí una sustancia.

El materialista, para ser consecuente con sus principios, está obligado a negar el alma, y negar un Dios sustancial, porque la energía en que él insiste tanto, no es nada, y debe suponer que Dios no es nada, y por lo tanto, que no existe. Pero el que es racional se verá inducirlo a creer que existe un Dios supremo, que Él es sustancial, que Él es una sustancia, la primera de todas las sustancias, de la que procede toda sustancia. Todo procede de Él y de esta manera todas las series desde lo supremo hasta la materia más ínfima, tiene con Él conexión. Tan pronto como haya una separación. y no exista

un influjo continuo desde lo primero hasta lo último, los resultados dejarán de existir.

El verdadero mantenimiento del mundo material está representado por la sustancia simple. Hay dos mundos que se presentan aparentemente ante el entendimiento del hombre: el mundo del pensamiento y el mundo de la materia; esto es, el mundo de la sustancia inmaterial y el mundo de la sustancia material. El mundo de la sustancia material está en orden y armonía. Todo lo que aparece ante la vista tiene principios. Las formas son armoniosas; cada cristal de un metal cristaliza de acuerdo con el orden; la misma anatomía del hombre se forma armoniosamente. No vemos nada en el mundo material que pueda dar cuenta de esto, pero percibimos que todo se mantiene en posición por el influjo continuo desde lo primero hasta lo último. No hay ninguna rotura en la cadena y ninguna interrupción en la emisión de fuerza desde lo primero hasta lo último. No hay nada que pueda existir, sin que su causa esté influyendo hacia él continuamente. Vemos que todas las cosas hechas por las manos del hombre se destruyen y se desmoronan con el tiempo; pero mirad las cosas perpetuadas por influjo divino, ved su orden y armonía en todo tiempo hasta la eternidad, actuando sobre el mismo plano y en el mismo orden.

Hay muchas cualidades atribuidas de la sustancia sin pie, y una de las primeras proposiciones que tenemos que considerar es que la sustancia simple está dotada de inteligencia formativa, es decir: obra inteligentemente y forma la economía de todos los reinos animal, vegetal y mineral. Todo lo que tenga forma sigue en su curso natural y asume y continúa su estado primitivo. Las leyes de la química, por medio del análisis pueden así revelarse al hombre, quien puede descubrir todos los elementos, ya que éstos se conducen siempre del mismo modo. La sustancia simple da a todas las cosas su propio tipo de vida, les da su distinción, les da su identidad, por lo que se diferencian de todas las demás cosas. El cristal de la tierra tiene su propia asociación, su propia identidad; está dotado de una sustancia simple, que lo distinguirá de todo en el reino animal, de todo en el reino mineral. Esto es debido a la inteligencia formativa en la sustancia simple que se continúa desde el principio hasta el fin. Si miramos la escarcha en la ventana notamos su tendencia de manifestar la inteligencia formativa. Las plantas crecen en formas fijas. Así también pasa con el hombre desde su principio hasta su fin; hay continuo influjo en el hombre desde su causa. Por esto, el hombre y todos los objetos están sujetos a las leyes de influjo. Si el hombre está en el orden

más elevado y es racional, podrá mantenerse en continuo orden para que sus pensamientos puedan seguir siendo racionales; pero él está puesto en una libertad tal, que puede también destruir su propio raciocinio.

Esta sustancia está sujeta a cambios; en otras palabras, puede actuar en orden o en desorden, puede estar enferma o ser anormal; y los cambios pueden observarse hasta cierto punto y hasta pueden crearse por el hombre mismo. El hombre puede causar su propio desorden.

Cualquiera sustancia simple puede penetrar la sustancia material entera sin estorbar, ni reemplazarla. El magnetismo puede ocupar una sustancia sin dislocar nada de ella, ni desarreglar sus partículas o cristales. La cohesión es una sustancia simple; no tiene el propósito de perturbar ni de quitar de su lugar a la sustancia que lo ocupa. Por lo tanto, esta sustancia primera o sustancia primitiva, existe como tal, en todas las formas distintas o crecimientos de formas concretas, y la entidad material, concreta, individual no está estorbada ni dislocada por la sustancia simple; la sustancia simple es capaz de ocupar la sustancia material sin que ningún accidente pase a aquella sustancia, ni tampoco a sí misma.

Cuando la sustancia simple es una sustancia activa, domina y controla el cuerpo que ocupa. Es la causa de la fuerza. El cuerpo no se mueve, ni piensa, ni obra, si no tiene sus grados interiores de sustancia inmaterial, la cual actúa sobre la economía continuamente de esta manera hermosa; pero tan pronto como el cuerpo está separado de la sustancia simple que le caracteriza, hay una cesación de influjo. La energía derivada de la sustancia simple mantiene todas las cosas en orden. Por ella se mantienen en orden todas las funciones y la perpetuación de las formas y proporciones de cada animal, planta y mineral. Toda operación posible, es debida a la sustancia simple y por ella el propio universo es mantenido en orden. No solamente obra en toda sustancia material, sino que es la causa de la cooperación de todas las cosas.

Examinad el universo y contemplad las estrellas, el sol y la luna; no tropiezan uno con otro; están mantenidos en un orden continuo. Todo está en armonía y así se mantiene por la sustancia simple. Vemos cooperación, en todos los grados. y esta cooperación funciona en perfecta armonía; vemos los seres humanos moviéndose; vemos las cosas continuando en la tierra; vemos los árboles del bosque cediendo sitio uno al otro, existiendo en perfecta armonía, los mismos sonidos del bosque tienen

armonía; y toda esta coordinación es causada por la sustancia simple. No hay nada más maravilloso que la coordinación de la economía del hombre, su voluntad y su entendimiento y sus movimientos, y esta coordinación está mantenida por la misma sustancia de la vida. Sin ella, toda materia está muerta y no puede ser empleada para los más elevados fines de su existencia. Por medio de la sustancia simple, el Divino Creador puede emplear todos los seres creados y las formas para sus fines más elevados.

Toda materia está sujeta a reducción, y puede ser reducida continuamente hasta que tenga la forma de la sustancia simple, pero no está sujeta a restitución. Ninguna sustancia puede ser vuelta a su forma última, después de haber sido reducida a su forma primitiva. No está en el poder del hombre el cambiar de lo primero al último; es decir, no está en su poder, dar forma a la sustancia simple. Esto está reservado para el Poder Supremo. de quien emana la fuerza a través de toda sustancia primitiva, hasta el fin, es decir, hasta lo último. Ahora podéis empezar a ver que lo que no va desde su principio con una finalidad, no es nada, o, para decirlo de otra manera, lo que hace o es causa (le que alguna cosa sea algo, es su propósito o fin. que ha de ser de utilidad, pues no hay ninguna cosa creada sin finalidad.

Si alguna cosa no existe en una serie continua desde el principio hasta el fin, no puede ser de utilidad. ni propósito; por lo tanto, el final está en el principio y el final está en cada eslabón sucesivamente hasta su último. en la misma forma en que la utilidad ha de ser apropiada y establecida. Cuando se establece el primer eslabón de la cadena, se tiene en mira el fin del próximo eslabón.

Las sustancias simples pueden existir como simples, compuestas o complejas, y como tales nunca estorban la armonía, sino siempre continúan desde el primero hasta lo último, y de esta manera todos los propósitos están conservados. En toda la química podemos observar esta composición. Hallamos que el yodo se une con su base; es decir, dos sustancias simples combinándose en concordancia, con su propio plan individual, seguramente e inteligentemente de acuerdo con las afinidades de uno a otro. Cuando las sustancias se unen de esta manera, no perturban las sustancias simples de cada uno; no hay nada destruido, cada uno retiene su propia identidad, y pueden ser reducidas otra vez a su estado simple, por reacción y reactivos. Todas éstas entran en el cuerpo humano, y cada elemento en el cuerpo humano conserva siempre su identidad, y donde sea que se hallen, pueden ser identificados. Tal

combinación, sin embargo, solamente representa un estado compuesto. Pero cuando estas sustancias compuestas y sustancias simples están puestas en una condición adicional, es decir, cuando ellas estén presididas o dominadas por algo, puede decirse que entran en una verdadera forma compleja, y en el cuerpo, una fuerza vital mantiene en orden todas las demás fuerzas. Sustancias simples dinámicas a menudo dominan una a la otra en proporción a su propósito, cuando una tiene una finalidad más elevada que la otra. Esta fuerza vital, que es una sustancia simple, está dominada, a su vez, por otra sustancia simple, más alta todavía, que es el alma. Ha sido objeto de muchísimos filósofos llegar a una conclusión referente al alma por medio de estudios. Han intentado colocarla en algún punto definido, pero podemos ver por lo arriba dicho que no está en ningún sitio circunscrito.

Al considerar sustancia simple, no podemos pensar ni en tiempo, ni en lugar, ni en espacio, porque no estamos en el reino de las matemáticas, ni tampoco en las limitadas medidas del mundo del espacio y del tiempo; estamos en el reino de la sustancia simple. Es algo finito, pensar en lugar y tiempo. No se puede atribuir cantidad en la sustancia simple sino solamente cualidad en grados de finura, de sutilidad. Veremos la importancia de esto, en su

relación especial para la Homeopatía, valiéndonos de un ejemplo. Cuando hay que administrar Sulphur 55 m. en dosis poco frecuentes y vemos que ya no obra más, aplicaremos la potencia C. M. y veremos luego la acción curativa. ¿No podemos ver con esto que hemos entrado en nuevas series de grados y que estamos tratando completamente con cualidad? La sustancia simple tiene también adaptación. En este punto entra el raciocinio del hombre, conduciendo a conclusiones falsas por apariencias; así ha aceptado lo que se llama la teoría (le adaptación al medio que le rodea. Que el individuo tenga adaptación a lo que le rodea, no admite cuestión alguna, pero ¿qué es lo que se adapta a su alrededor? El cuerpo muerto no puede ser. Cuando razonemos de dentro Hacia afuera, vemos que la sustancia simple se adapta a su alrededor y tiende a adaptar su casa a sus alrededores, y de esta manera el cuerpo humano es mantenido en un estado de orden, en el frío o en el calor, en la humedad y en todas las circunstancias. Los alrededores por sí mismos no producen nada, no son causas; son nada más circunstancias.

La sustancia vital en el cuerpo es el vicegerente del alma, y el alma, a su vez, es una sustancia simple. Todo lo que hay del alma, obra y existe en cada parte del cuerpo humano, y de esta manera la sustancia simple funciona

como una fuerza vital. El alma adapta el cuerpo humano a todos sus propósitos, los propósitos más elevados de su ser. La sustancia simple, cuando existe en el cuerpo humano vivo, mantiene aquel cuerpo animado, lo mantiene en movimiento, perfecciona sus utilidades, vigila todas las partes y al mismo tiempo mantiene en orden el funcionamiento del entendimiento y de la voluntad. Cualquiera perturbación que ocurra en la sustancia vital, veremos en seguida cómo sobreviene repentinamente la incoordinación. Hay una cooperación armoniosa si la sustancia vital continúa en su cualidad normal, que es la salud. ¿Qué hay más perfecto que el cuerpo humano en plena salud? 1 ¿qué pruebas tenemos de una ruina más grande que el cuerpo humano cuando no esté en salud? Vemos también que esta sustancia vital, cuando está en un estado natural, cuando viene en contacto con el cuerpo humano es constructivo; mantiene al cuerpo continuamente construido y reconstruido. Pero cuando ocurre lo contrario, cuando la fuerza vital se retira del cuerpo, por cualquier causa, notamos como las fuerzas que están en el cuerpo, al estar en libertad, son destructivas. Si estas fuerzas no están dominadas y controladas por la fuerza vital, el cuerpo tiende a decaer enseguida. Así pues, vemos que la fuerza vital es constructiva o formativa, y en su ausencia

hay la muerte y la destrucción. Si examinamos la forma más sencilla del organismo vivo, el protoplasma, observaremos que tiene todas las cualidades esenciales de vida, contiene en sí todo lo que tiene en su orden más alto, la vida; tiene las propiedades y las cualidades de la sustancia vital del hombre y de los animales; se reproduce, se mueve, se alimenta, está dotado de energía y finalmente puede morir. Pues bien, después de haber dicho todo esto, hemos afirmado mucho de la sustancia vital, de lo más alto, y de lo más bajo. Afirma su identidad; se mueve y se alimenta; se propaga y puede matarse. No mantiene su identidad por análisis químico, porque cuando se analiza químicamente, ya no es protoplasma. El protoplasma sólo es tal mientras vive. Todo lo que se puede hallar del protoplasma químicamente es C, O, H, N, y S.; pero la sustancia vital no puede encontrarse. Podéis tomar 54 partes de C., 21 de O, 16 de N., 7 de H. y 2 de S., y ¿qué creéis obtener? Sencillamente, algo compuesto, pero no aquella complejidad que identificamos como protoplasma. ¿Qué se ha hecho de la fuerza vital, al analizar el protoplasma? No hay ninguna diferencia en el peso después de la muerte; la sustancia simple no puede pesarse. Ni peso, ni tiempo, ni espacio, pueden hallarse

en la sustancia simple, ni tampoco está sujeta a las leyes físicas, como la gravitación.

Ahora bien, cuando consideramos esta sustancia como una energía, una fuerza o dinamismo, esto es, algo que posee poder, el asunto es inteligible. Los elementos inertes contienen en su naturaleza, no solamente su propia sustancia simple identificadora, sino que tienen grados de esta propia sustancia. El cuerpo humano también tiene sus grados de sustancia vital, existentes en grados adecuados para todos los usos. Los grados más interiores de la sustancia vital son adecuados para la voluntad y el entendimiento; los grados más exteriores lo son para los tejidos más ordinarios y hay una serie continua de cualidad, en grados, desde lo interior hasta lo exterior. Cada célula contiene en sí, desde lo más interior a lo más exterior, pues no hay nada de lo más ordinario que no contenga también de lo más fino. Las envolturas exteriores son dominadas por los grados más ordinarios de la sustancia simple, y las cualidades interiores son dominadas por los grados interiores. Cada parte tiene una forma apropiada, y desde lo exterior hasta lo interior lo contiene todo. De otra manera no sería posible que el cuerpo humano fuese dominado o dirigido por el alma. Cada tejido contiene en sí su porción de sustancia vital y cada una tiene su clase de trabajo

particular. Las sustancias inertes tienen sus propios grados. Silíceo contiene sus grados de sustancia simple en sí, que pueden salir por el procedimiento de potenciación, con lo cual puede ser simplificado continuamente, volviéndose cada vez más fino, de manera que cada porción que se queda puede adaptarse a más altos grados de la sustancia simple del hombre, por una potenciación continua. La potencia trigésima de Silíceo será suficientemente similar en forma, para alcanzar de una manera curativa algunas enfermedades del hombre, tales como las que dominan su economía en las series correspondientes superficiales y ordinarias del cuerpo. Pero es verdad que Silíceo deja de obrar en la potencia trigésima después de un tiempo y debe potenciarse más a fin de que pueda ser similar en cualidad a los grados interiores, hasta que alcance lo más interior, o sea, los grados más finos de la sustancia simple.

Todo en el universo tiene su aura o atmósfera, cada estrella o planeta tiene su atmósfera. La atmósfera del sol es su luz y su calor. Cada ser humano tiene su atmósfera o aura; cada animal tiene su atmósfera o aura. Este ambiente está presente en todas las entidades. ¿Qué podríamos decir del ambiente del almizcle? Este es un fuerte ambiente físico que casi todo el mundo puede percibir. Un

grano de almizcle ha sido guardado en una botella diez y siete años, para un experimento, exhalando un aroma perceptible, y sin embargo, no ha experimentado pérdida de peso. Como una prueba avanzada de aura, tomemos los animales que rapiñan su alimento y que perciben dónde pueden hallarlo guiados por un aura extremadamente intensa, que el hombre no puede descubrir. No es por una nariz ordinaria, sino que es verdaderamente por el mismo instinto del animal, por el que percibe dónde está su presa. Su instinto es análogo a la percepción humana, y por este instinto encuentra su presa, cuando el hombre no sería capaz de hallarla. El hombre puede descubrir el almizcle en una botella, pero hay que dudar que pudiera hallar el aura más fina por su olfato. Esta aura viene a ser útil y presenta un punto de vista notable en el estudio de la Homeopatía.

Aquella inteligencia entre dos sustancias simples es verdaderamente aquella atmósfera por la cual una conoce a la obra y por la cual todas las afinidades y repulsiones entre las sustancias simples son conocidas. Ellas están en armonía o en antagonismo. De esta manera los seres humanos se clasifican en positivos y negativos. Los minerales y el mundo en general, son clasificados en positivos y negativos. Esto tiene una causa fundamental. Las sustancias son excesivamente poderosas

cuando se encuentren con otras sustancias que son. en cierto modo antagónicas, como también cuando encuentren sustancias de una manera destructiva. Los procedimientos constructivos son frecuentemente causados por la destrucción; unas formas son destruidas a fin de que puedan existir otras nuevas formas; y nuevas formas, no obstante, son a menudo creadas por sustancias simples.

Hay dos reinos o mundos, el reino o mundo de la causa y el reino o mundo de los fines. En este mundo exterior o físico podemos solamente ver con la vista, tocar con los dedos, oler con el olfato, oír con los oídos; tal es el reino de los resultados. El mundo de la causa es invisible, no es posible descubrirlo por las cinco sentidos; es el mundo del pensamiento y sólo es posible descubrirlo por el entendimiento. Lo que vemos alrededor de nosotros no es más que el mundo de los fines, pero el mundo de la causa es invisible. Es posible que percibamos el interior, y es importante que el hambre sepa y mire todas las cosas en el mundo físico desde el interior en vez de partir desde el mundo físico e intentar mirar las cosas en el mundo inmaterial. Entonces podrá explicarse el motivo de la ley y podrá penetrar en la razón de la ley. La Homeopatía existe como ley; sus causas están en el reino de las causas. Si no existiera en el mundo de las causas, no podría existir en el

mundo de los fines. Es en el mundo de las causas donde debemos buscar lo primario en el estudio de la Homeopatía.

Desde luego se verá que toda este asunto mira hacia el establecimiento de un nuevo sistema de patología, que es la obra fundamental de Homeopatía. Todas las causas de la enfermedad están en las sustancias simples; no hay ninguna causa de enfermedad en sustancias concretas considerada como algo aparte de la sustancia simple. Por lo tanto, estudiamos la sustancia simple a fin de que podamos llegar a la naturaleza de las sustancias que hacen la enfermedad. También potenciamos nuestros medicamentos para llegar a su sustancia simple; es decir, la naturaleza y calidad del remedio mismo. Para ser homeopático el remedio, debe ser similar en cualidad y similar en acción a la causa de la enfermedad.

LECCION IX

§ 10 y § 11. El desorden está primero en la fuerza vital.

ORGANON, § 10 “El organismo material, sin la fuerza vital, no es capaz ni de sensación, ni de funcionamiento, ni de propia preservación; deriva todas las sensaciones y efectúa todas las funciones de la vida únicamente por medio del ser inmaterial (la fuerza vital), que anima el organismo material, tanto en salud como en enfermedad.”

ORGANON, § 11. “Cuando una persona cae enferma, es solamente esta fuerza vital, espiritual y automática, que existe en todo el organismo, la que primeramente se perturba por la influencia dinámica de un agente morbífico, que es hostil a la vida; es solamente la fuerza vital, desarreglada a tal estado anormal, la que proporciona al organismo sus

sensaciones desagradables, y le inclina a los procesos irregulares, que llamamos enfermedad; pues, como una fuerza invisible en sí, y sólo perceptible por sus efectos en el organismo, su desarreglo morboso sólo se demuestra por las manifestaciones de la enfermedad, en las sensaciones y funcionamiento de aquellas partes del organismo expuestas a los sentidos del observador y del médico; es decir, por los síntomas morbosos, y no puede hacerse manifiesto de ninguna otra manera.”

Está bien claro que HAHNEMANN desea enseñarnos qué es un desorden de las actividades del hombre interno, una falta de armonía o falta de equilibrio que da los signos y síntomas por los cuales reconocemos la enfermedad. Estas sensaciones constituyen el lenguaje del desorden; es decir, los medios por los cuales reconocemos el desorden o la enfermedad. Este principio vital inmaterial, esta sustancia simple, penetra el organismo en todas sus partes, y durante la enfermedad, este desorden penetra el organismo en todas sus partes, ocupa cada célula y cada parte de la economía humana. Veremos con el tiempo que el cambio en la forma de una célula es el resultado primero del desorden, que el desarreglo del principio vital inmaterial es el

verdadero principio del desorden, y que con este principio, hay cambios de sensaciones por los cuales el hombre conoce este principio, que ocurre mucho antes de que haya algún cambio visible en la sustancia material del cuerpo.

El mismo paciente puede sentir los cambios por sus sensaciones, y esto es hostil a la vida e inmediatamente sobreviene la muerte, pues la vida, en su sentido más amplio, es la libertad. Tan pronto como la economía interior está en cierto modo privada de su libertad, amenaza la muerte; cuando se pierde la libertad, seguramente sobrevendrá la muerte.

Así pasa cuando hay la influencia de una sustancia simple que tiene la forma o la esencia de una enfermedad. Es, en su esencia, un mal que se dirige hacia la economía, pero es una sustancia simple. Todo lo que es alguna cosa es sustancial o real, y contiene en sí mismo fuerza para obrar y perpetuarse. El hecho de que pueda obrar y perpetuarse es una muestra de poder, y si tiene fuerza, resultará en algo. Toda causa de enfermedad tiene, pues, forma. Si no fuera en la forma de sustancia simple, no podría afectar las formas de sustancia simple en el estado natural de la economía. Además tiene su asociación, desde las formas más finas de sustancia física hasta las más ordinarias, desde el principio hasta el fin, desde el interior hasta el exterior. Tales cambios y actividades que

resultan en las formas más ordinarias, no son más que los resultados de enfermedad, por una serie de grados, más ordinarios cada vez, hasta el exterior del hombre. Todo lo que se puede ver, todo lo que se puede observar por medio de los instrumentos más finos, no es más que resultado. Nada en el mundo de la sustancia inmaterial puede verse con cualquiera de las facultades que es capaz de percibir cosas en el mundo de sustancias materiales. El empleo de los instrumentos de precisión nos harán capaces de ver los resultados más finos de la enfermedad, que son el resultado de las cosas inmateriales; por ejemplo, la bacteria, la forma más fina de vida animal o vegetal; pero la causa de la enfermedad es un millón de veces más sutil que éstos y no puede verse por la vista humana. Los objetos más finos que son visibles, no son más que resultados de cosas más finas todavía, de modo que la causa está interiormente. Los agentes morbíficos a que HAHNEMANN se refiere son sencillamente las formas extremadamente finas de la sustancia simple, o, para hacerles más fácilmente asequibles al pensamiento humano, podríamos llamarles virus; pero los virus son a menudo groseros, porque pueden notarse, a veces, por la vista del hombre, y por lo tanto debemos recordar que dentro del virus existe su interior, y este interior en sí mismo es capaz de dar

forma al exterior, que es el virus visible, agregado y concentrado.

Las formas más bastas serían, comparativamente. inocuas si no fuese por sus interiores. Los productos de la enfermedad serían inocentes comparativamente, si no fuese por el mismo interior que es causante. Las bacterias son el resultado de la condición interior; son como si fueran evolucionadas por una generación espontánea; literalmente, esto es lo que son. Cada virus es capaz de tomar formas y proporciones varias en resultados. Las causas de los resultados no vienen desde fuera, sino del centro inmaterial, invisible. Estas cosas que aparecen ante la vista del hombre, evolucionan, tal como el hombre es formado, desde un centro que tiene un poder de evolucionar, que es un don del Creador que obra bajo leyes generales y fijas.

Es solamente cuando el principio vital esté perturbado por causa de una enfermedad caracterizada (que es lo más interior del virus en la forma de sustancia simple), que demuestra algún conocimiento de si mismo.

Si no hubiera ninguna influencia perturbadora en el interior del hombre, no podría tener nunca síntomas. Mientras que estéis sentados aquí, perfectamente tranquilos, no sois conscientes de vuestros ojos, de los miembros ni del cabello. Tenéis que deteneros

para pensar si sentís o no. Si todas las funciones se efectúan de una manera perfectamente ordenada, no tenéis conocimiento de vuestros cuerpos, lo que significa que estáis en libertad. Cuando no está en libertad, el individuo dice: "Yo siento". Es esta perturbación de un carácter invisible que viene desde la causa, y se presenta por los cambios en las actividades en el cuerpo, cambios de sensaciones y cambios de funciones. Es en concordancia con la sabia Providencia que estas sensaciones se manifiestan al médico, que será bastante inteligente para interpretarlas y saber lo que significan. Son un aviso, son útiles Y tienen un propósito. Ningún sentimiento que el hombre pueda tener es sin propósito, como que no hay nada en el universo sin su utilidad. De aquí que estas sensaciones morbosas revelan al médico que existe desorden.

La aspiración del médico debe ser de establecer la libertad. y si el trabajo del médico no tiene por resultado el poner a su paciente en libertad, no sabe curar los enfermos, pues curar el enfermo es poner al paciente en libertad, dándole absoluta libertad física. Si el médico calma el dolor con una dosis de morfina, ¿podemos llamar a esto libertad? ¿No se le hace estúpido al paciente hasta el extremo de que no pueda reconocer la naturaleza de sus

sensaciones? Las dosis grandes de la escuela antigua producirán todo, menos la libertad. Debemos buscar por otra parte para hallar aquella clase de curación que vuelve al orden el desorden y hace libre al hombre. Con alejar los síntomas de una manera ordenada, con convertir el desorden en orden, para que los síntomas ya no tengan causa (pues ya hemos visto que cuando la economía se pone en orden, deja de manifestar síntomas), ponemos a los pacientes en libertad, tanto física como mentalmente.

"Sólo el principio vital, perturbado de esta manera, puede dar al organismo sus sensaciones anormales e inclinarlo a las acciones irregulares que llamamos enfermedad." Esto es muy diferente de llamar a los resultados de las enfermedades, enfermedad, ya se la llame enfermedad de Bright, cáncer o parálisis. La mayoría de las condiciones de la economía humana que se llaman enfermedades, no lo son, sino que son los resultados de la enfermedad. Llamar a un grupo de síntomas enfermedad de una parte, y a otro grupo de síntomas. enfermedad de otra parte, es un gran herejía y conduce a errores al prescribir que nunca pueden corregirse. El cambio orgánico es el resultado de enfermedad.

Las perturbaciones morbosas pueden percibirse solamente por medio de la expresión

de la enfermedad en las sensaciones y las acciones. No tendríamos ningún medio de percibir las perturbaciones morbosas del principio invisible, excepto por las sensaciones morbosas, y si éstas no están presentes, no tenemos ningún medio de poner al paciente en libertad. Hay pacientes tan enfermos que no se les puede poner en libertad, aquellos para los cuales no hay medios de curación, y en éstos, mientras prosiguen lentamente los cambios estructurales interiores, los síntomas morbosos no están presentes. Estos pacientes continuamente cambian de médicos y cambian de clima, reconociendo, como así es, que no hay nadie capaz de aliviarles. Con un cambio incurable de un órgano vital, todos o la mayor parte de los síntomas que existieron, se marchan; los síntomas de la enfermedad son suprimidos, como si fuera por el extraordinario esfuerzo del sistema.

Este es el caso especial, en las formas malignas, de los resultados de enfermedad. Los síntomas que existieron hace años han desaparecido, y el paciente dice: "Oh! No eran nada; yo los había tenido toda la vida". Pero estos son los síntomas que indicarían al médico la naturaleza del remedio, pues le suministrarían la verdadera imagen de la enfermedad.

Algunos médicos dicen: "Tendremos un remedio contra el cáncer algún día", teniendo presente nada más que los síntomas del cáncer; es decir, los síntomas que representan los resultados de la enfermedad, y no los síntomas que representan la enfermedad misma. Hay una gran diferencia entre los dos. Estos médicos no hablarían así si supieran y pudieran pensar de esta hermosa manera sana y apropiada, que curando al paciente, curarían el cáncer, y a fin de curar al paciente es preciso recurrir a la historia del hombre para obtener aquellos síntomas que representaban al paciente en un estado de enfermedad, y no los tejidos con los resultados de la misma. En el último estado, los síntomas de la enfermedad frecuentemente han desaparecido; son, como si fuera, tragados. Este es el caso en que la enfermedad interior haya obrado, y todo el cuerpo está lleno de los resultados de la enfermedad, tales como condiciones hidrópicas, o colecciones de pus, o abscesos de la articulación de la cadera. Los dolores le hacen al paciente incapaz de pensar con los síntomas. Entonces vienen estos médicos y recetan por el estado resultante y terminan con fracasos. Dan Silícea para una enfermedad de la articulación de la cadera, y Bufo para la epilepsia, etc., dando medicinas para los grupos de síntomas.

Esto no es Homeopatía. Estos hombres luego dicen: "Yo ya he probado todo", pero no han probado nada, excepto la práctica moderna. Es un disfraz de Homeopatía. El médico experto puede atender a los signos y síntomas antes que hayan tenido lugar los cambios morbosos; y si nunca han sido administradas medicinas, si no han recurrido a drogas. nada de morfina, ni otras. drogas violentas y viciosas la imagen se presenta en relieve ante su mente; es perfecta, porque no ha sido perturbada. Habla con claridad y el médico inteligente puede aprender a interpretarlo. Pero el médico que no es capaz de ver que esto es diferente de los grupos de síntomas patológicos, que representan la enfermedad fija, llamada así; si él no puede hacer distinción entre los síntomas que representan la enfermedad per se y los síntomas que representan los resultados de la enfermedad, nunca practicará la Homeopatía con éxito. Si no lo puede comprender, haría mejor trabajar hasta que pueda comprenderlo; él debe continuar trabajando hasta que pueda discernir entre los síntomas orgánicos relacionados con los resultados de la enfermedad, y los signos puros manifestados por la naturaleza. De vez en cuando me encuentro con algún médico homeópata que me pregunta: "¿Qué remedio administraría en

un caso tal?" Esto no tiene cabida en mi entendimiento, y considero que sólo puede hablar así, quien sea un inexperto en Homeopatía. Verdaderamente, he perdido mi paciencia por estas cosas, pues los viejos de cabeza gris no reparan en decir: "El mejor remedio para la epilepsia es tal y tal". ¡Qué falta de sentido! Esto no es amoldar el remedio al estado del paciente que existía antes de que tuviera estos cambios estructurales y grupos fijos de síntomas, pues si se adapta un remedio a la condición patológica, no lo amolda al paciente, a sus verdaderos principios, y desde el principio hasta la actualidad. No necesita tener resultados patológicos, todo lo que se necesita tener, son síntomas. El paciente mismo puede curar su anatomía morbosa. Si se alejara el primer estado de desorden, su economía estaría asegurada. Si los resultados de la enfermedad no pueden ser eliminados, y el paciente mismo recupera la salud y la anatomía patológica sufrirá tales cambios, que no afectarán su estado de salud. No es precisamente necesario que desaparezcan las adhesiones fibrinosas; viene un estado de tranquilidad que se queda año por año, mientras que él esté de salud.

Pensar en un remedio para el cáncer no es más que una confusión, pero pensar en remedios para el paciente que parece que tiene

cáncer es ordenado, y se sorprendería de saber qué cambios tan maravillosos tendrían lugar en estas condiciones, cuando los remedios correspondientes a las condiciones se administraran antes que empezara el cáncer. El cáncer es el resultado de desorden, el cual debe de ser puesto en orden y debe de ser curado. Debemos meditar sobre esto, pues muchos párrafos hacen resaltar esta distinción entre los síntomas y los resultados de la enfermedad. Las sensaciones verdaderamente morbosas de un organismo sano son las que debemos considerar primeramente. Primeramente se supone que el organismo está en un estado de buena salud y es capaz de efectuar sus funciones, y luego las sensaciones morbosas del organismo sano son los síntomas que se presentan al médico como un precursor de la muerte parcial y finalmente la muerte de la totalidad. El paciente explica al médico sus sensaciones, del entumecimiento de sus dedos, de los pinchazos en su piel, del dolor en su estómago, etc., todas las sensaciones en cualquiera parte de que puede acordarse. El hombre sano no se acuerda de sus partes. Obra de cuerpo sin ningún dolor. Sólo si tiene dolor o sangre, se acuerda de esta parte. Si pasa la orina sin ninguna sensación, decimos que es normal y que él está en libertad; pero si siente escozor y ardor, seguido por tenesmo, se

recuerda de ello, y estas sensaciones constituyen síntomas.

Si el paciente tiene un color céreo y está pálido, tiene pápulas y pústulas, o venas hinchadas o varicosas con cara encarnada, ojos encendidos, etc., esto el médico lo puede ver y anotar. Por otra parte, hay cosas que el médico no puede ver y el paciente no puede explicar, que debería de explicar la madre, la hermana, el marido, la esposa, en el consultorio del médico. Estos síntomas constituyen la imagen, lo que se puede saber de la enfermedad, lo que puede aparecer en la mente del médico, sobre lo cual puede formarse una opinión. Cuando los síntomas fuertes estén todos recogidos, el médico, al estudiar el caso, debe separar las cosas que fueron observadas hace años, de las cosas observadas hoy, tomando nota cómo han cambiado y por qué han cambiado. A veces, han sido cambiadas por drogas, de modo que la naturaleza entera de la economía está manifestando diferentes grupos de síntomas.

El médico debe aprender los cambios en toda la línea, desde el principio hasta el fin; los síntomas que presentaba este enfermo diez años ha, y los que presenta ahora. Tal vez ahora tiene anatomía patológica, condiciones patológicas en los pulmones, el hígado o en los riñones. El médico que ha estado observando durante veinte años condiciones previas y

presentes de esta manera, al oír explicar los síntomas puede efectivamente saber la localización de la anatomía morbosa; puede saber dónde aparecerá, sabe si hay pus en los órganos y dónde está, y puede casi predecir lo que pronto va a tener lugar en la economía. Yo preferiría mucho más confiar en un estudio cuidadoso de los síntomas, que no en un diagnóstico de tisis, o de las enfermedades orgánicas del hígado, o del corazón, escrita por la mayoría de los médicos. Los síntomas no mienten, no existen por las opiniones de los hombres que han percutido y golpeado todo el cuerpo humano para averiguar lo que pasa en el interior, lo que lleva mucha confusión hasta en los mejores diagnósticos. Una observación cuidadosa entre los médicos conducirá al descubrimiento que el dollar es el fin principal de la práctica de la medicina, si se lleva a cabo a la manera antigua; no hay nada más en ella, nada para admirar, ni nada para amar.

Estas familiarizado con los síntomas, juzgar la esfera y el progreso de la enfermedad por el estudio de la sintomatología. es la necesidad esencial para el homeópata. Naturalmente, los circunstantes dirán al paciente: "Este médico no puede saber mucho; ni siquiera te ha hecho un examen físico". Después de que haya sido hecho el examen de los síntomas. no hay ninguna razón por qué no se pueda hacer un

examen físico del paciente; pero esto no priva de educarse en el estudio los síntomas, porque el verdadero estudio del hombre enfermo es la meditación sobre sus síntomas y llegar a ser sabio en cuanto a los síntomas es llegar a ser hábil en prescribir (I).

(1) El original dice: "an able prescriber", literalmente, "un hábil prescriptor". Más no hallo en español palabra adecuada para expresar exactamente la idea del autor, ya que, bajo el punto de vista homeopático, en esta frase se encierra el mejor elogio al experto médico homeópata, al que es maestro en prescripción homeopática científica, y ni las palabras "prescriptor", "formulador", "recetador" ni "recetista" me satisfacen en modo alguno. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Se puede estudiar el diagnóstico físico tanto como quiera, pero hay que pensar cuidadosamente lo que se descubre y compararlo con los síntomas. a fin de averiguar lo que significan los diferentes síntomas. No se pueden estudiar los síntomas del hombre, sin llegar a conocer extremadamente bien el sistema nervioso. La anatomía del cerebro y de los nervios debería de conocerse

completamente. No solamente para poder nombrar el nervio siempre, sino para saber dónde está, cuáles son sus funciones, y este estudio debería continuar por toda la vida. El médico debería ser experto en anatomía y fisiología, pero estudiando la sintomatología, adquiere un conocimiento de fisiología que es imposible obtener de ninguna otra manera; adquiere un conocimiento de las funciones y operaciones de las arterias, nervios y músculos, porque llaman la atención cuando estén perturbados, y, por lo tanto, ve cómo se manifiestan los síntomas. Estudiando el síntoma en el archivo de patogenesias, se puede aprender mucho de la verdadera patología. La anatomía patológica no suministra ninguna base para prescribir, pero la patología verdadera es de gran utilidad para ayudar a que se forme en la mente la imagen de la enfermedad.

LECCION X

13. Materialismo en Medicina.

Varios párrafos que deben leerse ahora, apenas son más que una recapitulación de temas de que ya hemos hallado. Al repasar los párrafos anteriores, he presentado estos puntos por adelantado, porque era natural que así lo hiciese en relación con el tema de que tratábamos. Por lo tanto. les daremos una

rápida ojeada hasta que lleguemos a algo nuevo.

En el párrafo 13, HAHNEMANN dice:

ORGANON, § 13. "Por lo tanto, la enfermedad (que no es de la incumbencia de la cirugía manual), considerada, como lo es por los alópatas, como una cosa aparte de la entidad viva del organismo y de la fuerza vital que lo anima y oculta en el interior, por sutil que sea su carácter, es un absurdo que no puede ser imaginado más que por los entendimientos materialistas, y por miles de años ha dado al sistema de medicina predominante todos aquellos impulsos perniciosos que han hecho de ella un arte dañino (no curativo)."

La noción materialista a que se refiere era aquella que existía en tiempo de HAHNEMANN. El materialismo todavía aumenta. Parece imposible que lo admitan, que lo sientan la mayoría de los hombres de hoy día. La percepción, esto es, el ver con el entendimiento, parece estar perdida enteramente. El materialista no quiere creer nada que no concuerda con las leyes de tiempo y espacio. Debe poder medirlo, debe pesarlo, debe ocupar espacio, o sino, no tiene ninguna idea de ello, y rotundamente afirmará que sin esto no hay nada y nada tiene existencia. Todo

lo que sea más allá de esto, es para el entendimiento materialista poesía, ensueño, misterio. Así, pues, buscan en vano la causa en el mundo material. No encontrarán nunca ninguna entidad material que sea causante de algo. No tiene fuerza causal, ni influencia creadora, ni tampoco influencia propulsora. Las causas, o sea las sustancias simples, en su estado natural, están en movimiento, y causan el movimiento en los cuerpos que ocupan; el estado natural de la sustancia simple es el de fuerza, de movilidad, de actividad. El estado natural de la materia, inmovilidad, quietud, silencio; no tiene fuerza para moverse, al menos que esté influida. Igual que el hombre muerto, cuyos tejidos están en descanso, no tiene acción propia. Pero la sustancia simple domina a la materia y la anima.

Los dos mundos: el de la fuerza de la movilidad y el mundo de la inercia, existen en uno. Hay un mundo de vida y un mundo de materia muerta. El reino del pensamiento y el reino de la materia, son el reino de la causa y el reino del resultado. Las causas son invisibles, los resultados son visibles. Vemos las acciones de la sustancia material, pero el pensador sólo tiene que reflexionar para entender que estas acciones visibles en la forma material no son más que los resultados de las causas que existen en forma de sustancia simple que es

invisible a la vista natural. pero es visible al ojo espiritual, o sea, al entendimiento. El materialista no puede comprender esta idea, no puede pensar de esta manera. Tenemos la más grande confirmación de estas cosas en la acción maravillosa de nuestras potencias en los diversos grados en que operan sobre el hombre, desde lo más bajo hasta lo más alto. Con el tiempo se hallará que en muchísimas enfermedades crónicas, nuestros antipsóricos causarían cambios en la economía, ya sean curativos, ya sean de otra manera, en diferentes potencias, desde cinco a siete potencias diferentes. Con esto tenemos la demostración de grados de sustancia simple, y su relación a los diferentes planos en el interior de la economía.

ORGANON, § 14 "No hay en el interior del hombre nada morboso que sea curable, ni ninguna alteración morbosa invisible que sea curable, que no se ponga de manifiesto al médico cuidadosamente observador, por medio de los signos y síntomas morbosos, lo cual está en perfecta concordancia con la bondad infinita del sabio Preservador de la vida humana."

De esto ya hemos hablado. Toda enfermedad curable se manifiesta por signos y síntomas al médico. Las enfermedades incurables tienen

pocos signos y síntomas, y por su ausencia se conoce a menudo que una enfermedad es incurable. Al observar un paciente que poco a poco va decayendo sin ningún síntoma excepto los que son las expresiones corrientes de la condición patológica, vemos que el caso es incurable y que va hacia la muerte.

Todas las enfermedades curables tienen signos y síntomas a fin de manifestarse. Su utilidad es de poner en relieve la condición desordenada de la fuerza vital del interior del hombre, para que el médico pueda interpretar y comprender la naturaleza de la enfermedad. Esta manera de idear, cuando la raza humana está en un estado de ignorancia, o sea, de materialismo, es como sembrar en suelo pedroso; no hay nadie que pueda entenderla y comprender su significado. Las imágenes de las enfermedades están formándose continuamente, y sólo esperan al hombre suficientemente inteligente para observarlas, comprender su significado e interpretarlas, y es posible para los hombres, por medio de las doctrinas de la Homeopatía, llegar a ser lo suficientemente sabios e inteligentes para ser expertos en estos signos.

En este párrafo también vemos el reconocimiento de HAHNEMANN a la Divina Providencia. Era precisamente el reconocimiento de la Providencia que hizo un

hombre de HAHNEMANN, y por ser dirigido por la Divina Providencia fue capaz finalmente de percibir la ley. Cuando sus pequeños fueron llevados a la muerte por las drogas fuertes, el primer pensamiento de HAHNEMANN era que estos pequeños no fueran hechos para ser destruidos por las medicinas. Le pareció inconsecuente que se les obligara a tomar este fárrago miserable. En toda vuestra experiencia, aunque vivierais hasta una edad muy avanzada, encontraríais muy pocos homeópatas pobres de espíritu que no reconocieran el Orden Divino. Encontraréis entre ellos una ciencia falsa, unos experimentos; pero nunca ningún gobierno de principios, ningún pensamiento de propósito, utilidad o uso.

HAHNEMANN no fue en el más estricto sentido el descubridor de la ley, pues HIPÓCRATES dijo que la enfermedad podría curarse por opuestos o por los similares, pero HAHNEMANN descubrió esto por la experimentación pura y siguiendo un orden estricto. Después de leerlo encontró la corroboración de los principios que él había descubierto, y que prosiguió en toda línea, llegando a ser más sabio y más fuerte hasta que formuló el código tan sencillo y, sin embargo, tan completo. Hay muy pocos que puedan leer primeramente el Organon y encontrar allí algo más que palabras, y, sin embargo, los más viejos prácticos de la

Homeopatía no encuentran en él nada que fuera posible cambiar y cuanto más viejo se hace y cuanto más activo llega a ser su trabajo profesional, tanto más depende de él y tanto más consistente encuentra al libro. Aunque yo he enseñado el Organon muchos años, nunca lo repaso sin descubrir en él algún pensamiento nuevo que esté en concordancia con la enseñanza general. El estudio continuo del Organon lleva a una comprensión cada vez más profunda, porque es la verdad.

En el § 1.5, viene otro pensamiento que enseña aún más la unidad de gobierno en que tanto hemos insistido en las lecciones anteriores. Todo lo que fluye desde el centro debe considerarse en relación con aquel centro. El hombre en un estado sano no es más que el resultado de las actividades de una unidad, debe considerarse como una unidad. En otras palabras, su fuerza vital sana es el resultado de la acción desde el centro. Por otra parte, cuando el hombre contrae enfermedad, en su estado desordenado, o sea enfermo, todavía queda una unidad y debe considerársele colectivamente. No hay que considerar que su acción fisiológica produzca sus acciones morbosas, sino que sus acciones morbosas le dominan tan completamente, que él se halla en estado morbozo. Esto, a su vez, está demostrado por la acción de una droga (cuando

se posesiona en él o le domina una droga, en vez de una enfermedad), entonces observamos un estado morboso, pero todavía es una unidad de acción.

Hay tres diferentes asuntos que forman un conjunto de estudio: el estudio del hombre en su estado natural, el estudio del hombre en estado enfermo por desorden natural y el estudio del hombre enfermo por desorden artificial. Cada remedio debe estudiarse como una unidad y luego estas unidades pueden ser comparadas. Intermezclar la Materia Médica comparada sin tener un conocimiento completo de las unidades, sería una equivocación. Esto he encontrado por experiencia en mi enseñanza anterior. He enseñado mucho la Materia Médica comparada, pensando que era un gran método; pero ahora he dejado este plan y estudio cada remedio como una unidad, igual como aconsejo el estudio de cada enfermedad como una unidad. Cuando haya sido completamente dominado un remedio, o completamente dominada una enfermedad, entonces estaréis preparados para comparar. Primeramente debe pensarse del sarampión como sarampión, de tos ferina, como tos ferina, y cuando se trate de las enfermedades crónicas, hay que averiguar todo lo que ha sido observado en la sífilis, y todos los síntomas que han sido observados en psicosis, y todos los que han sido observados en

psora. Entonces estaréis preparados para el estudio de la Materia Médica, podréis ver las relaciones de algunos remedios con los miasmas agudos y la relación de otros remedios con los miasmas crónicos. Veréis especialmente la imagen del sarampión en algunos remedios, la imagen de la tos ferina en otros, la imagen de la psora, sífilis y psicosis en otros. Entonces estaréis preparados para proceder con lo que se llama la individualización, porque éstas son las más generales y de éstas entraremos a las particulares y luego a las comparaciones. Esta es la manera de proceder clásica, y si se sigue este camino, el médico llega a ser sabio e inteligente y puede aplicar la Materia Médica con maravillosa precisión. Tal era el método de HAHNEMANN.

LECCION XI

§ 16.(1) Estado de salud. (2) Cómo se enferma. (3) Cómo se cura.
Solamente se perturba la salud y se obtiene la curación en un plano dinámico.

ORGANON, § 16. "Siendo nuestra fuerza vital un poder dinámico en cierto modo espiritual, no puede ser atacada y afectada por influencias dañosas al organismo sano causadas por fuerzas hostiles exteriores que perturben el armonioso juego de la vida, por otro medio que no sea espiritual o dinámico; y de igual modo todas las perturbaciones morbosas (enfermedades) no pueden ser quitadas por el médico por ningún otro medio que por las fuerzas espirituales (dinámicas, virtuales), por las fuerzas alterantes de los solícitos medicamentos que actúan sobre nuestra fuerza vital, en cierto modo espiritual, cual percibimos por medio de la facultad sensitiva de los nervios que hay en todo organismo, de modo que solamente por su acción dinámica sobre la fuerza vital es por lo que los remedios son capaces de restablecer, y efectivamente restablecen, la salud y la armonía vital después que los cambios en la salud del paciente, que conocemos por nuestros sentidos (la totalidad de los síntomas), hayan revelado al médico cuidadoso, observador e investigador, tan completamente como lo requiera, el ponerte en aptitud para curarte."

El párrafo 16 nos proporciona el tema del que vamos a hablar esta mañana. Trata de tres estados: 1º, Del estado de salud, o sea, de las

normales actividades del cuerpo; 2º, De cómo este estado se torne enfermizo o se vuelve en desorden, y 3º, De cómo este estado desordenado puede ser devuelto a la salud. Si pudiéramos hallar un hombre en un estado de salud perfecta, por mucho que le sujetáramos a choques, lesiones, cosas desagradables a su alrededor, él las pasaría o le pasarían a él sin que le dejaran el menor desorden. Podría estar bajo la influencia de aquel choque o susto por un corto tiempo, pero en cuanto llegara la reacción si es que había necesidad de ella, le dejaría libre de miasmas, y no sufriría enfermedad alguna, aguda ni crónica. Solamente por la acción de las sustancias inmateriales, sustancias simples que obran sobre un plano semejante al de su susceptibilidad, podría ser afectado por la enfermedad; esto es, la acción resultante de una sustancia capaz de obrar desde su interior a su exterior, y dar lugar a la presentación de lo que llamamos síntomas. Si solamente el exterior está afectado, la fuerza vital del hombre sólo está perturbada temporalmente, pero no se ha establecido ningún desorden definido (ni siquiera un desorden limitado), que podría seguir su curso con un período inicial, un período de progreso y uno de declinación, tal como lo hacen los miasmas. Lo que sea que oprima los tejidos del hombre o sus funciones

corporales, sólo obra temporalmente y no es capaz de establecer una verdadera enfermedad. Tomemos, por ejemplo, las medicinas más corrientes que vemos emplear como remedios. Pueden darse al paciente las formas más usuales y corrientes de los remedios en forma de purgantes y eméticos, y él sostendrá el choque y volverá a su estado original. Sólo después del empleo continuo y violento de estas sustancias podrá implantársele una enfermedad medicamentosa (I), y aún ésta es en gran manera superficial en comparación con el estado de enfermedad natural.

>>>>>(1) El original dice: "Drug disease", es decir: enfermedad producida por el remedio, y que traduzco por enfermedad medicamentosa. (NOTA DEL TRADUCTOR)<<<<<<<

El empleo constante del bromuro de potasio producirá efectos con el tiempo, pero este remedio no va a las profundidades; actúa sobre los tejidos, produciendo una forma corriente de enfermedad, pero no de carácter miasmático. Tomaremos también como ejemplo los venenos más corrientes. Muchos de ellos pueden llegar al estómago en la forma natural, con muy pocas manifestaciones sobre la fuerza vital;

Todas las enfermedades conocidas por el hombre existen en la forma de sustancia simple, de un algo invisible que no puede descubrirse por el químico, ni por el microscopio. y que nunca podrá hallarse en el mundo natural. La causa de la enfermedad es conocida y conocida tan sólo por sus efectos; no es capaz de ser investigada por los sentidos naturales, y sólo se puede investigar en cuanto a sus resultados. Todo lo que se puede ver, sentir u observar, o descubrir por el microscopio, no es sino lo último, el resultado de la enfermedad. Sólo por el entendimiento, por el raciocinio, yendo desde lo primero hasta lo último. y luego volviendo de lo último a lo primero, podremos darnos cuenta de que las causas de la enfermedad son invisibles.

El cuerpo puede ser afectado, los tejidos pueden ser afectados, y las formas últimas de enfermedad pueden ser afectadas por formas últimas: puede haber roce entre las formas últimas de la enfermedad; las cosas en este mundo pueden venir en colisión con otras cosas de este mundo y pueden destrozarse unas a otras; así las formas últimas pueden destruir a las formas últimas; pero que algo así como una enfermedad pueda ser debido a formas últimas es imposible, pues siempre la enfermedad se debe a cambios dinámicos.

Tampoco puede ningún agente que sea un resultado último (I) obrar curativamente en la economía humana, ni volver al orden vital lo interior de la vida.

>(I) Lesión anatomopatológica.(N. del T.).<

El desorden vital no puede volverse al orden, si no es por algo semejante en cualidad a la fuerza vital. No es la similitud en cantidad, ni en pesos, ni en medidas, lo que necesitamos, sino que es similitud en cualidad, en fuerza, en plano, la que debemos buscar.

Las medicinas, por lo tanto, no pueden afectar los planos altos e interiores de la economía física, a menos que sean elevadas al plano de similitud en cualidad. El individuo que necesita Sulphur en grado muy alto, ya puede tomar azufre suficiente para servirle como purgante, o frotarse con él la piel, o llevarlo en las medias, o tomar baños de azufre, todo sin efecto alguno sobre su enfermedad. En aquella forma el remedio no corresponde a su enfermedad, no le afecta en el mismo plano en que él está enfermo, y así no puede afectar la causa e influir desde allí a su periferia. Así pasa con todos los remedios más

corrientes, ellos no curan. A veces vemos los efectos exteriores de la enfermedad, la

enfermedad localizada en los planos exteriores, que son eliminadas por las potencias más bajas y los remedios en sustancia, pero únicamente se efectúa la curación en cuanto a las manifestaciones externas o ulteriores, y como que no llega a los grados interiores, la curación no es permanente. En las enfermedades agudas, los remedios en sustancia cumplen también su propósito, a veces porque afectan sólo lo exterior, que está en la superficie. y lo interior en las enfermedades agudas tiene tendencia a desaparecer por sí solo; si la vida puede llegar a sostenerse hasta que la enfermedad haya seguido su curso, el paciente recobrará la salud. Pero los miasmas crónicos sólo se alcanzan en cuanto a sus síntomas ulteriores. y éstos se calman sólo temporalmente o son suprimidos por la acción de las medicinas en sustancia, es decir, sólo se modifican las formas últimas.

Recuerdo el tiempo en que mi propia mente estaba envuelta en una nube respecto a este asunto, y aquí lo refiero por creerlo de utilidad. Me acuerdo que cuando leí primero que HAHNEMANN decía que las medicinas potentizadas podían curar a los enfermos, me parecía aquello un misterio. No tenía ningún conocimiento en que fundarme para creer cosas semejantes. Empecé a practicar con las potencias más bajas y con los remedios en

sustancia; intenté llevar a la práctica la ley, pero con estos medios sólo fui capaz de curar las enfermedades superficiales. Mi trabajo distaba mucho de ser satisfactorio; sin embargo, era algo mejor que con las cosas antiguas; era más suave que curar con medicinas, y purgantes, y eméticos. Naturalmente, para mi conocimiento me basé en mis opiniones y creencias: todo el mundo hace esto.

Más tarde resolví comprobar la trigésima potencia para averiguar si aún había medicina en ella, y preparé con mis propias manos Podophyllum a la 30 c., hecha con agua, siguiendo una escala centesimal según el método de HAHNEMANN, pues me habían dicho que el agua era tan buena como el alcohol, y que sólo era la atenuación lo que se necesitaba. Esto era durante una epidemia de diarrea que se parecía a la de Podophyllum, pero yo no tenía valor para dar la trigésima y aún continuaba dando mis medicinas más fuertes. Un día trajeron a mi consultorio un niño en brazos de su madre. Lo entró muy aprisa y parecía que no podía vivir mucho tiempo. Era un bebé, y mientras que la madre lo tenía en sus brazos, una evacuación fecal, amarillenta y acuosa, se derramó sobre mi alfombra. El olor me recordó lo que había leído referente al olor de la evacuación de Podophyllum; era

horriblemente fétido, ofensivo, hediondo, y la evacuación era tan copiosa. que la madre hizo notar que ella no sabía de dónde podía salir tanto. Me dije a mí mismo que aquí tenía un caso para probar la potencia trigésima de HAHNEMANN. Así pues, administré un poco de Podophyllum 30 c., que puse en la lengua del niño, y lo mandé a casa de la madre, temiendo que el niño se muriese pronto, pues estaba muy enfermo, la cara arrugada y estirada, cadavérica, y echaba un olor horrible. Al día siguiente, al hacer mis visitas, tenía que pasar por la casa. Esperaba ver crespón en la puerta, y no me atreví a visitarles, aunque estaba muy preocupado por este caso, y así pasé de largo; pero no había tal crespón. Al volver a mi casa pasé por el mismo camino, aunque era bastante alejado del mío, y todavía no había tal crespón en la puerta, pero en el portal estaba la abuela. que me dijo: "Señor doctor, el nene esta mejor esta mañana". Entonces empecé a sentirme mejor, pensando que no le había matado. Tal vez algunos de vosotros habéis estado en semejante situación.

Aquel niño ya no necesitaba más medicina. Después de éste tuve bastantes casos de Podophyllum, y la trigésima hizo su obra con gran «asombro mío. Era diferente de todo lo que había viste antes; las curaciones eran casi instantáneas; parecía como si no hubiera más

evacuaciones después de la primera toma. No siempre daba una sola toma. Empleé aquella trigésima toda la temporada, y entonces comprendí que si Podophyllum a la 30 era buena, otras trigésimas también lo serían y debería tener tantas como pudiera. Hice muchas trigésimas a mano, y finalmente logré preparar unos ciento veintiséis remedios, algunos de ellos a la 200 potencia, y éstos fueron los que empleaba. Entonces me procuré un surtido a la 200 y más altas potencias, y practicaba con ellas. Continué de esta manera y a los pocos años encontré que, dando potencias cada vez más altas, parecía que los remedios obraban cada vez más interiormente.

Encontré que un caso crónico que sólo se aliviaba con potencias moderadamente altas, mejoraba solamente algunas semanas, pero al administrarle potencias más altas, empezaban a obrar de nuevo, y de esta manera el paciente podía seguir de una potencia a la otra. Si os explico la conversación que de vez en cuando tenía con uno de mis pacientes, podréis comprender mejor lo que quiero decir. Vi a este paciente la primera vez hace quince años, cuando iba encorvado y tenía un aspecto claramente tísico. Tenía un estado catarral del pecho y parecía que iba a terminar con tisis. Por sus síntomas le di Sulphur a la 6M. Fue violentamente agravado por esta dosis de

medicina; todos sus síntomas empeoraron, y volvió al consultorio diciendo que la medicina le había puesto enfermo. Yo había tenido conocimiento de la agravación producida por un remedio semejante, y por esto le di azúcar (I). Al final de una semana más volvió y me dijo que se encontraba mejor, mucho mejor; que no quería que le diese más de aquella primera medicina, pero sí quería de la última, ya que le había ido tan bien. Así le mantuve, en aquella medicina que le había gustado tanto por unas seis o siete semanas. Una vez vino y me dijo que no quería de esta última medicina, sino de

<<<<< (I) Sacharum lactis, es decir: medicación de complacencia. (NOTA DEL TRADUCTOR.)<<<<<

la anterior, que le había aliviado tanto. Con esto sabía yo lo suficiente para darle otra toma de Sulphur. A los pocos días volvió y me dijo: "Es usted un pícaro. Usted me ha dado otra vez de aquella medicina que me puso tan enfermo la primera vez", por lo que le volví a dar azúcar hasta que volvió, esta vez a las cinco o seis semanas, o más quizás, y me dijo: "A mí me parece que usted no me entiende, pues me han vuelto a aparecer mis síntomas antiguos. Quisiera que estudiara mí caso otra vez". Repasé todo el caso otra vez, y volví a darle otra toma de Sulphur 6M. Esta vez me informó:

"Bueno: no estoy nada mejor; me siento poco más o menos lo mismo". Esta vez se ve que el medicamento no le removi6. Esper6 un poco más y no vi nada de alivio con la última toma. El paciente tiene todos los síntomas de Sulphur; ¿le daré azufre en sustancia? No puedo darle un remedio que no esté indicado. La experiencia del hombre más viejo dice: "Ve más alto", y yo le di Sulphur 55M, y dentro de pocos días volvió y me dijo: "Pícaro; me La vuelto usted a dar aquella primera medicina otra vez; no quiero esta porquería". Finalmente le calmé, le di un poco de azúcar y le aseguré que estaría mejor dentro de pocos días, y volvió a las seis o siete semanas con gran mejoría. Después de algún tiempo le expliqué que cuando el remedio no obraba, tenía que darle algo para removerle.

Naturalmente, no le dije nada acerca del azúcar. Cuando hayáis aprendido lo que las medicinas pueden hacer, es aconsejable decir al paciente: "No se asuste ni se sorprenda sí le sucede tal y tal cosa". De otra manera puede ser que se alarme y vaya quizás en busca de otro médico. Sulphur 55M alivió a este enfermo en un par de tomas muy distanciadas una de otra, y entonces dejaron de aliviarle más. La próxima vez recibió la C. M., y desde aquella potencia continuó mejorando hasta recobrar la salud. Cuando se ven estas cosas, se tiene una confirmación de las doctrinas de la ley. La

experiencia no conduce a estas cosas, sino los principios, que luego son confirmados por la experiencia. Cuando un paciente ha pasado por una serie de potencias, frecuentemente permanecerá insensible a aquel remedio en una potencia más baja o en sustancia, a menos que se le administre a una dosis abrumadora, y entonces será envenenado.

La tercera proposición en este párrafo, es que las medicinas no obraran curativamente, ni pondrán al cuerpo en orden y eliminarán la enfermedad, a menos que estén potenciadas a un grado tal que corresponda al grado en que el hombre esté enfermo. Los que están enfermos en un plano medio, están enfermos desde este plano hacia afuera. Los que están enfermos en el plano interior, están completamente enfermos hasta el exterior., Cuando el desorden esta en lo más profundo de su naturaleza física, entonces lo es en la forma de enfermedad crónica; es decir, todo lo que hay en él esta enfermo, y en éstos no hay ninguna tendencia a recobrar la salud, a no ser por un progreso continuo. Tal ocurre en la psora, sífilis y psicosis.

El plano nutritivo esta enteramente en el exterior, esto es, en los tejidos. La asimilación se hace en los tejidos. Los remedios en sustancia actúan simplemente en el reino de los tejidos y en las formas últimas: sólo pueden

perturbar a éstos, y la condición discordante, es la desarmonía de las formas últimas, esta en el plano exterior. Naturalmente, si el exterior de lo físico está perturbado, toda la economía sufre también, y el cuerpo deja de proporcionar un buen instrumento sobre el que las fuerzas interiores puedan obrar; pero una enfermedad verdadera, con sus períodos de pródromos, de ascenso y de declinación o continuación, no puede implantarse en la economía, si no es por una causa dinámica. Y de aquí, necesariamente, el hombre no puede ser curado si no es por los remedios atenuados hasta que hayan llegado a ser similares a la naturaleza o a la cualidad de la causa de la enfermedad. Las causas de la enfermedad y los remedios curativos de la misma deben ser similares en su naturaleza: las causas desiguales no producirán efectos iguales. Podemos llegar a las causas similares estudiando efectos similares. Cuando examinamos un caso y encontramos un cierto grupo de síntomas, y en los efectos producidos por un cierto remedio, vemos síntomas similares. tenemos derecho a suponer que la cualidad o la naturaleza de ambos es similar. Las causas deben ser similares, si los efectos son similares en cuanto a la naturaleza y calidad. Cuando un médico visita a un enfermo, se pregunta: ¿Conozco yo algún remedio que haya producido en el hombre sano semejantes

síntomas? Debe pasar juicio sobre los síntomas, debe ser un artista en la aplicación del remedio, y ha de ser capaz de discernir los más finos matices de diferencia y de similitud.

LECCION XII

La eliminación de la totalidad de los síntomas significa la eliminación de la causa.

ORGANON, § 17 "Ahora, como en la curación efectuada por la eliminación de todos los signos y síntomas perceptibles de la enfermedad, la alteración interna de la fuerza vital, a la cual es debida la enfermedad, está al mismo tiempo extinguida -y por consiguiente- lo está la enfermedad entera, resulta que el médico solamente tiene que quitar la totalidad de los síntomas para suprimir y aniquilar al mismo tiempo el cambio interno, es decir, la perturbación morbosa de la fuerza vital, por consiguiente, la totalidad de la enfermedad -la enfermedad misma-. Pero como cuando la

enfermedad ha sido aniquilada, la salud está restablecida, ésta es la más alta y única aspiración del médico que conoce la verdadera finalidad de su misión, la cual no consiste en charlar con sonoras palabras de erudición., sino en ayudar al enfermo."

La idea de este párrafo es que la eliminación de la totalidad de los síntomas. es verdaderamente la eliminación de la causa. Puede ser que no se conozca por qué las causas se continúan en los efectos (es decir, por qué las causas continúan hasta las formas últimas); pero es lo cierto, que todas las formas últimas contienen en una gran extensión las causas de los principios. Y ya que la causa continúa en los resultados últimos o formas últimas y éstas oscurecen mucho la causa, la eliminación de la totalidad de los síntomas conducirá al hombre racional a suponer que la causa ha sido eliminada. Esto os enseñará que si un gran número de síntomas se manifiestan por medio de un ovario enfermo, y se extirpa el ovario, la causa de los síntomas no ha sido eliminada, y se manifestará en alguna otra parte del cuerpo, quizá en el otro ovario, o en algún otro órgano que sea débil.

Es un asunto muy serio quitar un órgano por el cual se ha manifestado una enfermedad. Cuando hay dos o más de estas condiciones patológicas que se han presentado en el cuerpo

y una de ellas se elimina, la otra inmediatamente empeorara. Por ejemplo: si hay un cambio estructural en la articulación de la rodilla. y el cirujano quita la rodilla, cuando hay también un cambio estructural correspondiente en los riñones o en el hígado que no puede quitarse, este último inmediatamente empeora o se destruye, así que se quite la articulación de la rodilla. De la misma manera, encontramos que una condición tuberculosa de los pulmones puede permanecer en un estado tranquilo mientras que hay una fístula de ano que la defiende con su eliminación; pero en cuanto llega el alópata y cierra aquel respiradero, inmediatamente la enfermedad se ve devorada por la infiltración en los pulmones, y el paciente llega a una muerte temprana. Los resultados de la enfermedad son necesarios en muchos casos; a veces estos resultados son condiciones tuberculosas, que son las últimas en salir o sea, efectos de la causa y a veces contienen la semilla del comienzo de una especie semejante. No son en sí mismos los comienzos, sin embargo. contienen causas. Al menos que las causas estén eliminadas, desde el principio hasta el fin la enfermedad esta se puede reproducir. Esto incluye la primera proposición de HAHNEMANN referente a la curación de la enfermedad, que significa la supresión permanente de la totalidad de los síntomas, de

esta manera quitando la causa y volviendo el desorden al orden, y como consecuencia viene la eliminación de la enfermedad. La enfermedad no puede curarse totalmente sin eliminar la causa.

"Pero cuando la enfermedad ha sido eliminada, la salud está restablecida; y ésta es la más alta, la única aspiración del médico que conoce la verdadera finalidad de su misión, la cual no consiste en charlar con sonoras palabras de erudición, sino en ayudar al enfermo."

HAHNEMANN da esta nota como advertencia contra el discurso dogmático sobre las ligeras teorías de los hombres. Era costumbre en su tiempo cubrir la ignorancia con tecnicismos: esto es, emplear palabras técnicas con el propósito de aparentar sabiduría. Esto se hace también hoy día. He oído a médicos hablar con palabras técnicas a gente sencilla. El verdadero sabio rara vez emplea tecnicismos. Nada hay en el mundo que oscurezca tanto la inteligencia como el continuo hábito del tecnicismo: ¡son estos términos tan embarazosos y a menudo tan insignificantes! Las doctrinas de la Homeopatía no deben ser oscurecidas con tecnicismos, sino que deben ser consideradas y expuestas en las formas más sencillas del lenguaje. Al hablar del Organon y de sus doctrinas, hay que hablar en buen inglés, si sois

ingleses, y emplear formas sencillas de expresión. Una palabra técnica a veces significa toda una frase y puede interpretarse como significando cosas muy diversas. Los tecnicismos son una especie de víctimas propiciatorias para vindicar los pecados de nuestra ignorancia.

La "totalidad de los síntomas" quiere decir muchísimo. Es algo muy amplio, verdaderamente muy extenso. Puede considerarse como todo lo que es esencial de la enfermedad. Es todo lo que es visible y representa la enfermedad en el mundo natural a la vista, al tacto y al entendimiento exterior del hombre. Es todo lo que hace capaz al médico de individualizar entre las enfermedades y los remedios; la representación entera de la enfermedad es la totalidad de los síntomas, y la representación entera de un remedio es la totalidad de los síntomas. No significa los pequeños síntomas independientes, sino aquellos que llevan al entendimiento una idea clara de la naturaleza de la enfermedad. Muchos de los pequeños síntomas que se presentan pueden omitirse en el total de ellos sin estropearlo; pero la esencia, los característicos, la imagen, debe estar allí, ya que esto es de importancia para él médico, pues es para él la única indicación en la elección del remedio. Ciertamente es que el experto

práctico (I) podría percibir la totalidad de los síntomas, con sólo ver una pequeña parte de ellos; no obstante, prescribir de este modo, es frecuentemente una equivocación, pues cuando aparecen aquellos síntomas que faltaban, el médico encuentra que, por decirlo así, sólo había recetado para el perfil.

>>>>>>>>(1) El original dice: "old prescriber", literalmente: antiguo recetarista. No obstante, como la palabra "Prescribir" tiene para el homeópata, no el simple significado "del que receta", sino que supone un profundo conocimiento de las Patogenesias de nuestra Materia Médica, y una habilidad para hallar el simillimum, creo más adecuado traducir "Old Prescriber", por "experto práctico". (NOTA DEL TRADUCTOR.)<<<<<

Se llega a conocer a los viejos amigos y se les conoce hasta viéndolos parcialmente, o por el andar, o por la voz; pero no ocurre lo mismo con los extraños. .A los desconocidos hay que estudiarlos, criticarlos y examinarlos. Requiere mucho tiempo conocer la manera de ser del extraño, saber cómo efectúa su trabajo, si es alegre o no, conocer su carácter, conoce? al hombre. Así también pasa con la totalidad de los síntomas pues hasta cierto punto, cada enfermedad es una enfermedad nueva. Si el

paciente no tiene nada para ocultar, explicará sus síntomas alegremente, pero si tiene algo que ocultar. llega a ser muy difícil obtener la totalidad de sus síntomas. Pero esta totalidad debe obtenerse, pues no hay otra manera de averiguar la naturaleza del remedio que necesite, como se expresa en el siguiente párrafo:

ORGANON, § 18. "De esta verdad indudable, que, aparte de la totalidad de los síntomas, no hay nada que pueda descubrirse en las enfermedades, por lo que éstas puedan expresar que necesitan auxilio, resulta innegablemente, que la suma de todos los síntomas en cada caso individual de enfermedad, debe ser la única indicación, la única guía para dirigirnos en la elección de un remedio."

Pero no basta considerar la totalidad del caso como una gran entidad; además de considerar todos los síntomas colectivamente, debe considerarse cada síntoma individualmente. Cada síntoma debe examinarse para ver qué relación tiene y qué posición ocupa respecto a la totalidad, a fin de conocer su valor, si es un síntoma común. si es no síntoma particular, o si es un síntoma

particularmente característico. Más adelante insistiremos sobre este punto.

ORGANON, § 19. "Ahora, como las enfermedades no son más que alteraciones en el estado de salud de un individuo sano, que se expresan por signos morbosos, y la curación es sólo posible por un cambio de la condición sana del individuo enfermo, es muy evidente que las medicinas no pueden curar la enfermedad, si no tienen el poder de alterar el estado de salud del hombre, que depende de las sensaciones y funciones; efectivamente, su fuerza curativa debe ser debida únicamente a esta fuerza que ellas poseen de alterar el estado de salud del hombre."

Este párrafo afirma que las medicinas deben ser capaces de efectuar cambios en la economía, o si no, no pueden restablecer el orden en dicha economía. Si la medicina es demasiado alta para efectuar una perturbación en una economía irregularmente gobernada, será demasiado alta también para efectuar una curación en aquella economía. La potencia debe ser adecuada con el grado de susceptibilidad que requiere la medicina. Esta susceptibilidad incluye una gran diversidad de potencias, de modo que desde la 30 hasta la C. M., hay raramente una que pueda omitirse en la

experiencia práctica. Raro será que una potencia sea demasiado alta, pero que sea más alta de lo que el caso requiere es muchas veces verdad. Ningún remedio puede obrar curativamente, a no ser por su capacidad de efectuar cambios. y son conocidos los remedios que verdaderamente efectúan cambios por sus patogenesias; pero en las experimentaciones de la droga. los cambios han sido aumentados en cantidad, o reducidos en cualidad según el juicio del que hace la experimentación. Muchas veces las sustancias ordinarias efectúan pocos cambios, y a veces ninguno, mientras que las sustancias más altas producen enfermedad: esto es, según el estado de susceptibilidad. Algunos experimentadores que son susceptibles a las altas, no lo son nada a las más bajas. Hay pacientes que no son susceptibles a una sola gota de tintura de Coffea, pero son excesivamente susceptibles a las potencias más altas de Coffea.

No obstante, tales pacientes, frecuentemente enferman a causa de grandes cantidades de café. Lycopodium en sustancia no tiene efecto alguno sobre la mayoría de la gente; pero en potencias altas si se le sigue administrando continuamente, es capaz de afectar a casi todo el mundo. El efecto que tienen las medicinas sobre el enfermo para restablecer el orden, puede observarse mejor

comprobando su efecto en individuos sanos, obteniendo así lo que llamamos la patogenesia.

Fácilmente podríais suponer, por la manera como las prestigiosas casas modernas nos anuncian sus medicinas, que por un gran esfuerzo de su voluntad, y por una gran reflexión, han logrado averiguar lo que estos medicamentos podrán hacer en bien de la familia humana. Con el propósito de conocer el estado actual de la medicina, escucho muy pacientemente, algunas veces, al anunciante de alguna casa de Nueva York. El recitará su pieza. os dirá lo que esta maravillosa combinación hará, cuántas enfermedades curará, y entonces yo le pregunto que cómo averiguan todo esto. "¡Oh! Los médicos dicen esto; he aquí los testimonios!" "Pero, ¿cómo lo averiguan ellos?" "¡Oh! Ellos lo emplean!" Pero las drogas no han sido experimentadas, y su empleo no esta de acuerdo con lo que el homeópata sabe que producen o curan. Si vais a una farmacia en la que tengáis alguna amistad con el farmacéutico, descubriréis que estas medicinas han sido combinadas de acuerdo con las recetas de los médicos más de moda de la vecindad. A los seis meses, si volvéis otra vez a esta misma farmacia, hallaréis que ya no se emplea ni una de estas drogas, sino que hay un nuevo juego, una nueva combinación, en consecuencia a la visita del viajante, que ha

venido para expresar las maravillosas propiedades de otros productos. No creáis que solamente me refiero a la Escuela Antigua, pues un gran porcentaje de estas recetas pertenece a homeópatas reconocidos, y esto tiene tanto de Homeopatía como todo lo demás que hagan. La mayoría de los homeópatas hacen estas cosas, intentando establecer una práctica homeopática sobre un fundamento alópata. Procuran seguir la moda, y cambian sus prescripciones como las señoras cambian sus sombreros cada temporada.

En el párrafo 20, HAHNEMANN dice:

ORGANON, § 20. "Esta fuerza, en cierto modo espiritual, capaz de alterar el estado de salud del hombre (y por lo tanto, de curar la enfermedad), que yace oculta en la naturaleza interior de las medicinas, no puede nunca descubrirse por un mero esfuerzo del raciocinio; solamente podemos tener conciencia de ella por la experiencia de los fenómenos que despliega cuando actúa en el estado de salud del hombre."

No hay más que una manera de averiguar lo que Aconitum puede hacer en la economía, y esta es, administrarlo a mucha gente y anotar los síntomas que experimentan estas personas como manifestaciones de Aconitum.

Primeramente es preciso saber que los remedios pueden hacer enfermar a los hombres, y luego saber lo que es este estado de enfermedad. Toda medicina que emplee el homeópata debe haber sido experimentalmente comprobada en el individuo sano, para que la imagen de los síntomas se haya obtenido completamente. Es verdaderamente vergonzoso para la profesión homeopática que existan tantísimos medicamentos en las farmacias homeopáticas, y que estos medicamentos sean recomendados para tal o cual enfermedad, sin ninguna investigación en cuanto a sus cualidades, excepto quizá el proceder del Dr. Tal o Cual, por recomendación de alguna vieja, haya empleado éste o aquél remedio contra la hidropesía. Este proceder es absolutamente condenado en cada línea del Organon, y por toda la Doctrina. No hay ningún principio en ello, no es científico, y es indigno de la vocación de un médico. Todo medicamento debe ser completamente comprobado en el individuo sano. En nuestro estudio de la Materia Médica, no os perturbo con ningún medicamento parcialmente probado. Podéis estudiar éstos sólo después de haber estudiado los que han sido bien comprobados. En Los Síntomas Guías (I) hay muchos medicamentos que han sido sólo parcialmente comprobados, y a menudo sólo

por pura casualidad se habrá logrado alguna curación con éstos. Pero los antiguos remedios que nos han sido transmitidos por los grandes maestros y que han tenido años de asidua comprobación, nos vienen como amigos de los cuales podemos aprender y conocerlos. No podemos llegar a conocer los medicamentos que no han sido experimentados. Cuando los libros os digan que algún medicamento es bueno para esto a para lo otro, no les prestéis fe; pero si el libro os dice que este medicamento producirá tales o cuales síntomas, estudiad éstos: esta es una información valiosa. La Materia Médica de la Escuela Antigua está compuesta de los resultados de las medicinas sobre las enfermedades; es una guía no científica, sobre una base móvil.

(I) El autor se refiere con toda probabilidad al libro: "Guiding Symptoms", de Hering. En este libro hay muy buenas indicaciones de medicamentos con patogenesia completa, pero como también las hay de medicamentos poco conocidos y faltos de experimentación, el DR. KENT no vacila en censurar a todo libro de Materia Médica que acoja síntomas sueltos o experiencias defectuosas o incompletas, pues sus síntomas puros sólo sirven para perturbar o poner en confusión a los obtenidos por la experimentación pura. (N. del T.).

LECCION XIII

La Ley de los Semejantes.

(Véase Organon, §§ 21-25.)

En estos párrafos, HAHNEMANN hace un resumen de lo que había dicho antes y puntualiza las necesarias conclusiones. Al hacer esto demuestra que el único método de aplicar provechosamente las medicinas en la enfermedad, es el método homeopático. Vemos diariamente que los métodos antipáticos y heteropáticos no tienen tendencia alguna a obtener resultados estables. Por estos medios se efectúan cambios en los síntomas pero no se obtiene ninguna curación permanente; al contrario, hay sencillamente una tendencia para el establecimiento de otra enfermedad, frecuentemente peor que la de antes y sin desarraigar la primera. Relacionándolo con esto, podríamos hablar de la administración de la morfina y de los purgantes. Los amigos del paciente os ruegan que le deis algo para calmar el dolor y hacer mover el vientre, a fin de aliviar al paciente. Sabéis muy bien que el alivio por la morfina es muy pasajero, pero cuando estéis íntimamente convencidos de la verdad de nuestros principios, tendréis las más poderosas razones para no administrar ninguna dosis de morfina. Después de dada ésta, se observan cambios que son verdaderamente perjudiciales para el paciente. Los síntomas están cambiados, y esto es siempre un gran perjuicio.

El mismo inconveniente existe en cuanto a la administración del cloroformo para mitigar los dolores del parto. No hay hoy en día ninguna mujer bastante fuerte para pasar el parto sin algunos síntomas que requieran un remedio. Por esto, si dais cloroformo en el parto, ponéis a la paciente en un estado tal, que es incapaz de expresar los síntomas de su propia condición. Si, al final del parto, iban a presentarse síntomas que indicarían al médico inteligente el remedio adecuado (quizás para vencer un sufrimiento de toda la vida), se le privaría de saber cuál sería el remedio indicado, por este acto de locura.

ORGANON, § 26. "Esto depende de la siguiente ley homeopática, ley de la naturaleza, de la cual efectivamente, aunque algunas veces se haya tenido una vaga sospecha de ella, nunca hasta ahora ha sido por completo reconocida, aunque en todos los tiempos ha sido el fundamento de toda curación verdadera, a saber: Una débil afección dinámica en el organismo viviente, se extingue de un modo permanente por otra más fuerte, si la última (aunque difiera en clase) sea muy similar a la primera en sus manifestaciones."

En este párrafo, HAHNEMANN declara distintamente que el fenómeno de la curación

depende enteramente de una ley fija, o sea de la ley que rige la Homeopatía. Después de que HAHNEMANN había hecho alguna comprobación, recogió de la literatura un gran número de curaciones referidas, con el propósito de observar si estas curaciones habían sido efectuadas accidentalmente o de propósito y si ellas estaban de acuerdo con la LEY DE LOS SEMEJANTES o con el principio de los contrarios. En todo caso pudo ver que las curaciones habían sido efectuadas de acuerdo con la LEY DE Los SEMEJANTES, a saber: el remedio que curaba en cada caso era capaz de producir síntomas semejantes a los que curaba. Esto es verdad en todos los planos, bajo todas las circunstancias, y todas las demás curaciones aparentes no eran tales curaciones, sino supresiones.

"Una enfermedad dinámica en la economía viviente del hombre se extingue de una manera permanente por otra que sea más fuerte, cuando la última (sin ser de la misma especie) tiene una fuerte semejanza en su modo de manifestarse." Esta frase parecía la mejor manera de expresar la ley en tiempo de HAHNEMANN. Las palabras "más fuerte" o más intenso serían la manera más natural de expresarlo, pero cuando uno ha vivido la Homeopatía y es capaz de percibir sus obras y comprender la actuación interior de la Doctrina,

la palabra "fuerte" expresa una idea diferente. Si podemos seguir la línea de potenciación, perdemos la idea de fuerza que se manifiesta a los que no están iniciados. Entramos al mundo del pensamiento y allí aprendemos a conocer una diferente clase de fuerza o de intensidad. Cuando pensamos naturalmente en fuerza o en intensidad, en seguida viene a la mente la idea de intensidad, como en un problema de electricidad, en el cual aumentamos la intensidad con el aumento del número de baterías. Mientras que la expresión de HAHNEMANN nos lleva a una idea de intensidad que tiene cualidades más internas, más altas; es decir, que son anteriores en el sentido de desde el principio hasta el fin. Lo más interno es lo más intenso. lo que más se aproxima a la primera sustancia, de modo que intensidad en cuanto a causa significa más alto, o más interno, más alto en el sentido de sutilidad o finura.

Haréis, pues, el favor de notar que la palabra "fuerte" contiene un pensamiento interior, y que ésta es la única manera de hacer comprender al entendimiento lo que se quiere indicar. La fuerza procede, efectivamente, de dentro, y por esto potenciamos más y más cada vez, a fin de alcanzar la intensidad, y es en este sentido que el remedio llega a ser más fuerte por la potenciación. En materia de hechos,

cuando hablamos en un plano material, el remedio se hace más débil por la potenciación, porque lo material, la materia, está, en efecto, reducida. Parecería extraño para el materialista, o para un médico de la Escuela Antigua, que no piensa más que en dar grandes píldoras, decir que Aconitum se hace más fuerte por ser atenuado. Para él sería igual como decir que llega a ser más fuerte cuanto más débil se pone. y, sin embargo, es verdaderamente así, aunque él no lo pueda ver.

"Una enfermedad dinámica se extinguiría por otra que fuera más fuerte, si la última era semejante a ella." La primera proposición es que debe ser similar y luego debe ser bastante intensa. Cuanto más haya en el interior, tanto más cabe esperar en el exterior. Igual pasa con la luz del sol. Es más grande que las otras luces, porque hay más en su interior; es más pura, más dinámica, y desviara y destruirá todas las demás luces.

Esta LEY DE LOS SEMEJANTES es la predominante en el mundo natural. La vemos de hombre a hombre. Fácilmente podremos comprobarla aun en los locos. Es el secreto de la curación mental, y hay muchos ejemplos de curaciones mentales que se basan en la ley de los semejantes. Un ejemplo de esto lo tenemos en el caso de una joven que ha perdido a su madre. o a su amante, y que está enferma a

consecuencia de esto, agobiada por la pena, llorando continuamente, y ha llegado a la melancolía. Sentada en un rincón no oye a nadie, piensa que nadie puede comprenderla, porque nadie ha pasado semejante pena. Apliquémosle el tratamiento alópata: "Ven; no tienes nada ¿Por qué no te animas? ¿Por qué no procuras despertarte?" Pero esto solamente la sumerge más profundamente en su estado de melancolía. Reñir y maltratarla es inútil. Pero introduzcamos el tratamiento homeopático, empleando una enfermera que sea una buena actriz, que haya pasado por la misma pena y que se ponga sollozando en otro rincón. Muy pronto la paciente dirá: "Usted parece que tiene la misma pena que yo." "Sí, yo he perdido a mi amante." "Pues bien. usted puede comprenderme." Y las dos se ponen a llorar, y sacar. su pena juntas. Hay un vínculo de simpatía entre ellas. A veces, un caso curable de locura puede ser alcanzado de esta manera, y así tenemos hecha una curación mental. Cuando una paciente quiere ejercer su voluntad, pero no puede por causa de perturbaciones físicas, entonces el remedio homeopático restablecerá el orden.

ORGANON, § 27. "El poder curativo de los medicamentos depende, por lo tanto, de sus síntomas, semejantes a los de la enfermedad,

pero superiores a ellos en fuerza; de modo, que cada caso individual de enfermedad no puede anularse ésta y restablecerse la salud de un modo seguro, radical, rápido y permanente, si no es por medio de un medicamento capaz de producir (en el sistema humano) de la manera más similar y completa, la totalidad de los síntomas, que sean al mismo tiempo más fuertes que la enfermedad."

Luego no es suficiente dar meramente el remedio sin preocuparnos de su forma. No basta dar el remedio o sustancia indicados, sino que precisa estudiar el plano en que debemos administrarlo. La atenuación también debe ser similar a la causa de la enfermedad. En las experimentaciones de un remedio en sustancia, podrá presentarse un grupo de síntomas en un experimentador, pero cuando una persona esta enferma, el remedio en sustancia, podrá no influir sobre sus síntomas, porque el paciente no tiene una relación o susceptibilidad semejante a la que tenía el experimentador cuando comprobó el medicamento (I).

En el párrafo 29, HAHNEMANN ha dado una explicación de la ley de curación. El mismo la prelude, diciendo que no le da mucha importancia. No tenéis ninguna obligación de estudiarla, y generalmente la omitimos en este curso.

(I) Medicamento, es toda sustancia capaz de producir en el hombre sano series o grupos de fenómenos. Remedio, es toda sustancia capaz de neutralizar en el enfermo series o grupos de síntomas. El estudio del medicamento es sin duda alguna el eje central de la terapéutica. El medicamento por la experimentación produce el fenómeno, y el remedio, por la experiencia, neutraliza el síntoma: el primero pertenece a la patología, el segundo a la nosología.

Para la Escuela Homeopática, el remedio antes de su aplicación debe ya ser medicamento; es decir, debe haber, sido hecha su experimentación en el hombre sano. Para la Escuela Alopática, el remedio es remedio, n priori, sin punto de partida, basta que se haya empleado empíricamente en un enfermo. (N. del T.).

LECCION XIV

La susceptibilidad.

ORGANON, § 30. "El cuerpo humano parece ser mucho más fuertemente afectado en su salud por las medicinas (en parte, porque depende de nosotros o está en nuestro poder, el variar las dosis que por los estimulantes morbosos naturales), pues las enfermedades naturales son curadas y vencidas por las medicinas adecuadas."

ORGANON, § 31. "Las fuerzas hostiles, en parte psíquicas y en parte físicas, a las que está expuesta nuestra existencia terrestre, que se denominan agentes morbíficos nocivos, no poseen el poder incondicional de perturbar morbosamente la salud del hombre; nos afectan tan sólo cuando nuestro organismo esté suficientemente predispuesto y sea susceptible al ataque de la causa morbífica que esté presente y que altere en su salud, perturbando las funciones y obligando a sufrir sensaciones anormales; por esto no producen enfermedad a todos, y en todo tiempo."

ORGANON, § 32. "Pero pasa completamente lo contrario con los agentes morbíficos artificiales, que llamamos medicamentos. Cada uno de los llamados verdaderos medicamentos obra en todo tiempo, bajo todas las circunstancias, y en cada ser humano viviente, y produce en él, sus síntomas peculiares (claramente perceptibles, si

más que una dosis, o las menos que sean necesarias para hacer cesar el influjo. Cuando una causa cesa de actuar en una cierta dirección, es porque encuentra alguna resistencia, pues las causas van solamente en la dirección donde se ofrece una menor resistencia, de modo que, en cuanto aparece una resistencia, cesa el influjo, y la causa ya no actúa más. Ahora, en el comienzo de la enfermedad, es decir, en el período de contagio, hay un límite al influjo, pues si el hombre siguiera recibiendo indefinidamente la causa de la enfermedad (si no hubiera ningún límite a su influjo), seguiría aquélla un curso continuo hasta la muerte. Pero cuando la susceptibilidad está satisfecha, hay una cesación de causa, y cuando la causa cesa de actuar en los cambios últimos, no solamente cesan éstos, sino también cesa de actuar la propia causa.

HAHNEMANN declara que tenemos mayor poder para actuar en los seres humanos por medio de los remedios, que lo tiene la causa de la enfermedad, pues el hombre sólo es susceptible a las enfermedades naturales en un cierto plano. Las causas de las enfermedades, existiendo como substancias inmateriales, fluyen al hombre a pesar suyo; no puede no controlarlas, ni resistirlas, y le ponen enfermo. Pero ocurren ciertos cambios y el hombre deja

de ser susceptible, y ya no hay más influjo de la causa sobre su economía ha tenido lugar una suspensión porque la susceptibilidad ha cesado. La susceptibilidad cesa cuando ocurren cambios en la economía que excluyen tal influjo.

Pero la curación y el contagio son muy similares, y los principios aplicables a uno son, también aplicables al otro. Hay esta diferencia: en las curaciones tenemos la ventaja del cambio de la potencia, y esto nos hace capaces de adaptarla a las diferentes susceptibilidades del hombre enfermo. Por causa de estos diferentes grados de susceptibilidad, algunos están protegidos contra la causa de la enfermedad, mientras que otros enferman; el que enferma es susceptible a la causa de la enfermedad, de acuerdo con el plano en que esté y el grado de atenuación que exista al contraer el contagio. El grado de la causa de la enfermedad se adapta a su susceptibilidad en el momento en que contrae la enfermedad. Pero esto no ocurre con las medicinas. El hombre tiene todos los grados de la potenciación, y con éstos puede hacer los cambios y adaptar las medicinas a las diferentes susceptibilidades del hombre, en diferentes calidades o grados. De aquí HAHNEMANN dice: "Las medicinas (particularmente porque depende de nosotros el variar las dosis según nuestra voluntad) parecen tener más poder para afectar el estado

de salud que las irritaciones morbíficas naturales, pues las enfermedades naturales se curan y calman con las medicinas adecuadas".

Ahora podríamos hacer la pregunta ¿cuando deja de ser homeopático un remedio, una vez que ha sido administrado? Debemos aplicar el mismo principio que para la susceptibilidad, a causa de la similitud que existe entre la curación y el contagio. Vamos a ilustrar esto de la siguiente manera: supongamos que tenemos un caso de difteria, y después de un detenido estudio, Lachesis parece ser la más similar de todas las medicinas, y que hemos administrado ya una dosis. Ahora bien, ¿cuándo deja Lachesis de ser homeopático? Cuando los síntomas que lo indicaban cambian, entonces ya no está indicado. Si se le administra después de este cambio, actúa sobre un plano diferente de aquel en que actuaba homeopáticamente, y si actúa, en modo alguno obrará curativamente, sino depresivamente. Dar algo más de lo que requiera la susceptibilidad es superfluo y además peligroso. Administrad Sulphur para una enfermedad crónica, cuando esté indicado claramente, y los síntomas desaparecerán y el paciente se encontrará mejor. Entonces el remedio deja de ser homeopático, y si continuáis administrándolo, cualquiera que fuese su acción, ni es homeopática ni deseable.

Pero el hombre arguye que si un poco hace bien, más hará mejor. Lo suficiente para efectuar un cambio es todo lo que puede ser homeopático; cuando ciertos cambios estén efectuados, el médico debe esperar. Dada la suficiente medicina para restablecer el orden -y éste se efectúa casi instantáneamente; a lo más, es cuestión de pocas horas-, y mientras continúa el orden, una vez que éste ha empezado a establecerse, hay que "cruzarse de brazos" (I)

>>>>>>>>>>(I) En estos casos, HAHNEMANN decía: "La gran virtud de[médico es saber esperar". (N. del T.)>>>>>>>>>>

Esto es precisamente lo mismo que ocurre cuando se adquiere el contagio de una enfermedad. Así en la difteria, en cuanto empieza la enfermedad. cesa la susceptibilidad, tiene lugar un cambio que protege al hombre de una ulterior causa de enfermedad, y la enfermedad se desarrolla y se manifiesta por sus síntomas.

La repetición de la dosis es aconsejada por doctas cabezas, pero si comprendemos esta doctrina, podremos ver claramente que tal repetición es absolutamente inútil. Es verdad que en los individuos vigorosos y robustos, que tienen una reacción instantánea, la dosis puede repetirse y no obstante se aprecian casos de mejoría, aunque el remedio no sea

completamente homeopático para el caso. Pero algunos salen perjudicados por este modo de proceder, porque son individuos delicados. cuya reacción es lenta; efectivamente, la reacción esta impedida por la repetición de la dosis; es decir, el orden que tratábamos de establecer, lo hemos impedido efectivamente. HAHNEMANN enseña que la economía humana está más bajo el control del hombre que bajo el de la enfermedad, pues la economía sólo puede ser afectada por las enfermedades a que es susceptible; pero el hombre, ya sea para el propósito de experimentación, ya para el de la curación, puede variar la dosis de tal manera que siempre puede obtener resultados, y los que son muy susceptibles, son terriblemente perjudicados por la repetición de las dosis.

En el párrafo 31, HAHNENANN dice que las causas de las enfermedades son limitadas a ciertas condiciones y estados, en su capacidad de efectuar cambios en la salud; es decir, limitadas a la susceptibilidad. Esto es todo lo que HAHNEMANN dice referente a esta doctrina de la cesación de la causa, después de que han tenido lugar ciertas evoluciones. Vemos que, al contraer una enfermedad natural, sigue sus periodos y tiende a declinación, y el paciente no será susceptible hasta que haya llegado otro cambio de estado. No es cierto que un hombre salga de un estado de susceptibilidad a una

enfermedad, y a los pocos días entre en otro estado de susceptibilidad a la misma enfermedad. Debe haber un cambio, un ciclo, lo cual significa una cierta cantidad de tiempo. Ahora, si hablamos de la curación en vez del contagio, de un modo análogo, una cierta dosis de medicina administrada duraría un cierto tiempo.

Tal es lo que ocurre comúnmente. El remedio parece que obra todo este tiempo, y deberíamos tener bien claro en nuestra mente que esto es solamente una manifestación de lo que ocurre. Verdaderamente parece que ha de transcurrir un cierto tiempo antes de que sea necesaria otra dosis; a saber: hasta que haya llegado otro estado de susceptibilidad. Así volvemos a decir que siempre que un remedio deje de ser homeopático, es inútil seguir administrándolo, ya que solamente obrará sobre el paciente creando una susceptibilidad artificial. Con esto queremos decir que ciertos pacientes sensibles siempre tienen una susceptibilidad a las potencias altas. De esta manera tenemos que tratar dos cosas: el estado agudo creado por la propia enfermedad, y el estado crónico, que es el estado natural del paciente nacido bajo un miasma. Ahora, cuando durante el estado agudo el paciente haya satisfecho la susceptibilidad al contagio, hay un período en el cual la causa de la enfermedad ya

no obra en él; esta inmune contra el influjo de la causa de la enfermedad. Pero cuando un remedio deja de ser homeopático, el paciente ya no tiene esta inmunidad contra él, a causa de la posibilidad de que en manos del médico cambie más o menos su fuerza; si la potencia ha sido administrada fuera de su propio grado de susceptibilidad, puede perjudicarlo.

ORGANON, § 33 "De acuerdo con este hecho, queda innegablemente demostrado por toda la experiencia, que el organismo humano viviente está mucho más predispuesto y tiene mucho mayor riesgo de ser afectado y tener su salud perturbada por las potencias medicinales que por los nocivos agentes morbosos y los miasmas infecciosos; o, en otras palabras, que los agentes nocivos morbosos poseen un poder morboso para perturbar la salud del hombre que está muy subordinado y condicional; mientras que los agentes medicinales tienen una fuerza absolutamente incondicional, grandemente superior a la primera."

Cuando nos damos cuenta del empleo impropio de toda clase de medicinas, no podemos más que concluir que la raza humana, a causa de tomar estas drogas, ha sido grandemente perturbada en la economía. Vosotros habéis oído hablar a HAHNEMANN acerca de la manera

de conducirse en las enfermedades crónicas; claramente manifiesta que las mayores dificultades a vencer son las que han sido causadas en la economía por la continua aplicación de tantos remedios. No es que los propios remedios estén acumulados en la economía, sino el hecho de haber creado un desorden de toda la vida. Pensad en los pobres individuos que antiguamente tenían la costumbre de tomar azufre y melaza; pensad en aquellos que hacían toques con lápiz azul en la región hepática. Pensad en los que sufrían en el Oeste, atiborrándose cada año de quinina para prevenir los escalofríos de las fiebres intermitentes. Esta gente está tan desarreglada, que necesitaría años de cuidadosas prescripciones para volverlos a su primitivo estado de salud.

En el párrafo 34, HAHNEMANN repite dos proposiciones a las cuales ya hemos aludido. La primera proposición es que, a fin de curar, las medicinas deben ser capaces de producir en el cuerpo humano una enfermedad artificial similar a la que se ha de curar; esto ha sido ya oportunamente demostrado y explicado. La segunda proposición es que la enfermedad artificial debe ser de un grado mayor de intensidad. El asunto de la intensidad ya ha sido explicado como algo más alto, más interno, algo superior, o que sea anterior. La intensidad o

fuerza va en proporción al grado de aproximación a la sustancia primitiva. No hay ninguna idea de intensidad en ninguna otra dirección. La causa de la enfermedad y de la curación existe dentro de la sustancia primitiva y no en las formas últimas materiales, aunque la causa inmaterial de la enfermedad continúa en los cambios ulteriores de la misma. Los bacteriólogos se han metido en una confusión en su ciencia porque no conocen que las causas continúan en los efectos. La bacteria puede contener la causa porque las causas continúan o persisten en los cambios ulteriores, pero la causa primitiva no está en la bacteria: es la propia bacteria la que se debe a una causa.

LECCIÓN XV

La protección contra la enfermedad.

ORGANON, § 35 y siguientes.

De estos párrafos vemos que hay varias clases de protección contra la enfermedad. Cuando ocurre alguna epidemia violenta, todos sabemos que aunque el número de las víctimas sea crecido, resultan pocas en relación con los

que pasan la epidemia inmunes, y siempre se formula la pregunta: ¿Por qué ocurre esto? Suponemos, y probablemente con razón, que un gran número de los inmunes han escapado por ser excepcionalmente fuertes y vigorosos, o por su estado de muy buen orden. Sin embargo, encontramos, entre los que han escapado a la epidemia, un cierto número de personas que no son nada fuertes, verdaderamente inválidos, uno con tisis, otro en los últimos períodos de la enfermedad de Bright, otro con diabetes. Los llamamos a todos y encontramos que no han sufrido disentería, viruela o lo que fuese la epidemia. No han sido susceptibles a las influencias de la epidemia. ¿Cómo puede explicarse esto?. La razón es que tienen una enfermedad que es imposible que pueda ser suprimida por la epidemia. La epidemia es alopática, o sea disimilar a sus enfermedades, y no puede suprimir sus enfermedades por causa de su virulencia. Si ahora tiene alguna forma suave de enfermedad crónica, un ataque fuerte de disentería hará desaparecer a esta enfermedad temporalmente, y la nueva enfermedad (la epidemia) se mantendrá y seguirá su curso, y en cuanto se calme, los antiguos síntomas volverán a aparecer y continuarán como si no hubiesen sido perturbados. Esto es una demostración de los disimilares, y demuestra que los disimilares son

incapaces de curar; sólo pueden suprimir. Si la enfermedad crónica es más fuerte que la enfermedad epidémica, es decir, si tiene algún sostén orgánico sobre el cuerpo, no puede ser suprimida. Esto es esencialmente la relación de las enfermedades agudas disimilares a las enfermedades crónicas serias.

La relación entre enfermedades crónicas disimilares es algo diferente. Por ejemplo, un paciente está en los primeros períodos de la enfermedad de Bright, y los síntomas son bastante claros para hacer un diagnóstico. Contrae sífilis, y en seguida la enfermedad de los riñones está suspendida, desaparece la albúmina de la orina y pierde su apariencia cérea. Pero después de un año de cuidadosas prescripciones, desaparece el estado sifilítico, y muy pronto reaparece la albúmina en la orina, vuelve la hidropesía y se muere de un ataque corriente de la enfermedad de Bright.

Luego existen casos en los cuales dos enfermedades crónicas parecen alternar una con la otra; parece que la una está suprimida mientras que la otra prevalece. Bajo un tratamiento homeopático adecuado, una será reducida en sus actividades mientras la otra se manifestará. Hallaréis ser éste el caso, cuando hayáis de tratar sífilis y psora a la vez. Un paciente psórico, que padecía una erupción cutánea. o alguna de las varias formas de

psora, contrae sífilis. Todas las manifestaciones psóricas, comezón nocturna, dermatosis reumática, etc., desaparecerán, y la erupción sifilítica saldrá a tomar su lugar. Trataréis la manifestaciones sifilíticas por algún tiempo, y os será posible dominarlas o suprimirlas, y en la proporción en que la enfermedad esté dominada, surgirán de nuevo las manifestaciones psóricas y mantendrán en suspensión aquella parte del estado sifilítico que queda todavía sin curar. Entonces se estará obligado a dejar el tratamiento antisifilítico, y encargarse del tratamiento antipsórico, y otra vez los remedios homeopáticos aparentemente volverán a establecer el orden en la economía. Pero después de que haya sido ejecutado esto, se sorprendería uno al ver reaparecer el estado sifilítico, en la condición que corresponde a su última manifestación. Entonces hay que dejar el tratamiento antipsórico y reanudar el tratamiento antisifilítico. De esta manera alternan; cuando se debilita una, la más fuerte surge. La erupción sifilítica, sin complicaciones, no irrita; pero la erupción psóricia, como regla general, da comezón, y en esto se notará la alternancia de ambas enfermedades.

Si se administra al paciente el tratamiento adecuado, su condición se simplificará, pero si se le da el tratamiento de la escuela antigua, se complicará mucho. Los dos miasmas se

unirán y formarán una complejidad, dando lugar a un estado deplorable, a un verdadero círculo vicioso; entonces las erupciones sifilíticas picarán, aun teniendo toda la apariencia de sífilis, como si fuesen erupciones psóricas. El Mercurio en grandes dosis es capaz de efectuar este resultado. El tratamiento homeopático adecuado efectuará una separación, mientras un tratamiento impropio causara una complicación y nunca se vera una mejoría donde los remedios homeopáticos hayan causado una ligadura en la combinación.

Por otra parte, tomemos una diátesis de malaria crónica, que haya existido hasta que se haya complicado con psora; observaremos que después que la quinina haya sido antidotada, que los escalofríos y la fiebre volverán en su forma original. Aquí se ve una demostración de la separación que la Homeopatía tiende siempre a efectuar. Ahora se ha puesto en evidencia el estado de malaria y presto para su curación. No se puede curar mientras esté complicado, pues el remedio que fuera bastante similar para eliminar los dos no puede verse claro. La primera prescripción es un antídoto para el remedio y libra al paciente de la enfermedad medicamentosa; y entonces se ve claramente la enfermedad más aguda, o sea, la enfermedad que ha aparecido últimamente, la cual vuelve primero. Esto está de acuerdo con la Ley fija; el

miasma último o los síntomas que se han retirado los últimos, serán los primeros en aparecer de nuevo, y los primeros en volver a desaparecer permanentemente.

En el párrafo 36 surge otra idea: "El tratamiento que no es homeopático, que no sea violento, deja inalterada a la enfermedad crónica". Para suprimir, es necesario un estado de violencia sobre la economía, por medio de grandes dosis, tremendas medicinas, mucho sudar, sangrar, etcétera, tal como lo hacían antiguamente. Tal tratamiento tiende a dominar o suprimir la enfermedad por un cierto tiempo; pero cuando la violencia se haya calmado, y el tratamiento rudo haya cesado, vuelven a aparecer los síntomas; pero en un estado más perturbado que antes. Cuanto más violenta es la enfermedad medicamentosa que ha sido impuesta al cuerpo, tanto más grandes son los cambios en la enfermedad crónica. El tratamiento violento altera la naturaleza de la enfermedad crónica. Una enfermedad nueva e intensa suspende una enfermedad anterior similar existente en el cuerpo; de igual manera, mientras que continúa el efecto de la quinina, suprimirá y mantendrá en quietud la enfermedad a la cual es similar. La quinina es capaz de imponer sobre la economía su propia forma de enfermedad, que durará años y puede ser que no pare hasta que haya sido

administrado un antídoto por una medicina similar a sus síntomas. Pero si se ha administrado un antídoto, aquella enfermedad de malaria que había sido suprimida volverá a aparecer en su forma original, y el paciente dirá: "Estos son precisamente los síntomas que tenía cuando fui curado por el difunto Dr. Fulano de Tal; me curó con corteza de quina del Perú". Esta historia es tan corriente, que cualquier homeópata que haya prescrito con éxito muchos años, tiene en su archivo un montón de casos semejantes. La malaria fue suspendida sólo porque la quinina era capaz de producir una enfermedad más violenta que la malaria. El arsénico es capaz de hacer lo mismo; puede injertar en la economía una enfermedad peligrosa, que resultaría en condiciones muy graves, porque el arsénico se complicaría con la psora.

En algunos casos tenemos una complejidad de cosas horribles, como si una fuera construida sobre la otra, en este caso, al tratarlas, el grupo que ha sido eliminado último, reaparecerá el primero, lo cual demuestra que el remedio ha hecho su efecto, y entonces seguimos con el próximo, y así consecutivamente, los diferentes grupos irán apareciendo uno tras otro en forma distinta. Deben desaparecer en el orden inverso al de su aparición, como si estuvieran puestos en capas, una encima de otra.

De todo esto se desprende que es posible el que dos enfermedades diferentes ocupen, por decirlo así, dos diferentes rincones de la economía, manifestándose una mientras la otra está dominada o suspendida. También notamos cómo existen en un estado de complejidad. En el primer caso, no combinan; en el otro, combinan y se hacen complejas. También vemos la conveniencia y utilidad de observar el tratamiento que ha sido administrado al paciente. No es siempre posible hacer esto, y es imposible saber si cada uno de estos remedios ha establecido su propia enfermedad.

No todo remedio administrado es capaz de establecer una enfermedad. Siempre es prudente, cuando los síntomas sólo estén desarrollados parcialmente, y cuando el remedio que haya causado la suspensión de los síntomas sea conocido, el incluir la relación antídota del remedio, junto con los demás síntomas. Es decir, escoger un medicamento que tenga una relación antídota bien conocida del remedio que haya causado la supresión de los síntomas, con tal que sea también el más similar a los pocos síntomas que estén presentes. De esta manera, efectuamos el maximum de similitud posible. El remedio similar es el que probablemente será el mejor antídoto de todos, para aquel remedio. No os dejéis mal guiar para administrar en seguida el

remedio que ha causado el trastorno. El principio del Similia es lo primero.

ORGANON, 43. "Totalmente diferente es el resultado cuando dos enfermedades similares se encuentran juntas en el organismo; es decir, cuando a la enfermedad ya presente se añade una más fuerte que le es similar. En tales casos, vemos cómo puede efectuarse una curación, por la operación de la naturaleza, y tenemos una lección de cómo el hombre debería de curar."

Entonces tiene lugar una verdadera conjunción, una unión, por decirlo así: un casamiento, que resulta de la desaparición de las cosas viejas, y de las cosas nuevas que vienen y existen en un estado de orden.

LECCION XVI

Los pacientes hipersensibles.

ORGANON, 44 y siguientes.

El envenenamiento medicamentoso, tal como lo hemos explicado en la última lección, no siempre es debido a la prescripción de remedios en sustancia. Si se trabaja mucho tiempo entre pacientes sensibles, se encuentran algunos que efectivamente han sido envenenados por la administración inadecuada de medicamentos potentizados. Estos son pacientes hipersensibles, que han recibido repetidas dosis de la medicina, después de haber administrado la medicina y la dosis que eran homeopáticas a su condición.

Si se continúa administrando un remedio, verdaderamente homeopático al caso, después de haber dado lo suficiente para su curación, se establece en algunos casos un miasma por aquella droga, y este miasma imita una de las enfermedades crónicas, o uno de los miasmas agudos, según su capacidad. Tengo un paciente que ha sufrido durante siete u ocho años los efectos de Lachesis. Tengo pacientes que padecen por Sulphur y otras medicinas que obran profundamente, y que se han repetido con demasiada frecuencia, aún cuando verdaderamente estuvieron indicadas. Los síntomas del remedio salen periódicamente, años después de que se ha abusado de ellas, y los ataques periódicos son perfectamente típicos del remedio. Sustancias minerales que son absolutamente inocuas en un plano

material, pueden llegar a ser venenosas en un plano dinámico, cuando el paciente es hipersensible. Hay personas que pueden beberse un vaso de leche con toda la impunidad y nutrirse de ella; pero en quienes una gota de leche potenciada a un alto grado y repetida más allá de su estado homeopático, producirá un miasma que durará años. Un experimentador de Lac caninum tenía un ataque de los síntomas del remedio, periódicamente. Era una persona hipersensible y comprobaba la medicina indistintamente, y siempre después ha sufrido sus efectos venenosos, mientras que si le hubiese administrado prudentemente, la enfermedad se hubiera establecido sobre el cuerpo igual que cualquier otro miasma agudo, hubiera seguido su curso y desaparecido. Es imprudente hacer experimentaciones de esta manera sobre individuos supersensibles. Yo comprobé una potencia muy alta de Lachesis en un paciente hipersensible. dándole sólo una dosis, y aquel paciente seguía el curso de la enfermedad de Lachesis cerca de dos meses; los síntomas desaparecieron y no volvieron a reaparecer. Mientras progresaba la acción de Lachesis, los síntomas crónicos del paciente fueron suprimidos, pero después de haber seguido su curso y desaparecido la acción, volvieron a presentarse los síntomas crónicos. Esto esta de

acuerdo con las doctrinas. Era hipersensible, y mientras su enfermedad disimilar de Lachesis estaba en pleno apogeo, su enfermedad crónica fue suprimida. Hay casos tales, en que un paciente es verdaderamente homeopático para un remedio, y si este remedio se sigue repitiendo bastante después de que ha sido administrado para curarle (me refiero en el sentido interior), su relación homeopática cesa y obrando por medio de la susceptibilidad general, crea un miasma en este paciente excesivamente sensible. Si un paciente es hipersensible, hay que evitar el empleo de la C. M. y otras potencias muy altas. que harían enfermar al paciente y usar en cambio la 30 y la 200. En los casos en los que el remedio esté indicado, estas potencias obrarán bastante rápidamente.

ORGANOH, § 49. "Hubiéramos podido encontrar muchas más curaciones homeopáticas naturales de esta clase, si, por una parte, la atención de los observadores hubiese sido atraída hacia ellas, y, si por otra parte, la naturaleza no hubiera sido tan deficiente en suministrarnos útiles enfermedades homeopáticas."

En el párrafo 4.6, HAHNEMANN nos da ejemplos de estas curaciones naturales. De vez en

cuando, encontramos ahora estas curaciones. Encontramos pacientes amenazados de contraer la tisis, que se marchan al Sur, porque se ha comprobado que tales casos pueden ir a un clima viciado, quedarse allí unos años y mejorar positivamente en esta región productora de enfermedades, y marcharse sanos. Otros que van a un clima más sano no se curan. Los miasmas pueden curar todas las enfermedades similares y las sustancias curativas están en una forma atenuada. Los males que surgen de estos pantanos son similares a los males de la economía del paciente, y esta similitud antídota, es curativa, y efectúa cambios para establecer el orden, de acuerdo con la eterna ley que rige la acción de los similares.

Había un tiempo, en los primeros días de la Homeopatía, cuando, en vista de la gran cantidad de formas de enfermedad con las cuales había que luchar, y las muy pocas medicinas que tenía entonces a su disposición, que el homeópata estaba muy preocupado para encontrar remedios similares a todos sus casos. Esto no puede ocurrir hoy día. Si el homeópata quiere trabajar de una manera sistemática, será capaz de dominar bastante la Materia Médica para hacer frente a todas las enfermedades que se le presenten, los síntomas de las cuales han sido suficientemente observados.

Todo el mundo tendría que empeñarse en estudiar la Materia Médica; no hay tiempo que perder, no hay tiempo para disipar. Actualmente, el médico no puede tener en realidad ninguna excusa para dejar de estudiar nuestras medicinas comprobadas y experimentadas, las medicinas registradas y archivadas en nuestros libros; no puede tener ninguna excusa razonable para seguir caminos oscuros, traidores y sólo recomendados por la tradición. Algunos médicos sostienen la opinión de que se es muy libre de hacer cualquier cosa para sus pacientes. Esto es un engaño, una roca, contra la que se estrellará todo médico que no quiera evitarla. Sabemos que hay médicos que reclaman ser homeópatas, que intentan justificar, sobre una razón u otra, la administración de remedios meramente para paliar y aliviar el sufrimiento. En hombres semejantes debe haber una falta de fortaleza cuando escuchan los sufrimientos del paciente. Me parece que nadie que sea honrado y sepa la estupidez que sobreviene después de administrar una medicina que haga desaparecer a los síntomas, se atará las manos si no encuentra el remedio conveniente para la curación. Tan seguramente como acalle la voz de los síntomas, pierde el médico ciertamente la oportunidad de elegir el remedio homeopático. Cuando la indicación del remedio

se ha perdida, la capacidad del médico para beneficiar a su paciente esta anulada. Si dais quinina, hay que continuar con ella; si dais una opiata, hay que seguir con ella; no volváis a la Homeopatía. El hombre que hace estas cosas es un fracasado homeopáticamente. Algunos hombres son incapaces de comprender las doctrinas homeopáticas, y caen en el hibridismo, que es un cruce entre Homeopatía y Alopática. Yo preferiría un alópata, al que declara ser un homeópata, pero que no sabe bastante Homeopatía para practicarla.

¿Por, qué hay que poner medicinas en sustancia sobre una membrana diftérica, a más de dar su remedio? Si algo pueden hacer los remedios en sustancia, no es más que estropear la apariencia de la garganta, y no sé podrá ver lo que el remedio ha alcanzado. Si tales coadyuvantes del remedio hacen algo, efectuarán cambios que perjudicarán el caso; si no efectúan cambios, ¿para qué emplearlas? No puede existir ninguna razón para administrar algo que no efectúe cambios. Esta cuestión surgió una vez y llevó una controversia en una reunión de una Sociedad. Un médico recomendaba el empleo de peróxido de hidrógeno en las cavidades de pus; dijo que no hacía daño; no causaba perjuicio. La cuestión es si hace o no algo. Si hace algo, los cambios que efectúa perjudican al caso. Tened por norma no

emplear jamás nada que pueda efectuar cambios en un caso a más de vuestro remedio. Después de prescribir un remedio, queréis saber al volver, si aquel remedio ha alcanzado algo. Por esta razón, debéis basar el caso en aquellos síntomas que vosotros creéis que os indiquen el remedio homeopático más adecuado. Todos los cambios deben ser vigilados, porque por la observación de ellos se sabe cual es el próximo paso a dar. Si se ha administrado algo por los amigos del paciente y han habido cambios en el caso a consecuencia de esta intervención, el médico está en una confusión. Si no ha ocurrido absolutamente cambio alguno después de su remedio, entonces él está enterado y sabe lo que hacer luego.

Los médicos, a veces, dan opio para calmar dolor, raro es mucho más frecuente que lo administren para suprimir los llantos de la gente que están alrededor oyendo al paciente. Los amigos están allí torciéndose las manos, diciendo: "Señor Doctor, ¿no puede usted hacer nada?" Y el pobre médico pierde la cabeza. y da una dosis de opio. ¿Por qué lo hace? Para acallar los gritos de la gente. El sabe que perjudica al paciente, sabe que aleja la posibilidad de curar aquel paciente homeopáticamente. ¿Que el paciente sufre? Esta no es ninguna excusa para que el médico

destruya el poder curar luego este paciente. El médico se justifica, diciendo: "Si no lo hubiera hecho, la gente me hubiese criticado". ¿Qué importa la gente? Si el médico no tiene el sentido común de resistir los gritos de la familia, la crítica de los amigos, la amenaza a su cartera y a su pan, no practicará la Homeopatía mucho tiempo. Un hombre honrado no teme estas cosas. No hay más que considerar una sola cosa: ¿qué es lo justo hacer en este caso? Esto es lo que debe hacerse. El discurso de las viejas locas, que están alrededor charlando, ¿qué tiene que ver con la vida del paciente o con el deber del médico? ¿Tomarán ellas la responsabilidad si él se muere? Ahora digo que la muerte de un paciente no es nada en comparación con la violación de la ley por parte del médico. En los dos casos, el médico se lleva la peor parte. El médico que viola la ley, viola también a su conciencia, y su muerte es peor que la muerte del paciente. Generalmente, el médico que tiene bastante conocimiento y bastante sentido común, esperara para ver, antes que el paciente se muera, el remedio homeopático que pondrá en orden al caso. Toda la comunidad está excitada, a veces, porque el médico no quiere hacer esto o lo otro. Supongamos que toda la atmósfera está negra con los efectos de su ira, ¿qué tiene que ver esto con ello? El médico que sostenga al

paciente y deje gritar a la gente, es al que se le confiara en él en todo y por todo. Pero el médico que titubea y tiembla con cada amenaza, el que violara su conciencia, es uno que puede ser comprado, alquilado para hacer cualquier cosa, y que abandonara su bandera en tiempo de urgencia. Es muy difícil para el médico homeópata decidir solamente por sí, cuando no tenga nadie que le sostenga en su pena. La actitud del público no debe nunca proporcionar al médico la indicación de lo que debe hacer. Que estudie al paciente y los síntomas del paciente. Lo que es correcto, lo que es de razón, esta siempre protegido y sostenido, y lo injusto, degrada. Si un hombre pierde algunas veces el respeto a sí mismo. se vuelve cobarde y ruin y está pronto dispuesto a hacer cualquier cosa viciosa y cobarde. El médico que ha hecho lo correcto para con su paciente, puede mirar frente a frente a sus amigos en la cara cuando aquel paciente se muera. Si ha administrado morfina al paciente y ha apartado así todos los síntomas por los cuales podía . hallar un remedio, no me parece que él pueda mirar a sus amigos en la cara. Desde luego, si teniendo principios obráis de esta manera, padeceréis, y por ello os pondrán motes.

En los párrafos 63 y 64., HAHNEMANN trata de las acciones primarias y secundarias de las

medicinas. No hay necesidad de detenerse en este asunto. Las acciones primarias y secundarias son simplemente la acción única de aquella droga. Algunos homeópatas lían intentado individualizar entre la acción primaria y la secundaria. No importa que el paciente padezca por los síntomas que aparezcan en la acción primaria, o por los síntomas que aparezcan en la acción secundaria, el remedio curará exactamente igual. Los síntomas que aparecen son los producidos por el remedio, y a menudo parece que éstos se oponen a los del paciente. En los primeros períodos tenemos por algún tiempo desvelo, falta de sueño; en los últimos períodos tenemos soñolencia, letargo, y un estado es a veces más pronunciado que el otro. Por ejemplo, en Opium, algunos experimentadores han tenido primero insomnio, y después somnolencia, por las más pequeñas dosis de Opium. Es sabido que Opium tiene ambos síntomas: desvelo y somnolencia, y si los otros síntomas están de acuerdo, no importa cuál de los dos esté presente. Si Opium está indicado por el estado general del paciente, curará cualquiera de estas condiciones, y no hay necesidad de detenerse para ver si produce un estado en un caso, y el opuesto en otro. En algunos experimentadores, Opimn produce diarrea al principia; en otros, estreñimiento. Si hoy me tomara una dosis de opio en bruto,

dentro de unas seis horas tendría una diarrea que me duraría varios días, y luego estaría estreñido seis semanas. Saber que los remedios tienen dos acciones, es simplemente conocer la naturaleza del remedio en general. Hallaréis otro ejemplo con el alcohol: observad dos borrachos y veréis demostrada su doble acción. Hay estados; constitucionales, en los pacientes en virtud de los cuales tienen siempre tendencia a afectarse de un cierto modo, y estos estados persisten con frecuencia después de las experimentaciones, o se encuentran en los que han sido envenenados por algún remedio. Todos estos pacientes tendrán síntomas alternantes, que confundirán al médico antes de que conozca su estado constitucional. Es algo muy importante, conocer el estado constitucional de un paciente antes de prescribir. Siempre podréis obrar mejor sobre vuestros pacientes, cuando conozcáis todas sus tendencias. Desde luego, en las enfermedades agudas, los síntomas se destacan de tal manera, que un remedio agudo puede administrarse sin referirse a ningún estado constitucional. Los remedios agudos de un cierto parentesco pueden establecerse en casi cualquier paciente. Por ejemplo, el paciente de Calcárea necesitara un pariente próximo agudo de Calcárea cuando esté enfermo con síntomas agudos. Los síntomas agudos se adaptan, se

fundan y se forman por el estado constitucional del paciente.

LECCIÓN XVII

La Ciencia y el Arte.

Hasta ahora hemos estado estudiando los principios que se relacionan con el conocimiento de la Homeopatía. En este punto, HAHNEMANN llega a tres importantes conclusiones referentes a lo que hemos estudiado en su aplicación a la práctica. Hay tres puntos a considerar:

1º "¿Por qué medios debe llegar el médico a tener la información necesaria con respecto a una enfermedad, para poder emprender su curación?. "Naturalmente, esto se refiere a la enfermedad en general. y al paciente en particular. Al repasar el párrafo 3º, hemos recogido los medios para estudiar una epidemia y a cada hombre en particular, desde ahora hasta el fin del curso. Todo el resto del estudio es de un carácter parecido. Hay muchísimas cuestiones que surgen en este problema y que deben estudiarse en detalle: el estudio de la naturaleza de los miasmas agudos y el estudio de la naturaleza de los miasmas crónicos; el estudio de tales cambios mostrando cómo hay dos clases distintas de enfermedades. Cada una debe estudiarse de una manera muy general, y cada persona, como una entidad particular.

2.º "¿Cómo han de descubrirse los poderes o fuerzas morbosas de las medicinas, es decir, de las instrumentos destinados a curar las enfermedades naturales?". Esto constituye el estudio de la Materia Médica y un conocimiento de cómo esta construida, que es por medio de experimentaciones, e inscribiendo y archivando estos hechos.

3.º "¿Cuál es la mejor manera de aplicar este poder morbosa de las medicinas para la curación de las enfermedades.- Esto incluye el

estudio de todos los métodos, y la selección del que sea el mejor.

Proceder al estudio de todo esto de una manera racional, científica y cuidadosa, es el objeto ulterior de este libro. A partir de este momento nos conduce de la Ciencia de la Homeopatía, al Arte de Curar. Vemos que hemos pasado la parte principal de lo que constituía meramente la ciencia, la ciencia de la Homeopatía. No tenemos en el estudio de la Homeopatía ninguna de las enormes clasificaciones a que recurre la Medicina tradicional; no tendrían por qué aparecer en el estudio de la Homeopatía práctica. El estudio de clasificación de enfermedades, tal como se hace en la Medicina tradicional, es útil, porque nos pone en contacto con el mundo. Como que las juntas de Sanidad nos obligan a manifestar, según clasificación, de qué enfermedad particular ha muerto un paciente, clasificándolo según la nosología de la Escuela Antigua, tenemos, por lo tanto, que hacer el estudio del diagnóstico. En la Homeopatía, el diagnóstico desempeña un papel muy pequeño para el tratamiento; pero todos los resultados últimos de la enfermedad deben ser puestos de relieve y descritos con un nombre. Nosotros necesitamos adjetivos, necesitamos el empleo de un lenguaje amplio, necesitamos fuerza descriptiva, a fin de que la naturaleza de la enfermedad, que es todo lo

Un miasma agudo es el que se presenta en la economía, pasa por su período prodrómico regular, más o menos largo, tiene su período de ascenso y su período de declinación, y en el cual hay una tendencia a recobrar la salud. Un miasma crónico es uno que tiene su período prodrómico, su período de progreso, pero no tiene período de declinación; continúa, no termina nunca, a no ser con la muerte del paciente.

Las enfermedades agudas requieren mucho menos estudio que las enfermedades crónicas. Son todas ellas, o bien contagiosas o infecciosas, o bien tienen un carácter miasmático, y todas tienden a seguir un curso definido. Si un hombre perturba su estómago y sufre un ataque de vómitos. después del cual no le queda ninguna molestia, ha sufrido simplemente una indisposición. Tales condiciones, producidas por causas externas, no son miasmáticas. Las cosas que van de la boca al estómago y producen con esto enfermedad, obran, ya sea como excitantes de algún antiguo trastorno, ya como causas mecánicas de perturbación. Las enfermedades puras, por otra parte, ya sean adquiridas, ya heredadas, son las que emergen desde el interior al exterior, haciendo enfermar al hombre. Estas causas que ponen al hombre enfermo, :son el influjo de una simple sustancia

y siguen un curso claramente definido. Cada una tiene su propio período de pródromos. su propio período de progreso, por el cual la Escuela de Medicina tradicional ha fijado lo que ella llama los síntomas patognomónicos. Bien está conocer estos síntomas, no sólo con el mero propósito de nombrarlos, sino con el fin de asociarlos.

El estudio de la enfermedad no debería ser por el propósito de darle nombre; si ello es así, el nombre no hace ningún daño. Cuando pensamos de un niño que sufre el sarampión, la idea del sarampión se nos puede olvidar, pero el carácter de la enfermedad de aquel niño, en particular, debe permanecer en la mente. A lo primero no podréis ver lo que se quiere decir con esto, especialmente si no habéis tenido la costumbre de estudiar los casos con el propósito de diagnosticarlos.

No digo esto para desacreditar el diagnóstico, sino para demostrar que el estudio del diagnóstico no se hace con el propósito de hacer una buena prescripción. Cuanto más os apoyéis en los síntomas diagnósticos, tanto más se obscurecerán las ideas que entran en la mente y que conducen a una prescripción. Podréis entrar en un cuarto y trabajar una hora en la individualización de un caso para decidir si es sarampión o escarlatina (hay algunos casos muy confusos en sus comienzos). Bien podréis

decir que es sarampión y que, por lo tanto, debe ahora tomar Pulsatilla, o que es escarlatina y debe tomar Belladona. Podréis ver claramente que tal estado de cosas es muy engañoso para la inteligencia. Si os halláis en una epidemia, en la que es necesario, a fin de salvar la vecindad, saber, por ejemplo, si un cierto caso es o no de cólera, entonces se hace necesario hacer las dos cosas. La familia y las familias vecinas tienen derecho a exigir la seguridad que ha de darles un conocimiento correcto, y la protección que el aislamiento o la cuarentena pueda proporcionarles. Hay dos clases de estudio: uno referente a la clasificación a la que pertenece la enfermedad, y otro referente al remedio que requiere el paciente; pero yo prefiero primero decidir lo referente a la medicina que necesite el paciente, y esto tiene muy poco que ver con la clasificación, a no ser en un modo general. Después de que se ha decidido el remedio que claramente cubre todos los síntomas y el paciente ha recibido su dosis de medicina, el próximo punto es, qué paso es necesario dar para proteger a la gente, si esta enfermedad es contagiosa. El diagnóstico es algo que el médico no puede dar a tontas y a locas; no debe ser desatinado, no del ve andar por todas partes diciendo a la escarlatina sarampión, o sarampión a la escarlatina. Debe conocer lo

suficiente de la naturaleza general de las enfermedades para que, después de haber hecho la prescripción y el paciente sosegado con ella, y la madre quiere saber lo que tiene el niño, pueda decírselo, pues, en aquel caso, ella tiene perfecto derecho de saberlo; esto es, en el caso en que la familia debe de ser protegida, cuando los de fuera deben ser protegidos; el médico debe decidir si es conveniente que el niño vaya a la escuela o si no lo es.

Hay algunas condiciones de enfermedades crónicas que encierran gran parecido a las enfermedades agudas; por ejemplo, estos ataques agudos mímicos que aparecen o se presentan con regularidad. como las cefalalgias periódicas. Un ataque suelto puede tener, no obstante, la apariencia de un miasma agudo; la tendencia a progresar y a no restablecerse demuestra que pertenece a la clase crónica. Aquellos desórdenes que son la consecuencia de la crápula, del beber y comer en demasía, de circunstancias inmediatas que no son periódicas, son cosas que surgen de una condición psórica latente; son enfermedades momentáneas, y si no fuese que el hombre padece de miasmas crónicos, no tendría éstas; estos ataques no serían enfermedades. no tendrían la apariencia de enfermedades agudas. Es debido a los miasmas crónicos que el que tenga estos ataques recurrentes. Estos

no vienen con un período prodrómico. un período progresivo y un período de declinación; pueden tener un ataque y una declinación, pero ningún pródromo. Los miasmas agudos, como los crónicos, tienen su período prodrómico.

Párrafo 72; dice: "Con relación al primer punto, nos será necesario entraren algunas consideraciones generales. Las enfermedades de la especie humana se resuelven en dos clases", etc. Hay que recordar que las enfermedades agudas siempre tienen una tendencia a recobrar la salud; las enfermedades crónicas no tienen absolutamente ninguna tendencia a recobrar la salud, sino una tendencia a progresar continuamente; son miasmas mucho más profundos.

Hay tres de estos miasmas crónicos que pertenecen a la raza humana psora, sífilis y psicosis, y éstos los vamos a estudiar. Los casos peores son aquellos en los que los tres miasmas crónicos, o parte de ellos, han sido complicados por los remedios. Cuando los efectos de las drogas han sido eliminados, entonces podemos empezar a estudiar los miasmas puros; pero los miasmas están complicados hoy día en la mayoría de los hombres, pues donde sea que llegamos en contacto con enfermedades crónicas, también llegamos en contacto con las enfermedades crónicas medicamentosas, y sus efectos sobre la fuerza vital. Soy de opinión,

quizás me equivoque, de que cuando la sangría estaba en boga, cuando lo estaban además violentos catárticos. cuando se recetaban eméticos y sudoríficos. la raza humana no fue destrozada tan rápidamente como lo es hoy día. Las dosis enormes de jalapa y calomel se precipitaron hacia los intestinos y limpiaron al paciente, y se sentía mejor después, y probablemente no llevaba hasta la tumba los resultados interiores de aquella limpieza. No llevaba los resultados interiores de los eméticos y sudoríficos; pero hoy día se administran pequeñas dosis de drogas concentradas que tienen un efecto insidioso sobre la economía y se desarrollan muy lentamente, síntomas crónicos. De la continua administración de productos de la Escuela Antigua, los alcaloides, etc., ha sobrevenido el más terrible estado que jamás ha ocurrido en la historia de la Medicina. El fin es: obtener dosis pequeñas para lograr efectos insidiosos. Las preparaciones más suaves, como el sulfonal, tardan meses en desarrollar sus tendencias crónicas, y son drogas muy viciosas y molestas. Ahora se fabrican estas preparaciones lentas y sutiles, y aunque parece que producen un primer efecto suave. tienen un efecto secundario, que es muy grave. HAHNEMANN dijo, en su tiempo, que las enfermedades crónicas más molestas eran las que habían sido

complicadas con drogas. Si era verdad entonces, es diez veces más verdad hoy día. Los pequeños preparados para el dolor de cabeza, las curaciones para el catarro, etc., son más suaves en sus primeros efectos; pero más violentos en sus últimos. Son preparados que imitan paladinamente la forma de los remedios homeopáticos.

LECCION XVIII

Enfermedades crónicas. -Psora.

La Psora es el principio de toda enfermedad física. Si la psora no se hubiera establecido como un miasma sobre la raza humana, las otras dos enfermedades crónicas no hubieran podido existir, y la susceptibilidad a las enfermedades agudas no hubiera existido. Todas las enfermedades del hombre se fundamentan en la psora; por esto es ella el fundamento de la enfermedad; todas las demás enfermedades vinieron después.

La Psora es la causa fundamental, y es el desorden primitivo o primario de la raza humana. Es el estado desordenado de la economía interior de la raza humana. Este estado se manifiesta en la forma de diferentes enfermedades crónicas o manifestaciones crónicas. Si la raza humana hubiera permanecido en un estado de orden perfecto, la psora no hubiera podido existir. La susceptibilidad a la psora abre una cuestión demasiado amplia para estudiarla entre las ciencias de una Escuela Médica. Es demasiado

extensa, pues va hasta el mal primitivo (I) de la raza humana, es la primera enfermedad verdadera de la raza humana,

<<<<<<<<<(I) El original dice "primitive wrong", que significa: agravio, injusticia, error, culpa primitivos, por lo que KENT parece dar a entender que la psora es el "pecado original", sobre el que descansa toda la Patología humana. (NOTA DEL TRADUCTOR.)<<<<<<<<

que es enfermedad espiritual, desde cuyo estado primitivo la raza humana progresó a lo que podría llamarse la verdadera susceptibilidad a la psora, la cual a su vez puso el fundamento para otras enfermedades. Si consideramos a la Psora como sinónimo de sarna, no podremos entender, ni podremos expresar con esto, nada semejante a la intención original de HAHNEMANN. La Sarna comúnmente se supone que es algo local, algo superficial, causado por un pequeñísimo ser, que se supone que tiene vida, y que cuando este pequeñísimo ser es destruido, la causa de la sarna, se dice, que ha sido eliminada. ¡Qué locura! Con un comienzo insignificante y una progresión maravillosa, la Psora se extiende en sus estados fundamentales y se manifiesta en una gran parte de las enfermedades crónicas de la raza humana. Abarca la epilepsia, la

locura, las enfermedades malignas, tumores, úlceras, catarros y una gran parte de las erupciones. Progresa desde los estados más simples hasta los más altos grados de complejidad, no siempre par si y ante si, sino vilmente ayudado por las drogas, que generaciones tras generaciones han ido tomando, pues el médico ha procurado siempre con todo su poder apartar la psora de la superficie, y con esto ha logrado que arraigue más profundamente, llegando a ser más densa e invisible, al extremo de que la raza humana esta amenaza de extinción. Mirad el número de habitantes que pueblan la superficie de la tierra, y observad cuán pocos son los que llegan a la edad de la madurez. Horroriza pensar en el número de niños que mueren, en su mayor parte debidos a los resultados de la psora. Vemos nacer niños que no tienen suficiente vitalidad para vivir. La debilidad congénita, el marasmo y las varias enfermedades de carácter crónico que se llevan a los pequeños, tienen como causa fundamental y principal: primero, la psora; luego, la sífilis, y después, la psicosis. Doce años necesitó HAHNEMANN para descubrir y recoger la evidencia por la que llegó a sus conclusiones. Cuando se le presentaba un paciente que manifestaba en cierto modo una enfermedad crónica, se tomaba la molestia de escribir y anotar cuidadosamente y en detalle

todos los síntomas del paciente desde el principio hasta el fin, junto con la historia de los padres, hasta que hubo recogido muchas apariencias o aspectos de enfermedad sin saber todavía cuál sería el resultado; pero después de estos cuidadosos apuntes de los síntomas de cientos de enfermos, grandes y pequeños y comparándolos y luego reuniéndolos en un gran grupo, apareció en la totalidad de esta colección, un cuadro de la psora en todas sus formas. Hasta entonces el mundo había considerado a cada una de estas varias formas como distintas entre sí, por ejemplo: todos los aspectos sorprendentes de la epilepsia se recogían, y entonces se llamó a la enfermedad epilepsia. Pero la epilepsia no es más que uno de los resultados de la enfermedad y nunca aparece dos veces igual. Toda persona que padezca epilepsia, difiere de cualquier otro epiléptico en el mundo. Pero epilepsia, diabetes, cáncer, enfermedad de Bright, y todos los demás casos de las llamadas enfermedades han tenido todos un principio y sólo uno. No son distintos, sino que obran en cada persona de acuerdo con el individuo. HAHNEMANN dice que antes de hacer aquella colección de síntomas le extrañó que *Nux vomica* e *Ignatia*, y otros semejantes medicamentos de corta acción, sólo curasen una sola manifestación de enfermedad o un solo grupo de síntomas, o sólo aliviaban

durante un cierto tiempo, y entonces solían volver los síntomas, aun cuando hubiera seguido el tratamiento. en el que puso todo su saber, todo lo posible. Al final de un caso pudo descubrir que hubo un progreso continuo de la enfermedad a pesar de que él había aliviado muchísimas veces el sufrimiento de su paciente.

Así pasa cuando se emplean remedios de una acción aguda, y se emplearán si no se conoce la doctrina psórica. Las medicinas de corta acción son las que contienen en parte las manifestaciones agudas de la psora, y por esto, cuando aparecen estas manifestaciones agudas en grupos de síntomas, es natural que se elijan remedios agudos, que las paliaran de vez en cuando; pero al final de los años al mirar cada caso individual se observara que el caso ha ido firmemente progresando. Se encontrara que la raíz de la molestia no ha sido atacada, que existe algo fundamental que prevalece y que la enfermedad está empeorándose continuamente.

HAHNEMANN vio esto y le pareció un misterio, pues había adquirido un dominio perfecto sobre las enfermedades agudas con los remedios agudos. Habían sido muy bien comprobados en aquel tiempo los antipsóricos Belladona, Aconitum, Bryonia, Arnica, China, Nux vom, etc., etc.. medicamentos que resultaron ser

perfectamente adecuados para las manifestaciones agudas de la psora y para los miasmas agudos. Entonces HAHNEMANN no había aprendido aún que los miasmas agudos eran estricta y absolutamente miasmas agudos, y no podían por tanto compararse con los miasmas crónicos o viceversa. Todavía no los había visto como miasmas.

No se podrán comprender claramente los miasmas agudos, hasta compararlos con los miasmas crónicos. Puestos uno al lado del otro, es como se ponen de manifiesto maravillosamente. Los miasmas agudos, o bien se presentan con suficiente violencia para causar la muerte del paciente, o con menos violencia, en cuyo caso hay un período de progreso y una tendencia a recobrarla salud. No pueden permanecer mucho tiempo en el paciente. sino que deben desaparecer. Los miasmas agudos, aunque tengan períodos propios, no son miasmas agudos por el hecho de ser gobernados de acuerdo con un tiempo fijo. Tampoco hay ningún período transcurrido el cual pueda decirse que los miasmas sean crónicos.

Según la Escuela Antigua, las enfermedades han sido divididas en agudas, subagudas y crónicas. Si alguna enfermedad duraba más de seis semanas, se la colocaba entre las subagudas; si continuaba indefinidamente, se la

llamaba crónica. Pero un miasma crónico, es crónico desde su principio, y un miasma agudo lo es también desde su principio. Por su naturaleza, por su capacidad, por lo que pueda hacer en la raza humana, es por lo que debemos denominar al miasma.

Así, HAHNEMANN nos dice francamente que se sorprendió al ver que no había hecho ningún adelanto, después de un cierto tiempo, con sus remedios, en las enfermedades crónicas. Aparecieron los síntomas con su acostumbrada regularidad, más fuertes que antes, lo cual demostraba que estaban progresando. HAHNEMANN, no sólo emprendió un estudio difícil, sino también con toda clase de dificultades, y después de estudiar durante doce años desarrolló el hecho que en todos los casos observaba que había una enfermedad crónica fundamental, un miasma crónico, el cual tenía una tendencia a progresar y terminar sólo con la vida del paciente. Entonces se dedicó a las comprobaciones de los medicamentos, a fin de descubrir por ellos una semejanza a los síntomas crónicos. Si él no hubiese llegado a esta conclusión, jamás hubiera observado semejantes cosas.

Cuando había puesto ante la mente todos los síntomas en una gran vista colectiva, empezó a observar, y reflexionar cuales eran los primeros, cuales los segundos y cuáles los últimos que

aparecían en la línea del progreso en este arraigado miasma crónico. De esta manera fue como observó que entre los que se morían de tisis, que en su juventud habían tenido una erupción vesicular entre los dedos y en el cuerpo, y que ésta había sido eliminada por los ungüentos tan en boga en aquella época. Entonces, naturalmente, surgió la pregunta: ¿Qué tenía que ver esta supresión con lo que sobrevino después? La respuesta de HAHNEMANN a esta pregunta puede leerse en su libro de "Enfermedades Crónicas"; pero no lo dice todo, aunque da muchas páginas de experiencias y observaciones. Comprenderéis más claramente y estaréis mejor dispuestos a adoptar la manera de pensar de HAHNEMANN, si os decidís al empleo de las medicinas adecuadas y aplicáis el principio al progreso de la enfermedad, es decir, veréis una demostración de su enseñanza en el tratamiento curativo de un gran número de enfermedades aplicando los principios:

A) Que las enfermedades se curan en el orden inverso al de su aparición.

B) Que los últimos síntomas serán los últimos en desaparecer, y que los síntomas más antiguos reaparecerán y se marcharán en el orden inverso al en que aparecieron.

Antiguos síntomas en forma de erupciones vuelven a presentarse, antiguos escalofríos, que

caso de curación. Hay algo que debéis conocer y a veces es mejor decirlo al paciente, y es que no se animen demasiado, pues el paciente que se anima demasiado puede también desanimarse también demasiado cuando vengan los contratiempos. De modo que cuando una mujer entra en el consultorio y dice algo agradable en gratitud por lo que se ha hecho en bien de ella, ya que se ha mitigado su dolencia muy avanzada, quizá un dolor de cabeza crónico, o epilepsia, pero no puede decir que habla vuelto a aparecer una erupción. o no se haya observado ningún progreso inverso, ninguna inversión en el orden de los síntomas frecuentemente vale más decir a aquella paciente que, no obstante el hecho (le que aparezca. muy mejorada, la enfermedad no se ha curado. Por otra parte, a veces es aconsejable decirle: "Si apareciera una erupción, no intervenga en absoluto contra ella", porque probablemente emplearía lo que dicen les alivió tanto en primer lugar: alguna pomada de azufre u otro menjurge semejante. El médico debe tener siempre la precaución de avisar al paciente que no aparte o suprima ninguno de los síntomas en el caso. Cuando viene el paciente y explica cuentos maravillosos de mejoría, hay que tomar el "record" (I) del caso y repasarlo.

- (1) La palabra "record" se emplea constantemente por los homeópatas ingleses. Con ella se entiende el conjunto de síntomas que se archivan en ficha aislada o en página de un libro, cuidadosamente ordenados para poderlos comprobar aún años después de la primera visita hecha a un enfermo. El homeópata purista, hahnemanniano, debe escribir en el papel, y archivarlo luego cuidadosamente, todos los síntomas referentes a la historia y al estado actual del paciente, y aun los hereditarios, siguiendo el modelo que trazó HAHNEMANN. El DR. KENT, y con él todos los buenos homeópatas, insisten mucho en la imperiosa necesidad de no omitir este trabajo. (NOTA DEL TRADUCTOR)

Si al hacer el registro del caso, se nos ha olvidado obtener la historia anterior de la enfermedad. hay que averiguar, si aún es posible, algo respecto a los síntomas anteriores, los síntomas primeros, y entonces, es aconsejable muchas veces decir a una persona inteligente: "No se sorprenda usted, ni se asuste, si vuelve a presentarse tal o cual síntoma", advirtiéndole al paciente que dé cuenta al médico de cualquier cambio que ocurra, y que no aplique nada para combatir síntoma alguno. Ahora, cuando el paciente esté bien instruido de no hacer nada, no tomar ninguna droga, mantener su vida tan pura como sea posible, sostener sin trabas ni violencias sus fuerzas físicas, es cuando observaremos bajo tales circunstancias el regreso de síntomas que han sido suprimidos durante largo tiempo. Mucho después de que haya cesado el tratamiento, volverá el paciente y dirá: "Esta antigua dolencia me ha vuelto a aparecer, ¿puede usted hacer algo para ella?". Ahora hay que repasar el "record" (registro del caso), y se verá que, efectivamente. esto es semejante a lo que salió al principio de la dolencia: que existía

psora en su forma más simple de erupción vesicular en el niño, y que fue suprimida.

Estos son los casos más sencillos de psora porque éstos pueden contarse colectivamente en una sola persona; pero las formas complicadas de psora son las heredadas. En la forma simple de psora, después de la desaparición de las erupciones, vienen las dolencias catarrales, con sus diferentes manifestaciones. Prescribís para todos estos síntomas y reaparecen las erupciones de la niñez, especialmente en una persona joven. Si está en una forma más complicada, no lograremos que vuelva el paciente al estado original de psora, porque era el padre quien tenía la forma simple, y el niño tendrá la forma compleja: de modo que cuando vuelvan los síntomas de los estados avanzados de psora sólo podemos lograr una forma menos compleja de aquella que existía cuando vino el paciente la primera vez. Rara vez se observara la reaparición de la forma simple excepto en los que hayan tenido la forma simple; pero aparecerán formas que van aproximándose a la simple si la energía vital de la economía vuelve al orden.

Ya que estáis, pues, en la forma natural de recobrar la salud, ved cómo gradualmente volvemos al principio de la psora en su forma primitiva. Si se trata de una forma de erupción

viciosa, escamosa, de escamas cintas y córneas, bajo un tratamiento correcto, observad cómo estas formaciones escamosas desaparecerán ; pero después de que la fuerza vital haya llegado a ser lo suficientemente fuerte; no hay que sorprenderse de ver desarrollarse una erupción vesicular, pues la enfermedad original así llamada ha cambiado de su forma viciosa, escamosa, a la forma más suave vesicular. Diferentes nombres han sido dados a las enfermedades cutáneas. pero ya saltemos que los nombres tienen muy poco valor. Las diferentes erupciones cambian en varias formas, pero todas ellas resultan de una misma causa y volverán a aparecer en sus etapas sucesivas bajo un tratamiento verdaderamente homeopático. Esta se ve bastante a menudo para demostrar lo que digo, y por esto sólo puede averiguarse que la psora empieza con la forma más simple, vesicular, aislada, de la erupción. A veces se estarán tratando las formas más adelantadas y complicadas de psora. en las que hay cambios orgánicos: después de haber recibido el remedio homeopático, el paciente experimenta un paro durante cierto tiempo, parece que no hace nada; pero en el transcurso del tiempo aparece una erupción viciosa y fea. Esto es una buena señal: en tanto que la enfermedad se manifiesta sobre la piel, o en excreciones

catarrales, los órganos internos están salvos, pero cuando estas manifestaciones exteriores se detienen, sufren las partes internas.

Siendo esto verdad, ¿a qué conclusiones debemos llegar en cuanto al bien o al mal que se hace a los pacientes cuando se suprime o se para toda excreción o flujo catarral, y se suprime toda erupción en la piel por aplicaciones externas? ¿Qué debemos concluir cuando vemos que la idea del mundo médico de hoy día es detener todo cuanto aparezca en la superficie? Cuando sabemos la verdad en lo que se refiere a la psora, podemos comprender qué daño tan terrible representa para el paciente el causar la detención o supresión de estos signos exteriores, qué choque tan tremendo para la economía, y el porqué la psora aumenta y empeora y se hace más compleja de año en año, de generación en generación, hasta que ha llegado a formar la enfermedad fundamental de la economía humana, y la base de toda molestia en el hombre.

Hoy día, como ya estáis preparados a oír, podéis verdaderamente aprender más de la psora, vigilando su progreso retrógrado en cualquier caso particular que vigilando su progreso hacia adelante. Ella es la causa de todas las manifestaciones crónicas de las enfermedades, que no sean sifilíticas o psicósicas. Somos capaces de agrupar en la

memoria todos aquellos estados viciosos constitucionales (no sifilíticos o psicósicos) que se llaman enfermedades orgánicas, como resultados de la psora. Las cinco formas de la enfermedad de Bright, no son enfermedades, sino el resultado de la psora obrando sobre la economía y atacando el riñón. Las enfermedades crónicas corrientes del hígado, no son enfermedades, sino la localización de la psora en el hígado; las enfermedades del pulmón, y las enfermedades del corazón y del cerebro, no son enfermedades, pues tienen un solo origen, y por este origen seguimos su progreso, y de esta manera las estudiamos desde sus principios hasta sus terminaciones, desde la causa hasta las formas últimas. Sólo de esta manera tendremos un conocimiento claro de su causa interna y de sus principios.

LECCIÓN XIX

Enfermedades crónicas. Psora.

(Continuación.)

En su obra: "Enfermedades Crónicas", HAHNEMANN se refiere a la psora como la más antigua, la más universal, la más perniciosa de las enfermedades crónicas miasmáticas; sin embargo, ha sido peor comprendida que ninguna otra. "La psora es la enfermedad miasmática crónica más antigua que se conoce. La Historia más remota de la más antigua Nación, no alcanza su origen. La psora es tan fastidiosa como lo son la sífilis y la psicosis, y tiene además tantas cabezas como la Hidra. A menos que se cure completamente, dura hasta el último aliento de la vida más larga. Ni siquiera la constitución más robusta por su propio esfuerzo es capaz de aniquilar y extinguir la psora".

Los tres miasmas crónicos: psora, sífilis y psicosis, son contagiosos. En cada caso hay algo anterior a las manifestaciones que llamamos enfermedad. Hablamos de diferentes grupos de apariencias como psora. Hablamos de los signos y síntomas de una enfermedad, hablamos de la presentación de los síntomas

cuando hablamos de sífilis; pero acordémonos que hay un estado anterior a la sífilis, o si no la sífilis no existiría. No podría implantarse en el hombre si no existiera una condición que favoreciera su desarrollo. De igual manera, la psora no podría existir, a no ser por una condición del género humano favorable a su desarrollo.

Siendo la psora la primera y las otras dos viniendo después, es justo que indagemos cual es el estado de la raza humana que sería adecuado para el desarrollo de la psora. Debe haber habido un estado en la raza humana favorable al desarrollo de la psora: no podría haberse implantado en una raza perfectamente sana. Debe haber habido alguna enfermedad anterior a este estado que reconocemos como el miasma crónico de la psora; algún estado de desorden, algún estado que sería perfectamente racional y propio para que el hombre tratara de resolver lo referente a su causa, a su historia, a su verdadera naturaleza. Algunos dirán que si emprendemos esta tarea, tendremos que aceptar la Palabra de Dios como algo histórico en cuanto se refiere al principio, pues no hay otra historia que venga de tan lejos. No está mal razonar de esta manera, y espero que vosotros lo aceptaréis. no solamente como historia, sino también como una revelación divina; no es que yo desee

citarla o referirme a ella. pues nunca lo hago en mis enseñanzas. Si consideramos la sífilis, observamos que el propio acto del hombre le conduce al lugar donde se pone en contacto con la sífilis; ella es el resultado de una acción.

La sífilis es aquella enfermedad que corresponde al efecto de un coito impuro, al ir donde la sífilis esta, al ponerse en contacto con aquellos que la tienen. Es una acción; no es lo mismo que con la psora, en la que el hombre no la busca, no va donde ella se halla, no se relaciona con los que necesariamente la tienen. Puede estar expuesto; pero la sífilis es el resultado de la propia acción, que es un coito impuro, que él sabe que no debe buscar, y conoce lo suficiente por su inteligencia para evitarla.. La sífilis es, pues un resultado de una acción, aunque una vez adquirida puede perpetuarse por accidente. Siempre hay una condición o estado que precede a su acción. Y si la sífilis corresponde a la acción del hombre, y hay un estado anterior a ella, una condición enferma que le precede, aquel estado debe corresponder a aquel que precede la acción, que es el pensamiento y la voluntad.

El pensamiento y la voluntad establece un estado en el hombre que identifica la condición en que se encuentra Mientras el hombre continuaba pensando lo que era verdad y mantenía aquello que era bueno para su vecino,

lo que era de derecho y además justo, el hombre quedó, sobre la tierra libre de la susceptibilidad a la enfermedad porque tal era el estado en que fue creado. Mientras permanecía en este estado y conservó su integridad, no era susceptible a la enfermedad y no emitía ninguna aura que pudiera causar contagio; pero cuando el hombre empezó a desear las cosas que eran el resultado de un falso pensamiento, entró en un estado que correspondía perfectamente con el suyo interior. Según como sean la voluntad y el entendimiento, serán los exteriores del hombre. Según como sea la vida del hombre, o su voluntad, así será el cuerpo del hombre, y como ambos forman uno en este mundo, se desprende de él un aura que es viciosa en la proporción en que se aparta de la virtud y justicia hacia el mal. Mucho antes del diluvio, que fue una inundación que destruyó a los malos que estaban sobre la superficie de la tierra en aquel tiempo, ya hubo una manifestación llamada lepra, que no era sino el resultado de una terrible profanación que tuvo lugar en aquel período. Muchísima gente sufría entonces aquella aura violenta de lepra, mientras que el orden natural de la raza humana de hoy es una forma más suave de psora sobre una raza de gente diferente. Si hubiera en la tierra la misma raza que antes,

tendríamos hoy día lepra entre ella, igual como tenemos la forma más suave de psora. Los antiguos se referían a la lepra como a una sarna interna.

De aquí viene que este estado, el estado de la mente humana y el del cuerpo humano, es un estado de susceptibilidad a las enfermedades que proviene de desear el mal, de pensar en lo que es falso y de hacer de la vida una herencia continua de cosas falsas, y así, esta forma de enfermedad, Psora, no es sino la manifestación exterior de lo que es anterior en el hombre. No era debida a las acciones de su cuerpo, como lo encontramos en la sífilis y psicosis, sino debido a un influjo por un estado que progresó y se estableció sobre la tierra, hasta poder verlo solamente como la manifestación exterior de la misma naturaleza del hombre.

La raza humana que anda hoy día sobre la faz de la tierra es poco mejor que una lepra moral. Tal es el estado de la mente humana de hoy día. Para decirlo de otro modo, todo el mundo es psórico. Sabemos lo que significa la lepra, y decir que todo el mundo está en un estado de psora no es más ni menos que decir que la lepra prevalece hoy sobre la faz de la tierra. pero prevalece en una forma más suave, en la forma de psora. Un nuevo contagio nace con cada niño. A medida que la psora se amontona, generación tras generación, siglo tras siglo.

aumenta la susceptibilidad hacia ella. Esto es lo cierto para todos los miasmas y para todas las drogas. Encontramos en el mundo de las drogas o remedios. que los que han sido tratados con Mercurio, llegan a ser más susceptibles al Mercurio, y más fácilmente son envenenados por él. Los que han sido envenenados con Rhus son, tan sensibles que no pueden ponerse al alcance del más ligero olor del remedio. Los que han sido envenenados en sus primeros comienzos cose la psora, llegan a ser más sensibles a ella, de modo que, durante la niñez, la más ligera bocanada de los amigos del colegio producirá una erupción de vesículas entre los dedos, acompañada del acaro.

Desde luego que algunas personas dirán que el acaro era anterior a la erupción, pues no saben que una persona sana no puede ser afectada por el acaro. El miasma es sencillamente evolucionado de un estado, y el acaro es, a su vez, su resultado último. Es el estado y no el bichito de la sarna lo que es anterior. La raza humana se hace progresivamente sensible a este estado interno, generación tras generación, y este estado interno es la causa fundamental que predispone al hombre a la sífilis. Si no tuviera psora, no podría contraer la sífilis; no habría en su economía ningún fundamento sobre el cual pudiera medrar y desarrollarse.

La voluntad y el pensamiento son anteriores a la acción del hombre. Esto es fundamental. El hombre no obra si no quiere; lo que quiere es lo que lleva a cabo. Si el hombre no hiciera lo que él quisiera, no sería más que un autómatas. El quiere ir a la casa de prostitución, él busca una prostituta con quien pueda copular, y de ella toma el miasma sífilítico. Esta acción de su voluntad y esta enfermedad corresponden al hombre. Hay un estado en el cual sólo piensa, en el cual quiere, pero en el cual no ha llegado todavía al estado en que puede obrar. Primeramente hubo el pensamiento perverso, luego el deseo del mal; pensando en estos males iba a la vida depravada, y al deseo, al ansia para lo que no era suyo, hasta que finalmente prevaleció la acción. Los miasmas que seguían a la psora no eran más que las representaciones exteriores de las acciones que han resultado del pensamiento y de la voluntad. La psora es la más antigua expresión exterior de la raza humana que representa este principio vital, y luego existe aquel estado que corresponde a la acción. El pensar, el querer y el obrar, son las tres cosas que forman la ciencia de la vida, de la raza humana. El hombre piensa. quiere y obra. Ahora bien, aquella aura que emite la raza humana en cualquiera época de su historia. es la que corresponde al estado de la raza humana. Los

niños lo heredan de sus padres, y lo transmiten y lo continúan. Tal como es el interior es también el exterior, y el exterior no puede existir excepto como resultado del interior.

El estado interior del hombre es anterior a lo que le rodea; por lo tanto, los alrededores no son la causa; son algo así como un tornavoz, una caja de resonancia; solamente reacciona sobre lo interior y lo refleja. Quien tiene lo anterior, lo que es interno, puede tener aquello que sigue en el exterior; fluye, por decirlo así, del interior y se presenta sobre la piel, sobre los órganos, sobre el cuerpo del hombre. Tal influjo o emanación siempre va en dirección a la menor o nula resistencia; de modo que va en la dirección de los afectos del hombre, de sus amores. Las cosas van en la dirección que él quiere que vayan. Las enfermedades corresponden a los afectos del hombre, y las enfermedades que hoy día afectan al hombre no son más que la expresión exterior del interior del hombre, y ello es lo cierto, que las tales enfermedades representan las fuerzas interiores del hombre. El hombre odia a su prójimo, está dispuesto a violar todo mandato; tal es el estado actual del hombre. Este estado está representado en las enfermedades del hombre. Todas las enfermedades en el mundo, tanto agudas como crónicas, son representaciones de los interiores del hombre.

De otra manera no sería susceptible, no podría desarrollar aquello que está dentro de él. El cuadro de su propio ser sale en la enfermedad. Este estado ha continuado progresando y se ha acumulado y ha llegado a ser complejo. A la forma simple, original, se ha añadido sífilis y psicosis, y estos progresos han efectuado, han continuado efectuando actualmente un estado en la especie humana, por la cual la raza es tan susceptible a las afecciones agudas, que muchos de nuestros ciudadanos contraen cualquier cosa que se presenta, y en cada epidemia de influenza les coge un ataque agudo. Esto no podría ser si no fuera por las complicaciones en que el hombre se ha metido o que ha contraído. Esto no se ha logrado en una generación, sino que ha ido acumulándose sobre la faz de la tierra durante toda la historia del hombre. De otra manera el hombre no estaría enfermo, sino que sería un animal perfecto, en su naturaleza animal. Ved la perfección de todas las cosas de la tierra; ved las plantas cuán perfectas son; pero el hombre, por sus malos pensamientos, por sus falsos quererres, ha entrado en un estado en el que ha perdido su libertad, su orden interno, y ha sufrido cambios que el reino animal en su período, y el reino vegetal en el suyo. no han sufrido.

Los miasmas presentes hoy día en la raza humana están complicados mil veces por el tratamiento alopático. Toda manifestación externa del miasma tiene en sí misma una tendencia a corregirse en la especie Humana, pero la raza humana ha sido violentamente perjudicada. y las enfermedades se han complicado por la razón de que a estas expresiones externas se las obliga a desaparecer por la aplicación de drogas violentas y remedios estimulantes. Hoy día nadie quiere confesar que haya tenido sarna en la niñez, hasta que alguna madre inteligente comprende que sería conveniente decírselo todo al médico. Se considera a la sarna como una cosa vergonzosa, como también lo es todo lo que se le parezca, pues la sarna tiene en sí relación con el adulterio, sólo que hay un adulterio en cuanto a lo interno y otro en cuanto a lo externo; uno sucede al otro. Así pasa también con todos los miasmas.

Y ahora tenemos ante nosotros, como médicos los grandes miasmas para tratarlos en todas sus complicaciones. Por ejemplo, si una gonorrea verdaderamente psicótica, se nos presenta de segunda mano, aparece en su forma suprimida. la cual es mil veces peor que en su forma original. Todas las manifestaciones exteriores se han hecho desaparecer. Así pasa también con las formas exteriores de la psora

las erupciones vesiculosas y escamosas y todos los progresos y resultados de la psora. Se ha hecho todo lo concebible para destruir las manifestaciones, y la enfermedad ha crecido cada vez más, hasta el extremo de que nadie puede decir a qué resultado se podrá llegar. ¿Cuanto tiempo puede seguir esto antes de que la raza humana sea extinguida de la tierra por los resultados de la supresión de la psora?. De esta supresión tenemos afecciones cancerosas, enfermedades orgánicas del corazón y pulmones, tisis y destrucción general del cuerpo. ¿Cuánto tiempo puede esto continuar? Si no se extiende la Homeopatía, si no se establecen sus doctrinas en el mundo de modo que los enfermos puedan curarse bajo sus principios, este estado y condición amenazadores aumentarán. Los médicos alópatas se multiplican rápidamente, y todos hacen lo mismo, ahora más aún que en tiempo de HAHNEMANN. Por cierto que la Homeopatía parece que ha llegado a ser una necesidad, pero la clase de Homeopatía que se predica en la mayoría de nuestras escuelas, no detendrá el progreso de la psora. La mayoría de los profesores de las escuelas se burlan de la Doctrina de la Psora; se burlan de los miasmas y continúan sus esfuerzos para establecer la Homeopatía sobre una base alopática. La Homeopatía, según se enseña hoy día en las

escuelas, no es sencillamente más que un intento de establecerla sobre base alópata, empleando nombres alopáticos, llamando a las afecciones crónicas por diversos nombres, y tratando enfermedades de órganos por sus nombres. No se hace ningún estudio de la psora, sino que son sus libros de texto libros alópatas. La sífilis no se trata desde la causa hasta el efecto, sino procurando la manera de impelerla a retirarla o manteniéndola detenida. Se llena al paciente con mercurio, yoduros y otras drogas fuertes, remedios que son bien conocidos por su efecto alópatico de oprimirla o sujetarla temporalmente.

La psora ha progresado hasta llegar a ser la más contagiosa de las enfermedades, pues cuanto más complicada se pone, tanto más susceptibles son nuestros niños a sus comienzos, y su contagio aumenta la antigua enfermedad, y mientras persiste, san más sensibles a los otros miasmas. Hoy día la raza humana es intensamente susceptible a la psora, sífilis y psicosis. "La psora dice Hahnemann llegó a ser, por lo tanto, la madre común de las enfermedades crónicas del hombre. Puede decirse que, al menos, siete octavas de las dolencias crónicas existentes hoy día son debidas a la psora."

Efectivamente, si la psora pudiera retroceder en serie a su estado más simple, el exterior del

cuerpo se pondría feísimo, quizás repugnante, pero el interior estaría mucho mejor. Las erupciones vesiculosas que se presentan son a veces terribles de mirar, horribles en relación a la vanidad del paciente, pero si se les permite su evolución, entonces se obtendrá un maravilloso beneficio para la economía. En estas manifestaciones se envuelven estados hereditarios, los males internos aparecen al exterior, y la Homeopatía continúa empujándolos a salir cada vez más, dejando así a la economía en un estado de relativa libertad. Muy comúnmente la sarna no cederá inmediatamente al remedio homeopático, porque la acción del remedio esta destruyendo la herencia interior, haciendo que aparezca más exteriormente en manifestaciones externas. Quien no conoce esto, naturalmente, se desanima cuando sus remedios no eliminan en seguida la erupción, y si el niño esta debidamente tratado, la enfermedad saldrá en las erupciones, y aquel niño curará desde el interior hacia fuera, y finalmente después de mucha pena, la molestia exterior pasara, llevándose la dolencia interior. De modo que cuando se decía que el remedio apropiado no limpiaba inmediatamente la erupción cutánea y suavizaba la piel. y por esto se recurría a pomadas de cinc o azufre, lo que se hacía era

una violación de la ley, y mucho daño al paciente.

Luego HAHNEMANN nos da una larga lista de casos con autoridades, citas y referencias, que por cierto deberíais repasar. También nos da síntomas que había recogido mientras observaba e investigaba. La gran similitud de estos síntomas. que agrupados representaban un cuadro de psora. y aquellos síntomas que representaban una imagen de Sulphur, fueron precisamente los que indujeron a HAHNEMANN a emplear Sulphur para las condiciones psóricas. En la psora tenemos las imágenes de muchos remedios. Todos los remedios de acción profunda tienen más o menos algo de la naturaleza de la psora.

LECCION XX

Enfermedades crónicas. -Sífilis.

Hay algunas generalidades que hacen referencia a la sífilis bajo el punto de vista del Tratamiento Homeopático. Más no se puede encontrar en los libros lo que debiera esperarse acerca de esta enfermedad; por ejemplo: las diferentes erupciones sifilíticas en sus varias manifestaciones en cuanto a tiempo y color. Respecto al período prodrómico, conviene recordar que, generalmente, dura de doce a quince días, pero que a veces, tarda cincuenta o sesenta días. Algún miasma crónico, o un baño frío, o alguna droga que perturba la economía, puede impedir su manifestación externa, y prolongar el período prodrómico; pero lo corriente es que dure doce a quince días si no viene perturbado o interrumpido. Ahora que el período prodrómico crece según sea el contagio de los varios grados. Esta es una observación que podréis comprobarla fácilmente en la práctica homeopática, pero que los libros no os la dan. Los libros hablan del contagio primario como único contagio en relación con el miasma sifilítico, pero voy a decir algo acerca de esto. Suponed que tomamos el miasma sifilítico en una enfermedad que ha recorrido un tiempo definido; suponed que un individuo haya pasado por las manifestaciones primarias. y al que su médico le dice ahora que puede casarse con toda seguridad; si se casa, su mujer llegará a

ser una inválida; pero ella no pasa las manifestaciones primarias, la lesión inicial y la roséola, y no obstante, presenta sifiloderma, y los síntomas que pertenecen al período o grado último de la enfermedad. Esta enfermedad se ha transmitido del marido a la mujer, y se ha contagiado en el grado en que existía entonces, y desde allí ha ido progresando en su camino. La mujer lo toma del hombre en el período o grado en que estaba al tiempo de su casamiento; toma ella lo que él tiene; si él lo tiene en un estado adelantado, ella lo toma en aquel estado; toma de él el período que él puede ofrecerle.

Esto ocurre igualmente con la psora y la psicosis. No ocurre esto con los miasmas agudos, pero los tres miasmas crónicos efectúan el contagio en la forma en que existen a tiempo de contraerlo. Se transmite el estado, de modo que, en el período avanzado de psora, uno puede transmitir a su buena esposa lo que él tenga, y ella lo toma y progresa en este estado de psora, al que, añade la suya propia, y sigue progresando en ella según sus peculiaridades.

Pero la ley de protección por los disimilares entra en acción aquí a menudo y salva a la esposa de recibir una nueva infección, ya sea sífilis, psora y psicosis. Los desórdenes de que ya sufra su economía pueden ser tan

enteramente disimilares, que la protejan del contagio. Así es como una mujer puede verificar el coito con un hombre que tenga psicosis en forma de gonorrea y no infectarse con ella; así también de esta manera puede tener protección para el chancro. Puede permanecer en contacto con él como esposa, hasta tener un niño de él, y aquel niño puede estar completamente manchado de sífilis. La razón de esto es que el niño es de la semilla del padre, y la madre sólo suministra el fundamento.

Hay abundancia de hechos fisiológicos que demuestran estas cosas. He visto varios casos en que el niño nació negro de sífilis, y esperaba que la madre contraería síntomas sifilíticos, pero ni vestigio de ellos pude observar. Cuando la infección ocurre en el período primario, no hay modo de disfrazarlo, pero si ocurre en el secundario y terciario, no hay realmente medio de descubrirlo inmediatamente, porque actúa y va tan insidiosamente. Si el marido tiene la primera llaga, la úlcera primaria se manifestará en la mujer, pero si él transmite la enfermedad en el período terciario, con todas las manifestaciones suprimidas o ya pasadas, no podréis conocer si ella ha adquirido o no la enfermedad. Ya hemos visto al estudiar el Organon, que cuando las enfermedades son disimilares, una a otra se rechazan; de modo que si la mujer tiene algo en su economía en la

forma de una enfermedad crónica, quizás una condición fímica, estará protegida. Los resultados orgánicos son tales que el cuerpo está abrumado por las enfermedades que ya tiene, y por esto está protegido. Los disimilares se rechazan y los similares se atraen y se curan uno al otro. Sin embargo, si las manifestaciones psóricas disimilares son de un tipo más suave y pueden ser sustituidas por el contagio, entonces entra la condición sifilítica. Es esencial conocer la acción de las enfermedades una sobre la otra, porque vemos el principio de curación en cuanto una enfermedad afecta a la otra.

Mucho aprendemos respecto al miasma sifilítico bajo la acción del remedio homeopático. Al final del período prodrómico podemos esperar el chancro: al final de unas seis semanas, más o menos, podemos esperar las manifestaciones exteriores, la roséola y otras erupciones; pronto, sucediendo a éstas, al tiempo de su desaparición o coincidiendo con ella, encontramos manchas mucosas en la garganta, úlceras en la garganta, y finalmente la caída del cabello. Estos estados se reemplazan uno al otro rápidamente, siendo a menudo asociados. Estas son las manifestaciones exteriores más comunes del período precoz de la sífilis secundaria; es muy importante recordar esto. En los individuos, débiles, éstas se presentan o

manifiestan muy débilmente; en las constituciones robustas y vigorosas. estas manifestaciones serán más vigorosas. Ahora no importa que la constitución débil no pueda eliminarlas, no pueda arrojarlas, o que por causa de los remedios la constitución se haya vuelto débil, y por esto las manifestaciones se hayan retirado cuando han sido eliminadas. El estado es el mismo, tanto si han sido suprimidas como si están suspendidas por causa de la constitución debilitada; es decir, la enfermedad obra sobre el interior, teniendo una tendencia a afectar los órganos internos del hombre: el cerebro, el hígado, los riñones, el bazo, el corazón, y los pulmones, los tejidos y los huesos. Como que la sífilis empieza por ocupar los tejidos interiores del hombre, el periostio los huesos, el cerebro, son los tejidos escogidos como sitios de elección. Si comparáis esto con la psora, notaréis que la última ataca a los vasos sanguíneos y al hígado, y se deposita bajo la piel en forma de supuraciones y forúnculos. El tumor sifilítico no es un verdadero forúnculo, un verdadero tumor; es una masa tubercular múltiple, muy viciosa en carácter. Si observamos el miasma sifilítico en su curso retrospectivo. señalaremos en él períodos ya pasados, suponiendo que hayan sido suprimidos. Cuando se emplea el tratamiento homeopático en el período inicial, ataca la raíz

del mal y se apodera de lo que quisiera ser latente, volviendo las cosas al orden, de tal manera, que el chancro sifilítico que es algo doloroso, se hace indoloro y sigue su curso como una úlcera suave e inocua. Apresura la supuración del bubón, lo que quizás no ocurriría de otro modo. Refrena las manchas mucosas, alivia el mal de garganta, de modo que el paciente se encuentra mejorado en todas sus manifestaciones. En este estado primario no vemos retroceder en la forma de las úlceras, etc. pero vemos que la tendencia del remedio homeopático es la de calmar las manifestaciones. dominarlas y vencerlas hasta que el remedio haya alcanzado una acción profunda y permanente en la economía, en que gradualmente mejora todo.

Tal es la acción de los remedios homeopáticos sobre las manifestaciones primeras. Pero ahora, si proseguimos examinando las manifestaciones últimas, encontraremos un estado opuesto. Si tomáis tardíamente un caso, es decir, un caso antiguo, que durante cinco o seis años ha recorrido todos los períodos, y para el que se han aplicado toda suerte de tratamientos viciosos. el paciente tiene aquellos terribles dolores biparietales en la cabeza, se pone más débil del entendimiento, vienen las manifestaciones terciarias en general, la tendencia a las formaciones gomosas (gomas) y

ulceraciones profundas, y la amenaza de destruir la salud y llegar a la muerte. Encontraréis que los remedios constitucionales sólo podrán restablecerle y curarle si logran hacer salir hacia afuera las manifestaciones externas en algunas partes de su cuerpo. No es que se presente en seguida la úlcera primitiva, quizás no vuelva en modo alguno; pero sí empezará a presentar ulceraciones en la garganta, que pueden progresar tanto que no sólo destruyan los tejidos blandos, sino también el paladar blando. Si reaparece esta ulceración, los huesos que estaban tan doloridos, y aun cuando amenazaran necrosis, dejarán de estar afectados; la periostitis se calmará. La iritis probablemente será un síntoma molesto, y puede ser que aparezca con los síntomas secundarios, o, muchos años después, con los síntomas terciarios. El remedio adecuado aliviara en seguida este último síntoma, pero el paciente dirá: "Doctor, quisiera que me mirara la garganta; no he tenido esta molestia desde hace mucho tiempo". Al examinar su garganta hallaréis que la membrana mucosa que fue cauterizada por el ácido nítrico u otros cáusticos, que está indurada y que los tejidos cartilagosos están infiltrados con depósitos gomosos. Ahora estará el hombre en gran apuro, pues tan seguro como que vive, que tendrá que pasar muchos trastornos, si es que

logra salvarse de la locura. Si a pesar de todo lográis salvarlo, de modo que valga la pena de vivir, será preciso que estas manifestaciones suprimidas reaparezcan bajo un tratamiento adecuado.

LECCION XXI

Enfermedades Crónicas.- Psicosis.

Generalmente, no es muy conocido el hecho de que existan dos clases de gonorrea: una, que es

esencialmente crónica y que no tiene tendencia alguna a la curación, sino a permanecer indefinidamente abarcando a todo el organismo en las más varias formas de síntomas, y otra, que es la aguda, y tiene tendencia al restablecimiento de la salud. lo que ocurre a las pocas semanas o meses. Ambas son contagiosas. También hay inflamaciones sencillas de la uretra en las que el flujo no es contagioso, y así tenemos: la inflamación simple de la uretra y la inflamación específica de la uretra, y de esta última, tenemos las dos clases que ya he mencionado, la crónica y la aguda. Los libros hablan de ellas como de una sola enfermedad, poniéndola: en un solo grupo, conceptuándolas como de una sola clase y en un tratado de gonorrea tendremos tan sólo una descripción de aquello que se refiere al comienzo del flujo La mayoría de los casos de gonorrea son agudos, es decir hay un período prodrómico, un período de ascenso y uno de declinación, estando así de acuerdo con los miasmas: agudos. Los agudos pueden real y positivamente llamarse gonorrea, porque todo lo que hay en ellos es el flujo. \$ se recurre al tratamiento abortivo en los casos agudos, e organismo es lo suficiente vigoroso para deshacerse de los efectos ulteriores. La supresión no puede llevarnos a los síntomas constitucionales llamados psicosis. No puede ir

seguido de condilomas, ni de estados constitucionales tales como la anemia. Pero así como por la supresión de los miasmas agudos no pueden sobrevenir síntomas constitucionales, por la supresión de los miasmas crónicos sobrevendrán estos síntomas y serán muy graves. La mayoría de los casos de psicosis verdadera que se presentan hoy día al médico, son los que han sido suprimidos, y éstos son una docena de veces peores que en el período primario.

En ambas clases de gonorrea, aguda y crónica, el período prodrómico es poco más o menos el mismo: de ocho a doce días, y no hay ninguna diferencia esencial entre el flujo de una y otra. Es mucopurulento con todas las apariencias de un flujo uretral. Cualquier remedio simple, de conformidad con la naturaleza del propio flujo, volverá pronto al miasma agudo al estado de salud; pero necesita remedios verdaderamente antipsicóticos (remedios que estén de acuerdo con la naturaleza de la psicosis) para devolver a la salud la gonorrea constitucional psicótica. En un período muy precoz del flujo, no es preciso hacer una distinción. pero después que la enfermedad haya progresado unas semanas, es necesario hacer esta distinción y elegir el medicamento de acuerdo con los síntomas más agudos. para los cuales tendremos en cuenta que el remedio convenga también para una

constitución psicótica plenamente desarrollada. Los medicamentos para la psicosis se eligen de la misma manera que los remedios para las enfermedades miasmáticas, es decir: haciendo una anamnesis.

La anamnesis de todos los casos sicóticos que hemos observado nos hará capaces de considerar el estado constitucional de la psicosis, de la misma manera que HAHNEMANN, por medio de la anamnesis de la psora, averiguó su naturaleza y estudió los remedios que eran similares a la naturaleza y acción de la psora. Todos los medicamentos que son capaces de producir el cuadro de la psicosis, pueden llamarse antipsicóticos. pero también podemos expresarnos de otra manera y decir que todos aquellos medicamentos son antipsicóticos cuando, administrados a un caso sicótico, son capaces de volver la enfermedad al revés y reproducir las formas anteriores, y hacer que reaparezca el flujo. Esta es la manera práctica de demostrar que un remedio es antipsicótico. Si concuerda con el cuadro del miasma, lograra que la enfermedad vuelva hacia atrás, siguiendo su curso inverso. Aquellos remedios que sólo concuerdan con una parte especial del caso, no son bastante profundos ni lo suficiente similares para hacer reaparecer los síntomas primitivos, y por lo tanto, no son verdaderamente antipsicóticos.

Apenas nos es necesario repasar la descripción de las formas agudas de gonorrea. pero vamos a fijar nuestra atención únicamente en la psicosis, reconociéndola como un miasma crónico, o una enfermedad cuyo primer período es un flujo uretral. Ya he dicho que estos casos son raros, en relación con el gran número de los de gonorrea aguda, pero la enfermedad parece ir en aumento. Todo médico ocupado observará muchos casos en mujeres y niños: son casos de gonorrea que han sido suprimidos por irrigaciones en manos de los de la Escuela Antigua, y que han conceptuado curados, y luego, después de que el flujo ha sido suprimido, el paciente sicótico oye decir a su médico que puede contraer matrimonio, pues que está ya curado. Pero esto no es verdad y él debería aplazar el casamiento. No es justo que se case hasta que el flujo haya vuelto a aparecer y que éste se haya curado. no por medio de irrigaciones, que solamente suprimen el flujo, sino por el antipsicótico indicado. Sólo entonces puede casarse con una mujer sana. y ella seguirá sana y dará a luz a hijos sanos.

No sabréis nunca basta que lo veáis en la practica, cuan corriente es que la mujer enferme al año o año y medio de su matrimonio, con molestias del útero, con trastornos abdominales y toda clase de

enfermedades especiales de la mujer; y entonces os sorprenderéis al repasar la historia del marido (si él permite hacerlo) y descubrir que en su vida anterior él había tenido dos o tres ataques de gonorrea que han sido tratados con el nitrato de plata, o con una de aquellas prescripciones que se llevan por todas partes en los bolsillos de los jóvenes viciosos, o por medio de irrigaciones bien conocidas por su propiedad de detener o suprimir el flujo. Entonces no os sorprenderéis al saber que el mismo paciente no ha disfrutado de verdadera salud desde que desapareció aquel flujo gonorreico. Os daréis cuenta de lo que sigue a aquella supresión en el hombre. Observaréis lo que sigue al contagio en la mujer. y constituirá un estado interesante observar estas cosas muy cuidadosamente.

A veces las molestias vienen tan a continuación de la supresión del flujo, o revisten una forma tan grave, que no puede haber duda, ni en el propio paciente, de que la molestia o trastorno que sufre ahora tiene relación con la supresión de aquel flujo. A veces es latente y se desarrolla lentamente e, infectando la sangre, viene la anemia, que aumenta gradualmente, y el paciente se pone pálido como la cera. Lo que dijimos acerca de la sífilis en cuanto al contagio según el periodo en que lo tiene el individuo que la transmite, es igualmente cierto en esta

enfermedad como lo es la psora. He aquí un ejemplo corriente: Un paciente sicótico ha sido "curado", en lo que se refiere a la supresión del flujo, y ahora se casa, pues se le ha dicho que no puede haber en ello ningún perjuicio; pero pronto, después, su mujer contrae enfermedad, mientras que antes siempre había sido una mujer sana; en la Escuela Antigua no se reconoce el estado constitucional gonorreico; tampoco podría estar seguro de esto el homeópata si no fuera por sus cuidadosas prescripciones.

Tomemos un hombre que ha pasado diez o quince años con esta enfermedad psicótica. Está céreo, propenso a varias clases de verrugas, sus labios están pálidos, sus orejas casi transparentes; entra en un estado de decaimiento; tiene varias clases de manifestaciones, y éstas aparecen con numerosas particularidades que constituyen lo que llamamos síntomas. El médico se pone a hacer un cuidadoso estudio del caso, y si la percepción del mismo es similar a la de alguna medicina de acción profunda y larga duración, y administra aquella medicina al paciente, éste empieza a mejorar. Se continúa con el tratamiento, y en el transcurso de semanas o meses el paciente entra en el consultorio y dice: "Señor doctor, si yo me hubiera expuesto, pensaría que tengo un ataque de gonorrea".

Sabiendo ahora que las enfermedades se curan siguiendo un camino inverso al de su aparición, efectivamente, no puede sorprender oír esta historia.

Por otra parte, sin embargo, el trastorno podrá manifestarse en otras membranas mucosas del cuerpo, y de esta manera evitara al hombre su apariencia cérea, pues no estará tan pálido si la enfermedad ocupa otra región. Estas manifestaciones catarrales pueden afectar los ojos, pero más corrientemente afectan la nariz. No es nada extraordinario que un catarro nasal sea sicótico y que haya existido sólo después de la supresión de la gonorrea. El catarro se localiza en la nariz y en los orificios posteriores de la misma, con mucosidades abundantes y gruesas, que a pesar del tratamiento local, ha sido imposible suprimirlas. Cuando la constitución es bastante vigorosa, el flujo continúa a pesar de los diferentes remedios específicos que se hayan administrado, pero, en las constituciones débiles, las enfermedades abandonando las partes externas del hombre son fácilmente empujadas hacia el centro, hacia el interior. De modo que es frecuente el caso de que un hombre que tenga mucosidades gruesas, amarillo-verdosas, etc., por la nariz, después de una dosis de Calcárea, medicamento antipsicótico y de acción profunda, haya reaparecido el antiguo flujo, y

diga el paciente: "No puedo explicarme esto; no he estado en ninguna parte más que con mi mujer". Este es el momento de explicar a este sujeto que anteriormente había tenido gonorreas y que su naturaleza era psicótica; pues si no hubiera sido de un carácter específico, no hubiese podido transmitirse a la economía del hombre, afectando así su nariz; que ha desaparecido la nueva localización bajo un tratamiento verdaderamente homeopático, y que el flujo original o primitivo ha sido obligado a reaparecer, volviendo a ocupar la molestia el primer lugar. Debemos explicarle esto, debemos mostrarle toda la naturaleza del caso. y se le puede decir ahora, que él está en condición de recuperar la salud ponerse bien y deshacerse de su catarro; pero si él interviene tratando de suprimir el flujo uretral, nunca más recobrará la salud. Precisamente esta clase de enfermos se han presentado tan a menudo, que ya no puede haber ninguna duda acerca de ello. Está en la naturaleza de la gonorrea el salir a la superficie en el período primero, y así, cuando aparece el catarro en las constituciones vigorosas, inmediatamente después de la supresión del flujo uretral, puede localizarse en la nariz, pero si el catarro no se presenta pronto, la constitución es demasiado débil para que el catarro represente la enfermedad, y se presentará en los tejidos más profundos. Puede

sobrevenir la enfermedad de Bright. o pueden enfermar los pulmones. o causar una enfermedad del hígado y afecciones reumáticas de las peores, que matan finalmente al paciente. Solamente llega a ser catarral en los períodos primeros. El hombre cree que esta curado y que se ha escapado de las manifestaciones exteriores porque su constitución no es fuerte, pero la enfermedad continúa adelantando hasta que ataca la sangre y se vuelve anémico.

Si ahora se casa en este estado, su mujer no adquiere el catarro, ni leucorrea, ni trastornos de la vejiga, sino el estado anémico Podréis llamarlo un período secundario, si así os place, pero realmente es la forma más interior de la enfermedad. Este estado anémico se extiende a todas las funciones del cuerpo. La mujer no contrae el período catarral, porque el contagio se ha efectuado en el período a que llegó su marido. Si él ha pasado ya este período. lo que ella contraerá estará más allá, estará más adelantado que el período catarral. Presentara condiciones fibrosas, inflamación del útero y de los tejidos blandos, o perturbaciones de los riñones. Puede además continuar o contraer cualquiera de las enfermedades constitucionales especiales a las que hoy día está tan propensa la mujer. Es algo raro que afecte a los tejidos blandos y no a los huesos.

La sífilis afecta a los tejidos blandos y a los huesos. La psora afecta a toda la economía, nada escapa a ella; produce un desfallecimiento general.

A veces, en el hombre no toma la forma catarral, sino que produce inflamación de los testículos, o puede afectar el recto. Por otra parte, si os halláis a la cabecera de un enfermo que ha empleado irrigaciones fuertes para suprimir el flujo gonorreico, podréis hallarlo torciéndose y revolviéndose por la cama, echándose y revolcándose con los dolores. y hallar que su único alivio es un continuo movimiento; los dolores son tremendos. lacerantes y desgarrantes de la cabeza a los pies; si él se puede levantar, andará día y noche. Rara vez hay mucho edema o hinchazón en esta forma cíe reumatismo; parece más bien afectar lo largo de la cubierta de los nervios, y aliviarse con el movimiento. El médico superficial dirá: "He aquí un paciente que se alivia por el movimiento; he aquí un caso de Rhus". Le da Rhus y entonces halla que ningún beneficio causa al paciente. Pero cuando hayáis estudiado la naturaleza interior de la psicosis, recordaréis que Rhus no es ningún remedio antipsicótico, y por esto no aliviará al paciente de su inquietud; no le aliviará sus terribles dolores y su ansiedad. Este estado continuará, y cuando le haya atacado tan violentamente, sus

tendones empiezan a contraerse y a acortarse, los músculos de la pantorrilla se pondrán dolorosos, de modo que no se les puede tocar ni manejar; a veces hay infiltración en los músculos y dureza, y el dolor se extiende hasta las plantas de los pies de modo que al paciente le es imposible andar. Se ve obligado a estar sentado, o acostado, o a arrastrarse con las manos y las rodillas, si tan violentos son en algunos casos. Estos casos durarán años. Yo he visto a los médicos alópatas emplear aplicaciones externas para estos pies doloridos durante semanas, y meses, y hasta años, sin producir, no obstante, el menor alivio; pero una prescripción correcta hecha cuidadosamente por un homeópata, teniendo en cuenta toda la naturaleza de la psicosis y cubriendo todos los síntomas, los echara fuera a todos, cesará el dolor de los pies y hará que reaparezca de nuevo el flujo gonorreico. El regreso o reaparición de los viejos síntomas significa el restablecimiento de la salud. Cuando vuelva el flujo, viene el alivio de estos síntomas tan terribles, y no hay que considerar curado a ningún paciente hasta que haya reaparecido el flujo gonorreico.

Con respecto a la mujer, en la cual, como se sabe, el contagio tiene lugar en el período en que exista en el marido, suponiendo que ella tenga inflamación de carácter fibroso, y la peor

forma de la anemia, con gran palidez y aspecto céreo, y manchas en la piel, y marchitez del cuerpo y toda clase de enfermedades orgánicas, al hacer una prescripción homeopática que sea efectivamente antipsicótica, no hay que esperar que se presente un flujo gonorreico en tal caso; no es necesario, pues ella puede curar sin esto. Si ella no tuvo flujo, puede curar sin que aparezca éste. El orden inverso de los síntomas, en su caso, quiere decir sólo de los síntomas que ella ha tenido. Puede ser que ella no haya tenido los primeros, pero todos los que la paciente haya tenido deben volver a presentarse, etapa por etapa y síntoma por síntoma. La mujer es la víctima agraviada, más perjudicada; ella es inocente, y cuando se presenten condiciones anémicas y continuo decaimiento en la mujer unos años después del casamiento, siempre hay que sospechar esta enfermedad; a lo menos no hay que dejarla pasar sin hacer una investigación adecuada al asunto. Que manden buscar al marido para hablarle tranquilamente, para decirle que hay que saber si él ha tenido alguna de las enfermedades específicas en su juventud, que todo esto será considerado confidencialmente. Donde haya un médico de cabecera, esto debe hacerse.

Con miedo y con temblores, probablemente explicará toda la historia; él contrajo

matrimonio con cierto grado de inocencia, pues el médico le había dicho que lo que él había tenido no afectaría para nada a su mujer. Cuando se haya descubierto este estado en la familia, hay que vigilar a los niños; serán pocos, pues la psicosis generalmente hace estéril a la mujer, o, si tiene algunos niños, se hallará en ellos una gran tendencia al marasmo en el primer año, o en el primero y segundo verano, una gran tendencia a la tisis, o hallaréis una marchitez y aspecto de viejecito en la cara. Cualquiera de los tres miasmas puede predisponer al niño a estas cosas; pero si el niño está céreo y anémico, acostumbra a tener evacuación de vientre lientérica, no digiere bien, y a cada temporada de calores presenta enfermedades parecidas al cólera infantil, y el niño no crece, no medra, no prospera, entonces hay derecho a sospechar que es un caso sicótico, pues la psicosis es la causa más frecuente.

Como veis, la enfermedad no se manifiesta con muchas erupciones, a no ser algunas de carácter verrugoso; no se manifiesta por erupciones como la sífilis y la psora, sino que obra produciendo un estado reumático, y una condición anémica de la sangre. Afecta primero la sangre, y conforme los individuos van adelantando, llegan a profundas perturbaciones a veces muy arraigadas, llegando al epiteloma.

Están especialmente propensos a la enfermedad de Bright y a la tisis aguda. Si contraen neumonía, es probable que resulte o quede alguna enfermedad en los pulmones. Si tienen alguna enfermedad aguda de carácter prolongado, como el tifus, su restablecimiento será siempre lento.

Realmente, es bueno conocer la historia de un paciente, todas las peculiaridades de la vida del paciente. Es importante saber si es sifilítico o sicótico. Sabéis que todo el mundo es psórico, pero los que han llevado una vida limpia, han escapado de los dos contagios que adquiere el hombre, especialmente por su propia voluntad. Cuando un paciente haya pasado hasta el fin de una tifoidea u otra enfermedad prolongada, se sabe ya que él está psórico; pero si además se sabe que él es sifilítico o sicótico, se puede también llevar su convalecencia a un restablecimiento rápido, y si él niega estas cosas, puede uno confundirse. El paciente sicótico puede entrar en un estado de languidez y decaer al final del tifus; no se restablece la convalecencia no es reparadora; sentirá aversión para la comida, no tiene reacción, no se pone bien, no hay producción de tejidos, ni asimilación; no hay vitalidad; está acostado en un estado de semi-quietud, no hay ninguna señal de convalecencia. Si se sabe que es In paciente sicótico, debe emplearse un remedio

antipsicótico y entonces empezara a rehacerse. Si es un paciente sifilítico, debe tomar un remedio antisifilítico. Si ninguno de los dos miasmas están presentes, un remedio con miras a su estado psórico le obligará a restablecerse. La naturaleza de estos casos debe tenerse presente: debe recordarse que estos miasmas crónicos están presentes en la economía, y después de una enfermedad aguda hay que luchar con ellos. Si no se sabe esto, muchos pacientes decaerán gradualmente y morirán, aparentemente por falta de vitalidad para llevar a cabo la convalecencia.

Naturalmente que el tratamiento antipsicótico volverá a hacer reaparecer en el niño, como fácilmente puede comprenderse, solamente aquel período con el que empezó el niño. No esperéis, pues, ver la aparición de un flujo en el niño. El niño sólo tiene la naturaleza interior de la enfermedad, y no tiene las formas primeras y exteriores. También hay que recordar otra cosa: estos niños, a medida que crecen, son tanto más sensibles a la psicosis; están más preparados para una gonorrea psicótica en cuanto se expongan a ella por vez primera. Esta susceptibilidad es debida a la herencia, igual que la susceptibilidad a la psora es debida a nuestros padres. El hombre sólo puede tener un ataque en su vida normal, de cada uno de los tres miasmas crónicos; un hombre no puede

contraer la sífilis dos veces: ni tampoco puede contraer la psicosis, ni la psora dos veces. Esto no parece ser muy conocido. Cuando preguntáis a un individuo cuantas veces ha tenido gonorrea, os dirá: "Poco más o menos media docena de veces". Pero sólo una de éstas era psicótica. La constitución psicótica no se puede tomar la segunda vez, pues da para aquella persona para siempre después la inmunidad. El vástago llega a ser excesivamente susceptible a todos los miasmas, cuanto más se desarrollan éstos en la raza humana. Cuanto más se complican uno con otro, tanto más susceptible llega a ser la raza humana a las enfermedades agudas.

He ahí una idea general de los miasmas crónicos.

LECCION XXII

Estudio general de la enfermedad y del medicamento.

Parte de vuestro estudio debería presentar ante la mente, tan completamente como fuera posible, las enfermedades a las cuales la raza humana esta sujeta. Esto no se puede hacer en gran extensión por los libros de la Escuela Antigua, ya que ellos no tratan de la psora, de la sífilis ni de la psicosis, de una manera tal que puedan presentar a la mente la imagen de la enfermedad, pues sólo logran presentar la de los miasmas agudos, y aun de una manera limitada. Obtiene el diagnóstico, o los síntomas patognomónicos con el fin de distinguir una enfermedad de otra, pero sin ninguna idea de presentar a la memoria una imagen de la enfermedad para hallar su similar en la de algún remedio de entre los anotados en la Materia Médica, ya que ésta no es la manera de prescribir por el alópata. Es importante repasar la gran cantidad de síntomas psóricos que HAHNEMANN nos ha dado, para obtener un cuadro tan perfecto como sea posible de la enfermedad psora. Si tomamos Las

Enfermedades Crónicas y las repasamos, apuntando al lado de cada síntoma que HAHNEMANN ha mencionado como psórico todos los remedios que por la experimentación han dado síntomas que corresponden con estos síntomas de la enfermedad, tendremos ante la mente una lista de los remedios antipsóricos. Es un buen ejercicio y una buena manera de prepararse para el estudio de la Materia Médica. Hay que procurar dominar esto: NO DEBEMOS CONSIDERAR A LAS ENFERMEDADES POR UNOS POCOS SINTOMAS QUE LOS PACIENTES PUEDAN TENER, SINO POR TODOS LOS SINTOMAS QUE PRESENTE LA RAZA HUMANA ENTERA. Es igualmente incorrecto considerar la psora por unos cuantos síntomas, como lo es considerar un remedio por unos cuantos síntomas. Así como se ve la imagen de un remedio por la totalidad de sus síntomas, incluyendo los particulares, así también debemos considerar la psora por sus característicos y por los varios aspectos que constituyen la psora. Los remedios son ajustados a sus apariencias: las apariencias de los remedios expresadas en síntomas, deben ser ajustadas a las apariencias de la enfermedad expresadas también en síntomas. Cuando hayáis terminado con la psora, tomad la psicosis y emplead mucho tiempo en recoger todos los síntomas que los pacientes sicóticos hayan experimentado, todos

sus sufrimientos y todos los resultados últimos. Agrupadlos como si formaran un solo grupo y consideradlos como un miasma. Entonces debéis volver a referirlos a la Materia Médica y hacer una anamnesis. Hay que tomar cada síntoma y apuntar a su lado todos los remedios que hayan producido aquel síntoma. Pronto veréis que los remedios que se repiten con más frecuencia serán los remedios antipsicóticos, es decir, los remedios que tienen las esencialidades, los característicos de la enfermedad, o sea, los que contienen la naturaleza de la psicosis.

En la misma forma tenéis que hacer una anamnesis de la sífilis. De esta manera tendréis en la memoria las tres enfermedades crónicas de la raza humana, y cuando hayáis cumplido esto de una manera general, estaréis preparados para emprender el tratamiento. Pero acordaos que cuando vais a prescribir para un paciente crónico, los síntomas constituyen totalmente la base de la prescripción: no tenemos otra. Podemos teorizar tanto como queramos, pero cuando llegamos a la aplicación práctica, los síntomas deben guiarnos al remedio indicado. Hay, sin embargo, muchísimas maneras diferentes de mirar los síntomas: es muy fácil confundirse y cometer un error tomando síntomas que no son importantes. El estudio de la Materia Médica no

enseñara cómo debemos estudiar la enfermedad, pues el plan que adoptamos para estudiar la Materia Médica con el propósito de llevar a la mente la imagen del remedio, es el mismo plan que debemos adoptar para estudiar la enfermedad. El médico que sólo puede retener en su memoria los síntomas de una enfermedad o de un remedio no tendrá nunca éxito como homeópata. No ha aprendido a pensar por sí mismo, no ha recogido más que un montón de detalles, de síntomas particulares sin nada que los una. No hay orden. Parece más bien un motín.

Aquí os quiero leer una nota de HAHNEMANN: "Si algunas veces se cree necesario emplear ciertos nombres para darse a entender al vulgo en pocas palabras, cuando hablemos de un paciente en particular no hemos de emplear ninguno que sea colectivo. Deberíamos decir, por ejemplo, que el paciente tiene una especie de corea, una especie de hidropesía, una especie de fiebre nerviosa o una especie de fiebre intermitente", etc. Conduciremos a nuestra mente a la herejía si nos acostumbramos a hablar de apariencias y nombramos a las enfermedades según la manera antigua. El médico homeópata no debe pensar de aquella manera. El que está acostumbrado a pensar así debería hacer un gran esfuerzo para evitar que su mente siga por

aquel camino. Naturalmente, sería una locura hablar con un médico de la Escuela Antigua o a un paciente en otras palabras, y si hablamos así es simplemente para sostener una conversación; pero debemos comprender que sólo aceptamos este lenguaje aparentemente. Esto nos lleva ahora al párrafo 83, que emprende el estudio y el examen del paciente y las calificaciones necesarias para comprender la imagen de la enfermedad. Probablemente habréis llegado ya a la conclusión de que un recetarista de la Escuela Antigua, y quizá la mayoría de los que hoy día se llaman homeópatas, son incompetentes por completo para examinar a un paciente, y por lo tanto lo son para examinar la Homeopatía, y para atestiguar si hay en ella algo interesante o no. Tienen todos los elementos del fracaso y ninguno para el éxito. Es imposible comprobar la Homeopatía sin aprender la manera de presentar la imagen de la enfermedad ante los ojos de tal manera que sea posible elegir un remedio homeopático. Sería la cosa más natural para un médico alópata decir: "Voy a comprobar la Homeopatía: este paciente tiene vómitos, y yo le daré I pecacuanha, porque produce vómitos". ¡Él ha comprobado así la Homeopatía, y no va bien!!. Esta es la manera cómo se hacen generalmente las comprobaciones. Yo he conocido médicos que

me han dicho que ellos habían comprobado la Homeopatía, y les había fallado: pero yo sé que no era la Homeopatía, sino el médico, lo que había fallado. Siempre que haya un fracaso, es del médico; no el de la Ley. Esta es sobre poco más o menos la comprobación que se hace hoy día en esta ilustrada edad del inundo: ni tienen el conocimiento, ni el estado de la inteligencia para hacer una comprobación. No saben lo que hay que observar, ni cómo hay que seleccionar el remedio. Si buscamos todos los medicamentos que producen vómitos, encontraremos una lista bastante larga; pero para emplear aquella lista lamente debe estar preparada para discernir cual sea el más similar a este paciente individual.

ORGANON, § 83. "El examen de un caso particular de enfermedad, con el propósito de presentarlo en su estado formal e individualizado, sólo requiere por parte del médico un entendimiento imparcial, una comprensión sana, atención y fidelidad en observar y trazar la imagen de la enfermedad. Yo me contentaré en el presente caso con explicar simplemente los principios generales del curso a seguir, dejando al médico la selección de aquellos que sean aplicables a cada caso particular."

En el primer manifiesto dice que: el médico debe ser imparcial, es decir, libre de prejuicios. ¿Dónde vais a ir para encontrar tal persona? Si esto es esencial, no hay casi nadie que pueda examinar un caso con el propósito de hallar un remedio para aquel caso. ¿Un entendimiento imparcial? Buscad entre los médicos que dicen practicar la Homeopatía, y hallaréis que casi todos ellos están llenos de prejuicios. Luego empezarán a deciros lo que ellos creen: uno cree una cosa, otro cree otra; todos tienen opiniones diferentes: éstas no proceden de una cuestión de hechos, sino de lo que cada uno sostiene como hecho. En su opinión, lo que cada uno quiere que sea, es. Esto establece en su mente no prejuicio, y como no hay dos que estén de acuerdo, hay muchas y muy diferentes opiniones, la mayoría de las cuales han de ser falsas. En cualquier asunto en el que fijéis vuestra atención, hallaréis que el hombre está lleno de prejuicios, y este estado de parcialidad existe también en el examen de un paciente. El médico va al paciente con los prejuicios de las propias teorías. Tiene ideas propias respecto a lo que ha de ser el método correcto de examen, y así no examina al paciente con el fin de hacer resaltar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Sus prejuicios le obligan a hacer callar al paciente en cuanto empieza éste a referir su historia. Percutirá por todas partes,

desde la cabeza hasta los pies, y entonces le dirá lo que tiene. Luego extenderá una receta, que no tiene en absoluto ninguna relación con el estado constitucional del paciente, pero, en realidad, un verdadero examen no ha sido hecho.

Podéis afirmar rotundamente que un verdadero hombre no tiene prejuicios. Ciertamente, el verdadero hombre es el que está libre de prejuicios, y es el único que puede escuchar, que puede examinar las comprobaciones y que puede meditar. ¿Qué pensaríamos de un juez, que considerara un caso con gran parcialidad? La Ley estipula que un juez no puede juzgar a su hermano, ni a su esposa, ni a ningún otro pariente. En un médico homeópata sólo una mente libre de prejuicios puede alcanzar y aprender toda la verdad, y todas las Doctrinas de la Homeopatía. Si el médico tiene parcialidad para cierta potencia, o por determinada enfermedad, o contra ciertos principios, no está en aptitud para raciocinar, no está en libertad para con su paciente, y va al examen con ignorancia. y si él no puede librarse de sus prejuicios, no puede ni debe prescribir. Cuando se ha llegado a la comprensión profunda de las Doctrinas de la Homeopatía, a cuanto se refiere a la doctrina de la potentización, a las doctrinas de las Enfermedades agudas y crónicas, y a cuanto se refiere a la Materia Médica. se hace cl

interrogatorio con toda libertad, con la intención de examinar el caso en toda su extensión y amplitud, y dispuesto a escuchar atentamente. Sólo así se puede escuchar bien al paciente, a los amigos del paciente, y observar todos los síntomas sin parcialidades, con sabiduría y con juicio. Hay que considerar el caso sin formar, antes juicio alguno, hasta que todos los testigos hayan explicado su parte, llevando ante el médico la evidencia del caso. Entonces empieza a estudiar éste la totalidad del caso. Esto es examinar un caso sin prejuicios, y para esto precisan una profunda comprensión, un conocimiento claro de todos los detalles referentes al asunto. y respecto a sus deberes. Si un alópata entrara a escuchar el largo examen de un caso hecho por un homeópata, querría saber de 'o que se trata. No vería nada en este interrogatorio, porque no tiene el verdadero conocimiento de la Materia Médica. El propósito del homeópata es el de apuntar en el papel la enfermedad del paciente. y de esta manera hallar el cuadro de la enfermedad en la Materia Médica. El médico alópata no podría hacer esto: no podría trasladar al lienzo la imagen de la enfermedad para ajustarla al cuadro de la Materia Médica, pues no conoce suficientemente ninguna de las medicinas con la cual pudiera compararla. El entendimiento imparcial proviene, pues, de un conocimiento

profundo. y éste sólo se logra por medio de la educación. La educación de que hablamos ahora, es la educación en la Homeopatía, llegando a conocer todas sus doctrinas paso por paso. Después de haber aprendido la manera de prestar atención, y a qué prestar atención, precisa la lealtad. La fidelidad no podrá nunca ser mostrada por quien no haya apartado toda parcialidad, abriendo su mente a las Doctrinas y principios. Aquí trabajamos juntos; todos trabajamos (le la misma manera. Tomad un estudiante que pasa un año aquí, y encontraréis que tiene las costumbres de la escuela, y lleva la marca de la escuela. Así como la impresión de Harvard, o la impresión de Yale, viene marcada en cada estudiante que procede de aquellas instituciones, así también la del Post-Graduate School se nota en todo estudiante que ha pasado el curso con fidelidad y ahínco.

Ahora estamos dispuestos a entrar de lleno en el estudio de un plan para el examen fiel y cuidadoso de un caso. Nuestra intención es la de curar aquel caso, y para ello precisa poner ante la mente de la mejor manera posible todos los síntomas del paciente. Este es un estudio largo y fastidioso, y hay en él muchas dificultades en el camino. La enfermedad debe mostrarse en síntomas, a fin de que tenga alguna semejanza con algún remedio de la Materia Médica. Todas las enfermedades

conocidas del hombre tienen su semejante en la Materia Médica, y el médico debe llegar a ser tan experto en este arte, que pueda percibir esta semejanza. Al principio hallaréis que no es esta tarea fácil, y para llegar a ser experto se necesita una aplicación continua de la paciencia. Todos los sentidos deben de estar alerta, a fin de percibir lo que es similar y lo más similar. Ahora llegamos a las instrucciones para el médico para descubrir y trazar la imagen de la enfermedad.

LECCIÓN XXIII

El examen del paciente.

ORGANON, § 84. "El paciente explica en detalle sus sufrimientos; las personas que te rodean refieren de lo que él se ha quejado, cómo se ha

comportado, y todo lo que ellos han observado en él. El médico ve, oye y observa, con todos sus sentidos, cualquier cambio o fenómeno extraordinario que se presente al paciente. Lo escribe todo en el papel con las mismas palabras que emplea el paciente y las personas que le rodean. Permite que continúen hablando hasta el fin sin interrupción, excepto cuando se desvían en divagaciones, advirtiéndoles cuidadosamente desde el comienzo del interrogatorio que hablen despacio para que él pueda seguirles apuntando lo que él considere necesario."

Una de las cosas más importantes al sacar la imagen de la enfermedad es el conservar la sencillez de lo que el paciente nos relata, con sus propias palabras, a menos que se desvíe y hable de cosas tontas que no tienen relación con el asunto; pero mientras limite su información a sus propios sufrimientos, hay que dejar que se explique a su manera, sin interrumpirle, y en el "record" (registro del caso) hay que emplear su propio lenguaje, corrigiendo tan solo las faltas gramaticales, con el propósito de procurar la anotación del caso lo más perfecta posible. Si se emplean sinónimos, hay que estar bien seguro de que son verdaderamente sinónimos y su sentido no puede ser tergiversado. Naturalmente, cuando

la mujer habla de su menstruación, diciendo "el período", "el mes", "la regla" u otras expresiones, el término médico más adecuado será "menstruación", que es el sinónimo de aquellas palabras, y es más expresiva que el modo vulgar de denominar aquella función. Así en general se pueden sustituir términos de expresión mientras que no se cambie la idea. Desde luego, el cambiar la palabra "piernas" por "miembros", no constituye ningún cambio de ideas, pero siempre hay que asegurarse de que el cambio de palabras no lleve un cambio de ideas.

Una de las cosas más importantes al formar el "record" (registro del caso) de un paciente, es el de poder leerlo en un examen subsiguiente sin que lo perturben las adiciones y manifestaciones posteriores del paciente. Si se escribe el "record" del caso en frases consecutivas, se confundirá uno de tal manera al buscar los síntomas del paciente, que no se podrá formar en la mente una imagen de la enfermedad. Con este método es realmente imposible, ya que la mente hace verdaderos esfuerzos para "cazar los síntomas" escuchando con la debida atención y concentración mental. La pagina debería dividirse de tal manera que cuando el paciente habla de una cosa y luego de otra de sus síntomas, pueda verse de una ojeada si el relato del síntoma está o no en

aquella página. Si el "record" no está arreglado de esta manera; es defectuoso. El relato del caso debería presentarse o arreglarse dividiendo la página en tres columnas, la primera de las cuales contendría las fechas y prescripciones; la segunda, los síntomas genéricos o encabezamientos, y la tercera, el relato detallado de cada síntoma, de este modo:

FECHA

REMEDIO SINTOMA RELATO DETALLADO DEL

SÍNTOMA: < (agravación)

>(mejoría)

Después de que el paciente haya detallado sus sufrimientos a su manera, y se haya repasado y descubierto todo lo que se puede deducir de sus síntomas, entonces se puede continuar recogiendo la información de los que están en relación con el paciente. En la práctica particular, en la mayoría de nuestros pacientes, podemos hacer este estudio, pues hay una enfermera, a veces solamente una hermana, o una madre, o una esposa, que han observado todo lo que aquejaba al enfermo. "Las personas que rodean al paciente refieren de lo que se haya quejado, cómo se ha comportado y todo lo que han observado en él". Ahora, que hay que escuchar esto con mucho cuidado. En este

caso, es muy importante decidir averiguar si el observador esta demasiado ansioso, si es la esposa, hay que ver si es que no se asuste demasiado por su marido y que por esto mezcle muchas de sus ideas y temores en su relato, por lo que debéis aceptar estos datos con mucha discreción. Si es posible, lo mejores obtener estos datos de la enfermera, haciéndola repetir exactamente las palabras del paciente,. Si esto se puede hacer en un caso de sufrimiento agudo, valen mucho más las palabras o expresiones de la enfermera, que las de la esposa, pues cuanto más interesada y ansiosa es la persona, tanto menos probable es el que nos presente una fiel imagen: no es que ella nos quiera engañar, sino que esta muy excitada, y cuanto más piensa en lo que haya dicho, tanto más terribles le parecen los sufrimientos, y así ella exagera. Es siempre importante tener el manifiesto de alguien desinteresado. Una vez interrogados dos o tres observadores inteligentes, y anotadas sus observaciones, el médico entonces toma sus propias observaciones. Hay que hacer una descripción de la orina, si es que hay algo de particular en ella, pero si la orina y las evacuaciones son normales, no hay necesidad de ninguna descripción.

Ha precisado hacer un estudio de cientos de años para hallar la mejor manera de interrogar

a los testigos en los Tribunales, y como resultado han decidido adoptar ciertas reglas para obtener las pruebas. La Homeopatía también tiene reglas para examinar un caso, que se deben seguir con exactitud en la práctica particular. Entre los alumnos que han sido enseñados aquí, yo sé de algunos que sólo han aprendido de memoria, mientras que otros ni siquiera han aprendido, sino que se han apartado del camino trazado. Estos estudiantes han violado todo lo que se les ha enseñado; han hecho potencias bajas, logrando cada vez más fracasos. para vergüenza de su preceptor y de la ciencia que ellos pretenden seguir. Yo espero que algunos de los que me escuchan harán lo mismo dentro de cinco años; esto es un aviso; deténganse antes que hayan ido demasiado lejos, o sino, sentirán cuán suya es la culpa. Pensaréis que fueron hipnotizados y conducidos por caminos equívocos. Si se deja de hacer un cuidadoso examen, el paciente será el primero que sufrirá, pero al final vosotros mismos seréis los que sufriréis por ello, como también la Homeopatía. Las mismas cuestiones que HAHNEMANN da no son importantes pero son sugestivas y nos llevan en una dirección cierta. Interrogad primero al paciente, luego a los amigos y observar por vosotros mismos. Si no lográis bastantes datos para poder prescribir, volved a los síntomas particulares. Después de

mucha experiencia llegaréis a ser expertos en interrogar a los pacientes para lograr sacar la verdad. Hay que acumular Materia Médica para emplearla y fluirá de vosotros como fluye el lenguaje. Haced preguntas para obligar al paciente a decir la verdad. Hay que ponerse al nivel de la manera de hablar que tiene el paciente.

Habéis de estar seguros de que no hayáis puesto ninguna palabra en la boca del paciente, ni influenciado su expresión. Se necesitan saber todos los detalles, pero sin tener que preguntarlos de una manera directa. Si se hace la pregunta directa, no se deben poner los síntomas en el "record" (registro del caso), pues el noventa y nueve por ciento de veces, el paciente contestará con un "SI" o un "No". La contestación del paciente en "sí" o en "no"; revela que la pregunta fue mal hecha. Si una pregunta. no trae ninguna respuesta, hay que dejarla, pues no lo sabe, o no la ha notado el paciente. Las preguntas que dejan una variedad de respuestas son defectuosas. Averiguar la parte precisa del cuerpo donde hay el dolor y el carácter del dolor, etc. Al investigar un caso hay mucho que aprender: la duración de un ataque, la apariencia de un flujo o una eliminación así en un caso de vómito, averiguar, su carácter, la hora del día, etc., etc. Cada estudiante debería repasar estas preguntas, formando preguntas

colaterales y practicando el examen de un caso. Siempre hay que dejar al paciente en completa libertad. No hay que ponerle palabras en la boca. Nunca se debe apresurar a un paciente; hay que establecerse una costumbre fija para examen, y ella os quedará. Sólo llevando a cabo un trabajo tan agudo y tan bueno como podáis sostener, es como mantendréis vuestra reputación y cumpliréis con el más alto deber. Hablad tan poco como podáis, pero haced hablar al paciente y mantenedle hablando siempre muy al punto. Si él solo quiere hablar, podréis hallar los síntomas en general y en particular. Si él se desvía, hacedle volver al punto tranquilamente y sin perturbarle. No es muy molesto en la práctica particular. Allí se hará por término medio mejor trabajo.

Todos los síntomas del sueño son importantes, porque están muy relacionados con la mente; el paso del sueño al estado de vigilia, del cerebro al cerebelo, es importante. Los viejos patólogos no podían explicarse la respiración difícil durante el sueño. Es importante conocer las funciones del cerebro, las funciones de la materia blanca y de la materia gris. Un conocimiento racional de la anatomía es útil. Ningún homeópata desaconsejó jamás el estudio de la anatomía y fisiología. Es importante conocerlas, no solamente en lo superficial, sino en su carácter profundo y

verdadero, para estar en aptitud de distinguir un síntoma-imagen de otro.

Estudiad este párrafo cuidadosamente y medita en él. Si ahora no formáis vuestro habito, no podréis formar luego la práctica. No tendréis un curso regular y adquiriréis costumbres que os serán muy difíciles de dejar.

LECCIÓN XXIV

El examen del paciente.

(Continuación)

El examen debe continuarse considerando debidamente la naturaleza de la enfermedad, y refiriéndose también a la naturaleza de la Materia Médica. Algunos síntomas hacen referencia a la patología y al diagnóstico, mientras que otros sólo se refieren a la Materia

Médica. Los síntomas deben justipreciarse en la mente para establecer su grado, ya sean estos síntomas comunes, ya sean particulares. Si hallamos que todos los síntomas son comunes, hay que apartar la Materia Médica: pues, o el examen no se ha efectuado refiriéndose debidamente a la Materia Médica, o los síntomas no están allí presentes, en modo alguno. No hay ninguna diferencia, por lo que se refiere a la curación, que los síntomas no estén presentes en el caso, o que el médico no los haya encontrado: la clave para la prescripción no está presente. Pero si la imagen está completa y bien redondeada, habrá síntomas que se refieran a la patología, al diagnóstico, al pronóstico y a la Materia Médica. Más adelante será ocasión propicia para hablar de enfermedades incurables, síntomas patognomónicos, casos oscuros, síntomas de la Materia Médica, etc.

Cuando el médico repasa de nuevo el "record" (registro del caso), después de un examen, tomada la imagen, clasificada y arreglada, encontrara lo que es particular, y aquellos síntomas que son más generales y aquellos que son más comunes. Estas tres clases de síntomas aparecen en todos los casos completos, y en cada experimentación completa del remedio. El estudio y la observación completa de la Homeopatía harán

al hombre capaz de escoger los grados con una simple ojeada. Todos los casos tienen síntomas comunes, pero los síntomas particulares pueden estar ausentes, y no se puede esperar efectuar una curación. si no hay síntomas particulares. La Homeopatía es aplicable a todo caso curable, pero lo importante es saber aplicarla. El médico debe juzgar los síntomas y determinar si son particulares o comunes. Si el relato del paciente es incoherente surge la pregunta: ¿Está él intoxicado o delirante? ¿Hay una alteración o perturbación en el cerebro o una locura? El brillo de los ojos es importante: explicará cosas que la enfermera no puede decir.

Es importante para el médico conocer el valor de las expresiones. Si el paciente tiene los ojos vidriosos. ¿estará herido en la cabeza? ¿Sufre algún shock, intoxicación, fiebre tifoidea, o alguna otra enfermedad en que la mente esté perturbada? Inmediatamente el médico procede a preguntar: ¿Cuánto tiempo ha estado en cama el paciente? Si el carácter es irreprochable no sospechará embriaguez; si el paciente ha estado muchos días con fiebre, la lengua cubierta por capa saburral, el abdomen sensible, etc. etc., es que se halla en el curso de una fiebre tifoidea. El médico, en cuanto entra en la habitación del enfermo, debe conocer en seguida a qué se parece el estado del paciente:

apoplejía, coma, envenenamiento por el opio, etc. El médico debe inmediatamente poner en actividad su inteligencia para averiguar el estado y condición del paciente y la relación que tengan los síntomas con la Materia Médica. Si se trata de un caso de envenenamiento por el opio, debe elegir un antídoto; si se trata de apoplejía, debe hacer un cuidadoso examen de los síntomas en relación al coágulo del cerebro para impedir la inflamación, y los síntomas relativos a aquel estado y relativos al remedio. El paciente puede estar intoxicado o borracho y tener apoplejía al mismo tiempo. No hay, ningún síntoma en la habitación del enfermo que no tenga su valor, especialmente en los casos graves y agudos. A veces se encuentra niño profundamente dormido, y no pueden despertarle; la madre dice que niño tiene gusanos y se le da Cina, pues Cina tiene todos estos síntomas de estupor, dificultad de despejarse, volver a dormirse. Pero el niño desfallece y entra en un estado de coma; la nariz aletea, el pecho se eleva, frunce las cejas, respira difícilmente, hay estertor agónico en el pecho, que demuestra que el niño va a tener una congestión cerebral. El médico debe examinar ahora el caso en toda su extensión, para encontrar la naturaleza del mismo, y para saber lo que hay que esperar. Quien descuide esto, no es un médico verdaderamente

homeopático, pues para serio no basta una aplicación meramente superficial de la Homeopatía.

Después de que todos los síntomas han sido anotados, el médico debe estudiar el carácter de la fiebre: si es intermitente, continua o, si ha sobrevenido en un ataque repentino; debe conocer suficientemente los síntomas para poder juzgar todo esto. Aprenderéis tanto del significado y del aspecto de cada movimiento del ser humano, que luego daréis cada vez menos fe a los síntomas diagnósticos, como tales, y conoceréis cada vez más, el valor de los síntomas como síntomas. Os asombraréis al ver cuán expertos llegaréis a ser en el diagnóstico y el pronóstico por el estudio de los síntomas. En cada caso que tratéis aprenderéis siempre algo. ¿Es una cara cerca? Un montón de casos os vienen a la memoria; pero por un proceso de rápida exclusión diréis que esto no es cólera, no es hemorragia, etc., y luego llegaréis a la causa de este aspecto. Podréis pronosticar el momento próximo de la ruptura de la compensación cardíaca en la enfermedad de Bright: una onda trémula particular de los músculos de la cara y cuello, un movimiento rápido y trémulo de la lengua, que sale a medias; la piel pálida, fría y semitransparente, con sudor frío. Es importante saber instantáneamente cuál es la causa, pues el

tratamiento será diferente, pero hay que recordar que lo más importante no es precisamente el poner un nombre a la enfermedad.

Todos estos síntomas tienen relación al remedio y a las condiciones diagnósticas. En cuanto haya una anatomía patológica que pueda explicar los síntomas, tanto menos valen estos síntomas para indicar un remedio; si no tuviéramos más que estos síntomas, no podríamos encontrar un remedio.

Entre las cosas que más dificultan el examen del paciente, la más importante es el hecho de haber tomado medicinas o de haber hecho algo, sea lo que fuere, que haya sido capaz de cambiar los síntomas. Muy comúnmente, un paciente se presentara en el consultorio del médico, y después de explicar una larga historia de síntomas, le contará que la noche pasada había tomado una dosis de calomelanos, o hace unos días tomó quinina, y le parece que no se encuentra mejor, y por esto ha venido para que se le alivie. En los casos agudos esto es muy malo e impedirá que se halle el remedio homeopático. Muy a menudo hay que prescribir para el estado general colectivamente, es decir: conjuntamente para ambos, para los síntomas del remedio y para los síntomas de la enfermedad, pero en una enfermedad crónica el plan debe ser diferente. Los síntomas que

surgen después de tomarse una dosis de alguna medicina fuerte, no son indicativos de un remedio, sino que confunden, no presentan ninguna imagen verdadera de la enfermedad, y por esto el médico no puede hacer nada más que esperar o, a lo más, administrar algún antídoto bien conocido contra el remedio que haya tomado. A veces hay que esperar bastante tiempo antes que los síntomas se revelen y expresen la naturaleza de la enfermedad.

Es igualmente malo cuando el propio médico es un chapucero, como cuando el paciente ha tomado remedios: la confusión debida a una mala prescripción es igual como la producida por las drogas que haya tomado el paciente. Hay médicos que continuamente equivocan sus casos y siguen prescribiendo por los síntomas de los remedios que han administrado, y no se les ocurre la idea de esperar que se revele claramente por sí misma la imagen de la enfermedad. Administrar medicamentos atropelladamente sólo sirve para cambiar los síntomas y disfrazar el caso. Cualquier cosa que efectúe un cambio en los síntomas, bien sea tomar drogas, beber demasiado vino o ponche, etc., etc., disfrazarán el caso, y esta máscara debe perderse antes que el médico inteligente pueda hacer una prescripción. Toda la aspiración del médico es alcanzar el lenguaje de la naturaleza. Si ha sido disfrazado con

medicinas, no puede ser alcanzado. Cualquier intervención afectará el caso de tal manera, que el médico dice no puede prescribir, y el médico que efectúa estas mezclas debe llegar inevitablemente a métodos malos, o a la alopátia. He repasado el trabajo de los malos homeópatas (I), y me he extrañado de que ellos puedan encontrar algo en la Homeopatía para atraerlos, pues no curan a la gente. No tienen curaciones dignas de ser presentadas. Los pacientes no pueden estar contentos con este resultado.

(I) El autor dice: "bad prescriber", es decir: el que prescribe mal y que en nuestra Doctrina es el mal homeópata. (Nota del Traductor).

Es lo cierto que, de vez en cuando, algún paciente fuerte, vigoroso y robusto, después del empleo de remedios homeopáticos, continuará recobrando la salud a pesar de este enredo de cambios de síntomas y de medicinas, de modo que, a pesar de todo esto, llegara a curar. En este caso el médico ignora a qué remedio atribuir la curación, pues ha empleado muchísimos. Sólo las constituciones más robustas pueden resistir tal villanía homeopática. Algunos pacientes vigorosos, después de tomar el remedio homeopático continuarán mejorando, a pesar de estos excesos en vino, comidas, etc.; es maravilloso ^{lo} que sus propias fuerzas pueden hacer para deshacerse de una enfermedad.

En los casos ordinarios, sin embargo, no vemos semejantes cosas; en seguida se presenta la confusión, en cuanto el médico prescribe una medicina en vez de ordenar un "placebo" (medicación de complacencia) (r).

- (1) No hay en español palabra adecuada que exprese exactamente el sentido de "placebo", palabra inglesa que significa medicación de complacencia, y homeopáticamente sólo son admisibles para el caso los glóbulos de azúcar de teche no embebidos en medicamento alguno, o el propio azúcar de teche puro en trituración. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Algunas veces se os presentara un paciente y podréis obtener una fiel imagen de la enfermedad averiguando todo lo que ocurrió hasta una fecha dada. "Desde aquella fecha -dirá el paciente- yo tomé una medicina, y la mayoría de mis síntomas se calmaron." Ello nos conduce a otra imagen, de la que no podemos saber nada: hubo un desplazamiento. Los síntomas pueden llenar pagina tras pagina y, sin embargo. ¿qué remedio puede descubrirse? Ninguno. Parece como si se hubiesen mezclado un cierto número de experimentaciones de medicamentos, intermezclándose aquí y allí los síntomas sin ninguna distinción. La individualización no es posible. Hasta aquella fecha los síntomas recogidos dan de sí todo lo necesario. Hasta aquella fecha los síntomas representan la imagen de un remedio que podría obrar todavía si se le administrara,

aunque a veces falla a lo primero por causa de la confusión de síntomas que aún reina, pero después de esperar un poco, obrará. Después de administrar un remedio prescrito según los síntomas que presentaba el paciente en lo pasado, he visto que los remedios muchas veces continuaban obrando; otras veces los he visto fallar enteramente. En tales casos hay que esperar un poco, y cuando el orden comienza a restablecerse, aquel remedio que estaba indicado previamente a la perturbación medicamentosa, actuará. Suponed que un médico viene y os dice: "Hasta cierta fecha pude mantener en

orden los síntomas de este paciente con Thuja; más entonces los síntomas parecían cambiarse, y di tal o cual medicamento, pero ya no he podido lograr tan buenos resultados como hasta entonces". Pues hay que dar Thuja otra vez y de esta manera reanudar el hilo donde fue perdido. Hay que examinar el cuadro del caso antes de que se perdiera el orden, pues aquí es donde hay que encontrar la imagen. "Por el contrario, los síntomas y las molestias o perturbaciones que se presentaban previamente al empleo de los remedios o varios días después de su suspensión, dan la verdadera noción fundamental de la forma original de la enfermedad."

Tal es la idea, ir a la forma original de la enfermedad. Para hacer esto, a veces es preciso atravesar un gran número de dificultades y estados para llegar a la forma primitiva del trastorno; pero hay que llegar allí, pues veréis que en el comienzo de la enfermedad, de acuerdo con las leyes de la Divina Providencia, habrá concordancia con algún remedio que haya sido creado para su curación. En aquel tiempo los síntomas resaltaban para indicar el remedio adecuado,

pero desde entonces no ha habido nada más que confusión, nada que pueda ser relacionado, nada, que pueda ser examinado; parece que no tiene relación con nada. Muy a menudo podemos recoger el hilo y volver al remedio. que estuvo indicado claramente veinte años atrás. Si aquel remedio estuvo entonces indicado, y no fue administrado, la curación que era posible entonces por aquel remedio o uno semejante, es la única cosa que hay que considerar: éste es el único remedio para el caso. Desde entonces el paciente ha estado en un continuo tumulto de la acción de las drogas o remedios. El que hayan pasado veinte años no es ninguna razón para no pensar ahora en aquel remedio. La enfermedad del paciente no ha sido curada; sólo ha sido alterada, cambiada o modificada; pero es el mismo paciente, la misma enfermedad y requiere el mismo remedio. Sin embargo, si la enfermedad ha sido complicada por la acción de las drogas, no siempre se puede lograr que se desarrolle la acción de aquel remedio que la enfermedad necesita per se; pero después de que hayáis administrado un antídoto a las drogas o remedios que han perturbado el caso, hallaréis que la misma medicina que había estado indicada, es la que será curativa.

También es necesario observar los cambios que se presentan en el transcurso o progreso de la enfermedad; conviene conocer además la enfermedad en el principio, en sus manifestaciones tempranas, sus síntomas ulteriores y los finales. Encontraréis, por ejemplo: los más violentos dolores neurálgicos a lo largo de los nervios en un paciente adulto, y para combatirlos administraréis remedios hasta que os canséis, sin lograr apenas más que un alivio temporal; pero descubriréis que en su infancia tuvo un eczema, y podéis inducir a la vieja madre que os explique todo lo que se relaciona con aquel eczema, y halláis que se parecía al de Mezereum. Ahora estudiáis Mezereum, y halláis que sus violentas neuralgias son parecidas a las (leí paciente. Administráis este remedio, y al curar la neuralgia veis reaparecer la erupción que tenía en la niñez, y sigue recobrando la salud. Sin haber logrado la obtención de este cuadro de tiña, no hubierais pensado en Mezereum.

O, quizás en vez de Mezereum, Sepia pueda haber tenido una semejanza con esta tiña; y ahora puede tener los más asombrosos y característicos síntomas de Sepia; entonces veréis cómo las cosas pequeñas que han estado en tumulto por la aplicación de malos remedios, se supeditan a Sepia en cuanto se administra el remedio al paciente, y los síntomas que

aparecieron últimos, son los primeros en desaparecer y la erupción vuelve a presentarse detrás de las orejas y en la cabeza, y Sepia otra al enfermo. Cuando se ven estas cosas una tras otra en la práctica diaria, el médico debe preguntarse si no hay algo de verdad en todo ello. Y tan cierto como vivís, si practicáis fielmente, cuidadosamente, estudiando los casos con mucha detención, recogiendo todo lo que había en el principio, vuestras curaciones serán tan maravillosas que la multitud vendrá para curarse. No daréis nunca bastante importancia al disfraz de los síntomas del paciente por las medicinas, por las repeticiones impropias o inadecuadas de ellas y por las negligencias en las dosis.

ORGANON, § 94 "A1 examinar un estado de enfermedad crónica es preciso considerar las circunstancias particulares que el paciente pueda encontrarse referente a sus ocupaciones ordinarias, su modo de vivir y su situación doméstica, etc."

Casi todo en la vida es circunstancial. Todas las actividades de la vida son circunstanciales, es decir, no hay ninguna actividad en la vida que no sea regida por las circunstancias. No hay ningún asunto que no esté gobernado por las circunstancias. Las circunstancias de la vida de

un hombre rigen sus acciones y reacciones, los síntomas y el desarrollo de los síntomas. El cuerpo está asociado a las circunstancias, toda función esta en relación con las circunstancias, y podemos decir que todas las funciones naturales de la vida están en conexión con las circunstancias. Sin éstas no tendríamos nada sobre qué basarnos en la prescripción, no tendríamos nada con qué averiguar las imágenes, no tendríamos nada para formar los síntomas; por esto las circunstancias de la vida y de las costumbres deben estudiarse con miras de llegar hasta los más pequeños detalles. Para ilustrar esto más particularmente y llevarlo a una base práctica, podríamos decir que el examen de cada mujer se relaciona con lo que ella come, con sus deposiciones, su menstruación, su baño, su vestido, etc., porque éstas son las cosas naturales que ella. Estas son las circunstancias en que pueden venir sus síntomas o pueden no venir.

Hasta que la mujer esté educada para ello, no lo comprenderá. "¿Qué quiere usted decir, señor doctor?", dice ella. Entonces yo puedo decirle: "Usted me ha dado estos síntomas; usted dice que tiene dolos de cabeza, dolor de estómago, etc. Ahora proceda a explicarme bajo qué circunstancias aparece este dolor de cabeza, cómo lo afectan, modifican o alteran los cambios en el vestirse, los cambios del tiempo,

etc.; cómo se afecta antes, durante o después de sus indisposiciones periódicas, etc." Estas son ahora las circunstancias naturales.

Además de ellas surge otro grupo de circunstancias, algo diferentes en relación con las ocupaciones ordinarias. Cada persona tendrá circunstancias más particulares que las generales. Las ocupaciones llevarán cambios en las circunstancias de las jóvenes. Quizás esté de pie todo el día en unos grandes almacenes, y esto haya producido un estado de prolapso; o puede ser que ella lleve una vida sedentaria en su trabajo como costurera, o puede tener otra ocupación por cuyas circunstancias puedan desarrollarse manifestaciones psóricas. Las maneras de vivir pueden significar muchísimas cosas diferentes. Entran como coadyuvantes a las condiciones naturales y a las circunstancias de la vida. Las funciones naturales y las circunstancias de la vida deben considerarse en relación al modo de vivir. La manera de vivir interviene como causa excitante de enfermedad, con la cual la psora que está ya en la economía, se desarrolla en una cierta dirección particular.

Las relaciones domésticas son frecuentemente la causa de molestias en la mujer; puede estar casada con un hombre inmoderado con ella sexualmente; puede hallarse en tal situación doméstica que no pueda curarse: en este caso

hay que ver si es posible quitarla o tiene que permanecer la misma, pues puede desarrollar la psora en una dirección particular. "Todas estas circunstancias deben de examinarse para averiguar si existe algo que pueda causar o sostener la enfermedad. para que, quitándola, pueda facilitarse la curación."

LECCIÓN XXV

El examen del paciente.

(Continuación)

ORGANON, § 92 y Siguietes.

Los pacientes generalmente llaman la atención acerca de las cosas más comunes, mientras que los síntomas más extraños y peculiares son los que nos guían para la elección del remedio. Precisamente son los síntomas más ocultos a la observación del médico los que más frecuentemente nos llevan a la selección del remedio, pero de uno u otro modo, salen

finalmente. Este síntoma es de un carácter tal, que el paciente os dice de él: "Yo siempre he tenido esto, pero no pensaba que tuviera algo que ver con mi enfermedad". Cuando se le pregunte: "¿Por qué no me lo había dicho antes?", os dirá: "No pensaba que valiera la pena; creí que era una cosa trivial". El médico, frecuentemente da un remedio al azar: cree que debe hacer una prescripción. pero no tiene ninguna razón de peso para creer que haya encontrado el remedio. ya que la historia del paciente ha sido tan confusa y los síntomas que él ha obtenido, tan comunes y corrientes, que todos los remedios los tienen. Con este fundamento no se puede tener seguridad alguna de haber hallado el remedio, y aunque haya arriesgado varios medicamentos al caso, el paciente vuelve sin estar curado, mes por mes y año por año. Estos síntomas que son retenidos, y que parecen tan oscuros y tan difíciles de obtener, son precisamente los que el paciente cree de tan poca importancia. Lo que a él le parecen síntomas pequeños, son a menudo los característicos de la enfermedad, y necesarios para poder elegir el remedio adecuado. Vamos a demostrar esto: Entra al consultorio una paciente con cara pálida, con aspecto algo enfermizo, cansada, abatida. sujeta a dolores de cabeza, desarreglos de la vejiga, molestias de la digestión; y a pesar de

todo interrogatorio, no logra obtenerse de ella nada que le sea peculiar.

Incitáis a la paciente a que piense, para apuntar los síntomas, y vuelve mes por mes, y le dais Sulptur, Lycopodium y muchas más medicinas, sin resultado. A veces es posible averiguar si la paciente es friolenta o calurosa, y así os vais acercando a los remedios comunes; pero un día os dice la enferma: "Doctor, me parece muy extraño que mi orina tenga un olor tan raro: huele como la de un caballo". Ahora sabéis en seguida que es un caso de Nitric. acid. "¿Cuánto tiempo ha tenido usted este síntoma?" "¡ Oh! Lo he notado siempre, pero pensé que no era nada." Si examináis los síntomas comunes de Nitric. acid., encontraréis que posee todos los característicos del caso.

Esta es la manera como podéis emplear un "síntoma guía". Nitric. acid tiene, como key-note (I). el síntoma: "Orina de olor fuerte como la de un caballo"; pero si se administrara solamente por esto, y los síntomas generales no existieran, probablemente suprimiríais tan sólo los síntomas particulares. y éstos volverían después de un cierto tiempo. El empleo del Key-Note (síntoma que da la clave), no exime de ver cómo tiene los demás síntomas el paciente. Lo que os he descrito no es más que un caso hipotético.

(I) Key-note. Con esta palabra se da a entender el síntoma que da la clave para la elección del medicamento adecuado. Es, en general, un síntoma que se destaca mucho en la patogenesia de un medicamento por ser un síntoma raro y que sólo lo tienen pocos medicamentos, por lo que es muy fácil elegir de entre esta; ponis, el remedio indicado. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

En un día ocupado tendréis varios de estos casos, en los que habréis estado trabajando durante meses, y los pacientes habrán gastado muchísimo dinero para nada. Igualmente podríais haber administrado Saccharum lactis, hasta encontrar el remedio correcto. No podéis decirnos muy duramente: ¿Por qué no he visto el remedio antes? Porque no era posible verlo. Sólo podríais repasar el caso y decirnos: ¿Por qué no le pregunté por el olor de la orina?; y si lo había, ¿a qué olía? Yo he logrado obtener este mismo síntoma después de haber preguntado una docena de veces respecto al olor de la orina, y de haberme dicho que no lo sabían; y, sin embargo, más tarde decirme que su orina tenía un olor como la de un caballo, y por tanto, lo sabían de siempre. "Por otra parte, los pacientes están tan acostumbrados a sus largos sufrimientos, que ya no hacen caso de ellos, ni prestan atención a los síntomas menores, que a

veces son característicos de la enfermedad y decisivos para la elección del remedio". Desde luego, la dificultad con que tenemos que luchar para averiguar los síntomas de los pacientes puede acrecentarse en gran medida. Podríais suponer que las clases instruidas os explicarán mejor los síntomas, pero hallaréis que precisamente la clase ignorante es la que lo hace mejor, pues son más sencillos; no disfrazan los síntomas; vienen y os cuentan los pequeños detalles mejor, de una manera que está más de acuerdo con el lenguaje de nuestras patogenesias. Nuestros medicamentos han sido anotados en lenguaje sencillo, y este lenguaje lo emplean mejor la gente sencilla e inculta, que los aristócratas. Las personas de buena posición social y más educados, son más excitables, tienen más miedo y han probado muchísimos médicos. Todo médico que tenga alguna reputación ha sido consultado para una enfermedad crónica; y el paciente que tiene mucho dinero, va rondando de uno a otro médico, y cuando llega a explicaros sus síntomas, trata de hacerlo con tecnicismos de sus numerosos médicos, de modo que cuando ha terminado su relato no habéis conseguido de él nada útil. Sólo poco a poco puede el médico volverle a llevar al lenguaje lo suficientemente sencillo para describir sus sufrimientos. Los que han estado enfermos

mucho tiempo con sus males crónicos y han llegado a ser algo hipocondríacos, explicarán toda la lista de sus enfermedades. Han pagado muchísimo dinero, tienen muchísimos nombres de síntomas y están saturados de medicamentos. El médico debe tratar muy cuidadosamente con esta gente poco firme, pues si se les irrita, se marcharán.

En el párrafo 96, nos habla HAHNEMANN de otra clase de pacientes: "los que pintan sus sufrimientos con colores vivos y emplean términos exagerados, con el fin de inducir al médico a curarles pronto". Tal es, por ejemplo, la característica especial de los irlandeses nativos, pues os exagerarán sus síntomas creyendo real y sinceramente que así les daréis medicinas más fuertes por creerlos más enfermos y que así les prestaréis más atención; creen que si no exageran muchísimo, el médico les mandará a su casa con un remedio sencillo. Luego tenemos la exageración de los síntomas por la gente sensible. Es una costumbre loca, tal como la hallamos en las histéricas. El médico se encontrará imposibilitado en manos de estos exageradores, pues la Homeopatía necesita conocer toda la verdad, pero nada más que la verdad: tan perjudicial es pecar por carta de más, como por carta de menos. Cualquiera de estos tonos exagerados, ya lo sea por el paciente, o ya por el médico, lleva siempre a un

fracaso. Bien es verdad que esta tendencia a la exageración debe considerarse ya como un síntoma, y cuando se encuentra un paciente que exagera unos cuantos síntomas haciéndolos parecer muchos, puede simplemente mencionarse en las notas que se recogen: "tendencia a exagerar síntomas", lo que está cubierto por algunos remedios. Tal estado es muy engañoso, pues no se sabe cuales son los síntomas que tiene el paciente y cuáles no los tiene. Podéis estar seguros de que nadie va a consultar al médico si no tiene algún síntoma; no es probable que un paciente sin síntomas inventará toda una enfermedad completa; el hecho de que un paciente se presente al médico y tenga deseos de exagerar sus síntomas y sufrimientos, constituye ya en sí una enfermedad. Pues ninguna persona completamente sana lo haría. Por tanto, debemos tener esto en consideración, quizá sea el primero y único elemento que pueda tomarse en consideración en tales pacientes. Esta exageración debe medirse con discreción y sabiduría. "Hasta los hipocondríacos más impacientes, nunca inventan síntomas y sufrimientos que no tengan fundamento", y la verdad de esto puede averiguarse fácilmente, comparando las quejas que él hace en los diferentes intervalos, mientras el médico no le da nada que sea en lo más mínimo medicinal".

El plan de HAHNEMANN es, pues, el de no dar nada y, esperar los síntomas que el paciente os da de vez en cuando. El paciente no puede recordarse de estos varios síntomas que otras veces os ha manifestado, pero vigilando y comparando éstos de vez en cuando. procurando que los exámenes sean lo suficiente distanciados uno del otro para que él olvide lo que dijo anteriormente, puede el médico aceptar aquellas cosas que el paciente repite. Estos casos engañarían al médico joven hasta que tenga bastante experiencia en las enfermedades para saber algo referente a la naturaleza de los síntomas que deberían aparecer.

Otro obstáculo que tenemos en el examen de un caso, es la pereza; el paciente es demasiado perezoso para apuntar los síntomas, cuando se le presenten y demasiado indolente y olvidadizo para recordarlos cuando está en presencia del médico. En presencia del doctor no se le ocurren los síntomas y es demasiado indolente para escribirlos cuando los siente en casa. Cuando un paciente no explica los síntomas bien, debería advertirle al médico que los anotara en el papel cuando se le presentaran, pues es muy importante hacer escribir los síntomas al paciente en forma de un memorandum. No hay que escribir por la noche lo que haya ocurrido durante el día, sino

apuntar inmediatamente y en lenguaje sencillo los síntomas, describiendo las sensaciones, el sitio y la hora del día de su aparición, desaparición y modalidades. La indolencia y el olvido, pues, llegan a ser obstáculos para recoger la totalidad de los síntomas del paciente.

Actualmente, se ha extendido por la superficie de la tierra un tal estado de falso pudor, y una tal falta de inocencia sobre toda la raza humana, que esta falsa modestia y la vergüenza impide a los pacientes decir la verdad. Así, niegan haber tenido gonorrea, o el haberse expuesto a circunstancias similares. Si toda la raza humana hubiera vivido en inocencia hasta hoy día, nuestras mujeres irían a ver al médico con toda franqueza y hablarían con toda libertad de su menstruación y de cuanto se refiera a las funciones sexuales, como respecto a las cosas de la voluntad y de la inteligencia. Pero de hecho, no es así. El médico obtiene con mucha dificultad estos síntomas, por la causa de un pudor equívoco. Cuando un paciente consulta un médico, hay que dejar a un lado la cuestión de pudor. Hallaréis que los más inocentes son los que más fácilmente lo desechan, ya que no se trata de modestia, sino de decir la verdad, y nada más que la verdad. Si es la esposa, todo lo que se refiere a ella y a su marido, que sea anormal,

tendría que decirse, y entonces el médico tendría muy poco que preguntar, limitándose a escuchar la verdad. Recuerdo que muchísima gente, especialmente entre señoras, que parecían primeramente tan cohibidas al entrar en mi presencia, aun teniéndome que hablar de sus síntomas, sólo después de mucho rato lo olvidaban todo y llegaban a ser más francas conmigo y a hablar más libremente. A veces, es muy difícil para el médico lograr que se sientan con cierta libertad: es cosa que debe estudiarse y considerarse, para ser capaz de decir algo que sosiegue y de ánimo a un paciente tímido: es todo un arte en el médico.

El médico debe tener muchísimo tacto y circunspección, un profundo conocimiento del corazón humano, prudencia y paciencia, para ser capaz de formarse una completa y verdadera imagen de la enfermedad en todos sus detalles. Debe llevarse bien con los vecinos, debe ser conocido como un hombre de honor, como un hombre a quien se le puede creer y respetar, como un hombre candoroso. Dice HAHNEMANN que el descuido, la pereza y la veleidad, impedirían al médico entrar en la Homeopatía en estado de ser capaz de comprender la Materia Médica, o de llegar a dominar su ciencia. Con semejante reputación no tendrá el respeto de la gente de la vecindad, y esto le privará de obtener las imágenes de las

enfermedades en el papel. HAHNEMANN tenía un conocimiento maravilloso del corazón humano, y esto es algo muy importante: conocer el corazón humano es conocer las cosas que están en el hombre.

Parece que hay muchísimos hombres en la comunidad médica que no tienen el más ligero conocimiento del corazón humano. Nunca han hecho una inspección a sus propios interiores, a su corazón, ni a sus impulsos, sino que han seguido viviendo desatinadamente. Conocer bien el corazón humano es principalmente examinarse uno mismo o averiguar lo que son los impulsos propios, lo que uno mismo se vería obligado a hacer bajo diferentes circunstancias, que son los impulsos que debería uno controlar en sí mismo, a fin de llegar a ser un hombre. Si un hombre ha llevado a cabo los deseos de su corazón, sin ninguna clase de dominio sobre sí mismo, es un hombre indigno de respeto. Por otra parte, si él ha dominado estos impulsos, ha llegado a ser un hombre digno de consideración y respeto. Con el tiempo, el médico que obra de esta manera, llegará a conocer el corazón humano, tan bien, que tendrá la simpatía de todos y sabrá cuál es el lenguaje del cariño.

LECCION XXVI

El examen del paciente.

(Continuación)

Es muy importante evitar la confusión que puede haber cuando existen simultáneamente dos imágenes de enfermedad en el cuerpo. Un paciente crónico, por ejemplo, puede estar sufriendo una enfermedad aguda, y al ser llamado el médico, puede pensar éste que es necesario tomar la totalidad de los síntomas; pero si tal hiciera en una enfermedad aguda, mezclando los síntomas agudos con los crónicos, podría confundirse y no hallar el remedio correcto. Ambos estados deben separarse. y desde luego se debe prescribir para el grupo de síntomas que constituyen la imagen y la apariencia del miasma agudo. Los síntomas crónicos, naturalmente, no estarán

presentes mientras esté en actividad el miasma agudo, porque éste suprime o suspende los síntomas crónicos; pero el médico diligente, que no sepa que esto es así, puede equivocadamente recoger todos los síntomas que el pariente ha tenido en toda su vida. Por otra parte. al recoger los síntomas crónicos para hacer una prescripción, bastará mencionar simplemente que el paciente ha tenido el tifus, o el sarampión u otro miasma agudo. Tales enfermedades no forman parte del miasma crónico. Los síntomas del ataque agudo deben considerarse separados y de por sí.

Hay que comprender que empeñarse en prescribir para dos miasmas distintos, ha de dar lugar a error. Si practicáis en la parte Oeste de este País, frecuentemente hallaréis casos confusos, un ejemplo de los cuales sería el siguiente: Un paciente ha tenido fiebres intermitentes y sido tratado con medicinas: Quinina, Arsénico o potencias de este o aquel medicamento, hasta que el caso se ha complicado. Notaréis que los síntomas son ahora diferentes de lo que eran al principio, que ha habido una verdadera trasmutación. Prescribís para los síntomas tal cual están ahora, considerándolos como una especie de malaria; prescribís para ellos con el fin de dar un antídoto contra los medicamentos que ha recibido el paciente, y su remedio os da una

sorpresa: os presenta el caso de una manera maravillosa. El paciente no os ha podido dar ninguna descripción del estado original de la malaria, pero dentro de una semana o dos vuelve y dice: "Ahora estoy como al principio". Bueno. "¿Y cuáles son sus síntomas ahora?" Entonces hallaréis que una tarde o las cinco tiene un escalofrío, con sus síntomas acompañantes que le dura la mayor parte de la noche, y entonces tiene un día bien; más en la próxima mañana, a los once, tendrá otra vez escalofrío, y entonces pasará otro día bien, y luego tendrá dos días sucesivos malos y uno bien. Si se examina cada uno de estos estados, se encontrará que las dos veces de escalofríos empezaron en diferentes lugares, y que el calor de cada uno de ellos también empezaba en distintos lugares, y los síntomas de los dos ataques son enteramente diferentes. Esto parecerá imposible a quien no lo haya visto nunca, pero quien haya vivido en el Oeste y haya practicado correctamente, verá estas cosas, desconocidas para aquellos que han practicado lo que se llama la "Homeopatía a la Quinina". Una prescripción correcta desenredará estos dos síntomas de malaria y demostrará que existen dos en el mismo cuerpo, teniendo cada uno condiciones enteramente diferentes una de otra. Estas dos formas pueden existir juntas y tener sus propios

tiempos y expresiones sin perturbarse en gran manera una a otra. Las dosis grandes de quinina las complicará y producirá un oscurecimiento de las cosas, tan enredado y desordenado, que nadie puede decir nada de ello.

Si en caso semejante os empeñáis en prescribir para ambos grupos conjuntamente, os fallará la curación. Hay que escoger el peor, y dejar estar el otro, no haciéndole caso alguno. Es una mala política dar un remedio para el uno y otro para el otro. Escoged el peor y cubrid cuidadosamente los síntomas con un remedio, y hallaréis que desaparecerá esta forma y la otra se mostrará igual, como si el paciente no hubiera tomado remedio alguno.

Ahora, no hay que apresurarse demasiado para quitar el segundo. Después de haber prescrito para el primer estado y una vez curado éste, el paciente mejorará, pero el segundo grupo de síntomas correspondientes al segundo grupo se liará más aparente día por día; entonces habéis de prescribir para él.

Este ejemplo nos enseña que no debemos prescribir para una enfermedad aguda y una crónica a la vez. Nunca debéis prescribir para dos condiciones o estados, a menos que estén complicados. Sólo las enfermedades crónicas pueden estar complicadas una con la otra. La aguda nunca está complicada con la crónica; la

aguda suprime la crónica, pero nunca llega a complicarse con ella. Naturalmente, los alópatas os explicarán las secuelas del sarampión, escarlatina, etc.. etc., pero no saben nada de ello y s3 patología no les enseña nada que sea verdad en cuanto a esto hace referencia. Lo que sale después que las enfermedades limitadas hayan seguido su curso, no es, debido a la enfermedad misma; la secuela del sarampión no es debida al sarampión; la secuela de la escarlatina no es debida a la escarlatina, sino a un estado anterior del paciente. Un desorden psórico puede surgir después de la escarlatina o sarampión, y debe ser tratado como psora. Estas secuelas, indiferentes a las enfermedades que las promueven, son psóricas, y surgen cuando el cuerpo está más débil, que es, en el período de convalecencia. Cuanto mejor tratada está una enfermedad, tanto menos probabilidad hay de que se presente secuela alguna. Si el sarampión y la escarlatina se tratan correctamente, tendremos muy poca molestia después. El médico, hasta cierto punto es siempre responsable de las secuelas. Naturalmente, de vez en cuando se encontrará una constitución que es excesivamente psórica, casi en una condición adelantada de decadencia, y es difícil encontrar entonces un remedio adecuado a la escarlatina maligna en

un paciente semejante. y entonces el mejor médico del mundo puede equivocarse; sin embargo, con un buen tratamiento en los casos corrientes no hay que esperar secuela alguna: ni ojos enfermos, ni orejas afectadas, etc.

Es verdaderamente de la mayor importancia en estos casos poder separar y distinguir una cosa de otra, para conocer para qué hay que prescribir. No podéis prescribir un antipsórico para impedir que arraiguen las secuelas después de la escarlatina, en tanto subsiste esta enfermedad. Primeramente habéis de prescribir para el ataque agudo y síntomas que le pertenecen. Sin embargo, bueno es que el médico conozca todos los síntomas de carácter crónico que tenga el paciente, a fin de saber lo que puede esperar de ellos, y poder cuidar las antiguas manifestaciones de psora que aparecen al final del ataque agudo, aunque a menudo surge un grupo de síntomas completamente nuevo. Cuando al final de la escarlatina sobrevienen molestias en las orejas, o una hidropesía, éstas no forman parte de la propia escarlatina, sino que son un estado de la economía. La condición . hidrópica, o la enfermedad aguda de Bright, debe asociarse a un estado psórico, y sus síntomas nos llevarán entonces a un remedio constitucional. Si tenéis sólo en cuenta la enfermedad de Bright, os

equivocaréis. Si prescribís por alguno de los resultados últimos (I), si sólo

(I) Lesiones anatomopatológicas. (N. DEL T.)

tenéis en la memoria el nombre de la enfermedad, fallaréis aun cuando, por ejemplo, administréis Apis, el cual, según dicen los libros, es un remedio tan maravilloso para la enfermedad de Bright cuando sobreviene ésta después de la escarlatina.

Es una equivocación muy grande prescribir remedios para las enfermedades o para los estados patológicos. Es un error fatal para un médico visitar a un enfermo con el recuerdo en su mente de que él haya tenido casos semejantes a éste, y pensando de la siguiente manera: "En el último caso que tuve administré tal o cual remedio; por lo tanto, se lo daré a éste". El médico debe quitarse enteramente estas cosas de la cabeza. Es un característico común entre oculistas que afirman ser homeópatas, oírles decir: "Yo curaba tal caso con tal remedio. Ahora daré a este paciente el remedio". Muchas veces he encontrado médicos en consulta que decían: "Yo tenía otro paciente, el Sr. X, o el Sr. Z, que tenía semejante estado, una enfermedad igual a ésta, y administré tal remedio, pero no obra en este caso".

ORGANON, § 100. "Con respecto a la investigación de la totalidad de los síntomas en casos epidémicos o esporádicos, es enteramente indiferente, que haya existido jamás algo semejante o no en el mundo, bajo cualquier nombre que sea." Debéis retener esto bien en la memoria, subrayado seis veces con tinta roja, pintado en las paredes como una señal indicadora. Una de las cosas más importantes es la de olvidarse, durante el examen de un caso, de cualquier otro que os haya parecido similar. Si no hacéis esto, el entendimiento será parcial a pesar de los mayores esfuerzos. Yo tengo que luchar en cada nuevo caso que me viene. Tengo que hacer muchos esfuerzos para evitar el pensar en las cosas que he curado antes, semejantes a ésta, porque perjudicaría mi entendimiento.

La finalidad de todo esto es inculcares que, al ir a examinar un caso, tengáis la mente libre de prejuicios, y que consideréis tan sólo el caso que tengáis ante vosotros; que no tengáis nada presente en la memoria que os distraiga la atención, para qué no penséis en las cosas que lo precedían y para que no escojáis de entre ellas un remedio mientras examináis al paciente. Si estáis influenciado en el juicio y examináis al paciente con miras hacia un cierto remedio, en muchos casos resultará fatal. No

penséis en ningún remedio hasta que tengáis apuntado en el papel todo lo que podáis obtener de un caso . Tenedlo todo apuntado cuidadosamente, y luego, si al examinarlo en su relación con los medicamentos que puedan estar indicados, no podéis hacer la diferenciación entre tres o cuatro, volved a examinar al paciente en lo referente a estos tres o cuatro remedios.

Es la única manera como se puede intentar prescribir un remedio, o percibir la imagen de un remedio, mientras examináis a un paciente. Hay que obtener primeramente todos los síntomas, y entonces empezar el análisis en relación a los remedios. El análisis de una enfermedad se hace para recoger todo lo que haya de particular, pues las cosas peculiares se refieren a los remedios. Las enfermedades contienen en sí aquello que es peculiar, extraño y raro, y las cosas de la enfermedad que pueden causar extrañeza., son precisamente las que deben compararse con aquellas del remedio que le son particulares. Ahora, que para percibir lo que sea maravilloso y extraño, es preciso tener mucho conocimiento de las enfermedades, y mucho conocimiento de la Materia Médica; no precisa tanto un conocimiento extenso de la anatomía patológica como un conocimiento de los síntomas, que son el lenguaje en que se

expresa la enfermedad. "Efectivamente, deberíamos considerar la imagen pura de la enfermedad predominante, como algo nuevo y desconocido, y estudiar la misma desde su fundamento, si verdaderamente queremos ejercer el arte de curar." Depende mucho de la habilidad del médico el percibir lo que constituye un miasma. Si es torpe de percepción, mezclara síntomas que no debieran estar juntos. HAHNEMANN parece haber tenido una percepción maravillosa, parecía ver con una mirada. HAHNEMANN era hábil respecto a esto, porque era estudiante diligente de la Materia Médica, y porque comprobaba diariamente la Materia Médica. El había examinado cuidadosamente los remedios, los vio, los sintió, los comprendió. "Nunca deberíamos sustituir, por la hipótesis la observación; nunca considerar ningún caso como ya conocido." Ahora comprenderemos el porqué no hace ninguna diferencia si un médico hubiese visto antes tal enfermedad, o no. El médico homeópata conoce las señales y los síntomas del hombre, y las diferentes enfermedades no son más que un cambio en la combinación de éstos, sólo un cambio en su manera, su forma y su representación. Esto es orden, orden perfecto en cada enfermedad que se presenta, y queda a misión del médico el

hallar este orden. El médico homeópata no necesita nunca dejarse coger improvisado.

LECCION XXVII

Llevar el "record" o registro del caso.

ORGANON. Párrafos 103. 104 y notas al mismo.

Hay que procurar tener un buen conocimiento de los miasmas agudos y de los crónicos. Primeramente debería estudiarse el cuadro de la psora, valiéndonos de todos los síntomas que podamos recoger y especialmente de los síntomas que nos da HAHNEMANN en Las Enfermedades Crónicas. Luego tenemos que hacer una anamnesis semejante de la sífilis, valiéndonos de los datos que nos proporcionan los libros, los de las clínicas y todas las diferentes fuentes posibles, y por fin debemos hacer la anamnesis de la psicosis. Estas son las cosas más generales que llevan a la mente en uno, dos, tres cuadros, un gran cuadro de todas las enfermedades crónicas de la raza humana. Tomemos primeramente la psora, pues ésta es el fundamento de toda enfermedad humana. Parecería como si la raza humana tuviera una gran lepra. Ahora añadamos a este estado la sífilis, y tenemos un estado más malo, todavía empeorado, y añadamos aún a este estado la

psicosis, y veremos toda la extensión de la enfermedad de la raza humana.

Luego debemos adelantar y estudiar cuidadosamente cada uno de los miasmas agudos, valiéndonos de los libros. de la observación y de toda fuente de información, anotando todo cuidadosamente en el papel, de modo que pueda presentarse ante la mente como una imagen. La viruela tiene pocos característicos, y puede arreglarse de manera que aparezca como una imagen ante la memoria, y así con todos los miasmas agudos, las enfermedades infecciosas, el cólera, la fiebre amarilla, etc., las enfermedades que hasta ahora aparecían en forma epidémica o endémica. Todas éstas tienen que presentarse a la memoria como una imagen. Puede decirse de ellas que son enfermedades verdaderas, vistas por el examen de la totalidad de los síntomas. Ningún médico puede saber demasiado respecto al cuadro de una cierta enfermedad, estudiando la sintomatología. Los libros viejos presentan a la mente del médico las mejores imágenes de la enfermedad, porque describen la enfermedad por la sintomatología, y ésta es la mejor información que se puede obtener. Hoy día no se les permite a los pacientes explicar sus síntomas en el lenguaje de la naturaleza. El médico dice: "Yo no quiero saber esto". El hablar por parte del paciente

estorba al médico para escribir la receta. No toma ninguna anotación acerca del caso.

Tomemos por ejemplo una de las clínicas de aquí. ¿Cómo podrían recordar día por día y semana por semana lo que se ha prescrito a cada paciente? No le dan a esto ninguna importancia en la Escuela Antigua: el objeto de la misma es sencillamente dar al paciente una gran dosis de medicina. Puede ser que no se os hayan ocurrido las varias razones que hay para llevar el "record" y referirse continuamente a él; hasta clínicos muy expertos no han comprendido toda la importancia de éste. Pero supongamos que una paciente a la que he tratado durante tres años esta parcialmente curada, ha mejorado muchísimo, ha sido casi restablecida después de haber sido una invalida. convertida en una buena esposa y madre, pero que no está del todo curada. Ahora bien; por alguna razón, ha de ponerse en manos de otro homeópata. ¿Qué podrá éste hacer sin antes averiguar lo que yo haya hecho para ella? Es muy importante que el paciente, mientras, viva en el mismo pueblo, sea fiel al médico que le haya tratado mejor que todos. A un médico concienzudo no le gustara tomar la clientela de otro, en esta forma. Yo no soy tan presumido que pueda vanagloriarme de poder continuar el trabajo de otro médico que sea capaz de hacer un buen trabajo. Los que no piensan más que

en ganar dinero sea como fuere, se aprovecharan de toda oportunidad, saltarán por todo y prescribirán para sus pacientes.

ORGANON, § 104. "Una vez escrita la totalidad de los síntomas que distinguen y marcan especialmente el caso de enfermedad, o en otras palabras, que dan la imagen de la enfermedad cualquiera que sea su clase (I), está cumplida la parte más difícil de la tarea.

- (I) Los médicos de la Escuela Antigua se dan muy poca molestia en esta materia, dado su modo de tratamiento. No quieren oír ningún detalle minucioso ni circunstancia alguna del caso por el paciente: con frecuencia interrumpen al paciente en la relación de sus sufrimientos, para no diferir la rápida escritura de una receta, compuesta de una variedad de ingredientes cuyos verdaderos efectos desconocen. Ningún médico alópata, como hemos dicho, se informa minuciosamente de las circunstancias del caso del paciente, y mucho menos ninguno de ellos ha pensado ponerlas por escrito. Al ver al paciente algunos días después, no habiendo recogido los pocos detalles que escuchó en la primera visita (que han borrado de su memoria los muchos otros pacientes que te han consultado por muy diferentes afecciones), todo ha entrado por un oído y salido por el otro. En la visita subsiguiente solamente pregunta unas pocas cuestiones generales, aparenta ceremoniosamente que toma el pulso en la muñeca, mira la lengua y al momento escribe otra receta, con principios igualmente irracionales, y ordena continuar la primera (en considerable cantidad varias veces al día), y despidiéndose cortésmente corre a ver los cincuenta o sesenta que ha de visitar en aquella mañana. He aquí cómo conducen las personas que a sí mismas se llaman médicos, y pretenden ejercer una práctica racional, la profesión que debiera requerir mejor que ninguna otra la mayor reflexión, un examen cuidadoso y concienzudo del estado de cada paciente individual y un tratamiento especial, según sea el miasma. El resultado, como es dable esperar, es casi invariablemente malo; y sin embargo, los pacientes van a pedirles consejo, en parte porque no hay otros mejores, y ya por seguir la moda o la costumbre. (NOTA DE HAHNEMANN.)

El médico debe después tener siempre a la vista esta imagen que sirve de base al tratamiento, especialmente cuando la enfermedad es crónica; puede investigarla en todas sus partes y escoger los síntomas" característicos, a fin de oponer a estos síntomas, es decir, a la enfermedad misma, una fuerza morbosa artificial verdaderamente

similar en la forma de una sustancia medicinal elegida homeopáticamente y seleccionada por la lista de todas las medicinas cuyos efectos puros han sido determinados. Y cuando, durante el tratamiento, se han determinado, los efectos de la medicina, y los cambios que han tenido lugar en el estado del paciente, en el nuevo examen del paciente hay que borrar de la primitiva lista de síntomas los que han desaparecido enteramente, señalar los que existen todavía, y añadir todos los nuevos síntomas que hayan podido sobrevenir." (I)

- (I) El Dr. KENT cita tan sólo en su libro un fragmento de este párrafo, más por su importancia me permito traducirlo íntegro y con su nota completa de la sexta edición inglesa del Organon. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Sin el "record" del caso esta uno como en el mar sin brújula ni timón. "Con un "record" dice HAHNEMANN puede estudiarlo en todas sus partes y sacar de él los síntomas característicos", es decir; se tiene la naturaleza de la enfermedad continuamente en la memoria; si la imagen de la enfermedad se olvida, la misma naturaleza de ella esta perdida.

Después de hecha la primera prescripción, puede presentarse una agravación: He aquí otro punto que se debe conocer. Es conveniente saber la fecha de ésta, el tiempo que dura y vigilarla cuidadosamente. Si no ha ocurrido

ningún cambio, la misma imagen puede continuar presente en la memoria, pero si ocurren y aparecen continuamente cambios en los síntomas, se verá bien claro que no se puede administrar ninguna medicina. Los síntomas que van y vienen no pueden guiar a nadie en cuanto a lo que hay que hacer. Ha tenido lugar una conmoción, y no se puede prescribir mientras prevalece o subsiste esta conmoción. Los síntomas cambian de sitio, van y vienen durante una a tres semanas después de la prescripción. Hay que vigilar y esperar. Hay que observar cuando los síntomas se pongan en orden: entonces precisa otra dosis de medicina. Esto ocurre solamente después de la administración de una potencia

bastante alta, lo suficiente para persistir en su acción, y el caso solamente se pone en orden cuando el paciente necesite otra dosis.

Supongamos que un paciente que ha estado enfermo tres o cuatro años con un largo séquito de síntomas, se encuentra en camino para visitar al médico de una larga distancia; el paciente se encuentra peor en el camino, y llaman a otro homeópata. Este le da al paciente una dosis de medicina que le mejora maravillosamente. ¿Qué va a hacer ahora el médico? No sabe cuál era el remedio y escribe

al otro médico, pero aquél lo ha olvidado. ¡Qué estado más confuso! Pues tal es el estado en que os hallaríais sin el "record" del caso.

He llegado a creer que existe aún frecuentemente demasiado descuido entre los mejores médicos, en transferir los casos de una ciudad a otra, de un médico a otro. Entre otro homeópata y yo existía una costumbre que nos satisfacía mucho cuando me traspasaba uno de sus enfermos, me daba cuenta de los remedios que estaba tomando el paciente, y de la misma manera, cuando yo le mandaba pacientes, le indicaba también el remedio que estaban tomando. Es el deber del médico dar esta información cuando un paciente sale de la ciudad para ponerse bajo el tratamiento de otro médico. Es el deber del médico transferir tales pacientes en buenas manos, si hay buenas manos a que transferirlos.

Este tema es realmente el prólogo o preliminar a la observación del párrafo 105, que nos habla del segundo deber del médico, o de la Homeopatía práctica.

LECCION XXVIII

El estudio de las patogenesias (I).

- (1) El original dice: "provings", comprobaciones o experimentaciones; pero su más exacto equivalente en Homeopatía es Patogenesias. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

ORGANON, § 105. "El segundo deber del verdadero médico se refiere a adquirir el conocimiento de los instrumentos destinados a la curación de las enfermedades naturales, investigando la potencia patogenética de los medicamentos, a fin de que cuando se traten de curar, sea capaz de elegir, de entre todos, aquél cuya serie de síntomas constituyendo una enfermedad artificial, sea lo más semejante posible a la de los principales síntomas de la enfermedad natural que se quiere curar".

Ahora sería bueno repasar completamente la primera parte del estudio del Organon, que contiene las doctrinas en general que más tarde pueden ser útiles en la aplicación de la Homeopatía. incluyendo las reglas y principios establecidos desde antiguo. El primer paso puede llamarse la Homeopatía teórica o los principios de la Homeopatía. de los cuales sacamos el método Homeopático de estudiar las enfermedades. Aquí hallamos que el estudio de la enfermedad en nuestra Escuela es enteramente diferente del estudio de las enfermedades de la Escuela Antigua. Pero hasta ahora las doctrinas no nos han mostrado su finalidad; sólo podemos ver su finalidad curativa cuando llegamos al tercer paso, que trata de la aplicación de la Materia Médica. Hemos visto que hay que estudiar la enfermedad recogiendo los síntomas que presentan los enfermos, confiando en los síntomas como lenguaje de la naturaleza. y que la totalidad de los síntomas constituye la naturaleza y la cualidad y todo lo que se puede saber de la enfermedad.

El asunto que ahora vamos a tratar y considerar es la manera de adquirir el conocimiento de los instrumentos que debemos emplear para combatir las enfermedades humanas. Sabemos muy bien que en la Escuela Antigua no hay ningún plan definido para adquirir un conocimiento de las medicinas, a no ser por la

experimentación en los enfermos. HAHNEMANN condena esta práctica como peligrosa porque somete al sujeto humano doliente a nuevas penalidades y molestias, y también por causa de su incertidumbre. Aunque este sistema ha existido durante centenares de años, jamás ha recelado principio o método alguno que pueda adoptarse para ayudar a curar las enfermedades de la familia humana. Sus experimentos en la comprobación de los medicamentos los hacía ante⁴ que él estudiara las enfermedades. En otras palabras, HAHNEMANN hubo de construir la Materia Médica y luego establecer el plan para examinar al paciente, a fin de averiguar a qué remedio la enfermedad se parecía, mientras que ahora, establecida ya la Homeopatía, el examen del paciente precede al examen de la Materia Médica, en cada caso particular, pero para el objeto de su estudio se colocan una al lado del otro.

Antes que HAHNEMANN pudiera examinar la Materia Médica, se puede decir, que tuvo que hacerla, pues no había ninguna a la que referirse: no existían todavía las patogenesias. Ahora tenemos ante nosotros los instrumentos para curar, es decir, las patogenesias o medicamentos experimentados sobre el hombre sano. Cuando HAHNEMANN se daba cabal cuenta de la falacia de las medicinas de la

Escuela Antigua, cuando se disgustó con sus métodos al estar enfermos sus niños; cuando invocando la Providencia adquirió la convicción de que el Señor no había creado estos pequeños para sufrir y empeorarse con medicamentos violentos, entonces su mente estaba en aptitud para descubrimientos. Era una desaprobación y un disgusto de las cosas inútiles, y esto le llevó a un estado de reconocimiento de la ignorancia y de que todo lo que era de la opinión del hombre debería ser desechado. Le llevó a un estado de humildad y de reconocimiento de la Divina Providencia.

Este estado de humildad abre el entendimiento al hombre. Se encontrara que mientras el hombre está en situación de confiarse a sí mismo, se cree un dios, se cree infalible, cree en sí mismo y no más allá de sí mismo: su mentalidad esta cerrada. Cuando el hombre se da cuenta por sí mismo que es un fracasado, es el principio del conocimiento en toda circunstancia; lo contrario de esto cierra el entendimiento y desvía al hombre del conocimiento.

He estado enseñando bastante tiempo para poder observar, y os diré algo de lo que he observado. He observado completamente algunos jóvenes que se apartaron de la Homeopatía luego de haberla reconocido y profesado, y después de poseer en cierto grado

la aptitud para practicarla. Frecuentemente me extrañaba el porqué la dejaban después de haberla profesado públicamente, y encontré en cada caso, que era debido a una falta de humildad. La gran equivocación viene de prestar atención para consigo mismo y confiar en sí, atención que cierra el entendimiento, priva el conocimiento e impide la clara percepción. El hombre, cuando está satisfecho de sí mismo, se aparta de la corriente de la Providencia, y piensa: "Ahora que he hecho tantas cosas ya no tengo necesidad de estudiar". Esta es una actitud falsa, pues no hay nada como la presunción que ciega tanto al hombre y le haga incapaz de emplear los medios de curación y le impida conocer la Materia Médica. El médico-homeópata, lo mismo que el cura, debieran mantenerse en estado de pureza, de humildad y de inocencia, y ello es tan cierto que en cuanto dejen de ser así, fallarán en el camino. No hay nada que destruya al hombre en el mundo científico tan rápidamente como la presunción. Vemos en la ciencia pasada de moda hombres hinchados e infatuados por la presunción. Los hombres de ciencia que están en un más alto grado de sencillez, son los más sabios y más dignos, y sobra el decirme que los que son inocentes y sencillos no hayan tenido que sostener una

lucha tremenda para dominarse a sí mismos y llegar a este estado de sencillez.

La profunda sabiduría hace al hombre sencillo, lo hace venerable. Los extensos, conocimientos hacen comprender al hombre cuán poco él sabe y cuán pequeño es. El poco conocimiento hace al hombre tonto y le hace pensar que lo sabe todo, y cuanto más se olvida de que ha sabido, tanto más grande se siente. Podéis estar seguros de que cuanto tino más pequeño se siente, tanto más sabe. A fin de hacer esto debe estudiar y mantenerse asimismo en un estado de seriedad y de inocencia.

En el mundo científico tenemos todos aquellos terribles sentimientos de celos y de odio para aquellos que saben más que nosotros. El hombre que no puede comprobar esto y dominarlo no es digno de entrar en la Ciencia de la Homeopatía. Debe estar libre de estas cosas, debe apartarlas y debe estar dispuesto a aprender de todas las fuentes con tal que de ellas mane la verdad. Pensando así y solamente de este modo, puede el médico proceder al examen de la Materia Médica.

Ya hemos dicho que HAHNEMANN no tenía ninguna Materia Médica con que empezar. No podía tener el recurso de acudir a los libros. y leer y meditar en ellos y encontrar remedios parecidos a la imagen de la enfermedad humana. No tenía tales remedios a estudiar, y

por esto fue preciso que creara, que construyera la Materia Médica. Podemos imaginarnos en qué estado de desesperación debía hallarse HAHNEMANN para estar dispuesto a decir que no había sabiduría en el mundo. Sintió en su propia mente que no sabríamos nunca nada respecto a Materia Médica mientras percibiéramos sus efectos tan sólo sobre las enfermedades humanas, pues una Materia Médica pura y verdadera debe formarse por la observación de la acción de los medicamentos sobre la raza humana sana. HAHNEMANN no empezó por administrar a los otros estas medicinas, sino que por sí mismo tomó la corteza de la Quina y comprobó por sí mismo sus efectos. Dejó que se manifestaran sus síntomas, y después de haber comprobado de esta manera la corteza de la quina, pudo decirse que; el primer remedio conocido del hombre había sido descubierto!, y que el primer efecto del remedio era conocido y que nació China! HAHNEMANN indagó en la literatura del día para averiguar cuales otros efectos de este medicamento habían sido descubiertos accidentalmente, y aceptó los que estaban cíclicamente de acuerdo con lo que él había descubierto. Ya hemos referido el hecho de que HAHNEMANN fue capaz de ver, después de haber comprobado China, que su acción se asemejaba muchísimo a las fiebres intermitentes que

habían existido en todos los tiempos; que existía la más grande relación de similitud entre China y las fiebres intermitentes. ¿Puede extrañarnos, pues, que HAHNEMANN se dijera a sí mismo, que era posible la Ley de curación de los similares? ¿Puede ser posible que los semejantes se curen con medicamentos que produzcan síntomas iguales a la enfermedad? Cada remedio que él comprobó después de esto, afirmó cada vez más esta Ley, que aparecía cada vez con mayor certeza y cada medicamento que él comprobó añadió un remedio más al instrumento que llamamos Materia Médica, hasta que llegó a ser la que hoy llamamos Materia Médica Mera de HAHNEMANN, y Materia Médica de las Enfermedades Crónicas. Esta era una obra enorme y muy completa, y no obstante. desde su edición se han hecho muchas adiciones, y el todo constituye el instrumento que tenemos que examinar.

La mejor manera de estudiar un medicamento es hacer una comprobación o experimentación de él. Supongamos que vamos a hacer esto: supongamos que esta. clase va a hacer una comprobación. Cada uno de los alumnos de la clase dedicaría, por ejemplo, una semana al cuidadoso examen de todos los síntomas de que es víctima o cree que es víctima actualmente y desde hace muchos meses. Cada

estudiante procede entonces a apuntar cuidadosamente todos estos síntomas, y los pone aparte. Este grupo de síntomas queda reconocido como lo que hay de enfermo en aquel individuo.

Se elige un director para las experimentaciones, quien preparará una sustancia para la comprobación desconocida por toda la clase y por cada uno de los experimentadores, y sólo conocida por él. Comenzará por la forma primera del medicamento, que podrá ser en tintura, y la potentizará luego hasta la trigésima, y pondrá una parte de esta potencia en diferentes frascos para cada uno de los estudiantes de la clase. Los experimentadores no saben lo que toman, y se les pide que no divulguen uno al otro los síntomas. Cuando aparecen sus síntomas originales en la comprobación del medicamento sobre cualquiera de estos síntomas crónicos, es simplemente anotado, va sea curado o exagerado, o ya no haya producido sobre éste efecto alguno; pero cuando se presentan los síntomas en su manera natural sin aumentar ni disminuir los ya existentes, puede considerarse como una de las cosas naturales de aquel experimentador en particular, y por esto todas las cosas naturales del experimentador se eliminan. Generalmente, si un remedio ataca fuertemente al que lo comprueba, todos los

síntomas crónicos del experimentador se calmaran; pero si la comprobación sólo ataca parcialmente, puede crear solamente unos pocos síntomas. Estos pocos síntomas, añadidos a los que se hayan obtenido por otros experimentadores constituirán los efectos crónicos del remedio, es decir: es el efecto del remedio sobre la raza humana. Ahora vamos a referir el método de experimentación.

Después que el Director de las experiencias haya repartido estos frascos a cada experimentador, se toma una dosis de la medicina, y se espera ver si esta sola dosis produce síntomas, y entonces estos síntomas no deben ser perturbados: debe permitírseles seguir su camino. Al comprobar un remedio agudo cual Aconitum, el instructor, quien conoce algo el efecto de la medicina, puede decir a la clase: "Si vais a tener efectos de este remedio, habrán de aparecer dentro de tres o cuatro días". No será preciso esperar más tiempo para Aconitum, Nux vomica o Ignatia; pero deberá dejarse transcurrir más tiempo para Sulphur y los demás antipsóricos. Si intentamos comprobar el Silicato de Alúmina, el Director de la Experimentación deberá aconsejar a la clase que aguarde los efectos de la medicina por lo menos durante treinta días, porque sus pródromos son de treinta días.

Es de la más alta importancia esperar que el probable período de pródromos de un cierto remedio haya pasado suficientemente. Si se trata de un remedio de acción corta, ésta deberá aparecer pronto. Hay que tener en cuenta el período prodrómico, el período de progreso y el de declinación, al estudiar la Materia Médica; igualmente, como en el estudio de los miasmas, el Director de la experimentación generalmente podrá indicar a la clase si tiene que esperar mucho tiempo o poco, antes de tomar otra dosis, y sólo por esto la clase ya sabrá si el remedio que experimenta es de carácter agudo o crónico.

Si la primera dosis no produce efecto alguno y ha pasado bastante tiempo para estar seguro que el experimentador no es sensible. para aquel remedio, lo mejor que se puede hacer es crear una sensibilidad para él. Si examinamos los efectos de los venenos, encontraremos que los que han sido envenenados por Rhus son una docena de veces más sensibles' que antes. Los que han sido envenenados por el Arsenicum, son excesivamente sensibles al Arsenicum, después que hayan pasado los primeros efectos. Sin embargo, si continúan los primeros efectos llegan a ser menos sensibles de modo que cada vez necesitan una mayor dosis para obtener efecto. Esto es una regla para todas las sustancias venenosas capaces de afectar el

sistema humano de una manera marcada. Ahora, cuando ha pasado el tiempo suficiente para que el experimentador sepa que no es sensible para aquel remedio, del que no ha recibido más que una dosis (quizá en una clase de cuarenta no habrá más que uno o dos que no estén afectados por una potencia trigésima) para efectuar la experimentación e intensificar el efecto, hay que disolver la medicina en agua y tomarla cada dos horas durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas, al menos hasta que los síntomas aparezcan. De esta manera se acorta el período prodrómico. La medicina parece ser intensificada por la repetición, y el paciente queda bajo la influencia dinámica de aquel remedio. Tan pronto como los síntomas empiezan a presentarse, hay que cesar el tomar más remedio.

No puede sobrevenir ningún peligro administrando así la medicina; el peligro estaría en darlo pocos días y luego suspenderlo, para luego volver a tomarlo. Por ejemplo. si comprobamos Arsenicum, y hallamos que alguien no es sensible a él, después de esperar treinta días se empieza otra vez en tomarlo en agua, durante tres o cuatro días aparecerán los síntomas: ahora hay que esperar. Mientras no administréis más medicamentos, no haréis ningún daño. Ahora, en cuanto los síntomas comiencen a salir, hay que aguardar hasta que

se agoten los efectos producidos por los síntomas que dan la imagen del Arsenicum, es decir, hay que dejar que se presenten los síntomas, que se extiendan y que se marchen por sí mismos; no hay que intervenir, y en caso de hacerlo, la intervención ha de ser sólo para dar no fiel antídoto: nunca debéis intervenir con una repetición de la dosis mientras duren los efectos de la anterior. Hacer esto es una de las cosas más peligrosas. Si los síntomas de Arsenicum salen y se muestran claramente al final de una semana o de diez días, y os decís: "Vamos a aclarar esto y hacer más completa la experimentación", y creéis hacerlo dando muchísimas tomas más, de este modo ingertaréis en la constitución del experimentador la diátesis del Arsenicum, de la cual no curará nunca. Estáis irrumpiendo en los ciclos de aquel remedio, y hacer esto es algo muy grave, es una cosa muy peligrosa. Algunas veces se ha hecho, y el experimentador ha llevado los efectos de la experimentación hasta el fin de sus días. Si se deja estar el estado creado por Arsenicum, pasara por sí sólo, y el experimentador se encontrará mucho mejor a causa de la experimentación, pues toda comprobación conducida propiamente mejorará la salud, pues ayudará a volver las cosas en orden. Tal era el consejo de HAHNEMANN a los

jóvenes que se prestaban a hacer comprobaciones.

Otra parte de la clase no tendrá síntomas, por más que abusen del medicamento, y en el caso de Arsenicum tendrían que tomar una dosis en sustancia para notar algún efecto, y aun así, los síntomas que aparecería serían los síntomas tóxicos, de los cuales no se puede ganar nada.

Cuando se experimenta sobre los venenos en sustancia, se obtienen los resultados toxicológicos: no dan los detalles más finos. Por ejemplo, si administráis Opium en una dosis tan grande que envenene prontamente, no veréis nada más que los síntomas más bastos, más abrumadores, los más alarmantes: respiración irregular y estertorosa. la insensibilidad, las pupilas contraídas, la cara manchada y el corazón irregular. Los detalles no están; sólo tenemos una vista de las cosas más ordinarias.

La re-experimentación de los remedios es de un gran valor. La Sociedad Homeopática de Viena tenía sus dudas acerca de las experimentaciones de HAHNEMANN. Esta Sociedad creía imposible que pudieran producirse cosas tan maravillosas en las sensaciones de la gente; no creía en la potencia trigésima que fue recomendada por HAHNEMANN. Así pues, esta Sociedad se reunió y decidió comprobar por sí los remedios y experimentar la potencia trigésima, y resultó

que aquella Sociedad era honrada. Natr., mur., Thuja, y otros remedios fueron re-experimentados y W- fue bastante honrado para decir que a pesar de sus convicciones decididamente contrarias a estas comprobaciones, hubo que admitir que los síntomas recogidos de la potencia trigésima eran muy fuertes. La Sociedad de Viena demostró por estas re-experimentaciones que los policrestos de HAHNEMANN habían sido completamente comprobados. La re-experimentación de la 30° de Natrum muriaticum fue para ellos una revelación maravillosa; pero W-, a pesar de este resultado, se aferraba a sus prejuicios. Reconocía que no tenía razón, pero él seguía empleando potencias más bajas de la no podía elevar su entendimiento a la 30°: trigésima; sus prejuicios eran demasiado fuertes. DUNHAM dice refiriéndose a algunos de estos re-experimentadores que habían visto resultados mejores de la 30° y aun de potencias más elevadas, que eran tan fuertes sus prejuicios que no llegaban a rendirse a la evidencia, no podían inducirse a ceder. Como DUNHAM humorísticamente lo expresó: "Están osificados, tanto en sus circunvoluciones cerebrales, como en su estructura ósea". Es decir, sus mentalidades eran inextensibles, sin la menor elasticidad, no podían expansionarse.

Véanse los párrafos 107-112 del ORGANON (I).

- (I) El DR. KENT recomienda aquí la lectura de los párrafos 107 a 112 del Organon, y he creído un deber reproducir aquí los dos que siguen como más importantes. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

ORGANON, § 107,. "Si para conseguir esto se administrasen las medicinas tan sólo a las personas enfermas aun cuando se prescribieran simples y una a una, poco o nada se podría precisar de sus efectos puros, ya que aquellas alteraciones peculiares de la salud provocadas por el medicamento vendrían mezcladas con los síntomas de la enfermedad y difícilmente podríamos diferenciar unos de otros." ORGANON, § 108. "No hay pues, medio más seguro y más natural para encontrar los efectos peculiares de los medicamentos oír el hombre, que administrar las varias medicinas, experimentalmente, a dosis moderadas a las personas sanas, para averiguar los cambios, signos y síntomas que, bajo su influencia, cada uno de ellos produce individualmente en la salud del cuerpo y de la mente; es decir: los elementos de enfermedad que estas sustancias son capaces de producir, porque, como hemos demostrado ya (§§ 24-27), todo el poder curativo de las medicinas es el poder que tienen de cambiar el estado de salud del hombre y que se revela por la observación de este último."

Cuando el paciente está bajo la influencia venenosa de droga o medicamento, su influjo no sigue la dirección de su acción vital; pero en cuanto llega la reacción, los efectos lentos del medicamento parecen seguir la dirección de la

corriente vital. Entonces los síntomas que surgen son del mejor orden, y por esto al experimentar un medicamento es preciso tomar solamente una tal cantidad que no perturbe ni suspenda el orden en la economía, sino que fluya en la corriente del orden vital, estableciendo una acción ligeramente perturbadora y produciendo síntomas sin suspender la acción, como pasaría, por ejemplo, con una dosis grande de Opium. Cuando existe un estado de suspensión en la economía dinámica, entonces quedan oscurecidas todas las actividades de la economía; de modo que la administración de una gran dosis de medicina para aliviar dolores y sufrimientos, es peligrosa, pues cuando damos un medicamento que no sigue la dirección de la corriente vital, produce una suspensión del orden vital. La Homeopatía tiende a administrar medicinas que puedan restablecer el orden, y por esto emplea las más altas potencias, o bien con el propósito de perturbar y entonces emplea las potencias más bajas. Nunca debiéramos recurrir a los medicamentos en sustancia para las experimentaciones, a menos que sea para experimentaciones temporales o momentáneas. No deberían seguirse ni darles gran importancia a las comprobaciones hechas con medicamentos en sustancia, pues cuando más,

sólo dan una idea fragmentaria. A menos que las patogenesias hechas con dosis fuertes no se amplíen con los síntomas proporcionados por las pequeñas dosis, la información sería fragmentaria e inútil. Si conociéramos solamente los efectos venenosos de Opium, podríamos emplearlo tan sólo en aquellas condiciones semejantes a tales efectos tóxicos. por ejemplo, en la apoplejía.

Hay algunos prácticos en terapéutica homeopática, que dicen que para los efectos primarios debe emplearse una potencia y para los secundarios otra. No debe hacerse tal distinción. Muchas veces he visitado un paciente apoplético, cuando la muerte hubiera sobrevenido si no se hubiese administrado el remedio homeopático. He estado al lado de la cama en algunos casos en que el pulso estaba flojo, el ojo vidrioso, el aspecto atontado, estuporoso, respiración estertorosa, con espuma en la boca, y en el que pocos minutos después de administrar Opimn C. M., he visto al paciente dormirse profundamente, quedarse quieto y descansar, despertar más tarde recobrada la conciencia y continuar recobrando la salud. Alumina tiene un estado similar de estupor, parecido a la apoplejía, y por esto es que Alumina y Opium son antídotos, uno al otro. Me acuerdo de un caso de apoplejía que confundía a muchos médicos y a mí también,

durante varios días. El paciente estaba en profundo estupor. El médico que me precedía le había administrado Opium antes de mi llegada, y paró la respiración estertorosa, pero el paciente seguía inconsciente. Por fin, se observó que un lado del cuerpo se movía mientras que el otro lado estaba inmóvil durante muchos días y que en el lado paralizado había fiebre, mientras que en el sano no la había. Esto se observó después de un cuidadoso examen de varios días. Yo le pregunté al médico si no consideraba que el estado natural del lado paralizado es el que debiera hallarse frío, y así lo creía él. Sin embargo, este lado era precisamente el que se hallaba caliente a la mano y el otro lado era normal. Esto parecía la única cosa rara de este caso; sin hablar, sin ningún esfuerzo para hacer nada, sin evacuación de vientre; un caso inactivo. Después de un cuidadoso estudio de la Materia Médica, llegué a la conclusión de que Alumina era el medicamento adecuado al caso, y a las doce horas de tomar una dosis de Alumina en una potencia alta, la fiebre se calmó en el lado paralítico y el paciente recobró su estado de conciencia.

LECCION XXIX

Idiosincrasias.

ORGANON, § 117

El estudio de las idiosincrasias está íntimamente relacionado a la Homeopatía. La explicación usual del término, es una hipersensibilidad a alguna cosa o a varias. No se aplica a la susceptibilidad general de las constituciones débiles, en la que los pacientes son susceptibles e hipersensibles a las sencillas molestias. En la Escuela Antigua, las idiosincrasias se refieren a ciertos pacientes que cada uno halla en su práctica médica que son hipersensibles: Uno no puede tomar Opiurn para sus dolores, porque la congestión que le produce le causa síntomas peligrosos; es hipersensible a este medicamento y presenta complicaciones por la más pequeña dosis del mismo, lo que obliga al médico a no administrarlo. Otro paciente no puede tolerar la Quinina en los escalofríos y fiebres, pues la acción primaria del medicamento le enferma en grado alarmante, mientras que otro individuo puede tomar hasta 15 granos. El que tiene una idiosincrasia contra la quinina no puede tomar ni una cuarta parte de grano sin experimentar

una hiper-acción del remedio, un estado de quinismo. El homeópata reconoce en amplio grado la extensión de la susceptibilidad, incluso en cosas que el alópata no conoce. Puede haber una idiosincrasia crónica para un miasma crónico, y una idiosincrasia aguda para un miasma agudo. Hay ciertos individuos en la comunidad humana que no pueden estar en el campo, por causa de su susceptibilidad al romadizo; otros, que no pueden soportar el olor de las flores en la habitación, porque les enferma; otros, que se marcan con el olor de las rosas. He conocido a varios pacientes que enferman por estas causas. Es bastante común la enfermedad conocida con el nombre de "resfriado de rosas" o "Fiebre de rosas". Tengo una paciente que no puede tener en su cuarto flores secas de espliego, sin ponerse enferma de coriza. Dos o tres cosas la afectan de esta manera, y ella va buscando por todas partes para ver si alguna de ellas está en la casa. Tenía otro paciente que no podía sufrir los melocotones en la habitación, porque le ponían enfermo, y uno de los síntomas que le causaban era diarrea. Esta hipersensibilidad es muy importante; explica hasta cierto punto la susceptibilidad a un remedio curativo. Si no existiera ninguna idiosincrasia al remedio, el paciente no sería lo bastante susceptible para ser curado. El estado en que se halla le hace

bastante sensible para ser curado y es muy análogo al de estas idiosincrasias arriba mencionadas. Pensad en la susceptibilidad que el hombre debe tener a un remedio que le cura, cuando esta curación se obtiene con las atenuaciones altísimas que nosotros empleamos. Hay idiosincrasias adquiridas e idiosincrasias nacidas con el paciente. Las que son congénitas y, aquellas producidas por los venenos, son las más difíciles de curar. En el envenenamiento por *Rhus toxicodendron*, los que han sido afectados por manejarlo, son tan sensibles a él, que un cuarto de milla alrededor de la planta, aunque no puedan percibir el olor de ésta por el olfato enferman, sin embargo, a los pocos días, por el envenenamiento por *Rhus*. Una potencia altísima de este medicamento quitará quizá aquella susceptibilidad y una dosis de Rhics C. M. o M. M., detendrá frecuentemente un envenenamiento agudo de *Rhus*; pero si el paciente ha nacido ya con una susceptibilidad especial para *Rhus*, este remedio paliará unas cuantas veces, finalmente dejara de aliviarle. Cuando uno nace con esta sensibilidad. es muy tenaz, y a pesar de los más grandes esfuerzos, persistirá algunas veces hasta la muerte. Para desarraigarla del todo, es preciso un antipsórico que llegue al fondo de esta susceptibilidad. El romadizo que se presenta en otoño se supone

que es causado por la hipersensibilidad del paciente a los irritantes que se desarrollan más o menos en este tiempo: a veces se atribuye la causa al heno que se está secando en aquel tiempo en los campos, a veces a las diferentes hierbas que crecen entonces. Tales pacientes han podido indagar a lo que ellos son más susceptibles. Pero la psora constituye el fundamento, la base de todas estas molestias. Los pacientes que se levantan de una enfermedad de tifus, presentan con alguna frecuencia estas idiosincrasias, y el miasma crónico es responsable de ellas, igualmente como la psora es la base de enfermedad de los ojos que queda después de la escarlatina. Las secuelas son miasmáticas: son sencillamente los resultados de los miasmas crónicos.

Hay personas que son sensibles no a una, o a varias cosas, sino que lo son para todo: hipersensibles a las altas potencias, hipersensibles al sabor de los alimentos, hipersensibles a la luz, y a muchísimas cosas más. Este es un estado constitucional: el paciente ha nacido con ello. Hay personas en las se notara la hipersensibilidad solamente cuando apartándose del plano de la nutrición se va al plano dinámico. Se verán, por ejemplo, pacientes que sentados a la mesa apetecen mucho la sal ordinaria: quieren mucha sal y parece que nunca tienen bastante. Comen

mucha sal y sin embargo, se quedan enfermos adelgazándose continuamente. Esto es en el plano nutritivo; cuando se toma la sal ordinaria en la comida. Ahora bien, si administráis Natrum muriaticum a la C. M. potencia a tales pacientes, les pondréis enfermos, produciéndoles una violenta agravación.

Esto es cuando una sustancia alimenticia es capaz de producir un efecto curativo en un plano más alto. Salimos del plano nutritivo al plano de dinamismo, al plano de la causa de la enfermedad y de su curación.

Tomemos Calcárea por ejemplo. Vemos que los alópatas la dan en sustancia a los niños tardíos en formar sus huesos y dientes, que tienen las fontanelas abiertas prescribiéndoles agua de cal con la leche, y cuanto más agua de cal se les da, en menor grado se forman sus huesos. He aquí una inanición especial de los huesos por falta de esta sal, por falta de asimilación de la cal. Una dosis de Calcárea muy alta, hará capaz al niño de asimilar toda la cal que se requiera de su alimento. El remedio administrado en el plano dinámico produce una digestión y una asimilación de la cal contenida naturalmente en el alimento. Puede dársele la cal en sustancia y no proporcionará ningún beneficio: el niño seguirá marchitándose y emaciándose.

En estos pacientes que tienen una falta de asimilación aparecen los síntomas de Calcárea

o de Natrum muriaticum, llamando la atención del médico inteligente el hecho de que el niño necesite tales sustancias. Sabemos muy bien que no construimos huesos con la potencia C. M., de cal; ésta sencillamente corrige el desorden interno y hace que las formas exteriores del cuerpo se pongan en orden. Al volver al orden lo interior, establece el principio nutritivo desde el interior al exterior. De modo que aquí podemos ver la más amplia extensión que tiene la idiosincrasia o la susceptibilidad en Homeopatía.

Aquí podemos atrevernos a crear una palabra: homeopaticidad ¿Qué significa esta palabra? La homeopaticidad es la relación que hay entre el remedio homeopático y el pacientes que ha sido curado. Cuando un remedio homeopático haya obrado correctamente, cuando haya curado al paciente, ha demostrado con ello que está homeopáticamente relacionado al caso; de modo que esta relación, cuando esté sostenida, se denominará homeopaticidad y se demostrará por la administración del remedio. Así es lo cierto que podemos tener una homeopaticidad normal, un estado normal y un estado exagerado. El estado exagerado es cuando el paciente es hipersensible al remedio curativo y no solamente se establece una relación curativa, sino que antes de curar produce una

exageración de los síntomas del paciente. Un remedio demuestra su similitud a un caso en cuanto le cura. Los médicos homeópatas emplean la palabra "simillimum". El "simillimum" podría llamarse a aquel remedio que ha curado al paciente, pero antes de curar aquel caso es solamente el que aparece o se presenta como más similar; un medicamento no puede llamarse "simillimum" hasta que haya efectuado una curación.

Es digno de consideración descubrir la diferencia que hay entre un veneno tomado sobre el plano nutritivo y un veneno tomado sobre el plano dinámico. Un veneno sobre el plano nutritivo no es usualmente muy profundo; es más superficial. tiene más relación a las cosas exteriores, al cuerpo y a los tejidos, mientras que el veneno tomado sobre el plano dinámico puede durar toda la vida. Los miasmas son de este carácter. El veneno tomado sobre el plano nutritivo llegará a cabo por toda la vida un efecto sobre un individuo, debido a la susceptibilidad. Las pequeñas dosis de Arsenicum producirán un envenenamiento que durará un tiempo más o menos largo de la vida, pero de ninguna manera tan profundo como lo haría las más altas potencias de Arsenicum. Para envenenar a un paciente con las altas potencias, generalmente es preciso algo de susceptibilidad, mientras que para

envenenar sobre el plano nutritivo no hay necesidad de esta susceptibilidad. Cualquier paciente puede ser afectado por la influencia de un veneno administrado sobre el plano nutritivo.

He aquí otra diferencia. Las sustancias inertes y las sustancias que podemos emplear como alimentos sobre el plano nutritivo, pueden llegar a ser venenosas sobre el plano dinámico para aquellos que son susceptibles. De modo que no hay ninguna sustancia que no pueda llegar a ser un veneno en potencias altas y en las más altas. Esto nos dará una distinción entre los venenos en bruto y los dinámicos, sobre la cual haréis bien en meditar.

Por todo lo expuesto se verá que si no fuera por los estados de susceptibilidad, si no fuera por semejantes condiciones, cual las idiosincrasias, no podría existir la Homeopatía. Si no hubiera susceptibilidad, no habría enfermedad y, por tanto, no habría necesidad de la Homeopatía.

La susceptibilidad es el fundamento de todo contagio y de toda curación; la causa de la enfermedad y la curación de ella llaman a la misma puerta. Emanan de la misma manera por causa de la sustancia simple, de la sustancia inmaterial. Toda la enfermedad esta en la sustancia primitiva o sustancia primera; toda curación de la enfermedad también debe estar en la sustancia simple. En los tiempos antiguos

solíamos pensar que todas las sustancias capaces de extinguir la fuerza vital o de vencer la fuerza vital, eran venenos: esto en sí constituye una burda idea de los venenos. Cualquiera sustancia capaz de imponerse en la economía del hombre lo suficiente para causar la muerte o crear un desorden en la economía, puede llamarse un veneno. Esta definición es igualmente aplicable a los venenos dinámicos y en sustancia. El efecto del veneno presenta dos problemas: el problema exterior y el problema interior. Lo exterior se refiere a la cuestión de la cantidad, y el interior a la cuestión de la calidad. Las sustancias materiales se consideran bajo el punto de vista de calidad, de peso y de medida.

Esto no es más que un principio para hacernos pensar. Este asunto también lleva al estudio de la protección. Hay dos clases de protección contra la enfermedad. El hombre está protegido contra ella de dos maneras: por la Homeopatía y por la costumbre. El médico y la enfermera que van a los distritos donde hay fiebre amarilla, o tifus, o difteria, o la viruela, y que están siempre ocupados; que tienen, en el sentido más alto de la palabra, un verdadero amor a la costumbre de trabajar, como medio de ejercer la caridad, estarán grandemente protegidos, sencillamente por su amor al trabajo, por su goce en él. No tienen miedo. El

miedo es una causa abrumadora de enfermedad. Los que son víctimas del temor tienen muchas más probabilidades de ponerse enfermos, pero los que hacen frente a la enfermedad sin temor, probablemente permanecerán sanos. A veces es lo cierto que enferman, pero yo creo que es porque empiezan a tener miedo en su trabajo.

El otro y más grande profiláctico es el remedio homeopático. Al trabajar en una epidemia durante varias semanas, se encontrará que quizás media docena de remedios estarán indicados diariamente, y uno de éstos, en gran número de casos, más que ningún otro. Este remedio parece más adecuado a la naturaleza general de la enfermedad. Es de notar que para profiláctico se requiere un grado menor de similitud que para una curación. Un remedio no tendrá que ser tan similar para prevenir la enfermedad que para curarla, y estos remedios, empleados diariamente, os harán capaz de impedir a muchísima gente que adquieran la enfermedad. Debemos buscar tanto nuestra protección como nuestra curación en la Homeopatía.

LECCION XXX

Individualización.

ORGANON, §§ 118, 122, 144 y 145

La comparación, la individualización y las diferencias en la naturaleza de las cosas más similares, son puntos que deben considerarse cuidadosamente. No se debe pensar ni admitir la sustitución de un remedio por otro en Homeopatía. El médico homeópata debe individualizar, debe discernir. Debe individualizar las cosas que son muy disimilares en un cierto aspecto y que, sin embargo, son, por otra parte, muy similares. Tomemos por ejemplo los dos remedios Secale y Arsenicum: ambos son fríos, pero el paciente quiere sacarse la ropa de la cama y quiere aire frío con Secale, y todo lo quiere caliente con Arsenicum. Los dos remedios, de esta manera en seguida se separan; son enteramente disimilares en cuanto a su estado general, mientras que son

enteramente similares en cuanto a los síntomas particulares. Un "buscador de síntomas" no vería ninguna diferencia entre Secale y Arsenicum. Si os halláis junto al lecho de un enfermo afecto de peritonitis, y encontráis el abdomen distendido, el paciente inquieto, que a menudo vomita sangre y expulsa sangre por el ano y hay un ardor terrible, junto con el abdomen distendido, sed inextinguible, lengua seca y roja y pulso rapidísimo.

Ahora bien, Arsenicum y Secale tienen igualmente estos síntomas: ambos los tienen en alto grado, pero cuando está indicado Secale, el paciente quiere quitarse toda la ropa, quiere estar frío, quiere aplicaciones frías, quiere las ventanas abiertas; no puede sufrir el calor, y la habitación calurosa le pone peor. Si Arsenicum está indicado en tal caso, quiere estar tapado bien caliente, aun en el mes de julio; quiere toda la comida y bebida caliente. Toda la Materia Médica está llena de estas cosas y está basada en esta clase de individualización.

Sin los síntomas generales de un caso no hay nadie que pueda practicar la homeopatía, pues sin éstos nadie puede individualizar y notar distinciones. Después de recoger todos los detalles, un buen síntoma general desaconsejará un remedio y aconsejará otro. Algunos médicos demuestran a menudo; por las preguntas que hacen, que no han sido capaces

de comprender la idea de individualización. Escogen dos síntomas o un síntoma común a dos remedios y dicen: "Ahora ambos remedios tienen este mismo síntoma; ¿cómo vamos a distinguirlos uno de otro?". Si se conoce la Materia Médica, con el arte de la individualización en seguida se verá fácilmente la manera de obtener los síntomas generales, y así éstos serán en uno de un modo y en otro de otro, y estos síntomas generales os harán capaces de distinguir uno de estos remedios como más adaptado a la constitución, cuando los dos remedios tienen un cierto síntoma en un grado igual. Esto elimina desde luego la idea de sustitución. Si uno no obra, dicen, prueben toda la lista alfabéticamente hasta que se encuentre el correcto. La razón por que pueda curarse un caso con un remedio que no haya producido nunca aquel síntoma, es porque es más similar en cuanto a los síntomas generales de aquel caso que otro cualquiera. Esto es el arte de aplicar la Materia Médica. A veces un paciente demuestra algo que es tan extraño y raro, que nunca se ha presentado en ningún remedio. Hay que examinar todo el caso y ver cual de entre todos los remedios es más similar al paciente mismo. EL HOMEÓPATA DEBE ESTUDIAR A SU PACIENTE DESDE EL PRINCIPIO HASTA EL FIN. Si llega a ser experto con síntomas aparte del paciente, no tendrá éxito.

ORGANON, § 118. "Cada medicina produce efectos particulares en el cuerpo del hombre y ninguna otra sustancia medicinal puede producir otras que sean exactamente semejantes."

Este es el principio de la doctrina que demuestra que no puede haber ninguna sustitución de un remedio por otro. Hay casos tan mezclados o confusos, que el hombre, por más que estudie, no puede ver las distinciones; pero recordad siempre "que hay un remedio" que es necesario para el caso y "que no tiene sustituto", pues este remedio difiere de todos los demás igual como el individuo difiere de todos los demás individuos. Puede ser que nosotros no veamos este remedio que se necesite, puede parecer que no esté indicado, pero se necesita igualmente. aunque no hayamos percibido su indicación por la vista u oído del médico. Esto demuestra la necesidad que hay; de vigilar y esperar. En Homeopatía. las medicinas no pueden reemplazarse, ni tampoco puede ser un remedio tan bueno como el otro.

ORGANON, § 119. "De la misma manera que cada especie de planta difiere en su forma externa, en su modo propio de vegetar y crecer,

en su sabor y olor, de todas las demás especies y géneros de plantas; de la misma manera que todo mineral y sales, difieren de todos los demás en cuanto a sus propiedades externas como en las internas físicas y químicas (las cuales por si solas deberían ser suficientes para evitar toda confusión de una con otra), así también todos estos cuerpos difieren entre sí respecto a sus efectos patogenéticos, como consecutivamente en sus efectos terapéuticos. Cada una de estas sustancias produce en la salud del hombre alteraciones que son peculiares, diferentes, y que se producen de determinada manera que no permiten que haya posibilidad de confundirla con ninguna otra."

ORGANON, § 120. "Es menester, pues, distinguir perfectamente y cuidadosamente las medicinas una de otra, ya que de ellas dependen la vida y la muerte, la salud y la enfermedad de los hombres, y por esto es necesario hacer con cuidado experimentaciones puras sobre el cuerpo sano, para averiguar su poder y efectos reales, a fin de obtener un concienzudo conocimiento de ellos y evitar toda equivocación al aplicarlos al tratamiento de las enfermedades, porque no hay más que un remedio bien elegido que pueda dar al enfermo, de un modo pronto y duradero, el mayor de los

bienes de la tierra: la salud del cuerpo y del alma."

Prosiguiendo en este tema, vamos a referirnos al siguiente párrafo de HAHNEMANN:

ORGANON, § 122. "En circunstancias de esta naturaleza, de las cuales depende la certidumbre del Arte de Curar y el bienestar de la futura generación, es necesario emplear solamente las medicinas que sean bien conocidas y de las cuales se esté seguro de su pureza, de que no estén alteradas y de que posean toda su energía."

La pureza de las medicinas es algo muy importante: deberían emplearse siempre tal como han sido experimentadas, sin ninguna modificación y conservando toda su energía. En cuanto fuera posible, sería muy importante que se emplearan las mismas sustancias que han sido experimentadas. Entre las altas potencias que estamos empleando figuran las de FINCKE y otros, y en muchísimos casos tenemos las mismas sustancias que fueron comprobadas por los propios experimentadores. Es importante no cambiarlas. Una planta que lleva el mismo nombre como la que ha sido experimentada, pero cultivada en un clima diferente y en un suelo diferente, no debería emplearse. Hay que

procurar obtener la que fue comprobada experimentalmente. FINCKE reconoció esto cuando se procuró las sustancias comprobadas por HERING. Tenemos el mismo Lachesis que experimentó HERING. Yo tengo una muestra de Lachesis que conservo en un pequeño frasco marcado con el mismo nombre de HERING. La medicina debería ser bien conocida con todos sus pasos y detalles. La cuestión de la potenciación debería tomarse en cuenta. así como las diferentes manos por que haya pasado un medicamento; todos los pequeños detalles de nuestras potencias altas deberían ser bien conocidos. No debería descuidarse nunca de anotar todo esto en todas las potencia;? que poseyéramos. Siempre que sea posible, debierais ir al depósito principal para obtener las potencias, y no tomarlas de tal o cual parte indiferentemente.

HAHNEMANN escribe en el párrafo 144 del Organon:

ORGANON, § 144. "Debe excluirse severamente de esta Materia Médica todo lo que sea conjetura, ficción o afirmación gratuita; en ella no se debe encontrar más que el lenguaje puro de la naturaleza, los resultados de una investigación fiel y cuidadosa."

En efecto, hemos formado, construido y establecido la Materia Médica por medio de comprobaciones sobre el sano y con observaciones hechas pura y honradamente.

ORGANON, § 145. "Ciertamente, debiéramos conocer la acción pura de un gran número de medicinas sobre el cuerpo sano, para poder encontrar remedios homeopáticos contra cada una de las innumerables formas de enfermedades que atacan a la raza humana; es decir, averiguar las fuerzas morbíficas artificiales que se asemejan a ellas." Hoy día hallaremos rara vez que una enfermedad completamente desarrollada no tenga su simillimum, su remedio y su curación por medio de nuestra Materia Médica. Solamente aquellos casos mezclados o que no están bien desarrollados, pueden lograr confundirnos.

LECCION XXXI

Característicos.

ORGANON, § 146 . "El tercer punto en el deber del médico se refiere al empleo juicioso de los agentes morbíficos artificiales (medicinas) que han sido comprobados en individuos sanas para averiguar su acción pura, para efectuar la curación homeopática de las enfermedades naturales."

En la siguiente lección nos referiremos a este punto. El tercer punto del deber del médico, a que se refiere el párrafo 146, constituye realmente el resto del Organon.

ORGANON, § 147. _ "De todas las medicinas, aquella cuyos síntomas tienen la mayor semejanza a la totalidad de los que caracterizan cualquier enfermedad natural particular, debería ser el remedio más apropiado, el más ciertamente homeopático que se pueda emplear: es el remedio específico en este caso de enfermedad."

No es nada extraordinario en estos días de ciencia avanzada leer algo acerca de los remedios específicos. La Escuela Antigua afirma

claramente que sólo hay tres o cuatro específicos, pero cada joven que se establece para sí, concede gran amplitud a la idea de los específicos. Una de las primeras cosas que el médico charlatán está dispuesto a hacer, es empezar a propagar los específicos para el dolor de cabeza, para la diarrea. para esto o para lo otro. Esto es absolutamente contrario a la Homeopatía. No hay ningún específico en Homeopatía, excepto el que, tras grandes esfuerzos y mucho cuidado se encuentra estudiando al lado de la cama del enfermo; entonces se puede decir que aquella medicina que se ha encontrado ser la más semejante a los síntomas que caracterizan aquella enfermedad, es su específico.

Ahora debéis notar que hay que tomar en un sentido enfático la palabra "característico". No es ninguna expresión ordinaria. Hemos leído en las primeras partes del Organon, que la enfermedad se manifiesta al médico por medio de signos y síntomas, y que la totalidad de los síntomas es la única representación de la enfermedad para el médico; pero la totalidad ha de estudiarse para averiguar lo que hay entre todos los síntomas como característicos de la enfermedad, o señalar los síntomas como peculiares.

Ahora HAHNEMANN comienza a analizar la totalidad de los síntomas con el propósito de

darles un carácter. Se ha dicho en estas lecciones que es preciso hacer esto; que lo que nos conduce a la caracterización son, realmente, los informes o datos que adquiere el médico homeópata sabio, por medio de los cuales puede comprender inteligentemente aquello que tiene que tratar. La medicina que es más adecuada es la que es más similar, pero no se puede demostrar de antemano que sea el remedio específico homeopático, pues se puede equivocar uno en cuanto a la naturaleza del caso. Pero en cuanto esta medicina haya obrado, se verá que aquel remedio ha sido homeopático u específico, o que no era homeopático. No se tiene ninguna idea de cual remedio será homeopático al caso, hasta que se hayan examinado todos los síntomas, y entonces proceder a averiguar aquellos que le caracterizan.

Poned la palabra **CARACTERÍSTICO** en tipo grande, en letras encarnadas. Nunca os apoyaréis demasiado en esto, pues crece más y más en el estudio del caso aquella idea del característico. ¿Qué hay en este caso que le hace individual, que hay en él que le hace disimilar a todos los que jamás hayan existido? En el caso del remedio hay que averiguar qué es lo que le caracteriza, y en el caso de la enfermedad hay que averiguar también lo que la caracteriza. Cuando ambas cosas se

presentan ante la percepción, ante la mente del hombre, de modo que él pueda pensar en ellos y ver lo que caracteriza a cada uno de ellos, y comprende cuál es el remedio que es más similar de todos los de la Materia Médica, entonces está seguro de que el remedio curará, y sólo es preciso administrarlo para comprobar que es específico. La homeopaticidad está asegurada, la similitud ha sido comprobada, porque la medicina ha curado. No podemos tener la demostración de que la medicina sea homeopática hasta que haya curado a un enfermo: sólo podemos presumir que sea homeopática, porque aquello que es más característico de la enfermedad, es más similar a todo lo que sea más característico del remedio y viceversa. Podemos suponer, con razón, que aquel remedio es específico, pero la homeopaticidad sólo puede demostrarse por la curación. De modo que no hace a un remedio homeopático el que yo lo lleve en mi maletín. Los remedios homeopáticos no lo son porque los haya empleado un homeópata. Los remedios no son homeopáticos porque hayan sido potenciados y atenuados o preparados según la Farmacopea de nuestra Escuela.

¿Qué es lo que hace a un remedio homeopático? La respuesta es: Cuando ha demostrado su relación curativa para el paciente, después de haber sido prescrito de

acuerdo con sus síntomas y que haya restablecido la salud siguiendo la dirección apropiada, desde arriba hacia abajo, desde dentro hacia fuera y en el orden inverso al de la aparición de los síntomas en el enfermo. Esto es lo que hace a un remedio homeopático, y esto es lo que constituye la prescripción homeopática. Entonces es un remedio específico y en ningún otro sentido puede llamarse un remedio específico.

HAHNEMANN da su teoría de la curación en el párrafo 148, pero no estáis obligados a adoptarla. HAHNEMANN mismo dice que no es más que una teoría, y la ofrece simplemente como la mejor que esta a la vista, pero no es obligatorio aceptarla.

Pero el párrafo 149 es algo que debe ser aceptado; es decir: debe ser conocido y luego aceptado, porque es verdad. Es una manifestación general de los resultados obtenidos por el remedio homeopático en la curación de las enfermedades. El rechazar este párrafo efectúa una separación entre los que creen en la Homeopatía y los que no creen. Dice así:

ORGANON, § 149. "Cuando ha sido bien hecha una aplicación adecuada del remedio homeopático, la enfermedad natural aguda que se quiere curar, por maligna y dolorosa que sea,

se calmará en pocas horas, si es reciente, y dentro de pocos días, si es algo más antigua", etc.

Este párrafo me pone en la clara obligación de confesar que si, bajo mi tratamiento, semejantes enfermedades no se calman, es que no he encontrado el remedio adecuado. Esto obliga al médico homeópata honrado a buscar el remedio indicado. La culpa del fracaso no es del sistema, de la ley ni del orden, sino del que los practica. Tan pronto como encontréis el remedio homeopático en un caso de escarlatina, tan pronto como lo administréis, veréis que aquella fiebre se calma y aquel niño mejorará; en cuanto salga la erupción, no quedara nada de la malignidad de] caso, quedando convertido en un caso corriente de escarlatina, Y a los pocos días el niño se encontrará tan mejorado, que él quiere ir a la escuela. Pero estamos tratando al niño y no a la fiebre escarlatina. Estad seguros de que el médico que sólo tenga en su mente la idea del rash o erupción de la escarlatina o del sarampión como elemento de la enfermedad, fracasará y el paciente no recobrara la salud tan pronto. Pero la actuación del médico homeópata debe ser la de prescribir por la totalidad de los síntomas del paciente que caractericen la enfermedad, aunque sea ésta de

las que se llaman enfermedades limitadas o locales.

ORGANON, § 150. "Si el paciente se queja de uno o varios síntomas triviales los cuales han sido observados recientemente, el médico no debe ver en éstos una enfermedad completamente desarrollada que requiera seriamente ayuda médica. Una pequeña modificación en la dieta y en el régimen o género de vida, son generalmente suficientes para disipar tal indisposición."

En este párrafo refiere una de las dificultades con que hemos de luchar. Cuando tengáis a un paciente bajo un tratamiento constitucional, será correcto que prescribáis por un resfriado serio, pero no para un resfriado corriente. Si es probable que el resfriado produzca molestias serias, hay que prescribir, pero las ligeras indisposiciones, sin embargo, no deberían recibir remedio alguno. Habrá pacientes que os vendrán a cada cambio de viento, con cada ataque de catarro nasal que tenga el niño, con cada pequeño dolor de cabeza y con cualquier pequeño dolor o pequeña molestia que sientan. Si procedéis a cambiar el remedio cada vez, y a prescribir para cada una de estas ligeras indisposiciones, pronto habrá tal estado de desorden en el individuo, que no podríais ya

averiguar lo que tiene este paciente. Vale más no dar medicina alguna. y si la paciente es lista y fuerte y tiene confianza, se le puede decir que no necesita remedio para aquel ataque; pero hay que darle de vez en cuando una dosis de medicina constitucional, cuando estos pequeños ataques no están presentes. Cuando uno es joven y no puede retener a los pacientes, pues se os marcharían, vale más prescribir "placebo" (Saccharum lactis) y dejar que se pase por sí sola la indisposición. Hay que vigilarlo, sin embargo, y quizás al final se desarrollen algunas manifestaciones constitucionales que os aclaren el paciente que habéis de tratar. Por otra parte, es muy fácil prescribir para las enfermedades agudas serias; son decisivas, se manifiestan fuertemente sus síntomas, sus expresiones son agudas, sus síntomas. prominentes, y no habrá confusiones como las que hay en las indisposiciones ligeras. Las indisposiciones ligeras son indescriptibles: no se sabe qué hacer para ellas. Es en vano que os empeñéis en buscar lo que las caracteriza, y por esto es dudoso que sea de utilidad cualquier remedio que se administre. Después de algunos años de práctica, cuando los pacientes tengan ya confianza, os sorprenderéis al ver cómo desaparecen estas pequeñas molestias después de administrar Saccharum lactis. Os dirán: "Doctor, mi trastorno pasó

espléndidamente. Esto significa que hay que dejar estas pequeñas cosas. Las enfermedades serias os ofrecen un fuerte grado de síntomas y aquí tenéis algo que hacer.

ORGANON, § 151. "Más si los pocos; síntomas, de que se queja el paciente son muy violentos, el médico que le observa atentamente descubrirá generalmente muchos más, que están menos desarrollados, y los cuales proporcionan un perfecto cuadro de la enfermedad."

LECCION XXXII

El valor de los síntomas.

Generales Naturaleza de los síntomas
Comunes . Particulares.

Primer grado.

Generales Segundo grado. Tercer grado.

Grados de síntomas

Primer grado.

Comunes . Segundo grado. { Tercer grado.

Primer grado.

I Particulares. Segundo grado. Tercer grado.

El párrafo 153 del Organon es el que enseña más particularmente el proceso de la individualización, o el cómo ha de llevarse a cabo el distinguir y diferenciar los síntomas. Trata de los característicos, trata de los grados. El médico homeópata puede pensar que tiene el caso bien apuntado, pero no sabe si es esto así o no, hasta que se ha impuesto la idea de este

párrafo. Puede llenar página tras página con los síntomas, y no sabrá cual es el remedio; y si lleva su "record" (registro del caso) y lo presenta a un maestro, éste le dirá: "Usted no tiene aquí ningún caso." "¡Cómo! Tengo muchos síntomas." "Sí, pero no tiene un caso; se ha dejado el caso; se ha dejado la imagen de la enfermedad, porque ha fallado o no ha logrado obtener algo que lo caracterice. No ha tomado bien el caso." Ahora bien; después que hayáis dominado bien este párrafo, sabréis si habéis tomado bien un caso, sabréis si hay algo que podáis presentar a un maestro, una semejanza de algo. La falta de este conocimiento es la causa de la falta de éxito de la mayoría de los médicos homeópatas. Hay muchísimos médicos homeópatas que prescriben y trabajan muchísimo y emplean largo tiempo para sus pacientes, y si les preguntáis qué es un característico y qué es un síntoma particular, y qué cosa es la que les guía para la prescripción de un remedio, veréis que la idea del Key-note (Síntoma clave) es la única que se presenta a la mente de muchos.

No quiero decir que todo o una parte de lo que haya escrito sea inútil; pero es preciso tener característicos individualizadores, para hacernos capaces de clasificar lo que tenemos, percibir el valor de los síntomas, y si ha de decidirse entre unos pocos remedios, poder

averiguar cuál de éstos es el más importante. No se puede individualizar sin tener algo característico. Los síntomas característicos son aquellos que nos hacen vacilar, que nos hacen meditar. Supongamos que hemos llegado a conocer muchísimos casos de sarampión, pongo por ejemplo, o un gran número de casos de tos ferina, pero viene uno ante el cual os decís: "Es raro; nunca he visto cosa igual en un caso de tos ferina. Es esto muy particular". Vaciláis, meditáis, y en seguida reconocéis que es algo individual, porque es extraño, raro y particular. Os decís: "Yo no sé qué remedio tiene este síntoma". Entonces empezáis a buscar en el Repertorio, o consultáis a aquellos que tienen más experiencia, y encontráis en el Repertorio, o averiguáis en la consulta que tal medicina tiene tal cosa como un característico fuerte, como un alto grado de síntoma, y que es tan particular en la medicina como lo es en el paciente, aunque no se haya visto nunca antes. Se pueden haber visto cien casos de sarampión sin ver cosa parecida. Esto que se ve en este caso particular de sarampión, es lo que se relaciona con el paciente y no con la enfermedad, y como el único deber del médico es curar a los enfermos, este algo particular es lo que abrirá todo el caso para el remedio. Cuando se encuentre que el remedio tiene este síntoma a más de los otros síntomas, hay que

darle alguna importancia, y si hay dos o tres de estos síntomas particulares, formarán los rasgos característicos.

¿Qué es lo que pensaríais que constituye un síntoma común? Desde luego veréis que los síntomas comunes son los que aparecen en todos los casos de sarampión; los que esperaréis hallar siempre en el sarampión. Sería raro hallar sarampión sin erupción: esto sería lo particular. Sabemos que la falta de la erupción es algo muy llamativo, y que significa molestias, y que es peculiar. O no se trata de sarampión, o la ausencia de la erupción es algo muy grave. Supongamos que se trata de un caso de fiebres. El paciente tiene un calor intenso, una fiebre corriente que aparece por la tarde y que dura toda la noche, con las manos y los pies calientes, temperatura alta, lengua seca, etc. ¿Qué diríamos de una falta de sed? Se diría que el síntoma común es que haya sed, pues cualquiera que tenga fiebre, desea agua. No hay nada tan natural para apagar el fuego como el agua, y la ausencia de sed en una fiebre es algo extraño, es algo raro y poco común, es particular y llamativo. En seguida os preguntaríais: "¿No es raro que no tenga sed con una temperatura tan alta?" Luego buscaríais entre los remedios que tienen falta de sed. No se os ocurriría buscar un remedio que tuviera sed.

De modo que la ausencia de los rasgos llamativos de una enfermedad constituye una particularidad relacionada con el paciente. Pues bien, lo que es patognomónico es común, porque es común en aquella enfermedad, pero la falta de lo que es patognomónico caracteriza aquella enfermedad en particular en aquel paciente, y el remedio específico será el simillimum. Es preciso conocer las enfermedades, no por la patología ni por el diagnóstico físico, por importantes que sean estas ramas de la Medicina, sino por los síntomas, el lenguaje de la naturaleza.

Una prescripción verdaderamente homeopática no se puede fundamentar sobre la patología o sobre la anatomía patológica, porque las experimentaciones de los medicamentos (o patogenesias) no han sido llevadas hacia aquella dirección. La Patología nos da los resultados de las enfermedades y no el lenguaje de la naturaleza apelando al médico inteligente. La Sintomatología es la verdadera materia que se debe conocer. Nadie que sea experto sólo en anatomía patológica y en síntomas patognomónicos puede hacer una prescripción homeopática. Además de la habilidad para el diagnóstico, debe tener un conocimiento particular; es decir, debe conocer la manera de expresión de cada enfermedad. El médico homeópata debe conocer cómo se

expresa cada enfermedad, en lenguaje, en apariencia y en sensaciones. Debe conocer cómo cada remedio afecta a la especie humana, en la memoria, en el entendimiento, en la voluntad, pues no hay otras cosas sobre las cuales pueda obrar el remedio; en cuanto a la mente se refiera, debe saber cómo afecta el remedio a las funciones, porque no hay otra manera en que el remedio pueda afectar al cuerpo del hombre. Ahora bien, si él sabe cómo la enfermedad se expresa en signos y síntomas, entonces sabe lo que constituye una enfermedad individual. un poco diferente de todas las demás. Es la manera particular en que la misma enfermedad afecta a diferentes pacientes lo que hace los síntomas extraños, particulares y raros. Aquello que es patognomónico en un remedio es lo que se debe estudiar más, pues es lo que está relacionado con el paciente. Este es el estado del entendimiento en el cual se debe mantener el médico homeópata, a fin de empezar el estudio, y cuando haya empezado a pensar de esta manera, entonces pueden estudiarse los síntomas de la enfermedad en cuanto a grado. Los síntomas de los remedios deben estudiarse especialmente en cuanto a orden o grado. Considerarlos todos como iguales porque están en el mismo nivel, es una incapacidad de hacer diferenciaciones o distinciones. Para algunos

médicos, un síntoma es igual a algún otro. Es un hecho que hasta cierto punto los síntomas están en una escala resbaladiza. Lo que es particular en un remedio, no es en igual grado particular en otro. Lo que puede ser particular en un caso crónico, como el tener sed, no lo es en un caso de fiebre. Aquello que puede ser cierto para un caso crónico en muchos respectos, puede ser todo lo contrario en un caso agudo. Los miasmas crónicos son los verdaderos opuestos o contrarios en su carácter u orden a los miasmas agudos, y éste es un hecho que el médico homeópata debe conocer. Si se presentara un caso llamativo de inflamación de la glándula parótida, y el paciente dijera: "No lo apriete, porque es muy doloroso"; ¿cómo clasificaríais esto: de común o de extraño? Si os detenéis en pensar tan sólo un momento, veréis que lo extraño sería que una glándula muy inflamada no fuese dolorosa, y que el dolor al apretar no es síntoma alguno útil para la prescripción, sino algo para conocer, para considerarse en la vista general del caso, y el remedio indicado al caso estaría adecuado si producía inflamación y dolor en el glándula. No hay nada sorprendente en esto: hay un grupo completo de remedios que han producido dureza, dolorimiento y sensibilidad de la glándula parótida. El indicado puede ser uno de aquellos o puede ser uno que nunca haya

producido estas cosas, si tiene los rasgos característicos del paciente.

En la enfermedad, los síntomas que no pueden explicarse son a menudo muy particulares; las cosas que se pueden explicar no son tan a menudo particulares; las cosas particulares son menos conocidas del hombre. Por ejemplo: Un paciente sólo puede estar sentado con los pies en alto. Por lo tanto, sus síntomas se anotaran: "Peor ,cuando pone los pies en el suelo". Y bien, ¿qué quiere decir con esto? "Pues que si pongo los pies al suelo, las nalgas tocan la silla y hay un sitio que duele." Ahora esto es muy diferente. Puede ser un viejo que tenga la glándula próstata muy aumentada de volumen, lo cual es a veces muy doloroso, y por esto hay mucho dolor cuando deja colgar los pies y la glándula viene en contacto con la silla. Así vemos que, en resumen, este caso revela que la próstata agrandada y dolorida empeora al apretar, y todo lo que hemos sabido de este síntoma es que la glándula es muy sensible al tacto, lo que es un síntoma común. Hay casos, sin embargo, en los que el paciente está aliviado, poniendo los pies al suelo; tomemos por ejemplo un caso de periostitis en el que el dolor se alivia por dejar colgando los miembros. Nadie puede decir el porqué esta mejor aquel miembro cuando cuelga de la cama, y nadie puede adivinar el porqué el paciente no puede

estar echado de espalda. Ahora bien. como esto es una condición que se encuentra en Coniurn, después de saber que Conium tiene aquel síntoma, nadie se extrañara de que todos los demás síntomas del paciente indiquen también Conium. Todos los demás son quizás síntomas comunes.

Ahora, cuando se piensa de esta manera en la ciencia, no se tarda mucho en adquirir el habito de apreciar los síntomas que aparecen en el "record" (registro del caso) los que son comunes, los que son de esperar y los síntomas raros.

Por una parte, vemos en los remedios ciertos síntomas que son generales. y por otra parte, los síntomas que son generales deben también tenerse en cuenta, a fin de examinar el registro del caso. Todo cuanto nos manifiesta el paciente mismo son cosas generales; todo lo que nos manifiestan cualquier órgano determinado,. son cosas particulares Así vemos cómo existen cosas generales, cosas comunes y cosas particulares; generales, comunes y particulares; unas veces, puede ser una condición o estado, y otras veces puede ser un síntoma. Hemos dicho que lo que el paciente afirma de por sí parecerá frecuentemente que es algo general. Cuando el paciente dice: "Tengo sed", efectivamente, aunque él siente

aquella sed en la boca, es toda su economía la que pide el agua.

Las cosas de las que se dice: "Yo siento", son aptas para ser generales. El paciente dice: "Tengo tanto calor", y si se le examina se encontrará que la cabeza quema, que hay calentura en la piel, calor en el ano, ardor en la orina y que toda región está afectada por el calor o ardor. Encontraremos que la palabra "ardor" es un rasgo general que modifica toda la enfermedad. Si fuera solamente en un órgano sería particular, pero las cosas que están relacionadas con todo el hombre son generales.

También cuando el paciente nos cuenta algo de sus afecciones, nos proporciona síntomas que son muy generales. Cuando nos habla de sus deseos o de sus aversiones, tenemos cosas tan estrechamente relacionadas con el hombre, que los cambios de estas cosas están marcadas hasta los propios resultados últimos. Cuando el hombre llega a aquel estado en que tiene aversión para su vida, vemos que éste es un síntoma general que se infiltra en toda su economía; este síntoma califica todos los síntomas y es el centro mismo de todos los estados y condiciones. Cuando se tiene el deseo de suicidarse, lo cual es una pérdida del amor a la vida, vemos por esto que ello radica en lo más interior de sí mismo. Las medicinas afectan

al hombre primeramente, porque perturban sus afecciones, perturban sus aversiones y sus deseos. Las cosas que le gustaba hacer están cambiadas y ahora anhela cosas extrañas. O el remedio cambia su capacidad de comprender y vuelve su vida en un estado de lucha y perturbación. Perturba su voluntad y puede traerle sueños molestos, que son verdaderamente estados mentales. Los sueños están tan estrechamente relacionados al estado mental, que cuando dice: "Anoche soné", esto es un estado general. Las cosas que están más cerca al hombre y su vida y su fuerza vital, son las cosas más estrictamente generales, y a medida que llegan a estar menos íntimamente relacionadas al hombre, llegan a ser cada vez menos generales, hasta que se convierten en particulares.

La menstruación nos da un estado que pudiéramos llamar general. La mujer dice: "Tengo mi menstruación de tal o cual manera"; no lo atribuye a sus ovarios ni a su útero; su estado general es diferente cuando ella tiene su menstruación. De modo que las cosas afirmadas por el propio "yo", las que se describen como: "Yo hago esto o aquello", "Yo siento tal o cual cosa", "Estoy cansado de vivir; prefiero morir", "Tengo mucha sed", "Me dan escalofríos a cada cambio de tiempo", "Me ahogo en una habitación caliente", etc., etc.,

son todos ellos síntomas generales. Las cosas que son generales son las primeras en su importancia. Después de recogidos estos síntomas, puede continuarse tomando los de cada órgano y averiguar lo que haya de particular en cada uno de ellos. Muchas veces se observará que las MODALIDADES de los órganos se hallan de conformidad con los síntomas generales. A veces sin embargo hay modalidades de los órganos que son particulares y opuestas a los síntomas generales. Por esto encontramos que los remedios parecen tener en un sujeto una cosa y en otro sujeto lo contrario de aquella cosa. En uno será un síntoma general mientras que en el otro será un síntoma particular.

LECCION XXXIII

El valor de los síntomas.

(Continuación.)

Es muy importante saber lo que se quiere decir con síntomas generales, comunes y particulares, y por tanto, voy a repetir un poco más. Los síntomas generales algunas veces no hacen más que completar a los particulares. Si examináis sólo una parte del cuerpo enfermo hallaréis únicamente los síntomas particulares. Si examináis tan sólo los síntomas del hígado, hallaréis los particulares de aquel órgano. Si examináis los síntomas del ojo o de cualquier otra región, considerada aparte de la totalidad del hombre, estaréis examinando los síntomas particulares. Pero después de haber recogido los síntomas particulares de cada parte o región del cuerpo y de ver que hay ciertos síntomas que los halláis entre los particulares de cada región, veréis que éstos llegan a convertirse en generales y son a la vez síntomas generales y particulares.

Lo que es aplicable a todos los órganos, puede aplicarse también al organismo entero. Lo que modifica todas las partes del organismo, es lo que está relacionado con el estado general. Cualquier cosa que el organismo afirma de sí mismo es también algo general. Hay, naturalmente, cosas que el organismo puede

decir de sí mismo, referentes a un solo órgano, y que será esto particular; pero la mayoría de las cosas que el hombre refiere de sí mismo son síntomas generales.

Consideremos, por ejemplo, los síntomas del sueño. Primeramente, podríamos pensar que están relacionados con el cerebro; pero el cerebro no duerme. "Estaba despejado toda la noche pasada". El paciente afirma algo de sí mismo, y por lo tanto es un síntoma general. O bien, dice: "Yo soñé", y es lo cierto que todo el hombre sueña. Puede decirse que es la mente la que sueña, pero la mente es el hombre. y por lo tanto, Podemos comprender cuán importantes son los síntomas del sueño y los referentes al dormir en la anamnesis de un caso. No es menos importante tampoco lo que la mujer nos dice de su menstruación: la menstruación es algo tan íntimamente relacionado con toda la mujer, que llega a ser síntoma muy importante. Los sentidos especiales, también están estrechamente relacionados con todo el hombre, de modo que los olores agradables y los desagradables, llegan a ser síntomas generales.

Hay ciertos olores que se relacionan más particularmente a la propia nariz, porque el olfato radica en ella, y por una condición patológica de la nariz se convierte así en un síntoma particular. El olor de la comida es

agradable cuando se tiene hambre, y esta sensación se relaciona con todo el hombre; pero cuando se tiene un vicioso catarro nasal con profundas alteraciones locales, hay perversión del olfato, lo que constituye un síntoma particular, pues está solamente relacionado con el estado de la nariz. Un paciente dice: "Yo veo tal y tal cosa", sin ver en realidad nada de ello: esto se refiere a los síntomas generales. Es hasta cierto punto "ver con el entendimiento". Pero cuando el ojo mismo es el que está afectado, los síntomas que se recogen son particulares, porque se refieren a la anatomía del ojo. Cuanto más relacionados están los síntomas con las partes del cuerpo, tanto más exteriores son: cuanto más relacionados están con los tejidos, tanto más probable es que sean particulares. Pero cuanto más relacionados están a lo más interno del hombre, tanto más generales llegan a ser.

Las cosas, por lo tanto, que están relacionadas con el hombre, son las que se deben escoger en las anamnesis y señalarlas primero. Después de recoger todos los síntomas de un paciente, deberíais escoger para el estudio primeramente todo y cuanto os refiera el paciente, todo lo que puede decir que siente así y así, lo que sufre de esto o de aquello. Hay que averiguar primeramente qué remedios están relacionados con estos síntomas. Algunas veces, cuando se

ha estudiado la anamnesis de los síntomas generales y seleccionado los remedios por medio de ella, os decidiréis por tres remedios o acaso por uno. En el noventa y nueve por ciento de los casos, se puede prescindir de los síntomas particulares, pues ellos están contenidos en los generales. Si hay solamente un remedio que tiene numerosos síntomas generales y con ellos cubre absolutamente, de un modo claro y fuertemente aquel caso, éste será el remedio curativo. Puede haber muchísimos pequeños síntomas particulares que parecen indicar lo contrario, pero no pueden contrarrestar a los generales. Los síntomas particulares no pueden indicar lo contrario de los generales. Un fuerte síntoma general dominara a todos los particulares que se puedan recoger. La "agravación por el calor" pondrá fuera de consideración Arsenicum en cualquier caso, sean cuales fueren los síntomas particulares.

Puede ser aconsejable que insistamos otra vez un poco más en los síntomas comunes. Algunas veces encontraréis en las mujeres que sufren un prolapso uterino, un síntoma común, pues es muy frecuente que os digan: "Siento una tracción hacia abajo en el vientre, como si los intestinos fueran a salir". Esto es un rasgo común y es un síntoma común. Con este síntoma no es posible hallar el remedio

indicado, pues lo poseen unas quince o veinte remedios. Podemos afirmar que todas las mujeres que tienen un prolapso, la mayoría aquejan esta sensación de tracción hacia abajo, como si el útero quisiera salir. Si tomamos en consideración este síntoma y lo seguimos, encontraremos que obra en diferentes maneras, que lo hallaremos entre los síntomas generales y los particulares. ¿Cómo decidir cuándo hemos de administrar Sepia, cuando Liliun tigrinum, cuándo Murex, cuándo Bell, cuándo Puls, cuando Nux vomica y cuando Natrum muriaticum? Para poder escoger de entre aquel grupo de remedios el curativo, es preciso estudiar a la par los síntomas generales y los particulares del paciente, pero los generales siempre primero. Si es una paciente de Nux vom., la que tiene el prolapso del útero, ¿qué os diría ella acerca de sí misma para dar a entender al médico que es Nux vomica lo que necesita? Ella tendría frío, o escalofríos, gran coriza. la nariz tapada en una habitación caliente: tendría un carácter muy irritable, regañón, capaz de matar a alguien, o de echar el niño al fuego, o de matar a su esposo. Probablemente tendría estreñimiento, acompañado de dolor cada vez que tratara de obrar; deseo frecuente e insuficiente de deponer, pasando poco cada vez... Enseguida veréis que tiene los síntomas generales de Nux

vomica, y cualquier síntoma particular que tenga estará de acuerdo con estos generales. y de este modo se va de los generales a los particulares. Todo el problema, como todo problema científico, debe estudiarse y seguirse desde lo general a lo particular.

Supongamos que Sepia esté indicado en esta mujer. Hallaréis también en ella ese síntoma común. Ahora. ¿qué hay en esta paciente que no tengan las demás? La sensación de caída hacia abajo del útero es igual a la de las demás; pero es que además de ella tiene una sensación terrible de hundimiento en el estómago, y sólo experimenta alivio cuando está sentada con las piernas cruzadas. Constantemente siente un bulto en el recto que le obliga a ir de vientre, pero no logra obrar en varios días; está amarillenta y enfermiza, habla de sus síntomas de bilis y tiene una mancha en forma de silla de montar sobre la nariz. Explica que tiene una aversión para sus niños, y siente mucho que no pueda amar a su marido como es debido. Es incapaz de demostrar amor a sus hijos. Aquí tenéis que cuanto ella relata de sí misma es general, y lo que ella dice de su recto y de su estómago es particular y aun peculiar. Ahora veréis que la "sensación de tracción hacia abajo del vientre." no es ni general, ni particular, sino que es un síntoma común.

Muchos de los síntomas de las regiones son a la vez comunes y particulares: particulares, porque son de regiones, y comunes, porque describen un estado. La escarlatina nos da un ejemplo de esto. Pondríamos en un grupo todos los síntomas llamativos que indican la fiebre escarlatina: mal de garganta, la fiebre, la historia y el período de pródromos. Los remedios para la escarlatina deben también tener estos síntomas; al igual que la enfermedad fiebre escarlatina. La apariencia de la escarlatina la hallamos entre las cosas comunes de Belladonna, Ailanthus tiene entre sus síntomas comunes la apariencia a la escarlatina; y así Apis como Rhus tienen también una burda apariencia de una escarlatina. Sulphur y Phosphorus también tienen una erupción que nos recuerda a la de la escarlatina. De modo que si hiciéramos un rubro para el Repertorio, pondríamos los nombres de todos estos remedios en un grupo común, y la llamaríamos "escarlatina".

Pero ¿cuándo vamos a administrar un remedio y cuándo otro? A veces, podemos comprender sus indicaciones de las manifestaciones locales, y otras veces de los síntomas generales. Por ejemplo: tomemos un paciente de Arum triphyllum: lo que encontraremos más llamativo en él es que se pellizca su nariz, y. los labios

hasta que sale sangre. Si se examina bien este estado se encontrará, que estas partes y los dedos hormiguean; que en las extremidades donde la circulación es débil y los nervios son abundantes. en los nervios de los dedos de las manos y de los pies, hay una picazón inusitada, un gran hormigueo y que continuamente se pellizca estas partes. Si se vigila un poco más, se verá que de las partes que él pellizca sale un líquido acuoso y sanguinolento y que desnuda la piel alrededor de las partes. Llega a ser una parte del estado general. Luego, en un caso de escarlatina, en que la erupción ha salido sólo parcialmente, es preciso tomar el lenguaje de la naturaleza. Os hablaba de Phosphorus. Phos., tiene una erupción típica de escarlatina. Suponed que tenéis un caso de la forma pútrida : la erupción se ha puesto muy obscura. la piel moteada y con aspecto como púrpura, y hay sitios del cuerpo que tienen tendencia a supurar; o hay una salida de líquido alrededor de ellos de donde sale pus y el caso es tan pútrido y ofensivo que tan pronto como entráis en la habitación notáis el horrible hedor. Si examináis el caso hallaréis que el niño no puede obtener bastante agua y no la puede obtener lo suficientemente fría. El rostro está hundido, los ojos hinchados y encarnados. Aparecen manchas de un carácter séptico mezcladas con las manchas de la escarlatina.

He aquí un caso de Phosphorus, y en el que Phos., detendrá el trastorno inmediatamente. Ahora bien, ¿qué es lo que habéis reco„ido para su prescripción? La evidencia del estado general. Se ve a través de todo este caso un estado de putridez y un estado cimótico. Podréis tener muchos casos de escarlatina maligna y hallaréis que con vuestros remedios los podréis manejar como se maneja un caballo indócil con las riendas.

GRADOS DE LOS SINTOMAS

Vamos ahora a referirnos al estudio de los grados. El valor de los síntomas se divide en tres grados. Los síntomas generales se dividen en tres grados: primero, segundo y tercero, y los síntomas particulares y comunes se dividen también en los mismos grados. Veréis que Boenninghausen os habla de un cuarto grado, pero efectivamente, estos remedios no forman un grado; son solamente remedios novicios que necesitan más demostración y una re-experimentación, y una confirmación clínica.

Los síntomas generales de primer grado son aquellos que todos o la mayoría de los experimentadores comprobaron en sí mismos. Por ejemplo, tomemos los síntomas de Apis "sofocación o ahogo en una habitación caliente"; todos los experimentadores de Apis o casi todos experimentaron este síntoma. Todos

los experimentadores de Pulsatilla se encontraban PEOR en una habitación caliente. No puede haber duda el este síntoma, pues todos los experimentadores han notado fuertemente este estado con igual intensidad. Kali hydriodicum, Pulsatilla, Iodium y Apis figuran entre los medicamentos que tiene aquel síntoma. en alto grado, en primer grado: "peor en una habitación caliente" y ahogo o sofocación en una habitación caliente. Ahora, cuando estos síntomas que han existido como generales entre los experimentadores, entran en la experiencia del práctico, y las curaciones obtenidas por ellos durante años confirman cumplidamente su eficacia en estos estados, siempre que sean oportunamente administrados, entonces estos remedios tienen completo derecho a este grado. Cuando sólo un experimentador haya registrado un cierto síntoma, puede ser dudosa la acción del remedio; pero errando varios experimentadores hayan registrado el mismo síntoma, entonces está confirmado. Cuando este mismo síntoma ha suprimido o curado por el médico, con el remedio. entonces puede decirse que ha sido comprobado. De modo que los síntomas son: 1). Registrados. 2). Confirmados por medio de la re-experimentación, y 3). Comprobados en los enfermos. Cuando varios experimentadores han observado que Pulsatilla está PEOR en una

habitación caliente, y esto ha sido confirmado por otros experimentadores, y luego comprobado por la curación de los enfermos, esto coloca enseguida a Puls., en el PRIMER GRADO DE ESTE ESTADO GENERAL. Suponemos que se trata de un caso que tiene algo en relación con la vejiga; Pulsatilla tiene un síntoma: "micción frecuente" que inmediatamente se clasifica como un síntoma particular porque está relacionado con una región. Ahora, si todos los experimentadores tenían la vejiga irritada cuando tomaban Puls., esto sería la confirmación del síntoma, y si cura el síntoma durante años la experiencia hace la comprobación y entonces se le coloca como perteneciente a Pulsatilla bajo el grupo de síntomas particulares y marcado con el grado más alto, con el PRIMER GRADO. Así mismo el síntoma de "tracción hacia abajo del vientre" que también tiene Pulsatilla, sería clasificado como síntoma común pero de PRIMER GRADO.

Supongamos que hubieran más síntomas que solamente hubieran aparecido en un corto número de los experimentadores; es decir, que no se hallan en toda la familia de los experimentadores, pero que han sido confirmados y a veces comprobados; entonces veréis que no tienen derecho a tanta consideración, y que por sus merecimientos

pertenecen al SEGUNDO GRADO, porqué no son tan marcados como los de primer grado, que produce estos síntomas a casi todo el mundo. Naturalmente que lo que es verdad en los síntomas generales, también será verdad de los síntomas comunes y particulares. Luego tenemos un TERCER GRADO. De vez en cuando, un experimentador presenta un síntoma que no ha sido todavía confirmado por la re-experimentación, pero que se destaca bastante bien, de un modo fuerte, y parece digno de un tercer lugar, o ha sido comprobado por curar enfermos. o, por otra parte, se admite ya como un síntoma clínico. A veces, los observadores cuidadosos han notado que ciertos síntomas que presenta un enfermo y que no están en las patogenesias, han cedido generalmente a un cierto remedio, y otros han confirmado esto con la experiencia clínica: estos síntomas son admitidos en el TERCER GRADO. Muchísimos de los síntomas del "cuarto grado" de Boenninghausen verdaderamente pertenecen al tercer grado, porque Boenninghausen era muy prudente con los síntomas que no habían sido comprobados jamás. Sus remedios de cuarto grado incluían los que él había recogido de su experiencia clínica y de los que tenía dudas de la conveniencia de colocarlos en el tercer grado, como también aquellos síntomas que se presentaban en los experimentadores y que no

habían sido debidamente confirmados o que no fueron comprobados. El los puso, por decirlo así, en un estante para la aprobación, luego de comprobarlos y aceptarlos.

LECCION XXXIV

La agravación homeopática.

La última cláusula del párrafo 154 del Organon dice: "Una enfermedad que no es de mucho tiempo, cede ordinariamente, sin muchos sufrimientos, a la primera dosis de este remedio", lo cual quiere decir que rara vez veremos una agravación que llame la atención en las enfermedades agudas, a menos que esta enfermedad haya llegado muy cerca de la muerte o que sea muy grave, o que, por haber durado muchos días, amenace y produzca un profundo decaimiento en la sangre y en los tejidos. Entonces veremos una agravación aguda, una gran postración, mucho sudor, agotamiento, vómitos y gran eliminación fecal y urinaria, que siguen a la acción del remedio. 1 le visto las más serias reacciones que parecían necesarias para el restablecimiento de la salud. Tal estado en una enfermedad aguda que ha seguido varios días sin remedio y con una amenaza muy grande, será para la enfermedad aguda lo que muchos años serían para una enfermedad crónica de larga duración.

Enfermedad de larga duración significa que ha progresado mucho en la economía; si decimos una enfermedad en un período muy avanzado de la misma, lo comprenderemos mejor. Si de la enfermedad han resultado cambios en los tejidos, entonces veremos agravaciones llamativas, y aun agravaciones de las que no se puede esperar el restablecimiento, tales como cuando encontramos profundos cambios en los tejidos, es decir, cuando los riñones o el hígado han sido destruidos, o en la tisis, en que han sido destruidos los pulmones.

Siempre deberíamos considerar muy bien si una enfermedad es aguda o crónica. Cuando no hay cambios en los tejidos, cuando no hay ningún resultado último de la enfermedad, puede esperarse que el remedio curara al paciente, sin ninguna agravación seria, sin ningún sufrimiento agudo, pues no hay ninguna necesidad de reaccionar de los serios cambios estructurales. Cuando hay una profunda condición séptica, en la que debe resultar tina piohemia, se encontrarán a veces vómitos y otras crisis de eliminación. En cuanto se establece una reacción de la fuerza vital en la economía, y mientras se restablece el orden, este orden, que parece ir acompañando a la reacción, comienza con un procedimiento de limpieza. Lo hace el mismo organismo, no es la

droga o medicamento quien lo hace; si se empleara una sustancia en bruto, la acción sería desde luego debida a la droga, pero la acción del medicamento dinámico es la de volver el orden en la economía. Así pasa también con la enfermedad crónica. Cuando la enfermedad crónica no ha producido resultados en cambios de tejidos, no puede haber ninguna agravación, en modo alguno; a menos que haya quizás una exacerbación de los síntomas, lo que es de un carácter diferente. Es el establecimiento del remedio como una nueva enfermedad en la economía en vez de la reacción, que corresponde al procedimiento de limpieza. Debe haber eliminación, como sabemos, probablemente del vientre o del estómago, por medio de vómitos, expectoración, o por los riñones, en aquellos casos en que, todo ha sido suprimido.

Puede parecerse a una agravación cuando se ha tenido durante años un miembro que estaba paralizado por una neuritis. Supongamos que después de haber administrado un remedio que va muy al fondo, que es un fiel específico en su verdadero sentido homeopático, aquel miembro comienza a molestar y el paciente a sentir como un arrastramiento de hormigas por el interior, un picor o comezón que no deja dormir durante días y noches; esto es debido a una reacción de los nervios de la parte, al ser

devueltos a una nueva vida, a la actividad. Yo he visto esto en parálisis. Si tomáis por ejemplo un nido que ha estado en un estupor durante mucho tiempo, por inacción del cerebro, los latidos que siente en la piel del cráneo, en los dedos de las manos y de los pies, es tan terrible, que el niño se revuelca y tuerce, que chilla, grita y llora, y que es preciso una mano de hierro por parte del médico, para impedir que la madre haga algo para acallarle, pues tan pronto como esto se haga, el niño tendrá una recaída, hasta la muerte. Esto es una reacción, de modo que por todas las partes entumecidas, o sea por donde la sangre empieza a fluir, las partes que tienen una circulación débil, donde los nervios empiezan a tener sensación, tenemos la reacción. que no es más que un resultado de aquella vuelta al orden. La parte que ha sido entumecida, que estaba casi muerta. cuando tiene lugar la circulación en ella, a fin de reparar sus tejidos, tenemos reacción que ha de ir acompañada de pena. Si el médico no puede mirar esto y soportarlo, tendrá que ver la aparición de grandes trastornos. Si él piensa que. ello es una indicación para otro remedio, estropeará su caso.

Hay que distinguir entre lo que es una reacción y lo que pide otro remedio. Estas cosas sólo se ven en Homeopatía, nunca en ninguna otra

práctica. A veces el médico se vuelve loco con estas reacciones; las hay que son terribles de mirar, y podrá, ser que le echen de la casa. Que lo tome como hombre, que tenga paciencia, pues la ignorancia de la madre o de los amigos no puede ser ninguna excusa para que él viole los principios ni una sola vez.

Una enfermedad de larga duración a veces no cede sin esta agravación y perturbación tumultuosa en la economía, y cuanto más arraigada, tanto más hay que luchar con los cambios de tejidos, y tanto más maravillosa, penosa y dolorosa es esta reacción. Cuando un paciente vuelve, después de cada dosis de medicina, con violenta reacción, con agravación violenta de la enfermedad, con violenta agravación de los síntomas. se sabe entonces que el mal está muy arraigado. Hay una diferencia entre los resultados últimos de una enfermedad y la debilidad absoluta de la fuerza vital. Hay un estado tal como de debilidad en la economía, como de actividad en la economía, con muchos cambios en los tejidos. En los pacientes débiles esperaréis una reacción débil o ninguna reacción después de administrar el remedio, pero en los casos débiles son de un carácter que no tienen muchos síntomas, y muy rara vez podréis encontrar un remedio verdaderamente específico.

Por ejemplo, suponed que tenéis un caso que está destinado a tener tisis, un caso meramente sospechoso. Administráis el remedio adecuado y hay una reacción violenta: un presentimiento de lo que tendría que pasar el enfermo dentro de unos años, si no lo curara este remedio. Puede sobrevenir un estado alarmante, que asuste al enfermo y le haga volver para decirnos que aquella dosis de medicina era terrible, que era un veneno. etc. Esto es la enfermedad medicamentosa, éstos son los síntomas del remedio, los síntomas del remedio que pronostican el futuro de aquel caso. porque si el remedio no fuera lo suficiente similar al caso, no podría hacer estas cosas. y, es por la similitud de enfermo y medicamento que éste pone en evidencia estos síntomas que aquél tenía en la sombra. Pero el remedio no le puede dar los síntomas que él no tiene. No puede darle los síntomas que no están relacionados con él, excepto en los casos llamados hipersensibles. Como sabéis. los hipersensibles son capaces de experimentar los más variados síntomas con cualquier cosa que les deis. Se debe saber si el paciente es un hipersensible y si está experimentando un medicamento, o si tiene alguna constitución vi gotosa y sufre una agravación. El remedio obrará, de un modo exagerado en los hipersensibles, y a veces en los de una constitución débil, especialmente en

aquellos que tienen una barbilla estrecha que retrocede, los que tienen los ojos hundidos y los que tienen la senilidad marcada en los ojos.

El siguiente párrafo es hasta cierto punto una continuación del presente.

ORGANON, § 155. "Digo, sin muchos sufrimientos, porque cuando un remedio perfectamente homeopático obra en el cuerpo, no son más que los síntomas análogos a los de la enfermedad los que trabajan para vencer y anular los últimos, usurpando su lugar"

Esto sólo es hablar por experiencia. Siempre que HAHNEMANN hace una observación semejante, no le da mucho valor, porque es cuestión de opinión.

Encontraréis como cosa natural en las enfermedades agudas, que si una agravación ligera sobreviene a los pocos minutos. no se le ocurra a nadie administrar otra dosis. El remedio es tan similar y penetra tan completamente, que difícilmente habrá nunca necesidad de repetirlo. Hay circunstancias, naturalmente, que harán necesaria la repetición, pero es tan difícil enseñar éstas, y tan difícil sentar reglas para indicar cómo y cuando, que el único plan seguro es empezar los casos sin repetir, dar dosis única Y esperar y

observar sus efectos. En pacientes vigorosos afectos de tifoidea. doy generalmente la medicina en agua, porque es fiebre continua, pero observo y espero, dándolo varios días, y a la más ligera señal de la acción del remedio, lo suspendo en seguida. Nunca varío en esto. En una fiebre donde el paciente sea débil, nunca debe hacerse esto para obtener una reacción inmediata.

En una fiebre remitente, la reacción puede venir en muy pocas horas, y, la dosis única debe ser la regla, mientras que en la tifoidea la reacción raramente viene en pocas horas; es cuestión de unos pocos días, y por esto la repetición es admisible. En los casos de tifus algo delicados, no hay que pensar nunca en la repetición. Cuanto más vigor hay en la constitución, tanto más puede cooperar el remedio con el vigor para producir una acción rápida y segura. Cuanto más débil es el paciente. tanta mayor precaución hay que tener en usar las dosis más pequeñas que se puedan administrar. En muchas enfermedades crónicas es posible producir una reacción en la primera noche; de aquí viene el peligro de repetir el remedio. Si el delirio se calma, o sale una humedad en la piel, y él duerme tranquilamente, no se debe administrar más medicina más allá de este estado. Hay casos de difteria en los que unas veces una repetición mataría, y otras veces, en

cambio, una repetición salvará la vida. Yo espero que algún día podré descubrir los principios.

En los casos serios y graves, la regla de conducta es sencilla: no repetir nunca el remedio mientras dure la reacción. Cuando la reacción ha cesado y hay tendencia a ir por otro camino, entonces puede ser necesario repetir, pero no debe hacerse una repetición mientras venga la reacción. Es algo muy importante para el médico homeópata ser capaz de conocer por los síntomas cuando viene la reacción, cuando haya cesado ésta y cuándo la reacción tenga tendencia de seguir por otro camino.

ORGANON, § 158. "Esta ligera agravación homeopática de la enfermedad durante las primeras horas, es feliz augurio que anuncia que la enfermedad aguda pronto curará, y que en gran parte cederá a la primera dosis."

Que una enfermedad natural pueda destruir a otra, por excederla en fuerza e intensidad, pero sobre todo por su similitud, es por completo la verdad y nada más que la verdad. De modo que cuando ocurra esta ligera agravación, muy rara vez habrá que dar otra dosis en un caso agudo. Cuando esta agravación no viene, cuando no hay ni la más ligera agravación de los síntomas, y el paciente parece mejorar poco a poco,

entonces es que el remedio demuestra que no ha obrado sobre lo más profundo, y que el alivio puede cesar en la enfermedad aguda, y cuando el alivio se detiene, es que la reacción ha cesado, y entonces, otra dosis de la medicina es la practica correcta.

El alivio que comienza sin ninguna agravación de los síntomas, no dura tanto en las enfermedades como cuando ha tenido lugar una agravación. Esta ligera acción del remedio sobre y por cima de la enfermedad, es una buena señal. Por otra parte, hallaréis que si el remedio no era enteramente similar, no habrá agravación a no ser en pacientes hipersensibles, y entonces será una agravación medicinal. Cuando encontréis que no hay ninguna agravación de los síntomas, en constituciones fuertes y vigorosas, cuando no hay absolutamente ninguna agravación, muy frecuentemente es que el remedio sólo ha sido parcialmente similar, y puede ser que necesite dos o tres de tales remedios para salvar a sus pacientes, donde un maestro sólo daría uno.

ORGANON, § 159. "Cuanto más pequeña es la dosis del remedio homeopático, tanto más ligera es la agravación aparente de la enfermedad, y ésta es proporcionalmente de más corta duración."

Esto fue escrito en el tiempo de los experimentos de HAHNEMANN con las que podríamos llamar dosis pequeñas, que variaban desde las potencias más bajas hasta la 30, y rara vez más altas. Había tenido experiencia amplia de la trigésima potencia y sólo excepcionalmente de la 60, pero no había podido observar las tremendas perturbaciones causadas por las atenuaciones altísimas. Según la traducción correcta (actualmente esto no sería exacto) se lee: "Cuanto más pequeña es la dosis de la medicina homeopática, tanto menos y más corta es la agravación de las primeras horas". Puede considerarse que significa una agravación aparente o una agravación aparente de la enfermedad. Ahora bien, como HAHNEMANN observase encontrará en varios de sus escritos que la enfermedad se ha intensificado y empeorado verdaderamente por el remedio. si el remedio es exactamente similar; pero si pasamos de las medicinas en sustancia. hasta llegar al grupo de las 30, obtendremos acciones cada vez más suaves y que tiene una acción curativa más profunda, y cuanto más pequeña sea la dosis de la medicina homeopática, tanto menos y más corta será la agravación. La idea fundamental es que hay una agravación en las primeras horas; esto es un asunto o tema que el mismo

párrafo admite, y ésta es la agravación de que habla HAHNEMANN.

A veces es lo cierto que después de la tercera o cuarta potencia de Belladona en una congestión violenta del cerebro, la agravación es violenta, y si la medicina no se interrumpe, el niño morirá. La propia enfermedad parece agravada, y el niño parece ser tan susceptible a Belladona, que diríase que los síntomas del medicamento se han añadido a los de la enfermedad; pero con la potencia 30, como observa HAHNEMANN, esta agravación es ligera y de corta duración. Ahora tenemos en esto una agravación exterior. Es la enfermedad medicinal producida por el remedio la que se ha añadido a la enfermedad natural. es un estado agravado de la enfermedad causado por el remedio. Es también lo cierto que algunas veces, a pesar de esta agravación, el paciente dice de uno u otro modo que él se encuentra mejor.

Esta agravación se prolonga innecesariamente por la administración de potencias demasiado bajas; también se prolonga por la repetición de dosis. Recientemente he observado un estado debido a dicha repetición: Envié a una mujer joven, verdaderamente robusta, de veinte años, una dosis de Bryonia para tomarla en seco sobre la lengua, pero ella la disolvió en agua y estaba tomándola así cuando, al final del segundo día. me mandaron a buscar, ya que

entonces parecía que iba a tener ella una neumonía. Tenía una tos dura y seca. "¿Qué tiene mi hija. señor doctor? ¿Se va a morir?" En realidad estaba haciendo una comprobación de la patogenesia de Bryonia. Suspendí el medicamento y a la mañana siguiente estaba bien. Esto se ha visto muchísimas veces, cuando la medicina era verdaderamente similar. Si la medicina no es del todo similar, sino sólo lo es parcialmente, puede quizás ser aún lo suficiente similar para realizar una curación, pero no se verán los resultados de que ahora hablo. Esto sólo se puede observar cuando se hacen prescripciones exactas y se hace este trabajo de prescripción lo mejor posible; sólo así se ven estas cosas en las mejores constituciones.

Naturalmente que la explicación de esto es que la paciente es igualmente sensible para la medicina que ha de curarla, como lo es para la enfermedad que padece. Así empeoran los estados enfermos por las repeticiones innecesarias y por no emplear dosis lo suficientemente pequeñas, es decir, las dosis que más se alejen de la sustancia en bruto. La tercera, la cuarta o la sexta potencias son muy peligrosas cuando se sabe prescribir muy bien. Cuando se prescribe mal, se demuestra poco de cualquier cosa. Naturalmente que cada día iréis prescribiendo potencias más y más altas cada

vez para apartaros lo más posible de lo que parece ser una dosis venenosa.

Esta acción difiere de la agravación de una potencia C. M.; mientras dura la acción de esta última, el paciente se encuentra decididamente mejor. Su acción es corta, decisiva, y solamente se agravan los síntomas característicos de la enfermedad. La enfermedad en sí misma no está agravada ni aumentada en intensidad, pero los síntomas de la enfermedad se destacan más claramente, se agudizan y, no obstante, el paciente dice: "Voy mejorando". Los síntomas son a veces algo alarmantes, pero hay mezclado con esto un rayo de luz que convence al paciente de que él se está curando. "Me encuentro mucho mejor esta mañana", dice el paciente, aunque los síntomas están más agudizados.

ORGANON, § 160. "Sin embargo, como es casi imposible atenuar bastante la dosis de un remedio homeopático para que éste sea susceptible de aliviar, agravar y curar perfectamente la enfermedad que le es análoga, fácilmente se concibe que toda dosis de este medicamento, no siendo lo más pequeña posible, debe ocasionar aún una agravación homeopática durante las primeras horas de haberla tomado." (I)

Se nos acusa hoy día de habernos apartado de HAHNEMANN. HAHNEMANN escribió, en una época de su vida, que la 30 potencia era lo suficientemente alta y lo suficientemente baja. Fácilmente se puede ver que debió haber sido en un período prematuro de sus investigaciones cuando hizo la observación de que la potenciación debía terminar en algún punto. Se nos acusa de apartarnos de HAHNEMANN, porque damos diferentes dosis de las que daba el Maestro. Ahora os voy a demostrar que esto no es así. Leed el siguiente párrafo:

ORGANON, § 279. "Ha sido completamente demostrado por las experiencias puras, que cuando una enfermedad no depende manifiestamente del estado de profunda alteración de un órgano importante, la dosis del remedio homeopático no puede ser nunca demasiado pequeña para ser inferior a la enfermedad natural, la cual puede, al menos, parcialmente extinguir y curar, con tal que sea capaz de producir tan sólo un pequeño aumento de los síntomas inmediatamente después de administrarla."

Ahora bien, si tomamos la 200 potencia y encontramos que agrava; si tomamos la 50 M. y encontramos que agrava; si tomamos la C. M., la M. M., etc., y encontramos que también

agravan, que todavía tienen fuerza para intensificar los síntomas, el remedio tiene aún poder curativo. Si tenemos la potencia tan alta que ya no sea capaz de producir una agravación de los síntomas, podemos entonces estar seguro de que ya no queda fuerza alguna medicinal. Tenemos ya la 13 M. M., y todavía no estamos al final (I).

(I) Aunque el DR. KENT sólo cita el número del párrafo, creo útil insertarlo aquí. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Lo que no hemos dicho nunca es que todas las potencias sean convenientes para cualquier caso. La potencia debe corresponder con el estado del paciente. Si jamás encontramos una persona que se agrava con sus síntomas, de una manera positiva y definida, aquella potencia debe ser comprobada. No nos hemos apartado de HAHNEMANN, sino que hemos obrado de acuerdo con sus doctrinas.

ORGANON, § 280. "Este axioma incontrovertible, basado sobre la experiencia, servirá como regla por la cual las dosis de todas las medicinas homeopáticas, sin excepción, deben atenuarse a tal grada, que, después de haber sido introducidas en el cuerpo, no

produzcan más que una agravación casi insensible de la enfermedad. Es de muy poca importancia el que la atenuación vaya tan lejos que parezca increíble a los médicos vulgares, cuya imaginación se alimenta sólo con ideas groseras y materiales. Todas las aseveraciones y argumentos vanos servirá de muy poco cuando se opongan a las doctrinas infalibles de la experiencia."

¿Puede cabernos ahora duda alguna de lo que quería decir HAHNEMANN cuando habló de las dosis más pequeñas?; Puede haber alguna duda que él quería decir atenuar y atenuar cada vez más alto hasta llegar a aquel punto en que no podemos observar la más ligera agravación de los síntomas? En una nota al párrafo 249 dice:

ORGANON. Nota al § 249. "Toda la experiencia nos enseña que apenas puede haber ninguna medicina homeopática que esté preparada en una dosis demasiado diminuta para que no produzca algún beneficio perceptible en la enfermedad a la cual está adaptada. Por lo tanto, sería una práctica impropia e injuriosa, cuando la medicina no produjera un hilen efecto, o una insignificante agravación de los síntomas."

Así el entendimiento no tendría más relación que con la minucia de la dosis. El médico tiene

tendencia a medir las dosis bajo el punto de vista de una dosis venenosa. El medirá un poco menos de lo que produciría envenenamiento, y lo llama una dosis. Debe verla, debe ser visible todavía. Esta no es la prueba que HAHNEMANN ofrece. HAHNEMANN presenta como dosis medicamentosa la que es capaz de producir una agravación de los síntomas. Vemos que no limita la atenuación, sino que la conceptúa ilimitada, y el final nunca encontrado.

- (I) Para obtener esta atenuación precisa diluir una gota de medicamento en 99 de alcohol, y dar una serie de sacudidas al frasco para obtener la atenuación inmediata; de una gota de ésta, repitiendo la dilución con otras 99 de alcohol, y dando las sucusiones correspondientes, se obtiene la segunda centesimal, y así siguiendo, se obtiene la tercera, cuarta, etc., etc. : y así, para obtener la que cita KENT, hay que repetir estas manipulaciones ¡13 millones de veces!! (NOTA DEL TRADUCTOR.), el que obráramos según la manera de la Escuela Antigua al repetir o aumentar la dosis, con la idea que no puede haber sido de provecho por causa de su excesiva diminutez."

Generalmente, prevalece la idea, no sólo entre los hahnemannianos estrictos, sino también entre la generalidad de los homeópatas modernos, de que la dosis de medicina sentada por HAHNEMANN es demasiado pequeña para curar. Esto es un grave error. Un aumento de la dosis no la puede hacer más homeopática. La similitud del remedio es lo primero, y la dosis es lo segundo; pero que la dosis de medicina que HAHNEMANN ha sentado sea demasiado pequeña es un error fatal. Por la experiencia de las clínicas, y considerando las cosas maravillosas que hemos repasado en las

doctrinas. vemos que tenemos muy poco que haber con las dosis, pues hay una gran amplitud y extensión maravillosa en la cuestión de estas dosis, y vemos también que no podemos sentar ninguna regla fija en cuanto a la mejor potencia para el uso.

De todo lo que hemos estudiado deberíamos sentar bien claramente, que la potencia trigésima es lo suficientemente baja para empezar el tratamiento de cualquier enfermedad aguda o crónica, pero dónde está el límite no hay mortal que lo pueda saber. Es preciso que sigamos las series para llegar a los mismos estados interiores que existen en grados en la medicina. Las diferentes potencias son distintas una de otra, algunas están muy apartadas la una de la otra, y sin embargo, conectadas invariablemente. Es una equivocación para todo homeópata sobrecogerse ante la idea de que la dosis de medicina sentada por HAHNEMANN sea demasiado pequeña para curar. Demuestra que la mente de quien tal piense está moldeada materialmente, que es inelástica y que no puede rendirse a las observaciones más altas, y que no es capaz de observar y seguir cada vez más alto a donde conduce la experiencia verdadera. A menos que el hombre tenga la verdad presente en su mente, sus experiencias serán falsas. Lo primero es tener presente la

verdad en la mente, y luego las experiencias serán buenas. Si su mente está en un estado de verdad, sus experiencias serán verdades. No se puede fiar en las experiencias de los hombres que no conocen lo que es verdad, tampoco no se les puede llevar a la verdad por estas experiencias falsas.

LECCION XXXV

El pronóstico después de observar la acción del remedio.

Después de haber hecho una prescripción, el médico comienza a hacer sus observaciones. La

futura suerte del paciente depende de las conclusiones que el médico deduzca de estas observaciones, puesto que su actuación debe descansar en gran manera sobre ellas y de su actuación depende el bienestar del enfermo, es decir: el que el enfermo obtenga un bueno o mal resultado. Si el médico no está familiarizado en la importancia de cuanto ve y observa, empezará por hacer cosas equívocas, hará prescripciones incorrectas, cambiará las medicinas y hará, en fin, cosas que perjudicarán al paciente. No hay absolutamente más que un camino para prescribir bien, y nada puede reemplazar a la inteligencia. Si preguntáis a muchos médicos respecto a lo que han observado después de administrar la medicina, encontraréis que la mayoría de ellos tienen solamente vagas nociones sobre este asunto y que nada ven ni observan después de hecha la prescripción. Las observaciones que yo voy a daros son el fruto de muchos desvelos, de largas meditaciones y de cuidadosas investigaciones. Si el médico homeópata no es un fiel observador, sus observaciones serán vagas e indefinidas, y con estas observaciones sus prescripciones serán también vagas e indefinidas.

Se admite hoy como cosa natural, que después de hecha una prescripción, si ella es adecuada, actúa sobre el organismo. Ahora bien; cuando

una medicina obra, comienza inmediatamente a efectuar cambios que se manifiestan por signos y síntomas. La naturaleza interior de la enfermedad aparece al médico por medio de los síntomas, ya que ellos son tan indicadores como las saetas del reloj. El médico debe vigilar y observar atentamente, a fin de que, según los cambios que se manifiesten en el organismo, sepa lo que ha de hacer y lo que no debe hacer. Verdaderamente, el homeópata no duda mucho en la mayoría de los casos respecto a lo que no debe hacer. Siempre hay alguna indicación para enseñarle lo que no debe hacer.

Si él es un observador atento y perspicaz, verá la indicación en cada caso. Naturalmente, si la prescripción no guarda relación con el caso que trata, es decir: si no efectúa cambio alguno en los síntomas del paciente, no tardara mucho en verse lo que hay que hacer: es tiempo perdido el empleado en observar aquella tonta prescripción, y esto deberíamos tenerlo en cuenta en nuestras observaciones. Las observaciones que tienen valor, son las que se hacen después que se ha administrado suficientemente un remedio específico (I) que guarda relación con el caso, y que por lo tanto es capaz de producir cambios en los síntomas del paciente.

(I) Sabido es que no hay específicos en Homeopatía en el sentido que corrientemente se da a la palabra. Para cada caso concreto de enfermedad, no hay otro "medicamento específico" que el indicado por la totalidad de los síntomas que presente el paciente. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Cuando empiezan a presentarse los cambios, ¿a qué se parecen? ¿Qué significan? ¿Con qué objeto se manifiestan? El médico cuando escucha el relato del paciente debe saber lo que pasa. Se conoce que el remedio obra, porque cambia los síntomas. La desaparición de los síntomas, el aumento de los síntomas, la mejoría de los síntomas, el orden de los síntomas, todo ello son cambios que efectúa el remedio y estos cambios son los que deben estudiarse.

Una de las cosas más comunes que hacen los remedios es: que agravan o mejoran. La AGRAVACIÓN puede ser de dos clases: o es una agravación de la enfermedad, en cuyo caso el paciente se siente peor, o es una agravación de los síntomas, en la que mejora el paciente. Una agravación de la enfermedad significa que el paciente se pone más débil, los síntomas se hacen más intensos; pero la agravación verdaderamente homeopática es aquella en la que empeoran los síntomas del paciente, mientras que a pesar de ella el paciente se siente mejor: es lo que el médico observa siempre que ha hecho una buena prescripción homeopática. Yo os digo que la agravación es verdaderamente homeopática cuando los síntomas están agravados, pero el paciente os dice: "Yo me siento mejor".

Ahora debemos estudiar los síntomas particulares referentes a estas alteraciones o

estados, es decir: tiempo y lugar de la agravación; cómo ocurre la agravación o las mejorías; duración de las mismas y otras muchas cosas que se presentan y que deben observarse y hacer juicio sobre ellas.

El paciente debe ser ante todo la finalidad del médico; todo su pensamiento, todas sus ideas deben concentrarse sobre el paciente para determinar si éste mejora o empeora, y debemos juzgar por los síntomas para saber si ocurre uno u otro cambio. Frecuentemente el enfermo os dirá: "Cada día me siento más débil", y sin embargo podéis conocer que lo que él dice no es verdad, pues los síntomas y su historia son guías mucho mejores que la misma opinión del enfermo. Muchas veces el enfermo os dirá: "Doctor, yo me encuentro mucho peor", y si examináis sus síntomas veréis que precisamente esta mejorando mucho; y al decírselo al enfermo y ver éste que estáis animados, esperanzados, el enfermo se siente ya mejor, se anima y quiere comer.

Por los síntomas también podréis saber si el enfermo está realmente más débil y si los síntomas toman un curso interior o exterior; tanto si él está animado, como si está desanimado, nosotros tenemos en los síntomas un guía seguro y del cual podemos fiarnos. En la Escuela Antigua no hay más guía que la información que da el enfermo; pero esta

información es de poco valor después de hecha una prescripción homeopática. Además. los síntomas deben confirmarse; la opinión del enfermo debe estar corroborada por los síntomas; los síntomas confirman en muchos casos lo que el enfermo dice: pero siempre para el médico los síntomas son la realidad más satisfactoria.

Otra observación general es necesario hacer, y es que: por los síntomas conoceremos si los cambios que ocurren son suficientemente interiores. Si los cambios que ocurren son exteriores el médico debe saber lo que ellos significan, pues por ellos ha de conocer si la enfermedad se está curando desde el interior. o si los síntomas solamente han cambiado según su naturaleza superficial. Las enfermedades incurables muy a menudo se alivian por sencillas medicinas que obran sólo superficialmente. actuando sobre el sensorio, sobre los sentidos, y aunque la legión avanza y progresa, está algunas veces mucho peor, sin embargo. el paciente se siente aliviado. Por lo tanto, por los síntomas podremos saber si los cambios que están ocurriendo, son o no de suficiente profundidad para que el enfermo pueda curarse. La dirección que toman los síntomas es suficiente para poder saber esto, especialmente en las enfermedades crónicas.

Un paciente entra en la clínica algo encorvado de hombros, con una tos cortada. que la tiene por espacio de muchos años; juzgáis al mirarle que hace tiempo está enfermo, que su cara es enfermiza, que esta inclinado y ansioso, devorado de inquietud y que sufre de pobreza, que va mal vestido y peor alimentado; después examinaréis todos los síntomas que presenta y por ellos veréis claramente que este enfermo necesita un antipsórico, pues los síntomas son cubiertos por él, y por la historia de la enfermedad deduciréis que lo necesitaba hace ya mucho tiempo. Por un examen detenido del enfermo, confirmáis que está indicado el antipsórico que habéis pensado; por el examen del pecho, veis que los movimientos respiratorios no tienen la expansión necesaria. y acabáis por diagnosticar una tuberculosis. Por la debilidad del pulso y otros muchos síntomas, confirmáis que este enfermo hace ya tiempo que viene empeorándose.

Le dais el antipsórico, y a los pocos días vuelve con una agravación aguda y total de sus síntomas: la tos ha aumentado, suda de noche y está más débil; al médico homeópata le place oír esto, pues le gusta que le hablen de exacerbaciones de lo síntomas; pero este enfermo vuelve al cabo de una semana y la agravación, no sólo persiste, sino que esta un poco aumentada, la tos es peor, la

expectoración le molesta más que nunca y los sudores nocturnos continúan; al fin de la segunda semana vuelve y aún está mucho peor; es decir, desde que tomó aquella medicina, ;todos los síntomas han empeorado! Antes de tomar aquella medicina se encontraba relativamente pasable, pero al final, de la cuarta semana se encuentra profundamente agravado. A la agravación no ha seguido mejoría y el enfermo se ve, claramente que va perdiendo y ya no puede venir al despacho porque está demasiado débil. Tal es la primera observación.

La PRIMERA OBSERVACION es por lo tanto: Una prolongada agravación y aniquilamiento final del enfermo. ,Qué hemos hecho en este caso? Sencillamente: NOS HEMOS EQUIVOCADO. El antipsórico era demasiado profundo y ha producido una destrucción. En este estado, la reacción vital era imposible, pues era un caso incurable. En seguida surge la cuestión: ¿Qué hemos de hacer en estos casos? No vamos a darles ningún remedio homeopático? El paciente rápidamente decae. Si dudáis de la acción de semejantes remedios y los continuáis dando, el enfermo empeorara cada vez más, y probablemente tendréis que firmar un certificado de defunción antes de tiempo.

En casos dudosos e incurables no deis más altas dosis que la 30 a la 200 potencia y

observar si la agravación va haciéndose demasiado profunda o intensa, o demasiado prolongada. En tales casos, hay muchos signos en el pecho para que el médico pueda dudar de si debe o no dar un medicamento profundo cuando la enfermedad orgánica es manifiesta. Naturalmente que esto no se refiere a los casos oscuros, o a los casos en que se teme que se presenten tales cosas, sino que se refiere a los casos en que estáis seguros de la existencia de tales enfermedades orgánicas. El ejemplo que hemos puesto. lo probable es que el remedio fue administrado demasiado tarde; el remedio intentó levantar las fuerzas de su economía, pero resultó que destruyó todo el organismo. En estos casos, empezad con una moderada baja potencia: la de 30 es suficiente para cualquier persona y cualquier caso.

Cuando el paciente no parece estar tan enfermo como el que acabo de describir, y se os presenta un poco antes en su historia, antes de que el trastorno haya ido tan lejos; si entonces administráis esta misma alta potencia y de la misma manera, entonces haréis una "segunda observación": A pesar de que la agravación es larga e intensa, se logra al fin una reacción o mejoría. La agravación quizá durará muchas semanas, pero después su débil economía parece que reacciona y en, este caso tenéis una

lenta, pero segura mejoría. Esto es una prueba de que la enfermedad no había progresado tanto, y que las alteraciones no son tan manifiestas. Al final de los tres meses el enfermo está en condiciones o preparado para otra dosis de medicina; se la dais, y observaréis que se repite lo mismo que la vez anterior; entonces deduciréis que aquel enfermo estaba a las puertas de la muerte, y que si hubiera tardado un poco más en venir a consultaron. la curación habría sido imposible. En casos dudosos siempre es bueno emplear las más bajas potencias, y siempre con precaución, estando preparado para antidotar la medicina si ella toma un falso camino.

Así pues, la SEGUNDA OBSERVACION es: Después de persistente agravación, lenta mejoría. Si al cabo de algunas semanas el enfermo se encuentra un poco mejor y sus síntomas están mejor que antes de tomar la medicina, entonces podéis tener alguna esperanza de que los síntomas acaben por tener una manifestación exterior en virtud de la cual alcancéis al fin la curación; pero por espacio de muchos años podéis encontrar con prolongadas agravaciones. Si halláis un enfermo de esta naturaleza, es que estaba comenzando en él algún profundo cambio en los tejidos de algún órgano. Observando la acción del remedio podréis saber el estado en

que se encuentran los tejidos de los órganos, y, por lo tanto, podréis deducir algo acerca del pronóstico del enfermo.

La TERCERA OBSERVACION después de administrar un remedio homeopático es: Agravación rápida, corta y fuerte, seguida de rápida mejoría del enfermo. Siempre que os encontréis con una agravación que viene rápidamente, pero que es corta y más o menos fuerte, veréis entonces que la mejoría del enfermo, será muy duradera. Cuando la mejoría es marcada, es que la reacción del organismo es enérgica, y en este caso es que no había tendencia a cambios estructurales de ninguna clase en los órganos vitales. Cualquier cambio estructural que pueda existir, lo encontraréis en superficie, en órganos que no son vitales; se formarán abscesos, y a menudo las glándulas de las que se pueden prescindir, supurarán abriéndose en regiones que no son importantes para la vida del paciente; estos cambios orgánicos, son cambios superficiales y en nada se parecen a los que tienen lugar en el hígado, riñones, en el corazón o cerebro. Debéis hacer una distinción mental, entre los cambios que tienen lugar en los órganos que son vitales, que llevan el trabajo de la economía, y los cambios orgánicos que tienen lugar en los tejidos del cuerpo que no son esenciales para la vida. Una agravación rápida, corta e intensa, es de

desear, porque va seguida de una rápida mejoría. De esta naturaleza es la agravación de los síntomas que se presentan a las primeras horas de haber tomado un remedio verdaderamente homeopático en las enfermedades agudas o durante los primeros días de un caso crónico.

En la CUARTA OBSERVACION, veréis una clase de casos en los cuales observaréis curaciones muy satisfactorias, y son aquellos en que después de administrado el remedio, no se presenta absolutamente agravación de ninguna clase; en estos casos no hay enfermedad orgánica ni tendencia a alguna enfermedad orgánica; la condición crónica en sí, para la que el remedio es conveniente, no es de gran profundidad y pertenece a la función de los nervios más bien que amenazar alteraciones en los tejidos. Hay que comprender que existen cambios y alteraciones de los tejidos, tan marcados, que alteran la fuerza vital de la economía, pero a pesar de ello, son tan sutiles, que el hombre con todos sus instrumentos de precisión no puede descubrirlos. En tales circunstancias nosotros podemos tener agudos sufrimientos, y podemos obtener su curación sin ninguna agravación. En los casos en que no hay agravación sabemos que ello es debido a que se administró el remedio exactamente en la potencia necesaria para el caso, pero no

siempre encontraréis que las cosas sucedan así. Si habéis administrado una potencia que no es la apropiada, ya por ser muy en bruto, ya por demasiado alta, a vuestro enfermo, aunque solamente se haya producido una alteración nerviosa en el organismo, os encontraréis con una agravación de los síntomas. En las curaciones que se obtienen sin ninguna agravación, sabemos que ello es debido a que hemos administrado la potencia apropiada del remedio curativo, pues vemos que los síntomas van desapareciendo y el enfermo recobra la salud de un modo regular y tranquilo. Este es el mejor modo de obtener la curación en las afecciones agudas, aunque el médico estará más satisfecho si al principio de su prescripción observa una ligera agravación de los síntomas. La CUTARTA OBSERVACION se refiere, pues, a los casos en que hay restablecimiento del enfermo sin agravación.

La QUINTA OBSERVACION es: La mejoría viene primero y la agravación sigue después. A veces veréis pacientes de aspecto enfermizo, tan enfermos como aquel que os describí en el primero o segundo ejemplo; entran en vuestro despacho, y después de largo estudio administráis un remedio; el enfermo vuelve a los pocos días diciéndoos lo mucho que mejoró inmediatamente después de haber tomado la medicina, y actualmente, después de tres o

cuatro días, parece que ha tenido una notable mejoría, una pronta acción del remedio; el enfermo os dice que está mejor, y los síntomas realmente parece que han mejorado, pero esperáis, y al cabo de cuatro o cinco días, o de una semana, os encontráis con que todos los síntomas están peores que cuando lo visteis por primera vez; esto no deja de ser bastante frecuente un casos graves, en casos de muchos síntomas. obtener con el remedio una inmediata mejoría, pero, a pesar de todo, la situación es desfavorable.

O el remedio era sólo un remedio superficial, y sólo pudo actuar como paliativo, o el enfermo era incurable y el remedio tan sólo estaba algo indicado para el caso. A una de estas dos conclusiones debe llegarse. y esto sólo puede conocerse por una re-experimentación del caso y por encontrar que los síntomas guarden relación con el remedio. Por un estudio ulterior del caso descubriréis algunas veces que la prescripción era equivocada, y veréis que el remedio era sólo similar para los síntomas más graves, pero que no cubría todo el caso, que no afectó al estado constitucional del paciente, y entonces deduciréis que el enfermo era un caso incurable y que habíais hecho una selección desacertada. Lo mejor para el paciente sería que los síntomas volvieran exactamente tal como eran antes, pero lo más frecuentemente,

los síntomas vuelven cambiados, y entonces debéis esperar, a pesar de los serios sufrimientos del enfermo, para obtener la imagen de la enfermedad, y el enfermo esperará mucho si el médico le confiesa con franqueza que la elección del remedio fue equivocada, pero que confía que la próxima vez lo hará mejor. Es una cosa extraña, pero los enfermos os tendrán mayor confianza si les decís la verdad. La confesión de la propia equivocación engendra confianza en el enfermo inteligente.

En los casos incurables, la más alta, las más altísimas potencias actuarán durante mucho tiempo. Al decir actuarán, hablo sólo aparentemente, pues debiera decir: que aquellas potencias pareen actuar durante mucho tiempo a pesar de que el remedio obra inmediatamente y establece un estado de orden en el enfermo, después del cual es inútil dar una medicina. Este orden continuara por bastante tiempo, algunas veces durante varios meses, y el enfermo. en adelante, se encontrará igualmente bien sin medicina, y seguirá mejorando sin aquella medicina que le ayudó tanto al principio. En los casos curables, en los de buen augurio, continuara la mejoría por largo tiempo y estarán muy aliviados de sus síntomas. Ahora, si el enfermo vuelve al final de la primera, segunda o tercera semana y os dice

que cada día ha ido mejorando desde que tomó la C. M. de Sulphur, y al final de la cuarta semana vuelve y os dice: "He perdido todo lo que había mejorado", entonces debéis meditar y pensar: ¿El enfermo ha hecho algo para destruir la acción del remedio? ¿Es un bebedor? ¿Ha manipulado sustancias químicas? ¿Ha estado bajo la acción de los gases amoniacaes? No, él no ha hecho ninguna de estas cosas.

Entonces ésta es una condición realmente desfavorable.

Cuando una medicina actúa sólo unas cuantas semanas, siendo así que debía actuar durante unos meses más, entonces debéis sospechar de aquel enfermo; si nada ha interferido la acción de aquella medicina en la economía, debéis sospechar de este caso.

La SEXTA OBSERVACION es, pues: alivio demasiado corto de los síntomas; el alivio, después de dar el remedio constitucional, no continúa el tiempo suficiente, no dura tanto tiempo como debía durar. Si examináis la tercera condición, veréis que hay rápida agravación seguida de duradera mejoría; pero en esta sexta tenéis que la mejoría es de corta duración. En los casos donde veáis una inmediata agravación, y después una rápida desaparición de los síntomas, nunca veréis, pero absolutamente nunca veréis, una acción demasiado corta del remedio, o en otras

palabras: una mejoría demasiado corta del remedio. Si veis una rápida desaparición de los síntomas, esta mejoría durará; si no dura, es porque hay alguna condición que interfiere la acción del remedio, ya sea inconsciente por parte del enfermo hecha intencionadamente. Una rápida desaparición de los síntomas quiere decirlo todo: quiere decir que el remedio ha sido bien elegido, que la energía vital está en buen estado; y es natural que si todas estas cosas van bien, la curación sea un hecho.

En los casos agudos podemos ver esta demasiado corta mejoría de los síntomas; por ejemplo: una dosis de medicina dada en una fuerte y violenta inflamación del cerebro, puede hacer desaparecer todos los síntomas en una hora. Entonces pensaremos que este enfermo se encuentra en una situación desesperada, porque la mejoría es demasiado corta. La acción de Belladona en algunos estados muy agudos de pacientes congestivos, es instantánea. En cinco minutos yo he observado cómo se presenta esta mejoría; pero la mejor clase de mejoría es aquella que viene gradualmente después de una hora o dos; entonces probablemente la mejoría será permanente. Cuando la mejoría es demasiado corta en los casos agudos, ello es debido a que existe tal grado de acción inflamatoria, que los órganos están amenazados a causa de la rápida

continuación del proceso. En los casos crónicos, una mejoría demasiado corta quiere decir que existen alteraciones estructurales y los órganos están destruidos, o en vías de destrucción, o en una situación muy precaria. Estas alteraciones no siempre son diagnosticables en vida, pero ellas están presentes, y un buen clínico que haya trabajado serenamente durante varios años, con frecuencia será capaz de profetizar el significado de los síntomas sin necesidad de ningún examen físico, y por lo tanto, podrá hacer el pronóstico del enfermo.

El médico inteligente que sabe hacer tales augurios en una familia, causará tal buen efecto, que la familia creerá que él sabe mucho más que otro médico cualquiera, y el homeópata puede hacer esto, porque conoce mejor que nadie todo lo referente a la constitución del enfermo. Para conseguir esto hay que estudiar los síntomas del enfermo, la acción que producen los remedios en el enfermo y estudiar los síntomas que le producen después de tomarlos. Todo esto capacita al médico para conocer la reacción de un enfermo determinado; y así conoce si la reacción de los remedios es lenta o rápida, y sabe como los remedios actúan en cada miembro de la familia. Todo esto necesita conocer el médico: lo que se logra cuando ha cuidado a una familia durante algún tiempo. El

viejo médico de cabecera está en posesión de estos datos, mientras que el estudiante y el médico novel tienen que aprenderlo todo.

SÉPTIMA OBSERVACIÓN.- De vez en cuando veréis: Una total mejoría de los síntomas, pero sin particular alivio del enfermo. Esta es la séptima observación. En estos enfermos existe alguna condición latente, o existen ya en sus órganos algunos trastornos que impiden el que la mejoría vaya más allá de ciertos límites. Un enfermo con sólo un riñón, solamente puede mejorar hasta cierto punto; y así los enfermos con cambios estructurales fibrinosos de ciertos sitios, tubérculos enquistados y pulmones capaces tan solo de hacer un trabajo limitado, presentarán síntomas que lograremos mejorar de vez en cuando con los remedios, pero el enfermo sólo será curable hasta cierto grado y no puede ir más allá y vencer tal estado. Hay que recordar esto cuando, después de haber administrado varias medicinas y habiéndose presentado la mejoría, ésta dura tan solo mientras dure la acción de los remedios; pero el enfermo, durante este tiempo, no puede sobreponerse a su propio modo de ser. Los remedios actúan favorablemente, pero el enfermo no está curado ni nunca podrá curar; en este caso el enfermo solo es aliviado, y este conveniente alivio se logra con remedios homeopáticos.

OCTAVA OBSERVACIÓN.- Algunos enfermos comprueban o re-experimentan los remedios que se les prescriben. Son enfermos propensos al histerismo, enfermos fatigados, extraordinariamente sensibles a todas las cosas; son enfermos cuya idiosincrasia es muy sensible, y todos estos pacientes hipersensibles son frecuentemente enfermos incurables. A estos enfermos les administráis una dosis de una alta potencia, y despierta en ellos los síntomas de una patogenesia, y mientras están bajo la influencia de aquella medicina, ellos no experimentan la influencia de ninguna otra cosa. La medicina se apodera de ellos y actúa como lo hace la enfermedad; es decir, el remedio tiene su propio prodrómico, su periodo de estado y su periodo de declinación. Tales pacientes son excelentes experimentadores, ellos experimentan síntomas con las más altas potencias; cuando encontráis un enfermo sensible a cualquier remedio que le deis, aún en las más altas potencias, volved a las 30 y 200. Estos enfermos son de los más fastidiosos; frecuentemente curaréis sus enfermedades agudas dándoles la 30 y la 200 potencia, y aliviaréis sus enfermedades crónicas dándoles la 30, la 200 y la 500 potencias. Muchos de ellos nacen y mueren con esta sensibilidad; ellos no son capaces de sobreponerse por encima de este estado de sobre-irritabilidad y

de surmenaje. Estos enfermos hipersensibles son muy buenos experimentadores para el médico homeópata, cuando acaban de comprobar la patogenesia de un medicamento, están pronto dispuestos a repetir con una nueva y continuar con otra.

LA NOVENA OBSERVACIÓN.- es la acción de las medicinas sobre los experimentadores. Los experimentadores sanos, resultan siempre beneficiados por las experimentaciones o comprobaciones de medicamentos, siempre que éstas sean dirigidas convenientemente. Es bueno observar cuidadosamente los síntomas constitucionales referentes al individuo que se convierte en experimentador, y estos síntomas se escriben aparte y se restan del resultado de la experimentación. Estos síntomas, generalmente, no aparecerán durante las experimentaciones de los remedios, pero si se presentan, hay que anotar las variaciones que ofrecen.

La DECIMA OBSERVACION se refiere a los nuevos síntomas; que aparecen después de tomar el remedio. Si después de administrar un remedio se presentan un gran número de síntomas nuevos, esto demostrara generalmente que la prescripción no fue acertada o que fue perjudicial. Ahora y entonces la aparición de nuevos síntomas será simplemente la manifestación de un nueva

síntoma que el enfermo no ha observado, y que él cree que se trata de un síntoma nuevo. Cuanto mayor es la intensidad de los nuevos síntomas que aparecen después de administrar un remedio, tanta más duda habrá respecto de la prescripción. Lo probable es que después que estos nuevos síntomas hayan desaparecido, el enfermo volverá a su primitivo estado, y no tendrá lugar mejoría alguna; esto prueba que no existía verdadera relación homeopática entre los síntomas y el remedio.

La UNDECIMA OBSERVACION es cuando se vea reaparecer los viejas síntomas. La enfermedad es curable en la misma proporción con que retornan los viejos síntomas que habían desaparecido durante largo tiempo. Sólo habían desaparecido porque los nuevos síntomas han aparecido. Es cosa corriente que los viejos síntomas reaparezcan después que la agravación se ha manifestado, y de aquí que veamos desaparecer los síntomas en un orden inverso del en que vinieron; aquellos síntomas que estaban presentes desaparecen y los síntomas viejos continúan surgiendo. El médico debe saber conocer que el enfermo está en camino de curarse, y es bueno decir al enfermo que esto es una buena señal. Los viejos síntomas a 'menudo se van y vuelven sin que cambiemos la medicina. Esto indica que la medicina debe dejarse sola. Si los viejos

síntomas vuelven y se estacionan, entonces, generalmente, es necesaria una repetición de la dosis.

DUODECIMA OBSERVACIÓN.- Algunas veces observaréis que los síntomas toman una dirección equivocada. Por ejemplo: hacéis una prescripción para un reumatismo de las rodillas o de los pies, o para un reumatismo de las manos, e inmediatamente tiene lugar el alivio del reumatismo de las extremidades; pero el enfermo se agrava, quejándose de violentas molestias en la región cardíaca, o en la columna vertebral; entonces os dais cuenta inmediatamente de que ha tenido lugar una transferencia (I) desde la periferia al centro, y debéis antidotar inmediatamente el remedio, o, de lo contrario, sobrevendrán alteraciones estructurales en aquella nueva localización. Cuando las enfermedades van del centro a la periferia, saliendo de los centros de la vida hacia afuera del corazón, de los pulmones, del cerebro y médula, salen desde el interior hacia las extremidades; esto es una buena señal. A esto es debido

(I) En el actual lenguaje médico, "una retropulsión". (NOTA DEL TRADUCTOR)

el que la mayor parte de los gotosos se encuentren mejor precisamente cuando sus

manos y sus pies están más inflamados. Si al prescribir para estos trastornos de las extremidades veis que el corazón se perjudica, eso es una de las cosas más desagradables, porque esto va seguido de una tendencia gradual a acabar mal. Las erupciones en la piel y las afecciones en las extremidades son buenas señales. Yo recuerdo que, una vez, una vieja me despidió de su casa con grandes insultos y con palabras soeces, porque cuando ella me llamó, podía andar, y después de tomar el remedio, se le habían hinchado los tobillos con reumatismo y que no podía ni moverlos. Aquella enferma fue a ver a otro doctor, pero pronto murió. Hay siempre un gran peligro. al seleccionar un remedio guiado por los signos exteriores; por ejemplo, elegir un remedio que sólo corresponda a los síntomas de la piel, ignorando el estado general del paciente; porque si bien es verdad que aquel remedio guarda relación con la piel, sólo puedo estimular aquella enfermedad cutánea y hacerla desaparecer, pero el enfermo en sí no está curado. Este paciente continuará enfermo hasta tanto que no aparezca la erupción otra vez o se localice en otro lugar.

LECCION XXXVI

La segunda prescripción.

La segunda prescripción puede ser una repetición de la primera, o puede ser un antídoto, o un complemento; pero ninguna de estas cosas puede hacerse, sin haber estudiado completamente el "record" (registro del caso), de modo que el primer examen, y todo lo que desde entonces haya surgido, haya sido estudiado de nuevo cuidadosamente, a fin de que sean otra vez presentados a la inteligencia del médico. Esta es una de las dificultades con que se ha de luchar cuando los pacientes cambian de médico, y una de las razones por que los pacientes no mejoran después de tal cambio.

El verdadero médico homeópata conoce la importancia de esto, y procurara averiguar la primera prescripción. Si el médico anterior es un homeópata estricto, será él el más competente para hacer la segunda prescripción. Frecuentemente es un perjuicio para el paciente caer en manos de un segundo doctor, no

importa cuánta Materia Médica pueda saber. La medicina que ha curado el caso parcialmente, a menudo puede terminarlo de curar, y esta medicina no debería cambiarse, a no ser que existieran buenas razones para hacerlo. Es cosa muy común que vengan a mi pacientes de manos de buenos "prescriptores" (I) ; a todos les digo que se queden con "su médico", pues, yo no los quiero.

- (I) Una vez más he de indicar que no hallo en español palabra que dé el sentido exacto de la inglesa "prescriber". El ideal del alópata es, en realidad, el "diagnosticar"; el del homeópata lo es el "prescribir". Por esto son insuficientes o inadecuadas las palabras "prescriptor" o "recetarista" para dar idea del médico que domina la Ciencia y el Arte de prescribir de acuerdo siempre con la Ley de Similitud. (NOTA DEL TRADUCTOR.)

Estos cambios, muy a menudo, son perjudiciales para el paciente, a menos que éste traiga un "record" (registro del caso) completo, sobre todo en aquellos casos que han sido curados parcialmente, y en los que el remedio haya obrado debidamente. Si el paciente no tiene excusa razonable para dejar a su médico, es realmente un perjuicio para el paciente que un médico acepte los pacientes de otro en estos momentos. No es por una cuestión de ética, ni por entibiar la relación de un médico al otro, pues los amigos pueden perdonar esto, sino que, además, es algo fastidioso para el nuevo médico, porque sólo después de una molesta inspección de todos los síntomas, un médico inteligente será capaz de hacer una segunda prescripción. Como regla general, si la primera prescripción ha sido beneficiosa, debería dejarse hasta que haya hecho todo lo que ella pueda hacer. ¿Cómo puede saber esto el otro médico? En este caso,

el deber del médico para con su paciente es primeramente el de persuadirle de que vuelva a su primer médico.

La regla es, que después de la primera prescripción correcta y homeopática. los característicos llamativos para los cuales el remedio fue administrado, han desaparecido, ha sobrevenido un cambio, y los síntomas guadores del caso han sido eliminados, y sólo quedan los síntomas Comunes y triviales. Es cierto que si el médico esperara lo suficiente, vería la reaparición de aquellos síntomas, pero, generalmente, cuando un paciente entra en el consultorio del médico, éste se apresura a hacer una prescripción, y no espera el tiempo debido. Inmediatamente formula guiado por los "síntomas que han quedado", y esto es uno de los peligros que se han de evitar al hacer una segunda prescripción precipitadamente. Hay que compadecer a los pacientes que caigan en manos de tales homeópatas. :Muchos pacientes que lean mejorado maravillosamente con la primera prescripción, me han dicho: "El Dr. Fulano de Tal me ha beneficiado muchísimo durante algún tiempo, pero luego parecía incapaz, de hacer algo de provecho para mí". En estos casos, lo que pasó fue que la primera prescripción era correcta, había sido debidamente escogida, pero después de aquélla, el médico administró tan precipitadamente e indistintamente sus medicinas, que no logró mejorar ya más el caso. la falta fue que él no esperó el tiempo suficiente, y esto sucede lo mismo si el médico es tan excesivamente concienzudo que no quiere dar *Sacharum lactis*, como si él es tan ignorante que no sabe si tiene que darlo; en uno y otro caso el resultado es el mismo.

La prematura repetición de un remedio y la continuación del mismo, impiden que se presente una oportunidad para hacer una segunda prescripción. Si el médico administra un remedio bien escogido y lo repite demasiado pronto, no da ocasión a que vuelvan los síntomas e indiquen una segunda prescripción, sino que vendrán mezclados con los síntomas de la droga, de tal manera, que no se podrá hacer una segunda prescripción racional.

La segunda prescripción presupone que la primera ha sido una prescripción correcta, que ha obrado, y que se la ha dejado sola. Si la primera prescripción no ha actuado curativamente, o no se la ha permitido actuar todo el tiempo necesario, es imposible obtener una segunda observación. La segunda observación se hace cuando el caso llega a una situación estacionaria, puesto que, después que se ha hecho la primera prescripción, ocurren cambios; se observa una aparición y desaparición de los síntomas, y mientras que ocurren estos cambios, no puede hacerse ninguna observación racional del caso; si durante este tiempo se hace una segunda prescripción, se inutiliza todo el caso. Si al paciente no se le da un perfecto descanso, si no se apartan del caso todas las medicinas, no tendremos ninguna oportunidad para hacer una segunda prescripción racional. Pero si se toman estas precauciones, entonces podemos verdaderamente hacer una observación a la

vuelta de los síntomas originales, lo cual es la primera cosa que debemos tener en cuenta. Quizás no serán tan marcados, pero esto es lo primero que tenemos que esperar: la vuelta de los síntomas originales. Mientras dure la confusión, después de administrado el remedio, mientras se está estableciendo el orden interno en la economía, no tendremos la vuelta de los síntomas originales. Esto puede ser cuestión de días, semanas o meses, pero si no se observa la vuelta de los síntomas, ¿qué hay que hacer? Sin los síntomas, ¿qué puede hacer el médico homeópata. Cualquiera que sea el estado del paciente, ¿qué puede hacer el médico sin síntomas. No existe en la tierra, fuera de los signos y síntomas, ninguna otra guía para la elección del remedio; por lo tanto, el deber del inédito es el de esperar la vuelta de los síntomas originales.

Si los síntomas vuelven casi como ellos eran, diferenciándose ligeramente en su intensidad, ya sea en aumento o en disminución, esto es buena señal. Si el paciente no ha tenido presentes estos síntomas durante algún tiempo, si ha habido un alivio causado por la primera prescripción, y entonces vuelven los síntomas algo semejantes a lo que eran originalmente, ésta es una de las razones para creer que la prescripción ha sido buena. Si, después de un intervalo de dos o más meses, los síntomas

originales vuelven, necesitamos poca información a más de ésta para saber que la primera prescripción fue buena. En tal caso, cuando los síntomas vuelvan, cuando el paciente tiene los mismos generales y particulares como antes, significa que la primera prescripción fue buena, que el caso es curable, y que la segunda prescripción debe ser una repetición de la primera.

Otra de las razones para hacer una segunda prescripción es la aparición de un conjunto de síntomas nuevos, que toman el lugar de los viejos; los síntomas viejos no vuelven; pero vienen síntomas nuevos que ocupan su lugar. El paciente dice: "Bien, doctor; usted me ha curado los síntomas que tenía, pero ahora tengo éstos". El médico, después de examinar cuidadosamente estos nuevos síntomas, inmediatamente busca su patogenesia, y es posible que él encuentre que estos síntomas los tiene la droga que ha administrado, y entonces resulta que ha hecho una especie de experimentación de aquella droga. Pregunta al paciente si tuvo alguna vez semejantes síntomas, y él dice: "Nunca, que yo recuerde, doctor". Vuelve a examinarle cuidadosamente para ver que no se equivoque, hasta convencerse de que verdaderamente se trata de síntomas nuevos. Si esto es así, es que el remedio no ha obrado debidamente no era

homeopático al caso; y, sin embargo, fue una prescripción desgraciada, porque ha hecho progresar a la enfermedad en otra dirección. desarrollando otro grupo de síntomas.

Esta aparición de nuevos síntomas significa que es preciso antidotarlos si es posible. Los síntomas nuevos mezclados con los viejos deben ser estudiados otra vez, y el segundo remedio debe corresponder más particularmente a los nuevos que a los viejos; pues esto puede hacer que desaparezcan los síntomas nuevos y además es posible que tenga un efecto sobre los síntomas viejos. En cualquiera prescripción subsiguiente deben tenerse en cuenta todas las cosas que la han precedido. todas las condiciones que han surgido, y en la tercera, cuarta, quinta o sexta prescripción, se tienen que vencer las mismas dificultades que se han tenido que vencer en la segunda. Si la primera prescripción fue desgraciada, todas las demás se harán con dificultad y con miedo.

Cuando el caso llega simplemente a una situación estacionaria, es raro que necesite una nueva prescripción. Hecha la primera prescripción, los síntomas comienzan a cambiar de una manera ordenada; cambian y permutan, y surgen síntomas nuevos, pero finalmente los síntomas vuelven a su estado original. no son bastante marcados para concederles alguna

importancia; y todo esto sin ningún sufrimiento especial para el paciente; en una palabra: el paciente ha llegado a un estado estacionario. El paciente dice: "No tengo síntomas, pero. a pesar de esto. no mejoro y parece que he llegado a una situación estacionaria". Esto lo dice como para sí mismo, no con referencia a los síntomas. Ha llegado, efectivamente, a una situación estacionaria.

En este caso, el deber del médico es esperar, y esperar bastante tiempo; pero si después de muchos meses no aparecen síntomas exteriores, ni hay tendencia de la enfermedad a exteriorizarse. entonces es verdad que otra dosis de la medicina no hará ningún daño, y el mismo remedio es el único que puede administrarse. No podemos admitir un remedio nuevo, porque no hay ningún guía para él, y. en cambio, otra dosis de la misma medicina puede estimular al paciente y llevarlo en el camino de mejorar. pero nunca hay que llevar ninguna prisa para esto hay que esperar largo tiempo cuando los pacientes llegan a una situación estacionaria; pero cuando, como en el primer ejemplo, se observa la vuelta de los síntomas originales, entonces se tiene alguna guía para la administración de la medicina.

La segunda prescripción, pues. hablando técnicamente, es la prescripción que sigue a aquélla que ha actuado. Pueden administrarse

una docena de medicamentos sin que tengan efecto sobre la economía, y, sin embargo, no ha sido administrado ninguno que haya sido específico. Puede perderse mucho tiempo administrando remedios que no están relacionados con el caso. El resultado es el mismo. Hay que considerar como primera prescripción aquella que ha actuado, aquella que haya efectuado cambios, y subsiguiente a ésta, la próxima prescripción será la segunda.

El cambio del remedio en la segunda prescripción, es la próxima cuestión que hemos de considerar. ¿En qué circunstancias debemos cambiar el remedio? He citado ya un caso: Cuando aparecen importantes síntomas nuevos y hay un cambio completo de los síntomas básicos; como, por ejemplo, cuando desaparece un dolor de cabeza que persistió quizás muchísimo tiempo. Cuando, después de la administración del medicamento, aparece un nuevo grupo de síntomas en alguna parte del cuerpo, y son síntomas que nunca había tenido el paciente; este nuevo grupo de síntomas quiere decir que debe estudiarse un nuevo remedio, y, en estas circunstancias, el cambio del remedio será la segunda prescripción, y la segunda prescripción, en este caso, requiere un cambio del remedio.

Supongamos otro caso en el que el remedio debe ser cambiado. Un enfermo ha estado bajo

tratamiento durante años, por un desorden constitucional crónico. y se han empleado todas las potencias, variando desde la más baja hasta la más alta, las cuales han actuado curativamente. Se han ido administrando las diferentes potencias, repitiendo la misma potencia hasta que no obraba más, Y entonces se ha pasado a una más alta, hasta que se ha empleado toda la escala de las potencias. Se puede repetir aquel remedio muchas veces, aun con escasez de síntomas, va que no se puede dar otro remedio, sencillamente porque aquél ha demostrado ser el remedio constitucional del paciente. Este remedio no debe cambiarse mientras que dure su acción curativa.

Aunque los síntomas liaran cambiado. no debe cambiarse el remedio con tal que el paciente vaya mejorando continuamente. Si el paciente dice que va mejorando continuamente, y aunque parezca imposible en esta fecha escoger un remedio por los síntomas existentes actualmente, hay que continuar con aquel remedio, mientras .<.e pueda sacar mejora y provecho de él, aunque los síntomas hayan cambiado. Muchos médicos dicen: "Si cambian los síntomas, cambio el remedio". Esta es una de las cosas más perjudiciales que pueden hacerse.

Hay que cambiar el remedio si los síntomas han cambiado y el enfermo no ha mejorado; pero si

el paciente sigue mejorando, aunque los síntomas estén cambiados, hay que continuar con aquel remedio mientras que el paciente mejore. Frecuentemente, los pacientes presentan síntomas olvidados durante mucho tiempo. Son síntomas que el paciente no los ha sentido o no se ha fijado en ellos, porque se ha acostumbrado a ellos igual como se acostumbra uno al tictac de un reloj de pared. Muchos de los síntomas que aparecen, y los cambios más ligeros que ocurren, son síntomas viejos que reaparecen. El enfermo no siempre puede decir si son los antiguos síntomas que vuelven, pero al fin, la hija o alguien de la casa os deleitará diciéndoos que su madre había tenido estas cosas hace años, pero que ella lo ha olvidado. Esto sucede probablemente en todos los casos en que el paciente está mejorando. Mientras la acción curativa pueda sostenerse, aunque los síntomas hayan cambiado, mientras el paciente siga mejorando, no toque, no haga nada. Siempre que dudéis. esperad. Como regla general, después que se han empleado una serie de potencias, no debe dejarse nunca un remedio hasta que se ha administrado y experimentado una dosis de otra más alta potencia. Pero cuando esta dosis de una potencia más alta haya sirido dada y comprobada sin efecto alguno, es ésta la única manera de saber que este remedio ha hecho

todo lo que podía para el paciente, y que, por lo tanto, es necesario un cambio.

Hay que hablar de otro caso, del caso en que la segunda prescripción, es una prescripción complementaria de la primera. a veces es necesaria una segunda prescripción para complementar el efecto de la primera, y esto siempre es un cambio de remedio. Supongamos que el niño de cuatro o cinco años, con cabeza ancha, de ojos azules y brillantes, que tiene propensión a resfriarse y cada resfriado le ataca a la cabeza, con cara encarnada y latidos en las carótidas, etc., le damos Belladona, y Belladona le alivia, pero no actúa como un remedio constitucional. El muchacho sigue con estos dolores de cabeza, que son debidos a una constitución psórica, y llega un momento en que Belladona no le alivia ya; pero al hacer un examen profundo del caso, encontraremos que, cuando sus síntomas no son tan agudos, cuando no tiene este resfriado, ni tiene fiebre, ni tiene este dolor de cabeza, veréis' que esta indicado un remedio enteramente diferente. Os daréis cuenta de sus músculos flácidos; veréis que sus glándulas están hipertrofiadas; que se resfría a cada cambio del tiempo; probablemente, desea comer huevos, y al fin acabáis por ver que el caso indica Calcárea. El hecho de que Belladona, que estaba tan estrechamente relacionado con el caso, sólo

actúa como un paliativo, acentúa más la indicación de Calcárea. Es perder el tiempo tratar ya más del primero o segundo ataque agudo. No hay que dar Calcárea durante el ataque, pero después de que la agudeza haya sido disminuida con Belladona. hay que darle el remedio constitucional que es complementario de Bell, o sea Calcárea. Muchos remedios están asociados uno con otro y de esta manera se convierten en afines el uno del otro.

Hay series de remedios, como, por ejemplo, Sulphur, Calcárea y Lycopodium. Un medicamento siempre guía para uno de sus propios afines, y encontramos que éstos están muy estrechamente relacionados el uno con el otro, como Sepia y Nux vomica. Una fiebre biliosa en una constitución de Sepia, probablemente necesitará Nux, y tan pronto como aquella fiebre biliosa, o la fiebre remitente, se haya calmado; los síntomas de Sepia se manifiestan inmediatamente, demostrando la relación complementaria que existe entre Nux vomica, y Sepia. Si el paciente ha estado bajo la influencia de Sepia durante algún tiempo, y con trae algún ataque agudo inflamatorio, es muy probable que esta inflamación tire hacia Nux o algún otro de sus afines. Toda la Materia Médica abunda en estas relaciones complementarias y afines.

La segunda prescripción también tiene en cuenta el cambio del plan en el tratamiento. El plan de tratamiento consiste en sospechar o suponer que el caso es psórico, si aparece a la vista que todos los síntomas del caso y sus antecedentes indican la psora. El tratamiento, probablemente, consistía en Sulphur, Graphites y otras medicinas bien conocidas como antipsóricas. Los síntomas han indicado estos remedios; pero, después que se ha hecho un maravilloso bien al paciente, curado maravillosamente, y que ha producido marcados cambios en su sistema, hasta tal punto que han desaparecido los síntomas psóricos, el paciente entra en el consultorio con una úlcera en la garganta, con terribles dolores de cabeza, y con la aparición de un estado constitucional que obliga al médico a preguntar: "Señor, ¿ha tenido usted sífilis alguna vez?" "Sí, hace veinte o treinta años, y fue curada con mercurio." Entonces es que la condición psórico ha sido sometida y ha surgido la antigua condición sifilítica. Esto indica ahora una segunda prescripción. Hay que ajustar los remedios a este estado de cosas enteramente nuevo. Así ocurre también respecto a la psicosis: estos estados pueden alternar el uno con el otro: cuando uno predomina, el otro está quieto, y así hay que cambiar el plan de tratamiento según el estado del paciente.

No se puede hacer ninguna prescripción para ningún paciente, al menos que se haya hecho un estudio cuidadoso y prolongado del caso, para saber lo que indican los síntomas, y todo lo que haya existido anteriormente. Esto es una cosa importante. Siempre hay que volver a estudiar los casos. No hay que administrar ninguna medicina, sin conocer la constitución del paciente, porque es perjudicial y peligrosa hacerlo sin este conocimiento.

LECCIÓN XXXVII

Casos difíciles e incurables. Paliación.

Mientras que la Homeopatía es por sí misma una ciencia perfecta, sus verdades sólo están conocidas parcialmente. La Verdad misma se refiere a lo Divino, el conocimiento se refiere al hombre. Tardará muchísimo tiempo antes que los médicos lleguen a ser verdaderos maestros en esta verdad. En Suiza, los niños han sido educados durante siglos, con el conocimiento

de cuanto es preciso para hacer relojes perfectos, han sido educados. por decirlo así, en las fábricas de relojes. Ahora bien; cuando la Homeopatía tenga cientos de años, los niños se educarán con un conocimiento de ella, la observarán y la practicarán; nuestros sucesores adquirirán conocimientos que nosotros no tenemos actualmente. Las cosas acrecentarán y se pondrán más en claro a medida que las mentes estén más unidas y que los hombres piensen más armoniosamente. Cuanto más nos mantengamos juntos, tanto mejor, y cuanto más pensemos como uno .solo. tanto mejor. Es lástima que hayan surgido diferencias entre nosotros. cuando tenemos una verdad tan perfecta para unirnos.

Ocurre muy raramente hallar entre las patogenesias de nuestros remedios una que corresponda a los rasgos característicos de un caso. Pasó muy rara vez en el tiempo de HAHNEMANN, y ciertamente ocurre hoy muy rara vez el caso con nuestra voluminosa Materia Médica. Los principiantes, naturalmente, están obligados, hasta cierto punto, a confiar en el Repertorio. Quizá dependa de esto que la imagen de la enfermedad se ponga cada vez más simple, cuando se ha hecho lo mejor posible para prescribir un remedio, tras otro. En estos casos difíciles, cuando se ha tratado al paciente de

muchas maneras durante años, se encontrara que sus síntomas se hacen más llamativos y más claramente perceptibles. A veces, después de haber estudiado fielmente un paciente y de haberlo dado varios medicamentos y de haber mejorado parcialmente, se ha marchado a otro médico; pero al volver más tarde y decirme que "yo le había mejorado más que ningún otro, y que quería probar otra vez, he encontrado en tales casos que el tiempo había hecho mucho bien, y que tenía poca molestia para entender entonces el caso y hacer rápidos progresos. A parte de esto, vuelve con un estado de mente muy paciente. lo que es más útil para el médico para encontrar el remedio indicado. Su entendimiento trabaja mucho mejor cuando siente que se fía en él, y la confianza de su cliente aguza la inteligencia del médico.

Muy análogos a estos casos son las que pueden llamarse dolencias alternantes y dolencias de un solo lado, las que muestran un solo lado. No es infrecuente el caso de que una enfermedad tenga dos aspectos o lados un lado que se manifiesta. mientras que el otro no. Los síntomas de los ojos pueden estar presentes mientras los del estómago están ausentes. Podéis hallar que Euphrasia esta más íntimamente relacionado con los síntomas de los ojos que el antipsórico adecuado a todo el caso, y que Pulsatilla cubra mejor los síntomas

del estómago que el antipsórico adecuado al caso entero; pero hay que recordar que si existe un antipsórico que es más similar al paciente entero que ninguno. de estos remedios especiales. es porque está más ajustado a los síntomas generales. Cuanto más frecuentemente prescribáis para los diferentes grupos de síntomas, tanto peor para el paciente, porque tiene tendencia a imponer el estado constitucional sobre el paciente y hacerle incurable. No hay que prescribir hasta que se haya hallado el remedio más similar al caso entero, aunque se vea claro que un cierto remedio pueda ser más similar a un cierto grupo de síntomas, y otro a otro grupo. A veces, un remedio que irá muy al centro y restablecerá el orden a la economía, causara una perturbación tumultuosa.. Estas dolencias alternantes y desiguales son a veces muy malas de manejar, pues cuando todo sale a la superficie o a las extremidades, por ejemplo: cuando los síntomas reumáticos o gotosos tienen una tendencia a salir al exterior, el paciente se marcha y deja al médico.

Las enfermedades incurables y encontraréis muchas de ellas perturban a todo médico. El alópata tiene los medios de someter a los pacientes a la acción e influencia de ciertas drogas para hacerles creer que hace algo en su provecho, mientras que en realidad toda

prescripción de drogas fuertes les causa siempre perjuicio. Es inexplicable, por lo tanto, el que algunos de nuestros prácticos homeópatas empleen paliativos que tan perjudiciales son para el paciente.

El médico que aplica el remedio único, en forma potenciada y siguiendo la Ley de Curación durante algún tiempo, fácilmente se convencerá que no hay otra forma de paliación que prometa esperanza alguna para el paciente. El Opium aliviará a veces el dolor, detendrá la diarrea y mitigará la tos, pero, ¡ay del paciente! Anula la reacción de tal manera, que no es posible el desarrollo de los síntomas que indican el remedio homeopático que el paciente necesita, y aunque el dolor está detenido, el paciente no está curado. Lo que se ha dicho acerca del Opium es igualmente cierto para todas las drogas que alivian el dolor. Siempre que administráis un narcótico, tened por bien entendido que abandonáis la curación de este paciente. ¿Qué médico inteligente abandonará la esperanza de curación en una enfermedad dolorosa, mientras dure la vida? En la tisis, cáncer y enfermedades consecutivas, el remedio que sea más similar a los grupos de síntomas más dolorosos siempre dará el mayor alivio posible y siempre será mejor que abandonar el caso, renunciando a toda

esperanza de curación que suma al enfermo al mayor desamparo.

FIN

INDICE

A los homeópatas hispano-americanos

5

PREFACIO

9

Prefacio a la segunda edición

10

A la memoria de James Tyler KENT

11

LECCIÓN PRIMERA -"El enfermo"

21

LECCIÓN II-El más alto ideal de una curación	
34	
LECCIÓN III-Lo que el médico debe percibir	
44	
LECCIÓN IV -"Principios fijos"	
Ley y gobierno desde el centro	
54	
LECCIÓN V -Criterio de lo que debe	
entenderse por causas externas y casos	
quirúrgicos	64
LECCIÓN VI -El observador libre de prejuicios	
74	
LECCIÓN VII -Indisposiciones	
84	
LECCIÓN VIII -" Sustancia simple"	
92	
LECCIÓN IX—Desorden primero en la	
105	
fuerza vital	
LECCIÓN X -Materialismo en Medicina	
115	
LECCIÓN XI -Enfermedad y	
curación en el plano dinámico	121
LECCIÓN XII-La supresión de la totalidad	
de los síntomas, significa la supresión de la	
causa	131
LECCIÓN XIII-La Ley de los semejantes	

LECCIÓN XIV -Susceptibilidad	
	144
LECCIÓN XV -Protección para la enfermedad	
	151
LECCIÓN XVI -Pacientes hipersensibles	
	157
LECCIÓN XVII-La Ciencia y el Arte	
	165
LECCIÓN XVIII-Enfermedades crónicas -Psora	
	172
LECCIÓN XIX -Enfermedades crónicas -Psora (continuación)	182
LECCIÓN XX -Enfermedades crónicas -Sífilis	
	191
LECCIÓN XXI -Enfermedades crónicas -Psicosis	
	196
LECCIÓN XXII- Enfermedad y estudio del medicamento en general	207
LECCIÓN XXIII -El examen del paciente	
	214
LECCIÓN XXIV -El examen del paciente (continuación)	220
LECCIÓN XXV -El examen del paciente (continuación)	230
LECCIÓN XXVI -El examen del paciente (continuación)	237
LECCIÓN XXVII -Llevar el "record" o registro del caso	244
LECCIÓN XXVIII -Estudio de las Patogenesias	
	249

LECCIÓN XXIX -Idiosincrasias	262
LECCIÓN XXX -Individualización	269
LECCIÓN XXXI -Característicos	274
LECCIÓN XXXII -El valor de los síntomas,	280
LECCIÓN XXXIII -El valor de los síntomas (continuación)	288
LECCIÓN XXXIV -La agravación homeopática	297
LECCIÓN -XXV -El pronóstico después de observar la sección del remedio	310
LECCIÓN XXXVI La segunda prescripción	326
LECCIÓN XXXVII -Casos difíciles e incurables	336